

VIDA DE JESÚS

LECTA POR ÉL MISMO

**EDITADO PARA DISTRIBUCIÓN GRATUITA POR:
CENTRO ESPÍRITA “LA LUZ DEL CAMINO”
ORIHUELA – ALICANTE
ESPAÑA**

Publicado por «Centro Espírita la Luz del Camino»
Apartado de correos 177
C.P. 03.300 Orihuela – Alicante – España
Teléfonos: 965369515 – 656849678
Correo electrónico: grupospirita@laluzdelcamino.com
<http://www.laluzdelcamino.com>

Título «Vida de Jesús dictada por el mismo»
Traducido del original en italiano por:
Centro Espírita la Luz del Camino
Primera edición 2008
Tirada 5.000 ejemplares

Depósito Legal: MU-1.851-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Imprime: F.G. Graf, S.L.
fggraf@gmail.com

PRÓLOGO

Amigo lector:

Este libro que tienes en tus manos, nos relata la verdadera vida de Jesús. Esta historia auténtica y sublime para unos, es dudosa o falsa para otros. Yo sólo deseo apelar al buen sentido de todos los que lean este libro; para que lo hagan sin dejarse influenciar por todas las campañas lanzadas para desacreditarlo y calumniarlo desde el momento de su publicación, ataques que hasta hoy se están realizando.

En 1.885, en Aviñón, antigua ciudad del sur de Francia, Jesús de Nazaret relató su vida en estas páginas, dictadas por orden de él a una señora de muy poca instrucción, que fue escogida como médium para escribir este gran libro, donde se refleja la grandeza y la sublime elevación del Espíritu que lo dictó. También es necesario resaltar el meritorio desinterés de la médium, que permaneció en el anonimato, dando así un verdadero ejemplo de humildad.

El Sr. Ernesto Volpi, capitán del ejército italiano, recibió un ejemplar de la primera edición francesa, desaparecida misteriosamente. Sintiendo éste impresionado, de tal manera, con los enseñamientos que contiene este libro, se prometió a sí mismo traducirlo al italiano, su idioma natal, saliendo así una segunda edición del libro «*Vida de Jesús dictada por él mismo*».

Un ejemplar de esta edición italiana llegó a Buenos Aires, por medio de un estudioso de la doctrina espírita, que lo entregó a la revista Magnetológica, y ésta a continuación al Dr. Ovidio Rebaudi, médico científico e investigador, quien lo tradujo al español y lo amplió, recibiendo mediúmicamente una segunda parte, saliendo así el libro de edición argentina con dos partes; la primera parte recibida por la Sra. X en Francia y la segunda por el Dr. Rebaudi en Argentina. En 1.935 llegó este libro a Brasil, por medio de una persona que viajó hasta Río de Janeiro, y llevó un ejemplar de esta edición argentina. Allí fue nuevamente publicado en portugués, por Sebastián Caramuru.

En 1.951 yo emigré para Brasil y poco tiempo después, en Río de Janeiro, conocí la existencia de este libro; su lectura me impresionó, por su realismo, por su lógica y por el inmenso sentido moral que tiene su contenido. Yo creo sinceramente que es obra de Jesús, directa o indirectamente porque cuando lo leo, me siento influenciado por el pensamiento de ese Ser Supremo.

Regresé a España en el año 1.971, con el serio compromiso de divulgar la doctrina espírita, tarea muy difícil y arriesgada en esa época, por la dictadura militar y religiosa que imperaba en esos momentos, y lógicamente el Espiritismo estaba totalmente prohibido y perseguido; aún así, traduje e imprimí de forma clandestina, varios libros espíritas, que distribuí gratuitamente por todo el territorio nacional español. Fue ya en el año 1.991 que por fin pude realizar un viejo deseo: el dar a conocer en España, mediante la divulgación gratuita, este libro «*Vida de Jesús dictada por él mismo*».

Para mí, la moral y el sentimiento religioso, no significan nada si está fuera de la idea espiritista, porque es la única que le presta un verdadero apoyo después de haberle dado la existencia, y ella debe ajustarse severamente a la verdad para tener un valor efectivo y racional. Todas las verdades se van descubriendo con el progreso de la ciencia y de este modo la verdad se impone junto con la moral y el sentimiento religioso.

El libro «*Vida de Jesús dictada por él mismo*», viene a prestar un importantísimo servicio al Espiritismo en el momento preciso, desmintiendo totalmente, muchos de los acontecimientos que se hacían inaceptables para la mayor parte de los estudiosos, sobre la personalidad de Jesús, devolviendo la verdadera imagen al Nazareno. Además apoya totalmente, sin lugar a duda, el grandioso trabajo realizado por Allan Kardec, y sobre todo la definición que encontramos en los libros de la codificación espírita, respecto al cuerpo de Jesús y su naturaleza.

Yo estoy plenamente convencido de que con la publicación de este libro, se restablece la verdadera personalidad de Jesús, aclarando todos los puntos dudosos sobre su vida, creados por la ignorancia y el fanatismo de la humanidad. Lo que es verdaderamente lamentable es, que una parte de esa humanidad, ciegamente aún, se empeñe en divinizar la persona de Jesús, queriendo hacer de él, un dios hecho hombre. ¡Imaginaros el Dios de este Universo infinito, rebajándose a tomar un cuerpo humano, en un planeta insignificante, totalmente animalizado! Y aún tenemos esta otra parte de la misma humanidad, aparentemente más esclarecida, que si no hace de Jesús un dios, en cambio lo diviniza haciendo de él, un espíritu *protegido* por Dios, naciendo con un cuerpo fluídico, engañando a su propia madre que ignoraba este hecho, mintiendo a todo el mundo y convirtiéndose en el mayor farsante de nuestra historia. Es verdaderamente triste que los hombres aún seamos tan orgullosos, ignorantes y fanatizados, que no seamos capaces de ver y conocer a Jesús, el Espíritu más elevado, sublime y humilde que jamás ha nacido en este planeta.

En la cuestión 625 de «*El libro de los Espíritus*» se pregunta: ¿Cuál ha sido el arquetipo más perfecto que Dios haya otorgado al hombre para servirle de guía y modelo?

Respuesta: «Ved a Jesús».

Jesús es para el hombre el arquetipo de la perfección moral a la que puede aspirar la humanidad en la Tierra. Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto y la doctrina que ha enseñado es la más pura expresión de su ley, porque estaba animado del Espíritu Divino y fue el Ser más puro que haya reencarnado en la Tierra.

Esto demuestra lo siguiente:

Si Dios nos pone a Jesús como modelo a imitar, esto quiere decir que el cuerpo de Jesús, no era fluídico porque si lo fuese, sería imposible imitarlo. Sin ninguna duda, es el ser más elevado que ha pasado por este planeta, pero esa elevación la consiguió por sus propios méritos, marcando así el camino que nosotros y toda la humanidad tenemos que seguir.

No quiero profundizar más sobre este tema y podría hacerlo, pero no es este mi objetivo, sólo deseo esclarecer a todos los que puedan estar interesados en este tema y dejar demostrada la autenticidad de este libro.

Con esto mis queridos hermanos, yo deseo sinceramente ayudaros para que hagáis un juicio exacto, racional, honesto y libre de cualquier influencia interesada en desacreditar este libro, venga de donde venga.

Para acabar, mis queridos lectores, sólo deseo pedirlos que cuando leáis este libro, lo hagáis con total independencia, racionalmente, sin dejaros influenciar por nadie, y entonces podréis comprobar que en su contenido no hay ningún fanatismo religioso, que aún es el mayor mal que sufre esta humanidad.

Sin desmerecer el trabajo mediúmnico de tan gran relevancia, que el Dr. Ovidio Rebaudi realizó al traducir la edición italiana y escribir la segunda parte del libro, la presente edición para distribución gratuita, constará solamente de la primera parte, obtenida del libro original de edición italiana publicado por el Sr. Ernesto Volpi, habiendo sido imposible el conseguir la primera edición francesa.

Acabo este prólogo, agradeciendo, en mi nombre y en el de todos los que lean este libro, el gran trabajo que el Sr. Ernesto Volpi, realizó para el bien de la humanidad.

¡Que la paz de Dios, esté con todos vosotros, y que Él guíe nuestro camino!

José Aniorte Alcaraz

Orihuela, 5 de marzo de 2.008

Nota:

Recomiendo la lectura de **Jesús y el Evangelio a la luz de la psicología profunda;** dictado por Joanna de Ángeles (Espíritu); psicografiado por Divaldo Pereira Franco. Impreso por Librería Espírita Alvorada Editora – Salvador Bahía, Brasil.

PREFACIO DEL SEÑOR VOLPI

EN 1.885 el *Anti-Materialista* de Aviñón, revista dirigida por el Sr. René Caillé, publicó esta obra obtenida medianímicamente en francés. Yo recibí una copia, que dejé descansar en mi pequeña biblioteca, sin tomarme el trabajo de leerla, durante algún tiempo, por no atribuirle valor alguno. Seducido por la confianza que me inspiraba el excelente director del *Anti-Materialista*, quien recomendaba el libro a la seria atención de los estudiosos, me puse a ojearlo recibiendo una profunda impresión de su rápida lectura. Volví a leerlo repetidas veces resultando cada vez mayor la impresión, hasta llegar a la más completa convicción con respecto a su identidad. El conocimiento cada vez mayor que yo adquiría respecto al *moderno espiritualismo*, me ayudaba mucho para formarme este sano criterio: ¡*Nadie, fuera de Jesús, puede haber dictado el libro que tengo bajo mis ojos!* Del mismo modo que, oyendo hablar a una persona desconocida para nosotros, de la firmeza de sus expresiones, conforme a la lógica de las ideas y del amor cálido y enérgico, que nunca se desmiente, recibimos el convencimiento de que ella no nos engaña; idea que se convierte en íntima certidumbre cuando sus enseñanzas resultan completamente *desinteresadas* y en continua armonía con los hechos e ideas que se agitan en medio de la incertidumbre de la mente y del alma; tal y como aconteció conmigo ante la obra de Jesús. Frente a ello se concibe también la energía característica, el amor inmenso y la constantemente admirable fuerza de voluntad que llevaron al Gólgota a AQUÉL que así habla.

Desmiente a todos los que quieren hacerlo pasar por el único hijo de Dios, mientras asegura, en cambio, que todos podemos llegar, después de repetidas existencias, a su elevación, trabajando nuestra alma en el sentido de la luz divina. Confirma implícitamente lo dicho por Allan Kardec, sin nombrarlo, y lo explica en ciertos puntos esenciales, que éste, o no trató o lo hizo confusamente.

Hubo quien, sin dudar de la sinceridad de la señora médium, la acusó de automatismo y creyó poder probar que las ideas manifestadas en esta obra carecen de la firmeza y de la elevación de las ideas propias del grande y genial reformador, como igualmente se le combate por los que creen que Jesús es el único hijo de Dios. Se precisaría algo más que un simple artículo de diario para convencerlos de que todos ellos se encuentran en un grave error, pero no pudiéndolo hacer aquí, me parece conveniente referir lo que han dicho de este libro varios personajes ilustres y de edad avanzada, acostumbrados a dar con calma a las cosas el verdadero lugar que les corresponde.

José Zolli, uno de los *mil, profesor* de matemáticas, bien conocido por sus obras, me escribió como sigue respecto a la obra. (Véase *II Vessillo* de febrero 1.902):

«He leído, vuelto a leer y releer, más y más veces, la *bellísima* VIDA DE JESÚS. Estoy entusiasmado de ella, no habiendo leído jamás una obra más hermosa y elevada. Ella exhala algo *realmente superior*. Es un libro que reúne el arte a la santidad constituyendo tal vez en su sencillez el libro más espléndido. Cuanto más se lee, más se le aprecia».

El distinguido abogado G. Sforza, miembro del Consejo de Apelación, escribió (Véase *II Vessillo* de febrero 1.900):

«Al emprender la lectura de este libro me asaltó la duda respecto a la realidad de su origen medianímico. Pero no había llegado aún a la mitad, y toda duda había

desaparecido por completo en virtud de este sencillo raciocinio: Si negara su origen medianímico tendría que admitir en la autora un ingenio poco común, una profunda cultura y minucioso conocimiento de los tiempos y lugares en que se desarrolló la vida de Jesús, y todo ello unido a un exquisito sentimiento ético, desarrollado a tal punto de constituir su propia esencia personal. Pero una mujer provista de semejantes dotes se encuentra indudablemente en las condiciones de producir una obra original y hasta que no se pruebe lo contrario, no será jamás creíble que ella haya querido negarse a sí misma presentando una obra ajena, cuyo mérito en nada podría corresponder. Para poderlo creer sería necesario tener entre manos una razón digna del sacrificio y esta razón no podría ser el deseo de aparecer como médium, compartiendo así una prerrogativa con muchas otras personas, muy inferiores seguramente a las dotes reveladas por la escritora. Por lo tanto no existe ningún motivo para dudar del origen francamente medianímico de este libro».

El príncipe Wisniewski me escribió así (Véase *Il Vessillo* de octubre 1.899): «*Este libro es la luz venida del cielo*». Es un verdadero acontecimiento. Después de tantos sofismas, contradicciones y supersticiones contenidos en una biblioteca tan voluminosa, si se le arrojara al río Po su curso quedaría interceptado y desviado, nos es permitido leer la verdadera vida, la verdadera misión de Jesús, depurada de las escorias de la tradición con que los siglos la han desfigurado.

«Tiene usted razón al decir que leyendo este libro se siente uno hablando con el dulce Mesías de Nazaret; tal es el timbre de verdad que resalta en él, verdad expresada con la mayor sencillez y el más grande desprendimiento de la vida material, como Él lo demostró durante su corta estancia en este Planeta».

Esta opinión ha sido manifestada también por la *Revista Freya* (Argentina), que transcribió una parte de ella. Dejo de citar otras revistas, que se han manifestado en una forma sumamente favorable con respecto a la obra, para ocuparme únicamente de *L'Harbinger of Light* de Melbourne (Australia).

El señor James Smith, antiguo y conocido colaborador de dicha revista, escribe lo siguiente (Véase *Il Vessillo Spiritista* de diciembre 1.899): En la VIDA DE JESÚS escrita desde el principio hasta el fin por una señora francesa, traducida al italiano por Ernesto Volpi y publicada en Vercelli, se encuentran muchos pasajes fundamentalmente idénticos a una serie de comunicaciones que demuestran su común proveniencia de una misma fuente, las cuales se recibieron en esta ciudad (Melbourne) durante los últimos siete años, por conducto de tres diferentes médiums en posesión, desde 1.892 a 1.899, los que fueron empleados como canales para su transmisión.

Ello parece indicar que han emanado de una misma fuente.

Como ejemplo transcribo aquí las siguientes palabras, que se refieren a Judas Iscariote:

VIDA DE JESÚS

(Traducción de Ernesto Volpi)

«¡Pobre Judas! En mis últimas horas has ocupado más que nadie mis pensamientos, y mi alma se inclinaba hacia la tuya para hablarte de esperanza y de rehabilitación.

Perdido; se dijo perdido al que traicionó a Jesús.

¡Oh! ¡No! Nada se pierde de las obras de Dios, todas están destinadas a ser grandes, todas se verán honradas, aunque todas empiezan arrastrándose penosamente sobre la ladera de la montaña, para iluminarse después con los fuegos divinos al llegar a la cima».

VIDA DE JESÚS

Obtenida medianímicamente en Melbourne (Australia)

«¡Pobre Judas! Ahora yo tengo piedad y lágrimas para él.

Hasta ahora todos lo han calumniado e injuriado como a un imperdonable traidor. Pero no obstante deberían compadecerlo mientras nadie tiene, en cambio, una lágrima para el pobre Judas.

Yo que fui traicionado por él, lo perdoné desde entonces, y él ha progresado después convirtiéndose en maestro como aún lo es; si bien no revela su nombre cuando habla, debido a la marca cruel de oprobio con que lo ha señalado el hombre.

Sean ellos que ni una sola alma será o podrá ser perdida y entre los ángeles puros y gloriosos que son dignos de encontrarse en presencia del Padre, no hay uno sólo que no haya pecado y sufrido, que no haya hollado el duro sendero del pan de la tribulación, justamente como yo hice».

Hay que tener presente aquí, que según las dos vidas de Jesús, Judas no traicionó por avaricia de dinero, sino por celos, por envidia de las preferencias de que eran objeto por parte del Maestro, Juan y Pedro. (Véase *Il Vessillo* de noviembre 1.899)

El señor James Smith, entre otras cosas dice lo siguiente:

«Entre los muchos pasajes notables de este libro precioso, resaltan esos vivos retratos que Él hace de Juan Bautista, de Salomé esposa de Zebedeo, de Sócrates (precursor del Nazareno), de María de Betania, de María de Magdala, del apóstol Marcos, de Poncio Pilatos y de otros personajes del Nuevo Testamento, por los cuales se adquiere una idea más clara y definida en esta Vida de Jesús, que en los mismos Evangelios, que no nos dan sino un simple esbozo, mientras que en estos retratos los vemos casi como si estuvieran vivos».

Por lo que respecta, por otra parte, a la elocuencia característica que se destaca en toda la obra, a esa unidad esencial que domina en todas sus partes, a esa sublime eliminación del Yo, jamás olvidada en la constante adoración hacia el Padre de él y de todos los hombres, en ese sentimiento divinamente admirable de religión y de moral que inculca, yo no me atrevo casi a hablar con esa entusiasta admiración que la religión de este libro me ha inspirado, por temor de que se me tache de exagerado. Sería una verdadera desgracia para los espiritualistas de Gran Bretaña, de Estados Unidos, de Canadá, de Australia, de Sudamérica, Francia, España, Alemania, Austria, Hungría, etc. si a este libro no se le tradujera en inglés, alemán, español y nuevamente en francés, habiéndose perdido el original y no habiendo quedado más copia que la conseguida por mí.

Habiéndome asaltado la duda de que los médiums de Melbourne hubieran podido llegar a conocer el libro VIDA DE JESÚS, escribí al señor James Smith,

rogándole que me sacara de dudas al respecto. He aquí su contestación con fecha 15 de agosto de 1.901:

«Contesto a su pregunta sin pérdida de tiempo: es completamente imposible que alguna de las tres médiums (una de ellas ha muerto) pudiera conocer el contenido de su libro, porque las dos que viven son analfabetas, y la que ha muerto poco le faltaba para serlo. Ninguna de ellas conocía una sola palabra de francés ni de italiano».

«Sucedió a menudo, que ellas no comprendieran las comunicaciones que recibían por su conducto como médiums parlantes, siendo superiores a su limitada comprensión».

James Smith agrega:

Le ruego que disculpe mis tentativas imperfectas para escribir en italiano, al transmitirle estas borroneadas líneas dándole la última comunicación recibida del Maestro en el Círculo en presencia de varios visitantes extranjeros:

«Queridos hijos, una vez más me encuentro entre vosotros por aquello de que donde se encuentren corazones amantes, yo me presento. Algunos hombres dicen que yo no puedo venir a la Tierra. ¿Pero por qué no? Por su sola mala voluntad de recibirme. Si el cordón magnético fuera bastante fuerte, el que ahora os habla, vendría muy gustoso a transmitirlos las palabras de ternura que os trae de nuestro Padre».

«Algunos me llaman hijo de Dios; mas ¿No sois todos hijos de Dios? ¿Creéis que el Padre tiene hijos preferidos? Jesús de Nazaret no es más querido de Él que el paupérrimo ser que se arrastra sobre la tierra. Dios ama todas las cosas que ha creado, desde el más pequeño insecto hasta las obras más grandiosas, salidas de sus manos. Por eso todos son sus hijos, todos son iguales en su corazón divino».

«El Sol resplandece igualmente sobre los malos que sobre los buenos y vivifica todas las cosas bellas y útiles al hombre, para el sostén y para la alegría de todos».

«No creáis nunca imposible que Jesús de Nazaret venga hacia vosotros siempre que tiréis de las cuerdas de la simpatía y del amor. Heme aquí, estoy vivo. ¡Ah! ¡Cuánto me aflige la nueva crucifixión que me hicieron sufrir los hombres al pretender hacerme igual al Padre para adorarme como a Dios! ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanación! ¡Cuál blasfemia la de adorar a la criatura en lugar de Dios!».

«No creáis que es más sorprendente mi vuelta a la Tierra que la de vuestros parientes y amigos. El mensaje que os traigo es el mismo que traía en los tiempos antiguos».

«Amaos los unos a los otros, y ayudaos a sobrellevar vuestras respectivas cargas. Ruego a nuestro Padre que os bendiga y os ampare ahora y por toda la eternidad».

De este modo nuestros antípodas tuvieron manifestaciones de tal naturaleza para no dejar duda respecto a la autenticidad de la obra medianímica. VIDA DE JESÚS, escrita por una médium anónima francesa bajo el dictado del Mesías Nazareno, manifestaciones superiores a las representadas por los Evangelios, mientras los iluminan en diversos puntos a éstos. En Europa me place citar: 1.º *Sara la Hebraea (Anales del Moderno Espiritualismo*, págs. 114 -148, año 1.873) en que se describe la tremenda batahola que el pueblo produjo delante de Pilatos, confirmando con ello nuestra comunicación; 2.º *Herculanum*, libro medianímico (2 volúmenes) de Wera Krijanowski, hija del general del mismo nombre, en quien viene a quedar iluminados algunos pasajes de los Evangelios, entre los cuales aquellos que, por el

lugar y las circunstancias, ponen en claro lo referente al Sermón de la Montaña, tal como lo indica la comunicación de la referencia. Recientemente la Sra. Wera Krijanowski recibió el nombramiento de oficial de la Academia francesa.

Los dos médiums nombrados no conocían el libro VIDA DE JESÚS.

Conviene citar también al Sr. Aquiles Brioschi, que aun siendo completamente contrario al espíritu del libro, por cuanto cree que Jesús es el único hijo de Dios, me escribía no obstante en 1.889 lo siguiente:

«Le hago presente que nosotros también tenemos comunicaciones sumamente favorables a este libro, justamente obtenidas por la mediumnidad de una señorita además de instruida e inteligente, médium vidente, las que afirman que el libro hará mucho bien y que ha sido obra santa el publicarlo. Esta señorita goza de la fama de santa».

El sacerdote Guido Piccardi, tan contrario a la obra elogiada, por su convencimiento de que Jesús es el único hijo de Dios, y habiéndome escrito sobre el particular, como lo manifesté en *Il Vessillo* de agosto de 1.899, tuvo más tarde que manifestarme que había recibido repetidas comunicaciones medianímicas sinceras y contrarias a su modo de opinar.

No quiero tampoco olvidar a la distinguida Virginia Amelia Marchioni, profesora, que yo veía por primera vez, quien buscando amablemente de contestar a una pregunta mía de carácter espiritualista, cayó de improviso en posesión, palideciendo intensamente y debilitándosele la voz y me dijo que era realmente de Jesús la obra que me interesaba. Comprobé de una manera que no dejaba lugar a dudas el estado de *trance* en que se encontraba la distinguida señorita, que al volver en sí recobró su voz y sus colores naturales.

Yo poseo un cuadro medianímico hecho al lápiz por el médium Favre y que representa la cabeza de Jesús, a cuyo anverso tenía la costumbre de escribir lo que resolvía llevar a cabo, sin hacerle después correcciones. Después de casi catorce años que yo poseía el libro VIDA DE JESÚS *dictada por él mismo a la médium señora X...* y después de algún tiempo que acariciaba la idea de publicar su traducción, efectuada por mí, me desperté una mañana con la resolución hecha de llevarla sin más a la imprenta.

Me levanté, coloqué el cuadro sobre una mesita con el propósito de escribir en el anverso del retrato, la promesa solemne de efectuar mi propósito tan pronto estuviera vestido.

Escribí mi promesa y la primera traducción vio la luz.

Así, después de treinta años de constantes estudios de los cuales doce los pasé como director de *Il Vessillo Spiritista* en medio del progreso, lento pero seguro, de nuestras doctrinas, pasando por encima de las muchas, banales y groseras mistificaciones, a las que desgraciadamente ofrecen oportunidad estas materias; tomando nota de lo que se dice por científicos y no científicos respecto al *Moderno Espiritualismo* – ¡Que Dios los ayude! – afirmo con el estricto sentido de la palabra, que estoy bien seguro de la identidad medianímica de esta obra de luz, la cual me proporcionó tantas alegrías morales, como ninguna otra escrita hasta ahora, y me brindó con una constante y elevada dirección, llena de consuelos y de razón, para la marcha de la vida terrenal.

Con estos sentimientos publico la segunda traducción.

ERNESTO VOLPI

CAPÍTULO I

JESÚS HABLA DE SU NACIMIENTO Y DE SU FAMILIA

Hermanos míos, escuchad el relato de mi vida terrestre como Mesías:

Yo fui el mayor de siete hermanos.

Mi padre y mi madre vivían en una pequeña casa de Nazaret.

Mi padre era carpintero. Yo tenía veintitrés años cuando él murió.

Tuve que irme a Jerusalén algún tiempo después de la muerte de mi padre, allí, en contacto con hombres activos y turbulentos, me metí en asuntos públicos.

Los romanos gobernaban Jerusalén como todos los pueblos que habían sometido. Los impuestos se establecían sobre la fortuna, pero un hebreo pagaba más que un pagano.

Se daba el nombre de *iniciados* a los hombres de Estado, y el poder de estos hombres de Estado se manifestaba con depredaciones de todas clases.

Los descontentos me convencieron de que debía unirme a ellos hasta el punto que me olvidé de mi familia. Confié a extraños la tarea de arreglar los asuntos de mi padre, y sordo a los ruegos de mi madre, escuchando y pronunciando discursos propios para excitar las pasiones populares, yo me privé de todas las alegrías filiales y me sustraje a toda influencia de mis hermanos.

Mis correligionarios me inspiraban lástima; y esta lástima no tardó en cambiarse en deseo de corregir sus errores; me fui exaltando cada vez más y Dios me otorgó esa claridad suprema que da estabilidad a la fe, fuerza a la voluntad y alimento a las energías espirituales.

Mis visiones, si este nombre puede darse a la felicidad interna que me acompañaba, me alejaban de mis ocupaciones materiales para trazarme una vida de Apóstol y prepararme para la gloria del martirio.

Respecto a los milagros que me atribuyeron, queridos hermanos, ni uno sólo es cierto; pero conviene meditar la sabiduría y la profundidad de la gracia de Dios. Todos los destinos dotados con una misión, precisan ser alentados por Dios, y la pureza de los ángeles cubre con una sombra protectora la fragilidad del hombre.

El pensamiento de Dios echa la semilla en el presente, y esta semilla dará frutos en el porvenir. La solicitud del Padre sueña la felicidad de todos sus hijos, y el Mesías es mandado por el Padre, para sostener a sus hermanos en medio de los peligros presentes y futuros.

La razón reconoce un Dios que baja de las gradas de su potencia, para compadecer los males de sus criaturas, pero no podría admitir un Dios que favoreciera a los unos, olvidando a los otros, la razón debe negar los honores divinos cuando estos honores no se han establecido para el bien general y explicados por la justicia eterna, de que ya tenéis las descripciones.

La gracia tiene siempre, como pretexto, los designios del Ser Supremo sobre todos, y los Mesías no son más que instrumentos en las manos de Dios.

Dejemos pues los cuentos maravillosos, las despreciables historietas hechas alrededor de mi persona y honremos la luz que Dios permite que se haga en este día, mediante la sencilla expresión de mi individualidad y por medio del luminoso desarrollo de mi misión.

Mi nacimiento fue el fruto del matrimonio contraído entre José y María. José era viudo y padre de cinco hijos cuando se casó con María. Estos hijos pasaron ante

la posteridad como primos míos. María era hija de Joaquín y de Ana, del país de Jericó, y no tenía más que un hermano llamado Jaime, dos años menor que ella.

Nací en Betlén. Mi padre y mi madre habían hecho este viaje, sin duda, por asuntos particulares y por placer, con el objeto de reanudar relaciones comerciales o también para estrechar amistades; he ahí la verdadera historia.

Mis primeros años transcurrieron como los de todos los hijos de artesanos acomodados, y nada ofrecieron como indicio de la grandeza de mi futuro destino.

Yo era de carácter tímido y de inteligencia limitada, tímido como los niños educados con severidad y de limitadas facultades intelectuales, como todos aquellos cuyo desarrollo intelectual se descuida. Para mi familia era un ser inofensivo, huérfano, de cualidades de valer, de lo cual resaltaron las primeras contrariedades de mi existencia y también los primeros honores que tributé a Dios. Débil y pusilánime delante de mis padres, fuerte y animoso ante la gran figura de Dios, el niño desaparecía durante la plegaria para dejar su lugar al espíritu, ardoroso y dispuesto al sacrificio.

Me dirigía a Dios con arrebatos de amor y reposaba en brazos de lo desconocido, de la doble fatiga impuesta a mi físico débil y a mi espíritu rebelde.

De la multiplicidad de mis prácticas de devoción resultaba una penosa confusión, que establecía, de más en más, el convencimiento de mi desnudez intelectual.

Era costumbre de los habitantes de Nazaret y de las otras pequeñas ciudades de la Judea, de encaminarse hacia Jerusalén algunos días antes de la Pascua, que se celebraba en el mes de marzo. Los preparativos de toda clase que se hacían, daban fe de la importancia que se atribuía a tal fiesta. Montones de géneros se vendían en dicha ocasión y se combinaban diversas compras para traer algo de la gran ciudad. En el año a que hemos llegado y que es el duodécimo de mi edad, tenía que participar yo también del viaje anual de mi familia, juntamente con el primogénito de mis hermanos consanguíneos. Partimos mi madre, mis hermanos y yo con una mujer llamada María; mi padre prometió alcanzarnos dos días después.

Al llegar a Jerusalén mis impresiones fueron de alegría, y mi madre observó el feliz cambio que se había efectuado en mi semblante. Paramos en la casa de un amigo de mi padre. Mi hermano, tenía entonces veintidós años, él merece una mención especial. Mi padre había manifestado siempre hacia este hijo, el más vivo cariño, y los celos oprimían mi corazón cuando me olvidaba de reprimir esa vergonzosa pasión que se quería apoderar de mí.

Yo me había visto privado de las alegrías de la infancia debido a esta predilección paterna. Mi madre percibía algo de mis sufrimientos, pero los cuidados que exigían una numerosa familia le impedían hacer un estudio profundo de cada uno de los miembros de la misma.

Mi padre era de una honradez severa, de un carácter violento y despótico. La dulzura de mi madre lo desarmaba, pero los hijos le daban trabajo a este pobre padre, que no soportaba con paciencia la menor contradicción, y la incapacidad de su hijo Jesús lo irritaba tanto como las travesuras de los otros.

La bondad de mi hermano mayor tuvo por efecto el de destruir mis anteriores descontentos, motivados por la diferencia con que nos trataba nuestro padre, y la tierna María se alegraba al ver nuestra intimidad. La igualdad de gustos y de ideas nos unía más de lo que pudiera parecer a primera vista, y si no hubiera sido por mis preocupaciones religiosas, yo hubiera comprendido mejor la felicidad de esta nuestra armonía.

Encontrándonos solos, mi hermano me preguntó respecto a las impresiones que había recibido en ese día, y pasó enseguida a querer investigar mis pensamientos como de costumbre.

Esta vez me causó muy mal efecto el sermón que me dio mi hermano por mi carácter retraído y por el abuso que hacía de la devoción que me arrastraba al olvido de mis deberes de familia.

Mi hermano se acostó irritado en contra mía y al otro día yo le pedí que olvidara mi descuido de los pequeños deberes, en aras de las elevadas aspiraciones de mi alma. Mi hermano hizo un movimiento de lástima y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

No hablaré más de mi hermano, muerto poco tiempo después de este incidente; mas este recuerdo que me conmueve, viene bien aquí para que el lector tenga una justa idea de mis aptitudes, y que pueda darse así mejor cuenta de cosas que de otro modo le parecerían increíbles, si no se encontrase preparado por los elementos en concordancia con los designios de Dios.

Durante el día llegaron algunas visitas, entre las cuales se encontraba José de Arimatea. Él como amigo de mi padre, pronto se familiarizó con nosotros. Rico, patricio y hebreo, José se encontraba por estas razones en relación tanto con los ricos como con los pobres y oprimidos de la religión judaica.

Nos habló de las costumbres de Jerusalén, de la *Sociedad escogida*, de los sufrimientos del pueblo hebreo, y la dulzura y naturalidad de su lenguaje eran tal que nadie hubiera podido sospechar la diferencia de posición social. Despertó el empeño de mi madre hacia el cultivo de mi inteligencia y me preguntó que cuáles eran mis aptitudes y mis deberes habituales. La fantasía de mis prácticas religiosas lo hizo sonreír y le pareció que mi inteligencia se encontraba en todo retardada.

«Sé más sobrio en tus prácticas de devoción, hijo mío, y aumenta tus conocimientos para poderte convertir en buen defensor de nuestra religión. Practica la virtud sin ostentación, como también sin debilidad, sin fanatismo y sin cobardía. Arroja lejos de ti la ignorancia, embellece tu espíritu tal como el Dios de Israel lo manda, para entender sus obras y para poder valorar su misericordia. Hablaré con tu padre, hijo mío, y deseo que todos los años te mande aquí durante breve tiempo para estudiar el comercio de los hombres y las leyes de Dios».

Desde la primera conversación de José de Arimatea con Jesús de Nazaret bien veis hijos míos, como Jesús pudo instruirse, aun permaneciendo en su modesta condición de carpintero.

Hombres de la laya de José de Arimatea arrojan la simiente y Dios permite que esta simiente dé frutos. Hombres iguales a José de Arimatea, ponen de manifiesto a la Providencia y esta clase de milagros se efectúan hoy como se efectuaron en mis tiempos.

Fui por primera vez al Templo de Jerusalén, la vigilia del gran sábado, (la Pascua) llevándome una mujer llamada Lía, viuda de un negociante de Jerusalén.

Nos encontrábamos los dos recogidos hacia el lado occidental del Templo. El silencio sólo era interrumpido por el murmullo de muchos doctores de la ley que se ocupaban de los decretos recientemente promulgados y de los arrestos a que ellos habían dado lugar.

Yo rezaba en mi posición habitual, con la cara entre las manos y de rodillas. Poco a poco las voces que interrumpían el silencio del Templo interrumpieron también mis oraciones e hicieron nacer en mi espíritu el deseo de escucharlas.

Encontrándome entre las sombras creí poderme acercar sin que de ello se percibiera Lía. Me subí sobre un banco ocultándome lo más posible. Los doctores de la ley discutían; los unos con el objeto de hacer una manifestación a favor de los israelitas, presos durante la función del día anterior, los otros aconsejando permanecer apartados. Me acerqué mayormente a los oradores sagrados; ellos se apercebieron y oí estas palabras:

«Haced atención a este muchacho, él nos escucha tal vez para ponernos de acuerdo. Dios manda a veces a los niños el don de la sabiduría en discusiones que sobrepasan la inteligencia de su edad».

Me levanté sobre la punta de los pies para observar mejor al que había pronunciado estas palabras. Éste se me aproximó diciéndome:

«La madre que te ha criado, te ha enseñado que Dios nos ama a todos, ¿no es cierto?, y tú relacionas este conocimiento del amor de Dios hacia sus hijos, con el conocimiento del amor de los hijos entre ellos; pues bien, ¿qué dirías a los hijos ricos, libres, llenos de salud, cuyos hermanos se encontraran en la pobreza, en el abandono, debilitados por una enfermedad y esclavos en una prisión?»

A estos hombres en la abundancia, contesté sin dudar, yo les diría: «¡Id hermanos, id, socorred a vuestros hermanos, Dios os lo manda y vuestro coraje será bendecido!»

Vi que sonreía el que me había hablado, quien dijo: «*DIOS HA HABLADO POR BOCA TUYA, HIJO MÍO*», tendiéndome al mismo tiempo la mano, que yo apreté entre las mías, trémulo de emoción. Enseguida fui a reunirme con mi compañera, que me había estado observando desde el principio de esta escena. Ella me dijo: hazme el favor niño, de enseñarme a mí también lo que Dios quiere decir con estas palabras:

«Los niños tendrán que escuchar sin emitir juicio y crecer antes de pretender elevarse a la condición peligrosa de fabricantes de moral y de dar consejos».

Contesté: «Tu Dios, Lía, es un déspota. El mío honra la libertad de pensar y de hablar. La debilidad de los esclavos constituye la fuerza de los patrones y la infancia prepara la juventud».

Leí en los ojos de Lía la sorpresa llena de satisfacción, y regresamos.

Con José de Arimatea, que se encontraba en casa, mantuve una conversación tan fuera de lo habitual en mis labios, generalmente poco demostrativos, que mi madre le preguntó a Lía qué era lo que me había hecho tomar ese camino.

«Tu hijo, querida María, está destinado a grandes cosas, contestó Lía. Lo digo delante de él: Eres una madre aventurada y tus entrañas están benditas».

Yo me sentí como levantado al oír esta predicción y mi vida me pareció más que nunca bajo el influjo de los designios de Dios.

¡Mujer de Jerusalén, el pobre niño que te ha seguido hasta el Templo del Señor te bendice!

A la mañana siguiente volvimos al Templo. Grande era el gentío y nos costó algún trabajo el atravesar el atrio. Al fin encontré un lugar y me puse a observar con estupor todo lo que me rodeaba.

La luz penetraba por aberturas hechas a propósito en los puntos de juntura de las paredes con la cúpula del edificio. Todas estas aberturas estaban cubiertas de ramas cortadas, de manera que la luz quedaba interceptada y débil, reemplazándosele con haces de luz suministrada por aparatos gigantescos de bronce.

En la inspección que hice de todas las cosas, descubrí al doctor de la ley que me había interrogado el día antes. Mi madre me preguntó en ese momento el motivo

de mi distracción y yo le di esta culpable contestación: «Madre mía, sigue con tus plegarias y no te ocupes de lo que yo hago. *Nada hay de común entre vos y yo*». Yo sacaba este consentimiento y esta insolencia del estado de exaltación de mi espíritu, motivado por lo sucedido anteriormente, en vista de mi futura superioridad, y comprendí tan poco mi falta, que enseguida llevé mi atención sobre otros detalles. Un doctor hablaba de la Justicia de Dios y yo comparé este hombre con el ángel Rafael bajado del cielo, para hacerles comprender a los oyentes la palabra divina.

Creí sobre todo a la palabra divina cuando gritó: «¡La justicia divina es tu fuerza en contra de tus opresores, oh pueblo! ¡Ella deslumbra tus ojos, se levanta delante de ti cuando contemplas el ocaso del Sol, cuando tu espíritu se subleva a la vista de las crueldades de tus dueños! ¡Este Sol no se oculta, este mártir no muere, oh hombres! Él va a resplandecer y proclamar en otra parte la Justicia de Dios».

Yo escuchaba estas enseñanzas con una avidez febril. ¡Al fin se hacía la luz en mi espíritu... veía, oh, Dios mío, tus misterios resplandecer delante de mí, leía en tu libro sagrado y comprendía la magnificencia de tu eterna justicia! ¡Edificaba en mi mente concepciones radiantes, me iluminaba de las claridades divinas, formaba proyectos insensatos, pero generosos; quería seguir a este Sol y a esos mártires en los espacios desconocidos!... Volví en mí a la llamada de mi madre. La miré por un instante con la desconfianza de un alma que no se atreve a abrirse, porque sabe que el entusiasmo, como el calor, se pierde al contacto del frío.

«Nuestro Padre Celeste, le dije al fin, echa en mi espíritu el germen de mis ideas seguras y fuertes. Manda en mi corazón, tiene en sus manos el hilo de mi voluntad, dirige hacia mí la sabiduría de sus designios, se apodera de todos los momentos de mi vida; quiere destinar a grandes trabajos... En una palabra, madre mía, retírate, acude a tus tareas; deja tu hijo al Padre de él que está en los Cielos».

«¡Cállate!, me dijo mi madre. – ¡A ti te han calentado la cabeza, pobre muchacho! – ¡Yo te digo que Dios no precisa de ti!... ¡Vamos, vamos!»

Mi madre tuvo que recurrir a la intervención de mi padre para poderme llevar.

Al día siguiente volvimos a Nazaret, dejando Jerusalén.

CAPÍTULO II

EL MAESTRO MANIFIESTA SU LIBERTAD DE CONCIENCIA

Desligado de mi sumisión habitual, por el testimonio que había dado de mi libertad de conciencia, me coloqué fuera de la ley del respeto filial y tomé la dirección de mis jóvenes hermanos y hermanas para llevarlos a la fe absoluta de la que yo me sentía penetrado. Les hablaba de las llamas divinas y mi celo no venía a menos a pesar de la poca atención que me prestaban, y del silencio desdeñoso de mi padre.

Así pasó un año. Cansado de mi poca inteligencia para todo lo referente al trabajo manual, mi padre consintió al fin en mandarme a Jerusalén. Se convino que yo estudiaría ahí durante algunos meses y que volviendo más razonable a Nazaret, mi padre tomaría de ello motivo para hacerme continuar mi educación en los años siguientes. Recibí esta noticia con entusiasmo. Mi madre lloró al abrazarme; ella se encontraba bajo la doble impresión de mi alegría y de nuestra primera separación.

Me encaminé con ella y pronto me encontré colocado en la casa de un carpintero que debía enseñarme el oficio de mi padre y concederme salidas bajo el patrocinio de José de Arimatea.

Empecé en la filosofía con ideas precisas sobre la inmortalidad del alma. Mis nociones de historia eran débiles y me costó mucho trabajo fijar mi espíritu en el circuito de las ciencias exactas.

La astronomía llamaba mi atención a causa de las espléndidas maravillas que desenvolvía bajo mis ojos, pero la contemplación de estas maravillas me alejaba de la curiosidad de las demostraciones, persuadido como estaba, de la insuficiencia de la teoría.

Los romanos y los hebreos tenían apenas nociones de astronomía comparados con los egipcios; mas en los pueblos guerreros y en los conquistados, hace poco progreso la ciencia.

Practicaba la observancia de la ley mosaica con escrupulosa exactitud y las fantasías de mi imaginación se detenían en el dogma sagrado. Pero poco a poco fuertes tendencias hacia un espiritualismo más elevado, me hicieron desear las grandes manifestaciones del alma, en el vasto horizonte de las alianzas universales. Devorado por un inmenso deseo de descubrimientos que embargaba todas mis facultades y de la penosa expectativa de lo desconocido, que atormentaba mis sueños y entristecía mis pensamientos de soledad, rogué, supliqué a José de Arimatea que me explicara los misterios de la *Cábala*, llamada también ciencia de los espíritus. Yo había oído hablar de esta ciencia como de un escollo para la inteligencia, y se me había asegurado que todos los que abiertamente se ocupaban de ella no se hacían objeto de piedad sino de desprecio.

Pero sabía también que muchos hombres de buena posición social, demostraban desprecio por la ciencia de los espíritus, solamente por respeto humano hacia la opinión general, opinión que se basaba sobre escrúpulos religiosos mantenidos vivos por los sacerdotes.

José recibió muy mal mi curiosidad. La *Cábala*, según él, servía tan sólo para producir la turbación, la inquietud, la semilla de la revuelta en los espíritus débiles. ¿Y cómo podría yo, tan joven, distinguir el buen grano de la cizaña, si la mayoría de los hombres se dejaban desviar del recto camino por una falsa estima de esta ciencia y por funestos consejos dados con ligereza y con malos propósitos?

Volví repetidas veces a la carga, hasta que vencido por mi insistencia, o iluminado tal vez por una repentina visión, José consintió en iniciarme en la ciencia de los espíritus.

«La *Cábala*, me dijo José, viene desde Moisés, y después de Moisés que mantenía relaciones con los espíritus, pero que daba aspecto teatral a estas relaciones, la *Cábala* sirvió siempre a los hombres de dotes eminentes para colocar en el seno de la humanidad las preciosas demostraciones recogidas en la afinidad de sus almas, con las almas errantes en el cielo de Dios».

«La *Cábala* viene desde Moisés, para nosotros que nada vemos más allá de Moisés, mas la *Cábala* debe ser tan antigua como el mundo. Ella es una expresión de la personalidad de Dios, que confiere sonoridad al espacio y acercamiento al infinito».

«Ella constituye una ley tan grande y honrosa para el espíritu, que éste la define como una aberración, cuando sus aptitudes no lo llevan a estudiarla, o que él recibe toda clase de sacudidas y de aflicciones si la estudia sin comprender su utilidad y su fin».

«Los hombres que hablan a Dios sin tener conciencia de Su majestad, no obtienen de la plegaria más que un fruto seco, que la imaginación les presenta como un fruto sabroso».

«Pero el amargor se hace pronto sentir y así se explica la sequedad del alma, el aislamiento del espíritu, la pobreza de la devoción».

«En la ciencia de las comunicaciones espirituales, el espíritu que se desvía del principio fundamental de esta ciencia, no obtiene nada de verdadero y de útil. Puede dirigirse a elevadas personalidades, pero le contestan inteligencias mediocres y camina como un ciego, retardándose cada vez más en las escabrosidades del camino».

«El principio fundamental de la ciencia *cabalística*, reside todo en la abnegación del espíritu y en la libertad de su pensamiento con respecto de todas las nociones religiosas adquiridas anteriormente en su estado de dependencia humana».

Prometí a José mucha prudencia y respeto en el estudio de esta religión, de la que mi alma y mi espíritu estaban enamorados, con el fanatismo de las grandes aspiraciones.

José me escuchaba con el presentimiento de mi predestinación a los honores de Dios (así me lo confesó después), tan grande fue el calor de mis palabras y tal fue la unción de mi gratitud. Dos días después de esta conversación, José me llevó a una reunión compuesta de hombres casi todos llegados a la edad madura. Eran cerca de unos treinta y no dieron muestras de sorpresa a nuestra llegada. Nos colocamos todos cerca del orador.

Las sesiones *cabalistas* se abrían con un discurso. En él se hacía, como exordio, la enumeración de los motivos que imponían la vigilancia para que no fueran admitidos en la asamblea más que neófitos de quienes pudieran responder los miembros más ancianos. Por lo tanto un miembro recién aceptado, no tenía el derecho de presentar un novicio. Se necesitaban muchos años de afiliación para llegar al patrocinio, mas éste patrocinio no levantaba nunca oposiciones.

Los jóvenes menores de veinticinco años quedaban excluidos, lo mismo que las mujeres; pero las excepciones, muchas veces repetidas, hacían ilusoria esta disposición reglamentaria.

Yo venía a encontrarme en el número de estas excepciones.

Muchos hombres llegaron años después que nosotros. Se hizo enseguida el silencio y se cerraron las puertas.

El orador dedujo los caracteres especiales de estas reuniones en medio de una población que debía temerse por su ignorancia y engañarla para trabajar por su libertad. Hizo enseguida resaltar los principios de conservación, como lo dije ya, y rindió homenaje a mi entrada en el santuario fraternal, dirigiéndome algunas palabras de cariñosas recomendaciones.

Todo ello, menos lo que se refería a mí, se repetía en todas las sesiones y tomaba poco tiempo.

Tuvimos enseguida una bella argumentación respecto de la luz espiritual y de los medios para transformarla en mensajera activa de los deseos del Ser Supremo.

¡Ser Supremo! – Estas palabras hicieron inclinar todas las frentes y cuando dejó de oírse la voz elocuente, un estremecimiento magnético dio a conocer una adoración inefable. Algunas preguntas dieron lugar a contestaciones sabias y concienzudas. Se estudiaron páginas magníficas, se explicaron y desvanecieron contradicciones aparentes y dudas pasajeras. Algunas demostraciones profundas depositaron semillas preciosas en el espíritu de los novicios, y la intensidad del amor

fraternal de todos los corazones, se manifestó con una larga invocación al Espíritu Divino.

Esta sesión dejó mi alma mayormente deseosa de las alegrías de Dios y mi espíritu en un profundo recogimiento para merecer estas alegrías.

No pronunciamos una sola palabra hasta mi domicilio.

Hasta mañana, me dijo José, separándose de mí.

Al otro día José me dirigió en mis primeros ensayos y se mostró satisfecho por los resultados. Mi regreso a Nazaret dio una tregua a las tareas de mi espíritu.

En el intervalo que empieza con mis quince años de edad, hasta la muerte de mi padre, permanecí la mayor parte de mi tiempo en Jerusalén.

Distinguido por su honradez y por haber mantenido a todos sus hijos en el recto camino del honor y de la sencillez, José murió rodeado de la estima general y del afecto de los suyos. Yo tenía, como dije al empezar este relato, veintitrés años cumplidos, y vuelvo a tomar el hilo de los detalles interrumpidos por la mirada dirigida sobre mis primeros años.

José de Arimatea me tomó como hijo suyo cuando, lejos de mi familia, fui a pedirle asilo y protección. Me ayudó para obtener el perdón de mi madre. Mi madre no solamente me perdonó sino que me dio permiso para seguir mis inclinaciones y una vida independiente.

A medida que la luz de lo alto penetraba mayormente en mi espíritu, él se veía invadido cada vez más por la aversión hacia las instituciones sociales dominantes. Reconocía seguramente la depravación humana, pero consideraba también la desgraciada condición de los hombres y dirigía mi pensamiento hacia el porvenir, que soñaba confundiendo en la ternura del Padre de ellos y mío. Mi presencia en una asamblea de doctores fue acogida favorablemente y me coloqué desde entonces a la vista como orador sagrado. Apoyado por mis antiguos compañeros de conspiración, pude dedicarme al estudio de los hombres que gobernaban y de los acontecimientos.

En mi casa de Jerusalén pensé en mis trabajos futuros y busqué el prestigio de las clases pobres, sublevándome en contra de los ricos, de los poderosos y de las leyes arbitrarias. Pero no era éste un trabajo partidista, una participación en los propósitos de rebelión de un pueblo, puesto que hacía a Dios el ofrecimiento de mi vida para salvar al género humano. El apasionamiento de mi corazón, me hacía olvidar las dificultades y a menudo, con la cara inundada de lágrimas, las manos tendidas hacia un objeto invisible, fui sorprendido en una posición que parecía crítica para mi razón. Mis amigos me humillaban con tales demostraciones y sarcasmos, y yo me retiraba a pedir perdón a Dios, de mis transportes, acusándome de orgullosos deseos.

Las poblaciones de la Judea representaban para mí el mundo, lo cual era motivo de diversión para los confidentes de mis delirios, y no los asombraba menos la reserva que yo me imponía ante sus burlas. La posteridad no se ha ocupado de la vida que llevé en Jerusalén; ella ignoró las fases de mi existencia y no se conmovió sino de mi predicación y de mi muerte.

Pero dichas predicaciones hubieran debido comprenderse que habían sido meditadas, como también había sido prevista mi muerte como coronamiento de mis actos, mucho antes de que se me hubiera tachado de revolucionario y acusándome vehementemente de vanidoso por los mismos que me rodeaban. ¿Cómo podía haber yo aceptado mi misión y mi sacrificio, si no hubiera penetrado en el conocimiento de las intimidades de las cosas?

Lo repito, pues, la luz de Dios penetraba en mí, me escondía las dificultades que se levantaban en el mundo humano y no me dejaba ver sino el fin, que era el de dirigir la Tierra por un camino de prosperidad y de amor. Elevando mi personalidad, pero atribuyendo a Dios esta elevación, deseando la popularidad, pero resuelto a emplearla exclusivamente en el bien de los demás, midiendo con una mirada llena de luz que me daba el estudio de las leyes de la época, el peligro de muerte que tenía que desafiar y los senderos espinosos que tendría que atravesar, yo había llegado al convencimiento profundo de la eficacia de mis medios.

Democrático por inclinación más que por raciocinios políticos, defensor del pobre con la sola idea de encaminarlo hacia la transfigurada imagen del porvenir y desdeñando los bienes temporales porque me parecían la destrucción de las facultades espirituales, ponía en práctica aún con las personas de mi intimidad, la observancia rigurosa de los preceptos, que tenía la intención de establecer como principios de una moral poderosa y absoluta.

Minaba los cimientos de las murallas de la carne, jurando ante Dios respetar el espíritu a expensas del cuerpo y de sacrificar las tendencias de la materia ante las delicadezas del alma y de permanecer dueño de mí mismo en medio de la violencia y de las pasiones carnales y de elevarme hacia las altas regiones, puro de todo amor humano y sensual; de huir de la compañía de la gente feliz en el ocio y de aproximarme a las relajaciones e infelicidades para convertirlas en arrepentimientos y esperanzas; de apagar en mí todo sentimiento de amor propio y de iluminar a los hombres en el amor de Dios; de añadir a la moral predicada por espíritus elegidos, la moral fraterna predicada por un oscuro hijo de artesano; de hermanar la práctica con la teoría, llevando una vida de pobreza y privaciones, de morir, en fin, libre de los lazos humanos y coronado por el amor divino.

«Con tu poderosa mano, oh Dios mío, has dirigido mis actos y mi voluntad, puesto que tu siervo no era más que un instrumento y la pureza honraba el espíritu del Mesías, antes de que este espíritu se encontrara unido con la Naturaleza humana en la personalidad de Jesús».

Hermanos míos, el Mesías había vivido como hombre sobre la Tierra y el hombre *Nuevo* había cedido su lugar al hombre penetrado de las grandezas celestes, cuando el espíritu se vio honrado por las miradas de Dios para ser mandado como enviado y mediador.

El Mesías había ya vivido sobre la Tierra porque los *Mesías* jamás van como mediadores en un mundo que no han habitado anteriormente.

La grandeza de la nueva luz, de la ley que he traído por inspiración divina, se encierra toda en nuestros sacrificios y en nuestro amor recíproco que nos eleva fraternalmente hacia la comunión universal y hacia la paz del Señor nuestro Padre. Mi sacrificio fue de amor en su más intensa expresión, amor hacia los hombres inspirado por Dios y el amor de Dios que sostiene el espíritu en sus debilidades humanas.

Hermanos míos: la tristeza de Jesús en el huerto de los olivos y la agonía de Jesús sobre la cruz se vieron mezcladas de fuerza y de debilidad. Mas el amor del padre se inclinó sobre la tristeza de Jesús y él se levantó diciendo a sus apóstoles: «*MI HORA HA LLEGADO*».

El sudor de sangre y las largas torturas habían disminuido el amor paterno; mas la ternura del Padre reanimó al moribundo corazón, y Jesús pronunció estas palabras:

«PERDÓNALES, PADRE MÍO, ELLOS NO SABEN LO QUE HACEN, HÁGASE TU VOLUNTAD. EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ALMA».

Os lo repito, hermanos míos, la pureza del Espíritu se encontraba en la naturaleza del Mesías, antes de que él se encontrara entre vosotros como Mesías. Os lo repito también, que las miras de Dios echan la semilla en un tiempo para que ella dé frutos en otro, y los Mesías no son más que instrumentos de la divina misericordia.

La palabra de Dios es eterna, ella dice: «Todos los hombres llegarán a ser sabios y fuertes por el amor del Padre».

La palabra de Dios es eterna, ella dice: «Amaos los unos a los otros y amaos sobre todas las cosas».

Ella dice: «El espíritu adelantado se avergüenza, en la materia, al tomar parte en las diversiones infantiles».

«Penetrado de la grandeza del porvenir, honra a éste y devora los obstáculos que se oponen a su libertad».

«Todas las humanidades son hermanas: todos los miembros de estas humanidades son hermanos y la Tierra no encierra más que cadáveres».

«La verdadera patria del espíritu se encuentra espléndidamente decorada por las bellezas divinas y por los claros horizontes del infinito».

Hermanos míos, Dios es vuestro Padre como lo es el mío; pero en la ciudad florida donde se encuentran y toman los Mesías el título de hijo de Dios, nos pertenece de derecho. Llamadme, pues, siempre hijo de Dios, y tenedme por un Mesías enviado a la Tierra para la felicidad de sus hermanos y gloria de su Padre. Iluminaos con la luz que hago brillar ante vuestros ojos. Consolaos los unos a los otros, perdonad a vuestros enemigos y orad con un corazón nuevo, libre de toda mancha, de toda vergüenza, por este bautismo de la palabra de Dios que comunicó a vuestro Espíritu. El Mesías vuelve a ser mandado en vuestra ayuda, no lo desconozcáis y trabajad para participar de su gloria. Escuchad la palabra de Dios y ponedla en práctica. La divina misericordia os llama, descubrid la verdad con coraje y marchad a la conquista de la libertad mediante la ciencia.

Desechad la peligrosa apatía del alma para aspirar las deliciosas armonías del pensamiento divino, y tomad del libro que os dicto los principios de una vida nueva y pura. Haced el bien aún a vuestros enemigos y progresad con paso firme en el camino de la virtud y del verdadero honor. La virtud combate las malas inclinaciones y el honor verdadero sacrifica todas las prerrogativas del yo por la tranquilidad y felicidad del alma hermana.

Hermanos míos, os bendigo al dar término a este segundo capítulo.

CAPÍTULO III

APOSTOLADO DE JESÚS EN DAMASCO

Hermanos míos: Mi estancia en Jerusalén durante seis años consecutivos pone de manifiesto los preparativos de mi misión.

A los veintinueve años salí de Jerusalén para hacerme conocer en las poblaciones circunvecinas. Mis primeras tentativas en Nazaret no fueron coronadas

por un buen suceso. De ahí me dirigí a Damasco donde fui bien acogido. Me parecía necesaria una gran distancia de Jerusalén para desviar de mí la atención de los sacerdotes y de los agitadores de dicha ciudad. Los sacerdotes habían empezado ya a fijarse demasiado en mí; los segundos me conocían desde hacía mucho tiempo y yo tenía que evitar las persecuciones en esos momentos y abandonar toda participación en las turbulencias populares.

En Damasco no tuve fastidios por parte de las autoridades gubernativas ni por parte de los elementos de discordia, que se infiltran a menudo en el seno de las masas, y tampoco por la indiferencia de mis oyentes. Felicitado y tenido por la mayoría como un profeta, llevé ahí el recuerdo de un poco de bien esparcido en parte con mis instrucciones generales y en parte con los consejos de aplicación personal para las situaciones de mis consultantes. Abandoné esa ciudad a mitad del verano y me dirigí hacia Tiro, otro centro de población.

Estudí antes que todo, la religión y las costumbres de los habitantes y pude convencerme de que la religión pagana, profesada por el estado, hacía pocos devotos verdaderos. Los hombres dedicados al comercio, no eran nada escrupulosos en materia religiosa. Las mujeres, ignorantes y dominadas por el loco apego al cuerpo, sumían su existencia en la triste y degradante esclavitud del lujo y de la degradación moral. Los sacerdotes enseñaban la pluralidad de los dioses. Diversos sabios predicaban sofismas, inculcando la existencia de una Divinidad superior que tenía otras inferiores bajo su dependencia. Algunos discípulos de Pitágoras humillaban la naturaleza humana en el porvenir condenándola a entrar en la envoltura de un animal cualquiera. Algunos honraban a la Tierra como el *único mundo* y otros comprendían la majestad del Universo poblado de mundos. Había quienes divagaban en el campo de las suposiciones y quienes enseñaban la moral basándola en la inmortalidad del alma, cuyo origen divino sostenían. Había hombres condenados fatalmente al embrutecimiento de la humanidad, haciendo predicciones y lanzando oráculos. Había, en fin, hombres que adoraban al Sol como el rey de la naturaleza y el bienhechor de todo lo que existe.

Queriendo dar un desmentido a la mayor parte de estas creencias, tuve que limitarme en un principio, a la enseñanza de la adoración de un sólo Dios y del cumplimiento de los deberes fraternos. Mas, gracias a los protectores de que pude rodearme entre los interesados en sacudir el poder de los sacerdotes, pronto me encontré en muy buenas condiciones para enseñar la doctrina de la vida futura.

Penetrado de la alta protección de Dios, mis palabras llevaban la fuerza de mi convicción.

Lejos de mi patria y pobre, era buscado por los hombres de buena voluntad, y las mujeres, los niños y los viejos se disputaban el honor de servirme y de conversar conmigo.

Un día en que el calor había sido sofocante, me hallaba sentado, después de la caída del Sol, delante de una casa en que había descansado. Densas nubes corrían hacia el Oeste; se acercaba el huracán y la gente retardada pasaba apurándose para llegar a sus casas. Como siempre, yo estaba rodeado de niños y de mujeres, y los hombres, un poco más distantes esperaban que la lluvia, que caían ya algunas gotas, me hiciera entrar en casa. La naturaleza en lucha con los elementos, presentó ante mi espíritu la siguiente observación:

«En todo se manifiesta la bondad de Dios y los hombres tendrán que comprender los deberes que les impone el título de Señores de la Tierra, que se dan aprovechando las lecciones que les proporciona el Señor del Universo».

«Penetraros, hermanos míos, de la tempestad que se levanta en vuestros corazones cuando las pasiones lo invaden, comparándole con los esfuerzos de la tempestad, que aquí se está preparando. Los mismos fenómenos se ponen en evidencia. La mano soberana de Dios es la dispensadora de los dones del aviso, así como el testimonio de los reproches».

«La tempestad muy pronto estallará. ¿Dónde están los pájaros del cielo y los insectos de la tierra? Al cubierto de la tempestad, respecto a la cual la Divina Providencia os ha prevenido».

«¡Ay de los imprudentes y de los orgullosos que han descuidado el aviso para dormirse en la pereza y desafiar las leyes de la destrucción! Serán barridos lejos por el sople del huracán».

«La tempestad que surge en vuestros corazones, hermanos míos, se anuncia con la necesidad de placeres ilícitos o degradantes para vuestros espíritus. ¿Dónde se encuentran los hombres débiles o los hombres orgullosos después del desahogo de sus pasiones? En el lugar maldito en que la tristeza del espíritu es una expiación de sus locuras».

«La serenidad del cielo, hermanos míos, es la imagen de vuestras almas, cuando se encuentran libres de las negras preocupaciones de la vida. El huracán seguido de la dulce armonía de los elementos, es la del hombre vencedor de sus pasiones»

«Hermanos míos, el huracán se estremece amenazador... ¡Pero bendigamos la Divina Providencia! Los pájaros del cielo se encuentran al descubierto. Las pasiones os solicitan, el huracán está cerca, la tempestad se prepara, mas vosotros estáis advertidos y saldréis victoriosos».

La voz de una jovencita contestó a mi voz: «*Sé bendito tú, Jesús el profeta, que demuestras la bondad de Dios y que derramas la dulzura y esperanza en nuestros corazones*».

La familiaridad de mis conversaciones permitía estas formas de admiración, al mismo tiempo que favorecía a menudo, las preguntas que se me hacían con un fin personal.

Un instante después, el huracán se encontraba en todo su furor.

Me quedan recuerdos claros de mis emociones en medio de ese pueblo tan diferente de los pueblos que visité después, y no hay ejemplo de los peligros que sólo con habilidad evité ahí.

En todas partes, el Mesías hijo de Dios, se anunciaba con palabras severas, dirigiéndose a los ricos y poderosos; en todas partes el hijo de Dios, era insultado y despreciado por los que él acusaba, pero ahí las precauciones y la paciencia de Jesús le valieron el amor sin reticencias del pueblo y el apoyo de los grandes.

Toda la perspicacia de Jesús fue puesta en juego en esa ciudad famosa y de los goces mundanos, en el centro de los placeres y del lujo más desenfrenado, en la parte del mundo más ejercitada en las transacciones, los cambios, y demás minuciosos detalles comerciales. Jamás Jesús desplegó tanta habilidad y se hizo de tantos amigos como allí. Jamás el apóstol fue tan sentido como por esos paganos de Espíritu frívolo y sumergidos en los hábitos de una existencia alegre y dulce.

El triste objetivo de Jesús, humanamente hablando, data tan sólo del día en que abandonó los pueblos lejanos para dirigirse únicamente a las poblaciones hebreas, siempre obstinadas en desmentirlo y calumniarlo. Pocos son los hombres que tienen el coraje de aceptar opiniones que choquen con las de los demás. La mayoría de los hebreos creía que la autoridad del dogma descansaba sobre la

autoridad de Dios y que predicar la majestad de Dios independientemente de las ataduras que le había proporcionado la ignorancia de los pueblos bárbaros, era profanar el culto establecido, haciéndole experimentar modificaciones humanas, desaprobadas por Dios, autor del mismo culto.

Después de la purificación de mi vida terrestre y del camino hecho en los honores espirituales, yo descendo con alegría a la narración de esta vida cuando ya mis recuerdos se encuentran desembarazados de la ingratitud humana y participo en una forma más amplia de los males de la totalidad de los seres, cuando me reposo en la afección de algunos de ellos.

Alejemos pues hermanos míos, lo que me separa de los días que pasé en medio de ese pueblo, alegremos aún el alma mía con la multitud que me rodeaba con tan respetuosa ternura y no anticipemos los dolorosos acontecimientos que empezaron a desarrollarse con mi salida de dicha ciudad.

En adelante me encontraréis en esa historia como apóstol, predicando el reino de Dios, pastor que reúne su grey, maestro que catequiza a sus alumnos. En esa ciudad en cambio yo era el amigo, el hermano, el profeta bendecido y consolador. Tanto los ricos como los pobres, los ociosos como los trabajadores, venían hacia mí y me colmaban de amor.

Quedémonos por un momento aún ahí, hermanos míos, y escuchad la dolorosa circunstancia de la muerte de una joven:

Yo no la he resucitado, pero hice brotar en el alma de los que lloraban, la fe en la resurrección y la esperanza de volverse a reunir. Consolé al padre y a la madre, haciéndoles comprender la locura de los que lloran por la vida humana frente a la suntuosidad de la vida espiritual. Inculqué en todos los que se encontraban presentes el pensamiento del significado de predilección por parte de Dios para con los espíritus que llama hacia sí en la infancia o en la adolescencia de esta penosa estación de nuestro destino. Mis amigos se demostraban ávidos de escuchar las demostraciones de la naturaleza humana y de la muerte, sobre todo de ésta, que dejaba en sus almas una impresión tan dolorosa que el demolerla rodeándola de una aureola de luz, era como arrojar una llama en medio de las más densas tinieblas y dar movimiento a un cadáver. Para las imaginaciones más ardientes y para los caracteres movedizos, no conviene llamar la atención sobre un punto, sino cuando este punto toma proporciones enormes, debido a la actualidad de los acontecimientos. Elegía mis ejemplos en los hechos presentes y jamás mis discursos fueron preparados con anticipación para esos hombres, fáciles para conmoverse, pero difíciles para ser dominados con la atracción de una ciencia privada de la excitación de los sentidos.

Al acercarse la muerte de esta muchacha, el padre vino a buscarme en medio de la multitud y me arrastró hacia su casa. Ya el frío de la muerte invadía las extremidades y la naturaleza había abandonado toda lucha. La cara demacrada revelaba un mal profundo y los ojos no miraban... la vida se retiraba poco a poco. El silencio del cuarto mortuorio sólo era interrumpido por los gemidos, entre cuyo murmullo desolante se confundían los últimos suspiros de la jovencita. Me acerqué entonces a la muerta y pasándole la mano por la frente, la llamé tres veces con la voz de un inspirado. En esta evocación no tomaba el menor lugar la idea de llamarle a la vida. Los presentes no eran víctimas de una culpable maquinación, puesto que mis actos no podían significar otra cosa a sus ojos sino esfuerzos para convencerlos de la vida espiritual. Me di la vuelta enseguida hacia el padre con la alegría de un Mensajero Divino: Tu hija no ha muerto, le dije. Ella os espera en la patria de los espíritus y la tranquila esperanza de su alma irradia en el aspecto de esta cara cálida

aún por el contacto del alma. Ella ha experimentado en estos momentos el efecto de las inexorables leyes de la naturaleza, mas la fuerza divina la ha reanimado y levanta el velo que os ocultaba el horizonte para deciros:

«¡Oh padre mío, consuélate! La alegría me inunda, la luz me deslumbra, la dulce paz me envuelve y Dios me sonrío».

«¡Padre mío! Los prados se adornan de flores, el esplendor del Sol las encorva y marchita, pero el rocío las reanima y la noche les devuelve la frescura».

«¡Padre mío! Tu hija se marchitó por los soles de la Tierra, pero el rocío del Señor la transformó y la noche de la muerte te la devuelve brillante y fuerte».

«¡Padre mío! La misma alegría te será concedida si repites y practicas las enseñanzas de mi madre. Tú eres el pobre depositario de los días malos, yo en cambio soy la privilegiada del Señor, puesto que no merecía sufrir por más tiempo, siendo que la Providencia distribuye a cada uno las penas y las alegrías según sus méritos».

La infeliz madre estaba arrodillada en la parte más oscura del cuarto. Las personas de la familia la rodeaban y al aproximarme a ella se hicieron de lado.

«¡Mujer, levántate!, le dije con autoridad. Tu hija está llena de vida y te llama. No creas a estos sacerdotes que te hablan de separación y de esclavitud, de noches y de sombras. La luz se encuentra siempre dondequiera que esté la juventud pura y coronada de ternura filial».

«La libertad se encuentra en la muerte. Tu hija es libre, grande, feliz. Ella te seguirá de cerca en la vida para darte la fe y la esperanza. Dirá a tu corazón las palabras más apropiadas para darle calor, dará a conocer a tu alma la reunión y el dulce abrazo de las almas. Te hará conocer el verdadero Dios y caminarás guiado por la luz de la inmortalidad».

«Hombres que me escucháis, vosotros todos que deseáis la muerte en medio de la adversidad y que olvidáis en medio de los placeres de los favores terrestres, aproximaos a este cadáver, el espíritu que lo anima doblará su cabeza sobre las vuestras y el consuelo, la fuerza y la esperanza descenderán hacia vosotros».

«Padre y madre, poned de manifiesto la felicidad de vuestra hija, elevando preces al Dios de Jesús: Dios, Padre mío querido, manda a este padre y a esta madre la prueba de tu poder y de tu amor».

Todas las miradas estaban fijas sobre la muerta, y la pobre madre se había adelantado como para recibir una contestación de esos labios ya para siempre cerrados... El último rayo de Sol que declinaba, se reflejaba sobre el lecho fúnebre y las carnes descoloridas tomaban una apariencia de vida bajo ese rayo pasajero. El rubio cabello ensortijado formaba un marco alrededor de la cara de la niña y el calor de la atmósfera hacía parecer brillante y agitada esa cabellera enrulada y húmeda delante de la muerta. La penosa emoción de los presentes se había convertido en éxtasis. Ellos pedían la vida real a la muerte aparente y la grandeza del espectáculo calentaba sus imaginaciones desde ya tan febriles; mis palabras se convirtieron en conductores de electricidad y el gentío que llenaba el aposento cayó de rodillas gritando: ¡Milagro!

Habían visto a la muerta abrir los ojos y sonreírle a la madre. Le *habían visto* agitarse los cabellos bajo el movimiento de la cabeza y la razón, sucumbiendo en su lucha con la pasión de lo maravilloso. Esto agrandó mi personalidad en un momento, con intensas manifestaciones de admiración.

El *milagro* de la resurrección momentánea de la joven quedó establecido con la espontaneidad del entusiasmo, y el profeta, llevado en triunfo, creyó obedecer a Dios no desmintiendo la fuente de sus próximos sucesos.

Pude desde ese día hablar con tanta autoridad, que los sacerdotes se resintieron al fin y tuve que decidirme a partir.

Empecemos a ocuparnos, hermanos míos, de la preparación de la primera entrevista con *Juan* apodado *El Solitario* por sus contemporáneos y que los hombres de la posteridad convirtieron en un *bautizador*. La apariencia de Juan era realmente la de un *bautizador, puesto que también me bautizó a mí en las aguas del Jordán*, según dicen los historiadores.

Tengo que aclarar algunos hechos que han permanecido oscuros por el error de los primeros corruptores de la verdad.

Juan, era hijo de Ana, hija de Zacarías y de Facega, hombre de la ciudad de Jafa. Él era el «Gran Espíritu», el piadoso solitario, que era distinguido por el general afecto, y los hombres tuvieron razón en hacer de él un *Santo*, porque esta palabra resume para ellos toda la perfección. Predicaba el *bautismo de la penitencia* y la ablución de las almas en las aguas espirituales. Había llegado al ápice de la ciencia divina y sufría por la inferioridad de los hombres que lo rodeaban. No tenía nada de fanático y la severidad para consigo mismo lo pone a salvo de los reproches que podrían hacerse por la severidad de sus discursos. La fe ardiente que lo devoraba, comunicaba a todas sus imágenes la apariencia de la realidad y permanecía aislado de los placeres del siglo, cuyas vergüenzas analizaba con pasión. La superabundancia de la expresión, la hábil elección de las comparaciones, la fuerza de sus argumentos, colocaban a Juan a la cabeza de los oradores de entonces. Mas la desgraciada humanidad que lo rodeaba, lo llevaba a excesos de lenguaje, a terribles maldiciones, y fanatizaba cada vez más al hombre fuerte que comprendía la perfección del sacrificio.

Hombres del día, vosotros estáis deseosos de los honores de las masas, Juan lo estaba de los honores divinos. Vosotros ambicionáis las demostraciones efervescentes; oh, hombres afortunados y encargados por Dios para honrar las cualidades del espíritu y la virtud del corazón, él ambicionaba solamente las demostraciones espirituales y el amor divino. Vosotros hacéis poco caso de la moralidad de los actos cuando la suntuosidad externa responde de vosotros ante los hombres; él despreciaba la opinión humana y no deseaba sino la aprobación divina. Juan habitaba durante una parte del año en los sitios más agrestes y los pocos discípulos que lo acompañaban proveían sus necesidades. Frutas, raíces y leche componían el alimento de estos hombres y ropas de lana grosera los defendían de la humedad y de los rayos solares. Juan se dedicaba en la soledad a trabajos encomiables y los que lo seguían eran honrados con sus admirables conversaciones. Él meditaba sobre la generosa ternura de las leyes de la naturaleza y deploraba la ceguera humana. Descendía de los ejercicios de apasionada devoción a la descripción de las alegrías temporales para los hombres sanos de espíritu y de corazón, y el cuadro de la felicidad doméstica era descrito por esos labios austeros con dulces palabras y delicadas imágenes. El piadoso cenobita coordinaba los sentimientos humanos y gozaba con las evocaciones de su pensamiento, cuando se encontraba lejos de las masas.

El melodioso artista poetizaba entonces los sentimientos humanos y el amor divino le prestaba sus pinceles. Pero en el centro de las humanas pasiones, el fogoso atleta, el apóstol devoto de la causa de los principios religiosos, se mostraba irritado

y desplegaba el esplendor de su genio para abatir el vicio y flagelar la impostura. En el desierto, Juan reposaba con Dios y se dejaba ver al hombre con sus íntimas aspiraciones; en la ciudad él luchaba con el hombre y no tenía tiempo de conversar con los espíritus de paz y mansedumbre. La principal virtud de Juan era la fuerza. Esta fuerza lo llevaba al desprecio de las grandezas y al olvido de los goces materiales. La fuerza lo guiaba en el estudio de los derechos de la criatura y en la meditación de los atributos de Dios. La fuerza le hacía considerar el abuso de los placeres como una locura y el sabio dominio sobre las pasiones, como una cosa sencilla. La fuerza se encontraba en él y la justicia salía de su alma. La elevada esperanza de las alegrías celestes, lo atraía hacia ideales contemplativos y la aspiración hacia lo infinito lo llenaba de deseos... Él no comprendía la debilidad y las atracciones mundanas. Hacía de la grandeza de Dios la delicia de su espíritu, y la Tierra le parecía un lugar de destierro en el que él tenía el cuidado de las almas.

«Otro vendrá después que yo, decía, que lanzará la maldición y la reprobación sobre vuestras cabezas; oh judíos endurecidos en el pecado, oh paganos feroces e impuros, niños atacados de lepra antes de nacer... y vosotros, grandes de la Tierra ¡Temblad! La Justicia de Dios está próxima».

El fraude y las depravaciones de las costumbres, Juan los atacaba con frenesí, y la marcha de los acontecimientos demostró, que él no respetaba a las cabezas coronadas más que a los hombres de condición inferior.

La centella de su voz potente iba a buscar la indignidad en el palacio y revelaba el delito fastuosamente rodeado. Las plagas de la ignorancia, las orgías de la pobreza lo encontraban con una compasión agria, que se manifestaba con la abundancia de la palabra y con la dureza de la expresión.

Juan pedía el bautismo de fuego de la penitencia y quería el estigma de la expiación. Predicaba, es cierto, el consuelo de la fe, mas era inexorable con el pecador que moría sin haber humillado sus últimos días en las cenizas de sus pecados. Él permanecía una parte del año en la ciudad y la otra en el desierto. He dado ya a conocer la diferencia de humor que se manifestaba por efecto de estos cambios. Me queda que describir las abluciones y las inmersiones generales en el Jordán.

Los judíos elegían para dichas abluciones parciales y para las inmersiones totales un río o un canal, y las leyes de la higiene se asociaban en ello con las de la religión. El Jordán, en la estación de los calores, veía correr hacia sus riberas multitudes innumerables, y Juan bajaba de su desierto para hacer escuchar de esas gentes sus discursos graves y ungidos.

Su palabra tenía entonces ese carácter de dulzura que él adquiría siempre en la soledad, y su reputación aumentaba el apuro de las poblaciones circunvecinas por practicar las inmersiones del Jordán.

Juan recomendaba el deber de la penitencia y del cambio de conducta después de la observancia de la antigua costumbre, y establecía que la penitencia debía ser una renovación del bautismo.

A menudo les gritaba: «De vuestro lavaje corporal deducid vuestro lavaje espiritual y sumergid vuestras almas en el agua de la fuente sagrada. El cuerpo es infinitamente menos precioso que el espíritu y sin embargo, vosotros nada descuidáis para cuidarlo y embellecerlo, mientras abandonáis el espíritu en la inmundicia de las manchas del mal, de la perdición y de la muerte».

«De la pureza de vuestro corazón, de la blancura de vuestra alma, haced mayor caso y cerrad los oídos a los vanos honores del mundo».

«Resucitad vuestro espíritu mediante la purificación, al mismo tiempo que conserváis vuestro cuerpo sano y robusto con los cuidados higiénicos».

Juan hablará él mismo en el cuarto capítulo de este libro y describirá nuestra primera entrevista, que tuvo lugar en Bethabara.

CAPÍTULO IV

HABLA JUAN EL BAUTISTA

Vengo a la llamada de mi glorioso hermano.

Con el cuerpo rendido y el alma entristecida, Jesús precisaba descanso y consuelo. Había oído hablar de mi persona y tuvo ganas de verme.

Preguntad hermanos, por el continente grave y dulcemente familiar de Jesús. Preguntad a Jesús por la fuerza apasionada de Juan. Los dos contestaremos que la naturaleza de los hechos de nuestra existencia terrestre guardaba el sello de nuestra naturaleza espiritual. En Jesús era el reflejo de la misericordia divina y en Juan era la necesidad de fustigar la materia. La figura de Jesús asumía, a veces, la inquietud afligente de los dolores humanos; todos los juicios de Juan, en cambio, tomaban su razón de ser en la maldad e incapacidad de los hombres. El semblante de Jesús se iluminaba con la grave pero expansiva alegría del padre y del pastor, en el semblante de Juan no descubriréis más que el negro, grande e inalterable pensamiento de la degradación humana y de las vergüenzas de los conquistadores. Todas las ternuras se ven manifestadas en Jesús y su pureza les forma un cuadro de poesía divina. Juan se alejaba con alegría de los hombres, y su piedad estaba mezclada de ira y desprecio.

Benedicid a Dios, hermanos míos, por las revelaciones de Jesús, y en cuanto a Juan que agrega a estas revelaciones el concurso de su palabra, quedad convencidos del ascendiente de Jesús sobre él, pero no del deseo de Juan de venir hacia vosotros.

Jesús sufría desde que había dejado a sus *buenos paganos*, como él los llamaba, y el recuerdo de los momentos felices que había pasado al lado de ellos lo entristecía. Mas Jesús era el puro espíritu de la patria celeste y los apasionados movimientos de ternura no tenían que luchar en su alma con el rígido sentimiento de un deber riguroso.

La misión del apóstol se mostraba, más que en otra cosa, en el esfuerzo supremo que lo arrancaba de las fáciles alegrías para lanzarlo en los brazos de penosas aprehensiones, de pruebas humillantes, de poderosos enemigos, de la muerte, que él buscaba como el santuario de su pensamiento fraternal y su amor divino.

Jesús sabía que después de su muerte se cerniría sobre el mundo humano, y medía con la paciente emulación de su alma esa separación con el convencimiento de que un día, mediante progresivas luces, se llegaría a la reunión eterna.

Jesús quería todos los horrores de la muerte para echar sobre su vida de virtud esa antorcha postrera que se llama martirio y presentar ante Dios los estigmas de sacrificio.

Pasemos a relatar la visita de Jesús a Juan, en la ciudad de Bethabara. Observemos la figura carnal de los dos apóstoles y fijémonos en la delicada armonía de sus espíritus con sus envolturas mortales. Bajemos al nivel de los escritores humanos para satisfacer vuestra curiosidad y pongámonos de manifiesto con un paciente esfuerzo de memoria, respecto a las cosas perdidas entre siglos de trabajos espirituales, constantes y de sublimes visiones. Llamemos nuestros pensamientos hacia la Tierra e iluminemos con detalles corporales el camino del alma hacia las eternas alegrías. Presentemos en este libro el retrato de la figura aparente del espíritu y purifiquemos nuestro pensamiento con humildad y premura.

Jesús era alto de estatura, de cara pálida, ojos negros, cabello castaño y la barba que llevaba, era larga y casi roja. La forma de la cabeza era ancha y enérgica, la frente desarrollada y con escaso pelo, la nariz recta, los labios sonrientes y su modo de caminar manifestaba nobleza. La pobreza de sus ropas no era suficiente para esconder la riqueza de esa naturaleza resplandeciente de elevación, además de el origen humilde de su familia y la modestia de su carácter. La palabra atraía e inspiraba afecto a la persona de este hijo de un carpintero, que amaba a los niños y que designaba a los pobres como *los primeros* en el reino de Dios. La perversidad se detenía ante su mirada y numerosos pecadores venían a implorar penitencia y compasión a los pies de este divino dispensador de gracias y absoluciones.

Hubo mujeres atraídas por el prestigio de su belleza física y el de su elocuencia, mas ellas se ruborizaron ante la pureza de su espíritu y el amor carnal se fundió con el sentimiento de exaltación religiosa. Tú sola, oh María, introdujisteis una sombra en ese corazón adorable, y desde la cruz Jesús te dirigió una mirada de reproche y de cariño. Esa cruz era al mismo tiempo tu condena y una promesa de protección para el porvenir, de ella tú guardas la tristeza en el alma y una promesa en el espíritu; de esa cruz tú guardas una imagen dolorosa y una luminosa aureola y la justicia de tu condena, habrá sido el deslumbramiento de tu alma dentro de un cuerpo marchito.

Jesús era el apoyo de los débiles, la dulzura de los afligidos, el refugio de los culpables y el maestro de elevadas enseñanzas para todos los hombres. Alegrías inefables producía su palabra, penetrante en los corazones de todos los que lo escuchaban, así como su clarividente familiaridad. Preciosos honores iban ligados a su amistad y las almas ingenuas de sus apóstoles, como las mejor templadas entre sus defensores de Jerusalén, jamás encontraron felicidad más completa, tranquilidad más profunda, que durante sus conversaciones y después de sus expansiones de alegría y de aliento.

La patria y la familia de Jesús se encontraban en todas partes.

«Los hombres son mis hermanos, decía, y todos mis hermanos tienen derecho a mi amor».

«¿Dónde están las leyes y las costumbres de la familia de mi Padre, de la patria de mis progenitores?»

«En el libro eterno».

«Yo os lo digo: el que no trate a los hombres como hermanos, no será recibido en la casa de mi Padre».

«El que diga: Ese hombre no es de mi patria, no entrará en la patria del Padre».

«El que haga dos partes: una para su familia y la otra para sí, no gozará de los dones y de los favores del Padre.»

«El que no combata la adversa fortuna en nombre de la familia universal, apeándose tan sólo a los bienes de su padre y de su madre, no verá la alegría de la casa paterna y no encontrará más que el abandono y el aislamiento después de la muerte. Abandonad, pues, a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestros hermanos y a vuestras hermanas antes de complaceros en el olvido de la ley de Dios. Esta ley exige el conmovedor sacrificio del fuerte a favor del débil y de la familia esparcida por toda la Tierra».

«He aquí los miembros de mi familia, he ahí los hijos de mis hermanos, decía él señalando los hombres y los niños que le rodeaban».

«Hermanos míos, amigos míos, hijos míos, haced vuestros preparativos de viaje y marchad hacia la patria del Padre Celeste. Los pobres serán recibidos los primeros y los ricos, que hubieren abandonado todo para seguirme, tomarán parte en la alegría general».

«Hermanos míos, amigos míos, hijos míos, seguidme y manteneos firmes en la humildad y en la pobreza».

Juan era de color trigueño, cabellos negros y de estatura menor que la media. Tenía ojos rojos, sombreados de espesas cejas, lo cual, unido a su palidez, daban una expresión de dureza a su persona. Mas la sonoridad de su voz y la expresión de sus gestos hacían desaparecer poco a poco la primera impresión desfavorable para dar lugar al atento interés de sus oyentes y arrastrar al entusiasmo a las masas.

Jesús os ha hablado ya de la palabra de Juan, y me parece inútil el hacer os notar lo erróneo del nombre de *bautizador* que se me dio después.

Mi habitación fue honrada con la dulce figura del Mesías, un año antes de mi suplicio. La misericordia divina quiso presentarme el modelo de la abnegación para dar a la mía más ternura en la claridad y mayor mansedumbre en la expresión. Yo me sentí penetrado de la misericordia divina cuando vi al *hijo del carpintero de Nazaret* (puesto que así él se anunció), quien tomó lugar entre mis discípulos.

La luz de la gracia iluminaba su frente, y sus labios sonrieron cuando me manifestó su deseo de hablarme a solas.

«La justicia de Dios, me dijo, se verá honrada en sus decretos cuando los hombres sean capaces de darse razón de ella».

«La fe será el apoyo de los hombres cuando ella se libre de sus actuales tinieblas y se manifieste llena de promesas».

«El poder de Dios impondrá la adoración cuando ella sea explicada claramente».

«Para hacer apreciar la justicia de Dios, es necesario establecerla sobre su amor, y el amor justificará el castigo. Rechacemos la tétrica envoltura de los dogmas y hagamos resplandecer el amor perfecto del Creador. La justicia es el amor y el amor es la perfección divina. La eternidad del amor hace imposible la eternidad de los sufrimientos. Sin justicia, ¿dónde estaría el amor? Y sin amor, ¿dónde estaría el Padre?».

«Prediquemos pues el amor, Juan y honremos la justicia atribuyéndole la resurrección del espíritu hasta su completa purificación».

«Apurémonos en probar la transmisión del espíritu, indicando los males que afligen al cuerpo, y separemos el espíritu del cuerpo, demostrando con descripciones pomposas, los honores de dicho espíritu».

«Explicuemos la penetrante intervención del poder divino con la tranquila confirmación de la fe, y ya sea que este poder se manifieste ostensiblemente, ya sea que él se abstenga de manifestaciones fortuitas, rodeémoslo de nuestra admiración y de nuestras esperanzas».

«La desmoralización de los hombres depende de su natural inferioridad».

«A las llagas del cuerpo debemos procurarles el bálsamo refrigerante y aún más, debemos procurar esconderlas de las miradas ajenas cuanto más asquerosas ellas sean».

«Para las llagas del alma procuremos iguales cuidados que para las llagas del cuerpo y purifiquemos el aire apestado, con palabras de misericordia y esperanzas animosas».

«Descubramos las llagas a solas con el enfermo y sondeemos la herida para sanarla; pero que ignore la multitud las vergüenzas ajenas y sólo encuentre en tus palabras, Juan, la expansión de tu virtud y de tu fe».

«Que el favor de Dios se demuestre en ti con imágenes delicadas y floridas y que la elevación de tus pensamientos no se encuentre empañada con la acritud de tus demostraciones».

«He ahí los consejos de Jesús de Nazaret».

«Jesús precisa del apoyo de Juan para que se le honre y se le siga, y viene como un solicitante de parte de Dios».

Yo escuchaba aún a él, que me tenía la mano en señal de alianza. Apreté esa mano y le dije:

«Tú eres el que debía venir, si no, ¿dónde esperar otro?».

«Tus palabras se graban en mí y la gracia se encuentra en tu mirada».

Jesús elevó hacia el cielo sus ojos húmedos y cariñosos y enseguida me dijo:

«La paz que viene de Dios se establece en nosotros».

«La luz pura nos demuestra la vida eterna como precio de nuestros trabajos».

«La justicia Divina nos preservará del temor de los hombres y el alto poder nos elevará a alegrías perfectas».

«Libremos a la Tierra de sus obstáculos, librémos a las almas de sus terrores y hagamos de lado los despojos mortales glorificando a Dios».

Juan comprendió. La justicia de Dios lo libertó más que nunca del temor de los hombres. En el año que siguió a esta gran manifestación divina, Juan murió, fuerte de la gracia que lo sacaba de un mundo corrompido. Demostró en el suplicio la majestad de la calma y el ardor de la fe. Fue el mártir de su fe al acusar a los príncipes de la Tierra por sus escandalosos ejemplos, y a los gobernadores de la provincia que habitaba por sus evidentes delitos.

Hermanos míos, acabo de realizar con vosotros una nueva misión, y me retiro de este lugar, dejando el puesto al divino visitador, que desea terminar él mismo la referencia de nuestras relaciones.

Adiós, hermanos míos, y que la gracia os sea provechosa.

La pureza de Juan, hermanos míos, es hija de su vida humana y la santidad de su espíritu no hizo sino acrecentarse después de su estancia sobre la Tierra.

La primera condición del apóstol es la firmeza. Juan la llevó tan lejos cuanto lo permitía la naturaleza humana. La muerte del mártir le dio elevación delante de

Dios y la cantidad de sus obras lo coloca a la cabeza de los que han sido enviados entre vosotros. La tierna afección que el apóstol me demostró desde el principio, se hizo cada vez más grande y la sorpresa de las personas que vivían con él se convirtió en respeto.

El calor penetrante de mi alma, fundió el hielo que impedía al alma de Juan participar del dolor humano, desligando este dolor del principio de justicia para hacerlo resplandecer del don misterioso del hombre para con el hombre, honrando la cualidad de hermanos y llamando a todos los hombres hacia la perfección del espíritu; dando a todos los espíritus el mismo origen de alianza con Dios y el mismo coronamiento en el porvenir, atrayendo hacia el corazón del apóstol, fanático por la virtud, la amplia expansión de la piedad fraterna y del amor humano, por el deseo de amor divino.

Dejé a Juan recibiendo su promesa de purificar sus pensamientos con respecto a la fraternidad de los hombres, le prometí volverlo a ver y me dirigí hacia Jerusalén. Yo contaba ya en Jerusalén con un partido poderoso y devoto, debido más a los trabajos de José de Arimatea que a mis méritos personales. Mi personalidad quedaba resguardada con la de ese hombre influyente, colocado ahí, habríase dicho, para hacer la mitad del camino que se había trazado. José, que veía en mí un simple reformador de la moral, mucho se asustó cuando le desarrollé mis proyectos de reforma religiosa.

Algo pesimista y clarividente, él empleó todos los medios posibles para hacerme renunciar a la mezquina lucha, como decía, de la arcilla en contra del cobre, de un niño en contra de una legión de gigantes. José tuvo en esos momentos de aprensión la visión de mi pasión y de mi muerte y del comportamiento de ese pueblo que en esos momentos era favorable a mis ideas de mejoramiento, pero cuya estúpida ignorancia me definió así como su volubilidad, fundada en sus cambiantes impresiones y en la rusticidad de sus instintos. Me pintó con caracteres de fuego el odio de los sacerdotes, la defección de las personas en quienes confiaba y la ira de los hipócritas desenmascarados. Colocó sobre la balanza, con sano criterio, la vergüenza de una derrota y la tranquila esperanza en el porvenir. Definió, en medio del transporte de su corazón, tanto los tormentos que me esperaban y los celos feroces de mis adversarios, como la paz de una existencia pasada, entre la amistad y la virtud. Hizo brillar ante mis ojos la tierna y deliciosa armonía de los goces del alma y les colocó en frente la fatiga y el desengaño de una tentativa humanamente privada de toda probabilidad de éxito y llena de peligros, sin utilidad y sin gloria.

Las abundantes razones y la lógica decidida de mi amigo, cayeron ante mi resolución.

¡Ay de mí! Yo empezaba a alejarme de la dulzura, y la aspereza de mi designio, daba a mis palabras la dura expresión de la impaciencia y de la altanería.

José añadió la piedad a la aflicción y el modo con que sufrió mi mal humor me dejó libre de todo miramiento.

Le comuniqué mis aspiraciones, mis propósitos, los signos de mi misión, los inmensos deseos de mi espíritu, las tontas fantasías de la muerte, que turbaban mis sueños, y le describí mis expectativas con respecto de la posteridad a la que hacía falta un iniciador que la deslumbrara. Yo encontraba la defensa de la humanidad en la abyección en que la habían sumergido los orgullosos fanáticos. Me levanté para condenar la ley que me condenaba a mí mismo, mas esta ley perecería para siempre, mientras yo recorrería mundos, daría facilidades al progreso, descubriría amplios horizontes y volvería a vivir en el curso de los siglos. Quería la libertad del espíritu;

entregaba mi cuerpo en medio de las malélicas estrecheces de la atmósfera terrestre ciñendo la frente con la corona del martirio, pero habría antes conquistado la doble gloria del legislador y del apóstol.

La ley de Moisés decía: *Los reyes son designados por Dios para gobernar a los hombres.*

Yo sostendré que la igualdad de los hombres está ordenada por Dios y que el mando supremo pertenece sólo a la virtud.

La ley de Moisés decía: *Los hijos pertenecen a los padres, y la esposa es la esclava del esposo.*

Yo diré: Que el espíritu pertenece a Dios, y que el hijo debe abandonar al padre y a la madre antes de infringir los mandamientos de Dios.

Yo diré: Que la esposa es igual al esposo y que no existen esclavos en la familia de Dios.

La ley de Moisés decía: *Los sacrificios de sangre son agradables a Dios.*

Yo diré:

Arrojad del templo lo que mancha y ofreced a Dios el corazón de sus hijos. Caminad en medio de las flores del prado, jamás entre la masacre y las llamas. Ofreced a Dios el homenaje de vuestras penas, de vuestros dolores, para serle agradables; mas no matéis lo que Él ha creado y no profanéis con sacrificios horribles el altar del Dios de paz y de amor.

La ley de Moisés decía: *No tomes a tu hermano, ni su mujer, ni su buey, ni su asno ni nada de lo que le pertenece.*

Yo diré: Partid la mitad con vuestros hermanos, de los bienes del señor. Quien quiera que no haga sacrificio de sí mismo a favor del hermano no entrará en el reino de Dios. El robo y el adulterio son odiosos porque ultrajan la justicia y la caridad. No manifestéis, pues, vuestras inclinaciones, vuestros deseos ilícitos; arrepentíos en cambio antes que la mirada de un hombre se haya percibido de esta humillación de vuestro espíritu. Practicad el bien en la sombra, orad con la elevación de vuestros corazones y reconciliaos con vuestros enemigos antes de entrar en la Sinagoga.

No me hallaba ya en el tiempo de mis tímidos estudios respecto a las necesidades humanas, y la naturaleza de mi entusiasmo no se parecía a la temeridad de la adolescencia. Mi penetración en el porvenir tomaba su origen en el ardor de mi voluntad. *Yo hablaba con una emanación divina* y gozaba de un puro éxtasis en las maravillas de la patria celeste. Después volvía a la realidad, más emprendedor, más infatigable, más heroico que antes, por el cumplimiento de mi misión. Mi muerte me parecía útil, huir de ella me hubiera parecido vergonzoso y vil.

¿Podría acaso olvidarme la posteridad? —«No, me contestaba una voz íntima, la posteridad tiene necesidad de ti, el porvenir tiene sus esperanzas en la nueva ley; los vestigios de tu sangre harán brotar virtudes».

Yo debo, hermanos míos, demostraros los diferentes efectos de mi pureza que tuvieron por móvil causas diferentes en dos épocas de mi vida. Coloco la primera época, dentro del tiempo transcurrido hasta el fallecimiento de mi padre.

La pureza de mi juventud era un reflejo de la naturaleza de mi espíritu, lanzado hacia el duro cautiverio de la materia. La pureza de mis años viriles fue el fruto de una victoria y la luminosa aureola que me acompañaba es la recompensa de esa victoria.

Mi muerte de hombre fue la libertad de mi espíritu, y mi elevación fue conquistada en el cuerpo humano. La ley divina es absoluta y el camino de la

humanidad, lo mismo que el individual, se cumplen sin desviaciones, dentro de la justicia del Creador.

Lleguemos a esta conclusión, hermanos míos: Permaneced en la creencia de mi pureza como espíritu antes de su última encarnación; mas humillaos en cuanto a la dirección de vuestra humanidad, que encamina a todos sus miembros dentro de las mismas condiciones de existencia.

¡Marcha humanidad terrestre, tú arrastras en tu rápido movimiento tanto las más bellas flores como las más deformes raíces! Mas, si en este movimiento la flor pierde su perfume, ¡ah, cuánto tiempo se precisa para recuperarlo! Mas si en este movimiento la defectuosa raíz se abre en bellos brotes, ¡ah, cuán dulce rocío le dará fuerzas y la hará crecer en mejor temperatura!

¡Admirable alianza de los espíritus, demostración de la fraternidad, vosotros descubristis la adorable bondad de Dios y explicáis su justicia!

A la humanidad terrestre yo venía a darle mi vida de *hombre*, mis sufrimientos de hombre, mis pensamientos, mis trabajos, mi piedad, mi amor... Mas en esta nueva peregrinación de mi espíritu, *mi memoria me negaría el apoyo del pasado* y mis fuerzas flaquearían a menudo. Como *hombre* sentiría el aguijón de la carne; como *hombre* sufriría debido a la materia, y las afecciones combatidas me pesarían como remordimientos. Como *hombre* me cansaría de los hombres y sufriría no obstante por el abandono de ellos, como *hombre* me llegarían señales de compasión de los *espíritus de Dios*, pero nada de ostensible podría darme facultad para desafiar, para cambiar el orden de la naturaleza; como *hombre*, en fin, estaría sometido a la ley humana y la justicia de Dios no alteraría, por mí, su inmutabilidad.

Hermanos míos, conviene que estéis prevenidos en contra de la infeliz locura de la superstición. Abandonad las culpables ficciones de las pasiones de la época y las tristes enseñanzas del pasado y alegrad vuestro espíritu con el principio absoluto de la fe. Este principio descansa en la eternidad de las leyes naturales y en la perfección de su autor, en la luz llevada por la gracia y en la eficacia de ésta para el bien general.

Hacedos dignos de la gracia y trabajad en la luz. Aquellos que os son ahora superiores han trabajado y comprendido.

Los que os favorecen tienen aún un deber que llenar, esfuerzos que hacer en común, fuerzas que recabar del seno de la Divinidad y honores que merecer. Las ideas de mejoramiento hacen latir siempre el corazón de los grandes espíritus.

La ley general de las humanidades es la de marchar hacia delante, la de los espíritus puros es la de traerle luz a la humanidad.

Hermanos míos, la palabra de Jesús está ahí para traeros la luz. La vida carnal de Jesús trajo la luz, y los Mesías de todos los mundos y de todos los siglos han sido enviados para distribuirla. Mas estos Mesías encarnados en la materia, hacen causa común con la humanidad a la que deben ayudar, tienen la misma semejanza humana que los demás y nada hay que pueda librarlos de las tendencias propias de esta naturaleza. Haced pues, para todos, el mismo fardo de pruebas y la misma debilidad de órganos, la misma delicadeza material y *el mismo olvido del pasado en la naturaleza humana*. Honrad la justicia de Dios, majestuosa y fuerte en su curso. De la pureza de Jesús hecho *hombre* no juzguéis sus manifestaciones contando su pureza anterior de espíritu, mas llegad a comprender la lucha del espíritu perdido en la materia y obligado a someterse a las leyes de dicha materia.

En el quinto capítulo, la continuación de esta relación, tendrá por objeto el conocimiento de mis apóstoles y de mi poder como hijo de Dios, título aparatoso y lleno de temeridad, pero rebosando de promesas, el que yo me daba para levantar mi misión y deslumbrar a las masas, título que merecí por justa adoración del Padre nuestro.

La ley tenía que castigarme como blasfemo, nadie hubiera podido salvarme. Yo lo sabía y las meditaciones respecto a mi muerte formaban mi delicia. Ella llevaba consigo el voluntario sacrificio de las afecciones terrenales, y mi madre, mis hermanos y mis hermanas, se convirtieron para mí en miembros de la familia humana en medio del pensamiento general y fraterno de la unión de las almas.

Hermanos míos, os digo: volveré dentro de poco.

CAPÍTULO V

EL MAESTRO SE OCUPA DE SU MESIANISMO

Hermanos míos, el título de hijo de Dios elevaba mi misión, purificando mi personalidad humana en el presente y aseguraba mi doctrina para el porvenir. Con este título de hijo de Dios, yo renunciaba a todos los honores, a todas las ambiciones de la Tierra y mi espíritu debía resultar victorioso en sus luchas con la naturaleza carnal. El título de hijo de Dios, habría de convertirse en un medio de prestigio para dominar a las masas, mientras podría después explicarlo oportunamente a los hombres más iluminados. Dicho prestigio me proporcionaría la posibilidad de llevar a cabo mi fundación y asegurarla. Me preocupaba sobre todo la posteridad, y su consentimiento parecía depender de la fe que yo llegara a inspirar, considerándose mi luz como un reflejo de la luz celeste.

Con todo, la soledad suscitaba, a veces, dudas y temores en mi espíritu y yo me preguntaba entonces si consistiría realmente en todo ello el objetivo de mi vida. ¿Espíritus perversos me habrían tal vez empujado por un falso camino? ¿Sería fructífero el sacrificio de mi tranquilidad y mis alegrías humanas? ¿O mi poder de hijo de Dios se vendría miserablemente al suelo? ¡Indecisiones fatales, vosotras ponéis bien de manifiesto la debilidad del espíritu cuando se encuentra envuelto en la naturaleza corporal!

Jerusalén me parecía lugar poco favorable para implantar mi doctrina. Pero antes de dejarla yo quería medir mis fuerzas e intentar mis medios de acción sobre la multitud; me presenté pues en el Templo rodeado de mis más fieles secuaces.

Era costumbre que todo hombre de alguna fama, tomara ahí la palabra, cosa que yo había hecho muchas veces. Mas debo confesar que la elocuencia sagrada me era difícil y que en todos mis discursos, mi debilidad se hacía evidente por la lucha que se establecía entre mi naturaleza física y el deseo vehemente de manifestar mi pensamiento. Las miradas que se fijaban en mí muy de cerca y las interrupciones frecuentes eran suficientes para turbar mis sentidos y desviar mi memoria. Me veía entonces lanzado en cierto desorden de ideas y desarrollaba teorías ajenas al tema que primitivamente me había propuesto. Si bien vencí más tarde esta dificultad, es digno de notarse que la presión de la actualidad dominaba siempre en mí. Mas en ese

día debía cuidarme mucho de las apariencias, del efecto que debía producir delante de personas dispuestas a hacerme daño y delante de otras prontas a creerme, a seguirme y a defenderme.

Tomé como tema de mi conferencia el siguiente:

«*La Majestad Divina en permanente emanación con sus obras*», y me constituí en el negador de la *eterna venganza* de mi Padre amado.

El terror de la gente, que hasta entonces me había tenido por un extravagante, cuyas máximas no podían inspirar aprensiones, llegó al colmo.

La mayor parte de los oyentes, pendía de mis labios cuando desarrollé la idea de la correlación de los espíritus de Dios en la habitación pasajera del hombre.

Hablando respecto de mi filiación divina, con la ciencia de los honores de Dios hacia la criatura, vine a colocarme a la cabeza de los reformadores de todos los tiempos y como el precursor de un porvenir de paz y de luz. En esa filiación a favor de uno sólo, se encerraban promesas para la humanidad entera, por cuanto si bien yo me hacía el honor de dicha filiación, añadía que todos los hombres adquirirían el mismo honor.

Después, llegando al último juicio, yo dije:

«Dios vendrá sobre una nube acompañado por su hijo y dirá a los justos: *Aproximaos a mí* y dirá a los réprobos: *Alejaos de mí, permaneced en el infierno hasta la purificación de vuestras vidas*».

Era la primera vez que alguien se atrevía a admitir la purificación en el infierno y la extrañeza de mis oyentes provocó repetidas objeciones, a las que yo contestaba desarrollando mis doctrinas. Mi presencia al lado de Dios fue interpretada como una explosión imaginativa, lo cual acepté.

La predicación en ese tiempo, hermanos míos, no imponía esa atención muda y respetuosa como actualmente. La mala fe del orador se denunciaba por su indecisión al contestar a las objeciones de los oyentes, y la paciencia de estos en escuchar las demostraciones sabias y religiosas era una prueba del trabajo de sus espíritus que buscaban comprender los preceptos y la moral que resulta de ellos.

La mayor parte de los hombres que estaban presentes a las manifestaciones de mi pensamiento en ese día, opinaron que era yo una persona muy excéntrica y que mis palabras encerraban al anuncio de una misión divina. Mas una minoría de mis oyentes interpretó mis propósitos como un atentado al culto que se debía a Dios, y clasificó de rebelión mi resolución de quebrantar las antiguas creencias.

Salí del Templo aclamado por la muchedumbre, mas no se me ocultaron las miradas de odio y las amenazas de los que se habían declarado mis enemigos. Al volver a entrar fui aclamado frenéticamente, quedando en ese momento equilibrado por mis fieles, el poder de los sacerdotes. Creo que si mis perseguidores hubiesen demostrado entonces sus intenciones y hubiesen puesto en práctica la primera parte de su programa, mi personalidad se hubiera colocado enseguida a una altura inaccesible para los asaltos y para las falsas interpretaciones de los que querían oscurecer mi fama, ya sea intentando *divinizar* una criatura, ya sea combatiendo groseramente el doble sentido con la injuria, o sosteniendo la impiedad al negar el carácter divino de mi mensaje.

Me separé de esa muchedumbre que tal vez me hubiera mareado, pero repito que si hubiera permanecido por más tiempo en Jerusalén, habría persistido el entusiasmo de mis aliados y la impotencia de mis enemigos. La misma forma de muerte habría terminado mi vida, en la misma época, pero ¡Cuántos trabajos se hubieran logrado, cuántos discípulos inteligentes reunidos, cuánta resonancia y qué

resultados conseguidos! Hermanos míos, ¡pidamos a Dios el advenimiento de esa religión universal tan esperada, que hará resplandecer a Dios y a su providencia, a Dios y su amor!

La naturaleza humana es viciosa porque el hombre nace de la lubricidad. Mas pasando por las pruebas de la carne, el hombre se desliga de esta naturaleza por la fuerza de su voluntad, y hallándose el sentimiento humano replegado bajo el sentimiento religioso, el espíritu adquiere el desarrollo que lo aproxima hacia la pura esencia de Dios. Trabajad en este desarrollo, hermanos míos, la sublime religión de Dios os lo recomienda.

Yo soy el ángel de vida y digo: «La vida es eterna, los sufrimientos sólo duran pocos días; sufrid pues con coraje, la sublime religión de Dios os lo recomienda». Yo soy el espíritu de luz y digo: «La alegría inundará a los que habrán caminado en la luz».

Hermanos míos, la sublime religión de Dios os ordena demostrar vuestra fe, aspirando el aire de la libertad de vuestra alma; adornad vuestro espíritu, buscando el sendero de la verdadera felicidad, humillad vuestro cuerpo, cansándolo con el ejercicio de la caridad, privándolo de los honores fastuosos y de los goces groseros, elevándolo por encima de los instintos de la naturaleza animal en lo que ésta tiene de más feroz y asqueroso. Pedid a la luz la verdad del porvenir por encima de las mentiras y locuras de la Tierra. Pedid y recibiréis, hermanos míos, por cuanto yo soy el espíritu de luz y os amo.

¡Purificad vuestra naturaleza carnal, oh vosotros que queréis entrar en relación con los espíritus puros; pedid la luz a la ciencia de Dios, oh vosotros que deseáis vivir y morir en la paz y en el amor!

Me fui de Jerusalén a Cafarnaúm, ciudad situada a orillas del lago Tiberiades y casi completamente habitada por pescadores, mercaderes y empleados de gobierno.

Cafarnaúm me pareció totalmente adaptada para mis miras de proselitismo, que desde el primer momento hice de ella el centro de mi acción y de la esperanza de mi vida de apóstol. Los pescadores de Cafarnaúm me eran simpáticos por su alegría franca y honrada. Los mercaderes me parecían restos de pueblos diversos, arrojados ahí casi por un capricho de la suerte, y los oficiales del gobierno me producían el efecto de testigos, felizmente colocados ahí para la protección de un hombre, cuyos discursos no irían más allá de lo permitido por el Estado.

La mediocre fortuna de los más ricos de Cafarnaúm, me aseguraba un tranquilo ascendiente tanto sobre las clases pobres como sobre las más favorecidas. Las costumbres sencillas y las limitadas ambiciones, favorecían el ensanchamiento del círculo de mis oyentes y mi poder como *hijo de Dios*, se establecería en los corazones de los fieles depositarios de mi palabra con mayor tenacidad que en ninguna otra parte.

La benévola acogida que se me dispensó en Cafarnaúm tenía sus motivos en las recomendaciones de mis amigos de Jerusalén. Mis primeros protectores fueron aquí también mis primeros discípulos, y mis tareas fueron de lo más fácil en un principio.

Hagamos por merecer, queridos hermanos, con esfuerzos elevados y con el tierno reconocimiento de nuestros corazones, que Dios nos allane los senderos que nos tiene abiertos delante de nuestro espíritu, para llevarlo al apogeo de la ciencia y de la prudencia, pero jamás digamos que la Providencia nos lleva; no afirmemos que nuestros pasos están señalados y que tal espíritu está guiado por tal espíritu. No, la Justicia de Dios es más grande y todos los hombres tienen derecho a su misericordia.

¿Qué género de alianza con los espíritus de Dios queréis hermanos míos, que engendre vuestras alegrías si vosotros no lo merecáis con el ardor y la perseverancia de vuestras resoluciones? ¿Qué manifestaciones podríais esperar de Dios si entre vosotros no reinara la concordia y la justicia? ¿De cuántos errores, en cambio, y de cuántas mentiras no seríais vosotros el juguete, si con vuestra vergonzosa vida facilitarais la alianza de vuestro espíritu, con los espíritus embusteros de la humanidad, muertos en la vergüenza? Desligaos del error, desligaos de los amores corrompidos y la verdad os descubrirá sus tesoros y el amor divino manifestará su calor a vuestra alma.

Haced los preparativos de vuestra elevación, adornad la casa en que aguardáis al espíritu de Dios para que ella sea digna de él. Arrojad de lado las cosas malsanas y lavad las llagas dejadas por ellas para que el espíritu del Señor no se sienta rechazado y se aleje. Limpiad la cabeza, limpiad el corazón, limpiad el espíritu, limpiad la conciencia y facilitad la entrada en la habitación con tiernas llamadas, con firmes promesas y con ardientes deseos. ¡Ah, hermanos míos! ¡Cuánto se equivocan los que creen que el camino de los acontecimientos está sometido a la *fatalidad* y que dicha *fatalidad*, *cuyos golpes retumban en el corazón del hombre, golpea ciegamente, proclamando a la criatura la ausencia de un Ser Inteligente!*

Una vez más: no. La justicia de Dios existe, y para todos, la *fatalidad* no es otra cosa que el castigo merecido. La *fatalidad* os respeta cuando os encontráis bajo la protección de un espíritu de Dios, mas esta protección no se adquiere sin sacrificios y los sacrificios son expiaciones. La supremacía del mando, la servidumbre, la riqueza, la esclavitud, son expiaciones. La virtud en los reyes es poco común, el coraje de los esclavos es poco común, el vigor del espíritu en los deprimidos es poco común, la liberalidad en los ricos es poco común. Mientras tanto todos se liberarían de la fatalidad mediante la virtud, el coraje, la energía del espíritu y la liberalidad. Todos progresarían en el sendero del propio mejoramiento si estuvieran convencidos de la justicia de Dios y de las promesas de vida eterna. La justicia de Dios a todos nos protege con el mismo apoyo y nos carga con igual fardo. Ella nos promete la misma recompensa y nos humilla del mismo modo, nos alumbra con la misma antorcha y nos abandona con el mismo rigor. No prelujemos nuestra decadencia intelectual con la aceleración de nuestros principios religiosos, alimentemos en cambio nuestro espíritu, con el cuadro colocado constantemente en la luz ante nosotros, de la infalibilidad de la Justicia Divina. Pidamos la protección de los espíritus de Dios, mas no nos imaginemos que ellos han de proteger a los unos más que a los otros sin la purificación del alma protegida.

Yo me había alejado de mi objetivo al alejarme de Jerusalén, pero remedí en parte mi error estableciéndome en Cafarnaúm. Pero los espíritus de Dios no me habían guiado en estas circunstancias, por cuanto la parte intelectual de mi obra me pertenecía completamente. El objetivo de mi vida debía honrarme o llenarme de arrepentimiento, y los espíritus de Dios se apartarían de mí si mis alegrías humanas ofendieran su pureza.

Espíritus de desorden me inspiraban penosas indecisiones, espíritus de tinieblas agitaban mi mente con dudas sobre mi destino, espíritus de orgullo hacían resplandecer ante mis ojos la pompa de las fiestas mundanas y el placer de los amores carnales.

Perdido en medio de una turbación indecible, levantaba los ojos al cielo con mirada escudriñadora, y más firme después de la plegaria, luchaba con coraje. Bien

lo saben los que dicen: «*Jesús fue transportado sobre una montaña y el demonio le mostró los reinos de la Tierra para tentarlo*».

Hermanos míos, el demonio, figura alegórica del *espíritu del mal*, se encuentra dondequiera que haya espíritus encarnados en la materia, y yo me encontraba entregado a las olas de ese mar que se llama *Vida Humana*. La ley de perdición, la ley de conservación, los goces materiales, los goces espirituales, se disputan el espíritu del hombre y la victoria corona al espíritu que ha sabido luchar hasta su completa purificación.

Yo reprimía los instintos de la naturaleza carnal, tomando fuerzas en el eterno principio del poder de la voluntad, pues la luz de mi espíritu sólo me iluminaba durante el reposo que sigue a la lucha, durante la calma que viene después de la tempestad. Debido a mi fuerza de voluntad yo era dueño de las pasiones funestas para el progreso del ser, y durante el descanso de mis fuerzas parecía que la memoria espiritual renaciera en mí; consideraba entonces la habitación temporaria del cuerpo como una estrecha cárcel para el espíritu y el aire de la libertad anímica entraba en mi pecho en celestes aspiraciones.

La facilidad que yo tenía para descubrir las debilidades de los hombres, los colocaba bajo mi dependencia.

Mis palabras adquirirían el alcance de revelaciones, cuando las llagas venían a quedar al descubierto, y la apariencia de predicciones, cuando la indignación desbordaba de mi pecho. Mis esfuerzos en el curar se dirigían también al cuerpo, cuyos sufrimientos me era dado apreciar por algunos estudios adquiridos al respecto. Por lo que respecta a mis medios de cura, consentí en admitir, hermanos míos, que su virtud era *puramente humana*, y dejad que mis milagros duerman en paz. Estos han arrojado sobre mí esa oscuridad de la que ahora vengo a librarme. El centurión de Cafarnaúm es un personaje tomado de entre los que me debieron la salud y la tranquilidad. A todo lo que se ha dicho referente a este hecho, yo le opongo un desmentido formal, por cuanto esas palabras no podían ser favorables a la creencia en mi divinidad, mientras que nadie en mi vida carnal me tomó por un Dios, porque las multitudes eran mantenidas por mí en la adoración de un solo Dios, Señor y dispensador de la vida, porque mi título de *hijo de Dios* no implicaba la transgresión del principio sobre el que descansa la personalidad divina, porque la eterna ley de los mundos coloca la muerte corporal en el abismo del olvido, mientras el pensamiento sigue al espíritu en el campo de la inmortalidad, porque la muerte es el término prescrito por la voluntad divina, que no puede desmentirse, porque la resurrección se debe entender tan sólo en el sentido de la liberación del espíritu; porque la resurrección del cuerpo sería un paso hacia atrás mientras el Espíritu camina siempre hacia adelante. La resurrección, hermanos míos, jamás tiene lugar; la muerte nunca devuelve su presa. La muerte, emblema de la petrificación, es el aniquilamiento de la forma material. El espíritu que ha abandonado dicha materia no se preocupa más de ella y sólo la vida que se abre delante de él lo cautiva y lo arrastra.

Jesús no ha podido resucitar a nadie. Tampoco es Jesús quien curó con la imposición de sus manos y con sus palabras. Él oró, pidió la liberación de los enfermos y consoló a los pobres, hizo nacer alegrías en el corazón de los afligidos, y esperanzas en el alma de los pecadores. La tierna melancolía de sus conversaciones atraía a su derredor a los melancólicos y a veces su dulce alegría despejaba los más siniestros semblantes. Los pobres eran sus asiduos compañeros y las mujeres de mala vida corrían hacia él para buscar en sus palabras el olvido, la fuerza, la compasión y el alentamiento. El temerario ardimiento del justo no arrastró jamás a Jesús hacia el

desprecio, y encima de la vergüenza, él tendía con premura el velo radiante de la purificación.

«Mi Padre decía: conoce nuestra debilidad. Él nos espera y nos llama con cariñoso empeño. Corramos a arrojarnos en sus brazos y los más grandes delitos serán perdonados».

«Mi padre es también el vuestro; mi habitación será igualmente la vuestra. Dejad pues a vuestros muertos y venid a habitar con los vivos».

Con las palabras *vuestros muertos* yo quería indicar los excesos y los proyectos insensatos, las desilusiones y las manchas de la vida, los goces desordenados, los infortunios fatales para la prosperidad material y las malas influencias del amor, del odio, del remordimiento y del terror, del pecado y del temor del castigo. Las alegrías inocentes devolvían la sonrisa a mis labios y los niños eran siempre por mí bien recibidos.

«*DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN HACIA MÍ*», decía, y tomaba sus manos entre las mías y los colmaba de caricias. Los odios y las discusiones se calmaban por la virtud de mi ascendiente. Todas las rivalidades desaparecían del círculo que yo había formado, y la tierna simpatía de las mujeres echaba sobre mi vida la sombra protectora de las madres, por los cuidados que eran inherentes a mi persona.

Yo descansaba en una lancha pescadora durante la noche de las fatigas del día, escuchando las alegres conversaciones de mis amigos. Los deberes del apostolado, las enseñanzas del pastor, dejaban lugar, durante esas horas de reposo, a expansiones llenas de atractivos, de confianzas y de afectos. Los hijos me entretenían con las alegrías y tristezas propias de su edad, y los padres me interrogaban respecto a las aptitudes de cada uno y de la posición que les convenía. ¡Qué noches deliciosas nos proporcionaban el esplendor de la bóveda celeste, la transparencia del agua, el ansia de los corazones, la sencillez de las almas, las plegarias al Creador y la felicidad resplandeciente en medio de la mediocridad y del trabajo!

Hermanos míos, yo bebo en estos momentos en mis recuerdos y quisiera reproduciros la emoción de mis fieles cuando, de pie sobre una tabla colocada al través de la lancha, yo les explicaba las grandes verdades del porvenir. Así se terminaba con los festejos luminosos del espíritu, las cálidas fiestas del corazón, y no dejaba a mis amigos sino rodeado y bendecido por ellos.

Mi hospedaje era en la casa de Barjonne, padre de Cephas y de Simón, el primero llamado más tarde Pedro, el segundo llamado por los hombres Andrés; los tres eran pescadores.

Las prerrogativas de Cephas tienen su origen en el cariño extraordinario que me demostró desde los primeros días. El carácter sombrío del hermano no dio lugar a la misma confidente expansión. Pocas caras me han quedado tan profundamente grabadas como la de Cephas. Veo aún la expresión de esa cara llena de franqueza y de cierta finura. Sus ojos eran azules y lanzaban relámpagos de inteligencia por encima de unos carrillos frescos y sonrosados y sus labios gruesos sonreían a menudo con el descuido ingenuo de un alegre hijo de la naturaleza.

La cabeza de Cephas era grande, sus cabellos abundantes y de color dorado, anchas espaldas y elevada estatura. Sus movimientos, más bien lentos, anunciaban la reflexión. Aun en medio de los trabajos más activos, su fisonomía reflejaba con fidelidad las emociones del alma. Cuando pensé en atraerme su cariño, me detuvo

con estas palabras: «Puesto que la oración es eficaz cuando sale de tus labios, Señor, ordena a los vientos que me sean favorables durante la noche. Llenad mis redes, y yo creeré en el poder de tu palabra».

«La oración, le contesté, honra a quien la eleva; pronuncia tú mismo, amigo mío, la fórmula de tus deseos y Dios te oirá si esos deseos son la expresión de la sabiduría y de las necesidades de tu vida».

Mi pobre Cephas no estaba acostumbrado a la elevación del corazón mediante la plegaria y hasta mi llegada poco se preocupaba de las cosas de la vida futura. La oración le fue dictada por mí y al día siguiente, a media mañana fui a informarme del resultado. Encontré a los pescadores muy ocupados, encontrándose ya en el séptimo mercado de pescados, tomados durante la noche. Se me festejó y Cephas se puso de rodillas diciendo: «¡Señor! ¡Señor! Tú eres seguramente aquel que Dios ha enviado para hacerme paciente en las adversidades y alegre en la abundancia».

Levanté a Cephas y le dije:

«Solamente Dios es grande, solamente Dios merece tus transportes de reconocimiento y de amor. Tan sólo Dios, fuerte y poderoso, distribuye la abundancia y las bendiciones entre los que dirigen sus oraciones».

Me retiré dejando a los pescadores en libertad de entregarse a sus faenas. No faltó quien, exagerando el alcance de este hecho, favoreció la creencia en los milagros.

La religión pura y sencilla de Jesús no existe más.

Con rumbosidad delirante, honores tontos y frías reliquias, cayó esta religión al nivel de las más burdas fábulas. Las elevadas verdades enseñadas por Jesús, han sido sustituidas por fantasías, y los fanáticos partidarios de mi Divinidad han arrastrado mi nombre entre el lodo y la sangre, en los abominables espectáculos de la Inquisición y sobre los campos de batalla.

¡Pobres mártires! ¡Y vosotros, intrépidos luchadores de la razón, marchad a través de los mundos, corred en busca de la verdad eterna, ascended por encima de las sofocantes humanidades y derramad luz sobre ellas! Tus esfuerzos y tu patrocinio sirvieron para la emancipación de algunos hombres, ¡oh joven e intrépido atleta de las arenas de la inteligencia! Y tú en cambio... ¡Mueres pobre, cansado, deseoso de vivir aún, para dar término a la página empezada!

La página empezada se terminará en otra parte y tú te verás libertado de este cuerpo de fango, alejado de estos estertores de muerte, desilusionado de las sombras, empujado hacia la luz infinita, saciado de amor y de libertad.

Firme campeón de una nueva idea, tú vas a expiar tu delito... La muerte está ahí; la muerte en medio de una muchedumbre gritona y estúpida... Mas, te sostendrán los ángeles en tu hora suprema y ascenderás hacia la eterna luz.

Desciende, hermano mío, los últimos peldaños de la vida humana, ellos te llevarán hacia el vestíbulo de la eternidad. La tumba abrirá para ti los esplendores del día y te serán reveladas las armonías del poder creador. La vejez de tu cuerpo es pesada, mas el alma joven está por salir de esa tumba y te será dada, hermano mío, la revelación sublime de lo que has sentido. Habla a tus hermanos, sé aún útil a la humanidad. Estudia, pide a Dios la llave que abre la mansión fastuosa de su pura luz, penetra hacia la bóveda de los esplendorosos astros y vuelve a la Tierra para darle la prueba de tus nuevos descubrimientos.

A todos vosotros, hombres pensadores, y hombres de acción, a vosotros, amigos míos, os corresponde la admiración de los espíritus que os han precedido. A

vosotros os corresponde la fuerza, el poder y la perseverancia en la palabra y en los pensamientos de regeneración.

En la manifestación de la verdad, hermanos míos, hay que manifestarse en contra de los excesos de la indignación, hacia los que pueden empujarnos el recuerdo del pasado, y conviene mostrarse fuertes en presencia del presente para fundar el porvenir.

Yo dirijo a todos palabras de perdón y de consuelo.

Deponed las armas y amaos los unos a los otros. Un solo lazo existe para enlazar a la humanidad entera: él es el amor. No hay más que una puerta de salida de la degradación: el arrepentimiento, y si en la hora postrera el arrepentimiento hace inclinar la cabeza del culpable, la justicia de Dios, impregnada de su misericordia, se inclina sobre esa cabeza.

La expiación de las culpas es inevitable, mas el arrepentimiento del pecador quita a la expiación su carácter ignominioso del castigo y la desesperación de la vergüenza.

Hermanos míos, os doy la palabra de paz, os doy la promesa de vida y os bendigo.

CAPÍTULO VI

LOS PRIMEROS APÓSTOLES DE JESÚS

Os he dado ya, hermanos míos, una idea sobre mi cometido como Mesías y de mi poder como hijo de Dios.

Vosotros comprendéis ahora mi misión, que no ha terminado, y mi carácter de hijo de Dios, que distinguirá a todos los que se alimentarán de la gracia y se aproximarán a la llama divina, a todos los que acreditarán bellas doctrinas y practicarán el eterno mandamiento del amor, a los que desempeñarán misiones de espíritus inteligentes en medio de espíritus inferiores y turbulentos, a los que harán la luz en medio de las tinieblas y harán crecer el grano entre el polvo, a los que se habrán emancipado de la dependencia odiosa de las pasiones para elevarse en la atmósfera pura de la espiritualidad.

El título de hijo de Dios les pertenece a los espíritus de pacientes investigaciones y de abnegación personal. El título de hijo de Dios les pertenece a los espíritus de penetrante ardor, de dulce humanidad, de emanaciones benéficas y de fuerzas fecundas, de empujes espontáneos hacia los sacrificios por el bien y de perseverante energía en la persecución de los trabajos emprendidos.

Todos nosotros somos hijos del mismo Padre. Las esperanzas del alma, los alicientes del espíritu, los vicios de la naturaleza carnal nos son comunes, y el poder divino nos llama hacia la perfección con el supremo honor de nuestro libre albedrío. Pongamos de manifiesto nuestros recursos, permanezcamos firmes en la lucha, y pidamos a Dios la protección de sus mejores espíritus; mas no contemos con esta protección mientras no nos enmendemos de nuestros hábitos fatales y mediante nuestros esfuerzos, puestos en evidencia como un llamamiento y como promesa de purificación.

Elevemos nuestras plegarias con fe y sencillez. Obremos con humildad y justicia. Destruyamos los malos gérmenes y volvamos a emprender la marcha por otros senderos. Busquemos la ley de Dios en el fondo de nuestros corazones, y elevémonos por encima de las costumbres de un mundo corrompido, por las desviaciones que hace de esta ley santa. Dirijamos las miradas de nuestro espíritu en el libro de las manifestaciones gloriosas y gocemos del amor de los ángeles, colmando de amor a los que nos desconocen.

Definamos la religión de manera que no quede lugar a equívocos, y declaremos con energía que las guerras, los odios, las venganzas y todas las horribles carnicerías, cualesquiera que sean las víctimas, son sin excepción impías, sacrílegas y merecedoras del castigo del Creador.

Los grandes espíritus han experimentado disgustos ante las alegrías humanas en virtud de las alegrías de la gracia. Mas estos espíritus también han tenido que dar sus primeros pasos, ya que nadie puede eximirse de los sacrificios necesarios para obtener la gracia.

Inclinémonos una vez más ante la justicia de Dios y continuemos la relación interrumpida al fin de mi último capítulo.

Mediante el estudio de la naturaleza, todos los hombres pueden llegar hasta la concepción del inteligente autor de la misma. He ahí lo que me empujaba a buscar a los hombres que se encontraban en contacto con las maravillas de la creación. Yo me arrimaba a Cephas y a Andrés buscando convencerlos de mi poder moral e intelectual. Preparaba mis medios de acción, instruyendo a mis émulos, y deducía pruebas para mis palabras en las obras de Dios y en las manifestaciones de su munificencia y de su amor.

El continente lleno de respeto de mis fieles se había convertido en un verdadero culto después de la *pesca milagrosa*, como llamaban a la abundante pesca que he referido, y los cerebros estaban dispuestos para exaltarse cuando ocurría alguna discusión respecto a la naturaleza de mi poder.

La luz no se había hecho en estos corazones ingenuos y entusiastas, y sin creermelo dueño absoluto de los elementos, me atribuían la influencia pasajera de los profetas, cuya historia fabulosa conocían. Mis instrucciones se practicaban con la mayor deferencia hacia mi persona y la naturaleza del impulso, explicaba la debilidad de los espíritus. Mas yo, de acuerdo con mi penosa misión, debía aprovechar esta debilidad y purificar los instintos, sin comprometer mi prestigio. Tenía que apoyar mis demostraciones ya sea sobre la tradición ya sea sobre los recursos de mi propio Espíritu y mantener así la creencia en las predicciones, haciéndome el apóstol de la nueva verdad.

El temerario ardor de mis discursos y los hábitos sencillos de mi vida, ofrecían un contraste que impresionaba a todos los corazones y llevaba el convencimiento a los espíritus. Me retiraba muchas veces en los momentos de mayor entusiasmo y mi desaparición contribuía a establecer lo sobrenatural de mis formas oratorias, así como la luz de la nueva doctrina que explicaba.

Convencido de mi misión y desilusionado, sin haber experimentado los goces mundanos, desmaterializado moralmente con el alimento de mis idealismos y dulzuras de imaginación, adelanté rápidamente en la espiritualización del pensamiento y mi palabra estaba impregnada de los tiernos ecos de la poesía celeste. Tenía aún algunas ligaduras humanas y mi corazón quedaba, a veces, indeciso entre la radiante esperanza y la realidad de la alegría presente, mas estas indecisiones eran

pasajeras, y mediante una voluntad invencible, adquiriría nuevas fuerzas después de cada lucha.

Los primeros apóstoles de Jesús, hermanos míos, después de Cephas y Andrés, fueron Jaime y Juan, hijos de un pescador llamado Zebedeo.

Aquí debo dedicar una página a *Salomé*, madre de los nuevos discípulos.

Esta mujer heroica, pero sencilla en el heroísmo es conocida tan sólo por la celebridad de sus hijos, y mientras tanto ella poseía más grandeza de alma que sus dos hijos reunidos. Esposa cariñosa de un trabajador, madre admirable, mujer inteligente y de una devoción elevada, Salomé fue, entre mis oyentes, una de las más asiduas y fervorosas. Yo no he elevado a Salomé; ella se elevó sola, mediante la intuición de mi misión divina y los dos nos encontrábamos marchando unidos en la fuerza de la fe hacia el calvario, yo para morir y ella para verme expirar en medio de las torturas. No es cierto que Salomé me haya pedido que colocara a sus dos hijos *uno de cada lado mío en la mansión de mi Padre*. Si Salomé hubiera formulado semejante pedido no la tendría que presentar aquí en la forma que lo hago.

Los dos hermanos estaban llenos de vivacidad y de ardor. Yo les había puesto los apodos de relámpago y de rayo y aprovechaba con éxito sus cualidades. Mas ¡Ay! ¡Cuántas amarguras después del placer! ¡Cuántos arrepentimientos resultaron de mis debilidades! Jaime, el mayor, no era más que el molde de Juan, es decir, que los mismos sentimientos, las mismas facultades, los mismos gustos, los mismos hábitos, se manifestaban en los dos, pero Juan empleaba más ardor en la discusión, más extravagancia en su entusiasmo, más pasión en la amistad y también más vanidad en el apego hacia mi persona. Yo no me preocupaba en combatir las tendencias de Juan hacia la exageración, y su hermano, menos exagerado, me inspiraba temores que jamás se realizaron. ¡Fatal ceguera! Juan era la estrella de mi reposo, como Cephas era el instrumento de mi voluntad, el brazo de la acción, y entre estos dos hombres establecía la misma diferencia que establezco hoy. Mas en las discusiones que se promovían entre todos, yo solía inclinarme con preferencia del lado de Juan. ¡No me daba cuenta que sus caprichos de preferido, que sus exaltaciones de ánimo sembraban el desorden en el presente y preparaban las oscuridades del porvenir!.

Hermanos míos, este discípulo, cuyas ternuras formaban mi felicidad, fue realmente el más querido, pero en este momento yo le quito delante de la posteridad el prestigio de discípulo fiel a su mandato, porque todo lo llenó con lo inverosímil, refiriendo los hechos, no tal como ellos habían tenido lugar, sino como él deseaba que hubieran sucedido.

A los cuatro discípulos familiares de Jesús se agregaron otros cuatro, cuyos nombres son: Mateo, el aduanero, Tomás, el mentor de mis apóstoles por la inteligencia de los asuntos externos, Tadeo, el mercader; y Judas, célebre por su traición.

En la creación de mi pequeña brigada, había establecido que sus componentes debían ser entre ellos hermanos y que el último llegado debía tener las mismas prerrogativas que el más anciano.

Una noche en que después de comer, me hallaba rodeado de todos mis *hermanos*, su alegría se manifestaba con bromas picarescas y acertados dichos, cuando a alguien se le ocurrió llamarme *Rabí*, que significa *maestro* y *padre*, como más expresivo que el de Señor.

Para participar del buen humor de mis hermanos, me dirigí a todos y a *cada uno de ellos*, buscando los signos de su porvenir en el carácter de cada uno, que yo

había estudiado. De las cabezas ardientes de Jaime y de su hermano, de la penetración de Mateo, de la capacidad administrativa de Tomás, de la natural bondad de Tadeo, deduje horóscopos confirmados más tarde por los hechos. Calmé también los celos de Judas favoreciéndolo más que a los otros.

A Andrés le di ánimo, diciéndole:

«Mi querido Andrés, abrázate a tu hermano y apoya sobre él tus débiles manos. Los pasos de Cephas te llevarán a trabajos a los que tú solo no conseguirías dar término; su fuerza cubrirá tu debilidad. Líbrate de la languidez que debilita tu alma, la fe y la resolución no precisan de la fatiga de los órganos y de la pesadez en la ejecución. Honrémonos imitando nuestros lazos fraternales y nuestra confianza en el porvenir. De los cuidados que demanda la grandeza futura de nuestra empresa no te preocupes. Descansa en el Maestro y después del Maestro, sobre tu hermano, *que es la piedra fundamental de nuestro edificio*».

Cephas se levantó radiante y dijo:

«Maestro, bendice la piedra fundamental y jamás se vendrá abajo el edificio».

Hermanos míos, jamás salió de mis labios el mezquino juego de palabras que se me atribuyó a este respecto. El origen del nombre de Pedro fue debido sencillamente a la facilidad de comparación que me proporcionó ese momento de confidencial abandono entre hombres, cuyo valor yo había aquilatado.

El nombre de Cephas fue reemplazado inmediatamente por el de Pedro. Así lo designaremos en adelante, como Pedro el apóstol de Jesús, fundador de esa religión, materialmente pobre por sus miembros, resplandeciente de riquezas por sus aspiraciones, dulce y caritativa, fuerte y majestuosa, tierna y paciente para todos, devota de todos los deberes, poderosa a pesar de los asaltos sufridos, eterna por los ejemplos de virtud, que debían levantarla hasta Dios y conquistar el mundo.

Mis discípulos, en número de ocho, me siguieron en mi visita a Juan, quien bajaba del desierto para presidir las purificaciones en el Jordán. La purificación, como hemos dicho, se practicaba mediante la inmersión completa o parcial, y mi intención era la de someterme al uso, agachándome ante el apóstol para mi purificación *parcial*, que enseguida yo habría practicado con mis discípulos.

Juan me reconoció enseguida y me hizo caminar a su lado dándome vivas manifestaciones de veneración.

La multitud que observó estos testimonios, me concedió sin más el mismo respeto que al Solitario.

La función de la purificación fue precedida de sermones y ayunos, lo cual conviene recordar aquí para hacerles comprender a mis lectores que la purificación era lo que más tarde se llamó el sacramento de la penitencia, y no el bautismo, que no tenía razón de ser en esta circunstancia.

Todas las poblaciones de la Judea, parecía que hubieran convenido en acudir a la purificación en ese año, que fue el último de Juan. La muchedumbre era compacta, presurosa y ferviente, y la animación tomaba el lugar del silencio ordenado. ¿Cual era pues, el motivo de esa emoción, de esa tendencia hacia el sentimiento religioso, de esas desviaciones del pensamiento extrañas al principio de la fe? La predicación de Juan os lo explicará.

Después de un exordio en que los atributos de Dios, habían sido desarrollados con potencia de palabra y entusiasmo del corazón, nadie fuera de él, era capaz de manifestar, el orador, descendiendo de las alturas de la espiritualidad hacia las

imperfecciones humanas, humilló su mismo genio con injuriosos alegatos y amenazas proféticas.

La impureza de los vínculos, el lujo de las fiestas de la Corte, la desmoralización de los gobernantes, la pesada opresión de leyes arbitrarias y crueles fueron exhibidas en una forma tal, como para lanzar los espíritus hacia el camino de la revuelta. Juan había seguido una vez más el sendero fatal que lleva la virtud hacia el error. Juan había contemplado las torturas del pueblo e introducido el fuego de su alma en el fuego que se alimentaba escondido en el alma del pueblo. Juan había roto el orden que ya estaba por romperse. Juan sería encarcelado, juzgado, condenado a muerte y decapitado al año de estos sucesos; dos años antes de la crucifixión de Jesús.

Mis recuerdos me llevan hacia la purificación de los hebreos en el Jordán. Veo carpas levantadas por todas partes para albergar a los hombres durante la noche y servirles de abrigo durante el día. El poder humano se inclina ante el poder divino y los pecadores vienen a pedir el arrepentimiento, la paz y el olvido. La palabra de Juan entusiasma a la muchedumbre y si yo me entristezco por sus salidas inoportunas, me elevo en cambio en la sublimidad de sus arranques y me identifico con su delirante entusiasmo hacia la magnificencia divina. Los hombres que han concurrido ahí para la purificación de las manchas de sus almas, purifican también el cuerpo con muchas inmersiones saludables en esta estación ardiente. Durante la purificación de los hombres, las mujeres permanecen en las carpas. Más tarde, después de algunos días, ellas también cumplirán con el precepto de la ley, para volverse enseguida todos satisfechos hacia sus hogares, si todos han sabido sacar provecho de las luces espirituales. Las exterioridades de la penitencia y las resoluciones manifestadas nada son; es necesaria la penitencia en el corazón y el cumplimiento de las promesas.

Hermanos míos, la cabeza de Jesús inclinada y recogida bajo el signo de la purificación, la cabeza de Jesús que recibió la ablución de manos de Juan, quedó humillada con el recuerdo de su faltas pasadas, pero se levantó animoso para contemplar el porvenir que era necesario merecer.

Los preparativos de Jesús para recibir el agua de manos de Juan le fueron inspirados por la necesidad de mostrarse como el discípulo de un hombre, cuya santidad era universalmente reconocida, y su iniciación en la penitencia debía salvarlo del reproche de haberse colocado por encima de una costumbre tomada de la antigua ley y presentada por el Solitario bajo una nueva forma. La penitencia de ese tiempo era una manifestación pública que significaba, como consecuencia, la reparación de las culpas cometidas y el olvido de las ofensas. La purificación desarrollaba los buenos sentimientos y restablecía la concordia en las familias; purificación quería decir limpieza y alivio de las fatigas del alma. El lavado del cuerpo y la explicación de la función que rodeaba el acto, constituían el símbolo de la fe. La penitencia de los judíos como la de los cristianos más tarde, exigía disposiciones humanas, cuyo fruto debía ser la purificación del corazón. Mas ¡Ay! Al año siguiente debían tomarse las mismas disposiciones para el cumplimiento de los mismos deberes y la debilidad de espíritu tendría que encontrarse en frente de las mismas demostraciones banales. Hermanos míos, mis queridos hermanos, detengámonos aquí. Examinemos la penitencia del alma y desarrollemos nuestro pensamiento sobre este asunto.

La penitencia quiere la expiación y la tendencia de los hombres hacia el orgullo impide la expiación. La penitencia pide la resolución y la resolución nunca es

sincera en el cumplimiento de la penitencia. La penitencia favorece al alma cuando el alma ve el peligro y lo huye. El adelanto es el resultado de la verdadera penitencia. La penitencia se convierte tan sólo en una fórmula religiosa risible cuando no convierte a los humildes en fervientes y fieles servidores de la causa santa de Dios. El *humilde* no siente ya la necesidad del fausto de las riquezas y él emplea dichas riquezas en facilitar la instrucción y el bienestar material de los pobres niños de la gran familia humana, desarrolla en el corazón de su hijo el sentimiento de fraternidad. El *fervoroso* pide a Dios su ley, Dios le contesta y él proclama la ley de Dios para hacer mejores a los hombres. El *cariñoso* soporta con resignación la miseria, las privaciones, la pérdida de los suyos, mira con desprecio el lujo que lo aplasta y permanece tranquilo frente a la muerte que le da la libertad.

«Hermanos míos, decía Jesús a sus discípulos, caminad por la vía humana con la vista fija en la patria del alma. Permaneced pobres y sed pacientes en la prueba. Vivid entre los hombres para consolarlos y reconciliarlos los unos con los otros».

«Calmad el estallido de las pasiones con palabras de misericordia. Descubrid las llagas para curarlas y demostrad vuestra fuerza con los impulsos de vuestros corazones, para llevar alivio a todos los sufrimientos. Conquistad el mundo con el amor. Permaneced unidos en la gracia y fuertes bajo su influencia, defended vuestro espíritu en contra de los asaltos del pecado, mas si el pecado invadiera vuestro espíritu, arrojaoos entre los brazos de vuestro Padre, Él os perdonará».

«El espíritu se levanta por medio de la penitencia. Decid esto a todos».

«Solicitad los dones del Señor con las manos puras de todos los dones de la Tierra. Deponed en la puerta del Templo los honores que se os tributen y olvidadlos al salir».

«Depositad las ofrendas que se os hagan en el tesoro de los pobres y sacudid el polvo de vuestro calzado para no llevar nada de ello hacia vuestra habitación».

«Deponed a los pies de vuestro Padre Celeste las debilidades y los rencores de vuestros espíritus y decid: *Dios mío, yo quiero elevarme por encima de los deseos de la Tierra para no desearte más que a ti, y por encima de las injusticias de los hombres, para hacer resplandecer a sus ojos la fuerza que tomo de ti*».

«Haced practicar las virtudes que yo os enseño, practicándolas vosotros mismos, y regocijad vuestros espíritus participando de las alegrías de mi mansión divina».

«No os alejéis de las manifestaciones espirituales y buscad en ellas apoyo y consuelo».

«Solicitad mis conversaciones y honradme como si me encontrara aún en medio de vosotros».

Después de la muerte de Jesús, sus apóstoles fueron desmaterializados moralmente. Conversaban con el preferido y pedían a Dios los dones de la predicación para conquistar el mundo, como Jesús les había dicho. Mudaban de residencia y se separaban los unos de los otros para desviar las persecuciones. A mi naturaleza, a mi presencia, ellos atribuían el éxito de su misión. Esta gran idea llenaba de bríos su fe y la hacía sublime por su valentía y don de persuasión. Se veían estos hombres, poco eruditos y sencillos de espíritu, valerse de nuestras conversaciones de otros tiempos para entablar una conversación espiritual y animada respecto a la elevada filosofía del alma. Ellos honraban mi lugar vacío. Evocaban mi espíritu, que gozaba de la felicidad de ellos. El terror de mis apóstoles durante mi pasión no había dejado lugar a que se sospechara esa fuerza y esa tranquilidad que demostraban después de mi muerte. ¿De qué provenía ello sino de la resurrección del

espíritu? ¿Y por qué los sucesores de mis apóstoles fueron degenerando cada vez más? Porque caminaron con el orgullo del que dispone de bienes, porque subieron, con la cabeza que sólo debía adornarse para el servicio de Dios, las gradas del poderío humano, porque imaginaron dogmas absurdos y dieron en tierra con mi doctrina y con el ejemplo de sus vicios, que ella condena, porque desmintieron mi moral de amor con el odio y la venganza, porque favorecieron las orgías de los reyes y los asesinatos fratricidas, porque fomentaron la discordia entre los pueblos y alimentaron el fuego destructor.

Hermanos míos, la penitencia de todos traerá la paz sobre la Tierra.

Mujer y madre, según la naturaleza humana, María, madre de *Jesús hombre* y espíritu de la Tierra, llegó en esta época a Cafarnaúm y nosotros la encontramos a su regreso de la función del Jordán. María empleó todos los recursos de su ternura y todos los raciocinios de la autoridad materna para persuadirme de la locura que había en cerrar mi corazón a las alegrías de la familia para acariciar un propósito quimérico, puesto que era tan hermoso, añadía mi madre. María lloró por los peligros que yo afrontaba. Viendo sus lágrimas yo sentía un profundo dolor, un deslumbramiento, un algo que me empujaba hacia las alegrías de la adolescencia. Enseguida me arranqué bruscamente de la influencia del amor materno, pronunciando estas crueles palabras:

«Madre mía, ruega por tu hijo, ya que se aleja en este momento del deber trazado a la naturaleza humana».

«Mas ten presente la forma de mi rechazo: No tengo más ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ni parientes, y la potente voz de Dios me llama hacia el martirio».

«La mujer debe retirarse y la madre consolarse para dejar al hombre y al hijo la plenitud y la libertad de sus actos».

«Vete, pues, madre mía, y haz a Dios el sacrificio de tu hijo, como yo le hago el de mi vida».

En mi ardor por el servicio de Dios, olvidaba la virtud del espíritu encadenado en la materia y jamás me fue tan penosa la contradicción así resultante entre la debilidad corporal y la atracción del fardo divino. Me sentía dominado y perplejo entre el deber filial y mis elevadas esperanzas, viéndose así turbada la paz de la conciencia del misionero ante los desmentidos que ello podría significar para la realidad de su temeraria misión.

Descendía mi espíritu de las fiestas de la celeste habitación hacia el árido camino de las armonías terrestres y sufría por el abandono de unos deberes para el cumplimiento de otros.

Una vez que se fue mi madre, procuré recobrar esa calma y también esa alegría que me eran habituales, pero mis esfuerzos sólo consiguieron hacer más dolorosa mi incertidumbre. Decidí entonces establecer algún lazo entre mi felicidad corporal y mis aspiraciones espirituales, entre mi dependencia humana y mi elevación de pensamiento hacia el único porvenir, entre mi madre de la Tierra y mi Padre Celeste. Es decir, renuncié repentinamente a mi aislamiento con respecto a los míos y accedí al deseo de mi madre, en permitir que uno de mis hermanos me acompañara como apóstol y al hermano de mi madre como sostén de mis intereses pecuniarios en medio de mi vida de pobreza nómada y de caprichosos cambios.

Me hice acompañar con dos de mis apóstoles. Juan hijo de Zebedeo, designado como *el preferido*, y Mateo el aduanero, y después de haberle encargado a

Pedro el cuidado de mi pequeña brigada, aumentada en tres miembros, me dirigí hacia Nazaret.

Mi madre me colmó de pruebas de amor y de testimonios de perdón. ¡Pobre madre! El rocío de tu bendición cayó en mi corazón como el fuego devorador del remordimiento, y por la voluntad de Dios, sufrí tormentos inauditos, recordándome el anterior abandono y preparando mi sufrimiento futuro.

Mi dulce fatiga en medio de las privaciones, de las humillaciones, de los trabajos, no sería de naturaleza divina, madre mía, si nosotros hubiéramos vivido juntos las mismas privaciones, las mismas humillaciones, los mismos trabajos; si tu martirio no hubiera sido formado por todas las torturas de la pasión, si tu hijo hubiera mezclado la dulzura de los brazos maternos a la fuerza chispeante de los transportes divinos.

Sí, madre mía, la abundancia de la gracia y la abundancia de los deseos de mi alma me alejaban de ti, mas la debilidad del hombre me devolvía a tu amor y el destino de mi misión se vio a menudo comprometido por esta mi debilidad.

Sí, madre mía, la majestuosa filiación que me cobijaba, humillaba mis lazos terrenales, pero el calor de mi corazón te llamaba cuando la frialdad de mis palabras te alejaba.

Sí, madre mía, yo te amaba... mas tenía que apoyarme en la rigurosa defensa de mis sentimientos en frente de la calurosa expresión de los tuyos.

¡Sí, madre mía! Las lágrimas inundaban mi corazón mientras mis apariencias demostraban tranquilidad y cuando formas abstractas escondían las punzantes emociones de mi alma. Mas ello era necesario. Mi amor fraternal debía establecerse sobre las ruinas de las demás formas de amor; mi filiación divina tenía que aplastar mi filiación terrestre, mi misión de espíritu tenía que matar mis goces humanos y la alegría *espiritual* de mi alma, debía preparar la pureza de mi Ser.

María creía en la vuelta del hijo a la casa paterna, pero sabía que este regreso sólo anunciaría el remordimiento por las faltas cometidas en nuestra última conversación y había tomado fuerzas en Dios para estar preparada para una separación que le parecía debía ser definitiva.

Cuando quedó viuda, María había contado con los hijos de su marido para encaminar a los suyos, para colocarlos honrosamente en las filas de una clase laboriosa. Mis dos hermanas desde hacía poco tiempo se habían casado y de los cuatro hijos de María, únicamente el más joven, llamado Jaime, había quedado en la inacción, llegando por eso mi madre a pensar en confiármelo.

Desde el momento que la *firmeza de mi vocación*, decía mi madre, me había impedido hasta ese momento ayudarla, era necesario por lo menos ahora, que tomara a mi hermano menor bajo mi protección.

Examiné al joven, que se me presentaba como mi futuro discípulo, e hice un rápido inventario de sus defectos y aptitudes. Jaime tenía apariencia de un hombre, pero no era más que un muchacho. Alto y robusto, de mirada indecisa y de ademanes bruscos, manifestaba sus pensamientos sin elaborarlos. Desprovisto de instrucción, su memoria retenía, mediocrementemente, las impresiones de su alma. Estaba embebido de prejuicios respecto a la personalidad de Dios, pero era de corazón tierno, deseoso de progresar y envanecido por el honor de seguirme. Me era necesario volver a fundir la cera que revestía este espíritu. Mi madre se alegraba de esta unión que ella venía así a formar y me enaltecía a los ojos de mi hermano, designándome con los calificativos de *poderoso* y de *inspirado* en las vías del Señor.

Mi tío, *el único hermano de mi madre* (subrayo esto como un desmentido a la versión que atribuye a María una hermana con el mismo nombre de María), era el más convencido entre los miembros de la familia respecto a mi misión; quería acompañarme hasta la muerte, decía, y cumplió su palabra.

¡Heroica grandeza! ¡Ferviente fanatismo! ¡Devoción de naturaleza superior!, os habéis manifestado en este hombre como manifestación espontánea del sentimiento y expresión sencilla de un verdadero Siervo de Dios.

¡Oh, Dios mío, Tú me reservaste esta alegría y yo acepté, feliz, el ofrecimiento de esta dedicación, de este fanatismo, de esta grandeza!.

Mi hermano Jaime tenía veinte años. Mi tío viudo y padre de dos hijas ya casadas, era dos años más joven que mi madre.

Jaime, mi tío, me acompañó hasta el Calvario, Jaime mi hermano huyó loco de dolor. María de Magdala y María mi madre fueron las dos únicas mujeres que contemplaron mi agonía sobre la cruz.

Cleophas era un hijo de José, nacido de su primer matrimonio con Débora, hija de Alfeo. Este particular es tan insignificante que lo dejaremos ahí.

Jaime, mi tío, deseaba participar del carácter sagrado de la obra, reservándose el humilde papel de encargado de las funciones materiales y rechazó el título de apóstol, que le habría impedido, decía él, mantener convenientemente el equilibrio de mis medios de subsistencia.

De antemano, mi madre había dejado entrever este deseo, claramente manifestado después por él. Yo pude comprender ese complot de los dos hermanos, debido al delicado sentimiento de cariño, lleno de lástima, que a ambos inspiraba.

Pasé algunos días en el seno de la familia y muchos habitantes de Nazaret se apresuraron en invitarme a su mesa. Se nos hicieron honores, a mí y a mis discípulos, con el objeto de podernos examinar más cerca y apreciar, cada uno según sus conocimientos, el valor de nuestras personalidades.

De mis hermanas, una vivía en Nazaret y la otra en una pequeña ciudad llamada Canaan.

Nos fuimos a Canaan. Se cuenta que fui atraído por unos esponsales en cuya circunstancia habría llamado la atención sobre mí por medio de un milagro. ¡Milagros! ¡Siempre milagros! ¡Oh, hermanos míos, cuán doloroso es tener que ocuparse de tal impiedad! ¡Cómo sufre mi sentimiento de hombre al tener que desmentir las aberraciones de los hombres!

En casi todas las particularidades de mi vida terrestre se encuentran semejanzas que sorprenden, con lo que sucede ahora en una parte del mundo civilizado.

Mi presencia en el desposorio de Canaan fue un sencillo efecto de mi deferencia para con los deseos de mi madre. Mi presencia era efecto de mi propia voluntad. Mi presencia humana en la humana familia fue apenas notada. Mi presencia en ese pequeño rincón del universo bien podría negarse. Mas ¿Qué se precisaba para arrastrar a los hombres hacia el fanatismo? Milagros. Pues ellos hicieron milagros.

¿Qué se requiere para que sea admitida mi identidad ahora? Una prueba material, entendiéndose por prueba material el aniquilamiento de una ley fundamental de la organización física de los elementos.

En la naturaleza espiritual, nosotros no disponemos de los elementos de la naturaleza terrestre y no podemos hacer milagros con el sólo objeto de entretener a los hombres, pero sí podemos darles fuerzas para que crean en nosotros. Se atribuye

mi presencia entre los hombres a efectos de mi naturaleza espiritual, sin tener en cuenta las imposibilidades materiales, y se piden efectos materiales a mi naturaleza de completa espiritualidad, sin tener en cuenta las leyes divinas que gobiernan esta naturaleza de espiritualidad.

Que espíritus que se encuentran en el estado de espiritualidad transitoria, exciten la curiosidad y hagan nacer la sorpresa en las asambleas humanas, con demostraciones físicas, que la mayor parte de esas asambleas queden convencidas de la presencia de los desencarnados, es cosa buena para llevar la claridad en medio de la oscuridad. Pero los espíritus de Dios no van hacia la oscuridad y no se apoderan jamás del espíritu humano con juegos de prestidigitación. Descienden de su espiritualidad para honrar a espíritus encarnados desmaterializados ya de los deseos. Ellos hacen la luz en las conciencias, ellos emancipan el alma, desencadenan las voluntades, desarrollan el sentido intelectual de la verdad divina; llevan hacia la alegría, hacia la felicidad y la paz eterna.

Hermanos míos, en mi vida carnal yo no podía tener fuerzas divinas que me habrían llevado al apogeo de los honores humanos, y en mi vida de espíritu no debía ejercer un poder humano para hacer evidente mi esencia espiritual. Adoremos el poder de Dios, pero no le pidamos jamás lo que es contrario al orden establecido. Adoremos la gracia, pero no queramos ver en ella más que un medio para llegar a la elevación del espíritu. Adoremos la sabiduría de los decretos divinos y pensemos discretamente con la idea que Jesús no vino a la Tierra y no vuelve ahora hacia ella para deprimir el buen sentido humano y comprometer la justicia de su Padre. Deprimir el sentido humano sería empujarlo hacia las creencias de la antigua barbarie o infancia de los pueblos, comprometer la justicia de vuestro Padre sería el llamarlo para comprobación de mi palabra de otra manera que por los medios divinos y por la edificación de mi doctrina.

Permanezcamos en una piadosa expectativa y no participemos del error común entre los espíritus inferiores humanos, pidiendo milagros nuevos, semejantes a los milagros antiguos, y estúpidos como el de las nupcias de Canaan.

En el festín de dichas nupcias los hombres se embriagaban tanto, que me arrepentí de haber ido entre ellos. Mi madre me dijo riéndose: *Aun cuando se convirtieran las fuentes de agua en fuentes de vino, ellos les darían fin*. Estas palabras oídas por uno de los presentes dieron la vuelta de la mesa. Modales de moralidad dudosa, propósitos de mala ley, gracias fuera de lugar a mi respecto y al de mis apóstoles, dieron fin a una fiesta durante la cual habría cambiado yo seguramente el vino en agua, si me hubiera sido dada la posibilidad de hacer un milagro.

Salí de Canaan a la mañana siguiente, y de Nazaret pocos días después.

Cansado de manifestaciones populares, tenía prisa en volverme a entregar a mis trabajos, en medio de mis discípulos, sin dejarme distraer por honores fanáticos y por sueños ambiciosos; honores destinados al hombre, cuya vanidad quería halagarse, sueños manifestados en las intimidades del apóstol *preferido* con el *dulce maestro*, como Juan me llamaba.

Hermanos míos, Mateo estuvo también, como Juan, en las nupcias de Canaan, pero sólo Juan se apoderó de este hecho para producir la duda en los espíritus. Fue Juan quien me expuso a la adoración de los hombres con la relación de mentidos milagros. Fue Juan quien se dejó sorprender en flagrante delito de impotencia, ya sea en sus discursos ya sea con motivo de silencio que guardaba cuando las circunstancias le exigían el deber de hablar. Juan es el responsable de las forzosas

humillaciones de Jesús frente a los desmentidos y los juicios humanos. Es a Juan a quien las nuevas generaciones deben culpar por los errores de las generaciones pasadas, puesto que fue él quien desparramó las palabras de fanatismo, fue él quien rebajó mi misión a los ojos de los contemporáneos y que la hizo imposible de reconocer a los ojos de la posteridad. Yo tenía por este discípulo la debilidad que tienen las madres por el hijo cuya constitución física exige más cuidados que la de los otros y no me preocupaba de las vergüenzas futuras que me preparaban sus locas ambiciones, cuando el hecho de las nupcias de Canaan vino a abrirme un vasto campo de reflexiones funestas. En mi pobre estancia humana, hermanos míos, el camino de mi misión se vio contrariado por los hombres que me rodeaban, y mi deferencia hacia los deseos de los demás, tomó una apariencia de debilidad. Mas ahora es necesario manifestar la verdad sin cortapisas humanas, tal como el espíritu de Dios la ve y la comprende. Mas ahora deben dejarse los miramientos de lado con respecto a los errores que han ocasionado los tristes resultados que se palpan. Mas ahora conviene sembrar con la palabra divina y desarrollar la madurez de los frutos para aprovisionar con ellos a los hijos de la Tierra.

Definiré la manera de ser de Juan, diciendo que ella era como la de la generalidad de los hombres, que desean ver el maravilloso encadenamiento de los designios de la Providencia y son insaciables de gracias y promesas, con el objeto de atribuirse a ellos solos el mérito de las gracias y promesas desparramadas por la gracia divina.

Concretemos: Juan fue de buena fe en sus deseos hasta que los sueños de su imaginación delirante, lo empujaron a dar vida a las divagaciones de su espíritu, y me amó por todas las razones que hicieron de él, el más tierno y entusiasta de mis discípulos.

A nuestro regreso a Cafarnaúm, encontré a todos mis discípulos reunidos en una perfecta armonía. La animación a que dio lugar mi regreso estuvo llena de atracción para mi corazón. Juan, humillado al principio por el recuerdo de su falta, volvió a asumir sus prerrogativas habituales, que consistían en colocarse a mis pies, cuando los demás me rodeaban, durante las comidas. He dado ya a conocer lo suficiente a Jaime mi tío y Jaime mi hermano. Debo mencionar ahora el nombre de mis otros tres discípulos. Eran: *Deodoro* o Dídimo (Tomás), *Felipe* o Eleazar, más conocido con el primer nombre, y Judo, primo de *Pedro*. Con el fin de distinguir a los dos Judos se designó al otro con el nombre de Judas.

Poco a poco la familia de los apóstoles se fue ensanchando, hasta llegar al número de doce, cuyos nombres son: Pedro, Andrés, Jaime, Juan, Mateo, Tomás, Tadeo, Judas, Bartolomé, Felipe, Santiago y Simón de Cananea.

Durante el día recorríamos la campaña de los alrededores y por la tarde volvíamos a Cafarnaúm. El descanso y la acogida fraternal, nunca nos faltó ahí. Todos los pobres deseaban tocar las ropas y la manta de aquel que decía:

«Felices los que sufren en este mundo, porque verán a Dios. Desgraciados de aquellos que viven aquí en la abundancia y en la alegría, porque la Justicia de Dios les prepara privaciones y tristezas».

Ningún enfermo fue curado por la aplicación de mis manos sobre él, pero jamás la autoridad de mi voz hizo recuperar la vista a los ciegos y el oído a los sordos, pero la muerte jamás devolvió su presa, pues yo lo dije: *«Las leyes de Dios son inmutables».*

Concluyo aquí este capítulo, hermanos míos.

CAPÍTULO VII

EL PRESTIGIO DEL MESÍAS FUE DEBIDO AL BAUTISTA

Mi prestigio en la Judea lo debía a la personalidad de Juan. Es evidente, que de no haber mediado la muerte de Juan, Jesús no habría conseguido influenciar a las masas, para que lo siguieran en un país donde las masas honraban al piadoso cenobita. Y por otra parte, está probado por ello, que la celebridad de Jesús hubiera quedado circunscripta entre la protección del *Maestro* y la dulce afectuosidad de algún discípulo, si Juan hubiera conservado por más tiempo su prestigio en la Judea. Mas, por efecto de la voluntad divina, la muerte de Juan vino a favorecer la misión de Jesús. La pérdida del apóstol era fácil preverla en vista de su extraña predicación; mas el género de muerte que le impuso una mujer escandalosamente deshonrada, hizo esta pérdida más cruel para los amigos del mártir.

Juan fue arrestado y encarcelado por orden de Herodiades, que se había casado con Herodes, a causa de un delito. Desde su prisión, Juan, que podía comunicarse con sus discípulos, me mandó muchos de ellos para darme a conocer su penosa situación y confiarme el poder que tenía en la Judea.

Mis apóstoles acogieron con frialdad a los discípulos de Juan. El relato de los últimos sucesos y el temor de que yo corriera la misma suerte que él, les causó estupor y despertó en ellos un vergonzoso egoísmo. Desconociendo la fraternidad del dolor, desprovistos de esa elevación en la fe, que más tarde conquistaron, me replicaron todos que renunciara al encargo que Juan quería confiarme y que permaneciera como un espectador neutral en una tragedia cuyo desenlace no podría ser cambiado de manera alguna por mi influencia.

Asustado por las consecuencias del arresto de Juan, desesperado por el probable fracaso de mis tentativas, pero resuelto a ensayarlas, y fuerte, sobre todo por el legado que me dejaba el Apóstol de Dios, me encaminé con los discípulos del prisionero para colocarme en las condiciones de poderlo servir y para recibir sus últimas instrucciones.

Mis apóstoles y los discípulos de Juan tenían la misma fe. Pero estos últimos, endurecidos por las privaciones mayores, exaltados por más fuertes tensiones de espíritu, tenían que superar a los míos en todas las circunstancias de extremo infortunio y de fulminante adversidad.

La cólera de Jesús prorrumpió en amargos reproches. Él llamó viles y perjuros a los malos servidores de Dios, a los que faltan a la delicadeza, al honor, a la amistad y predijo el abandono y el aislamiento de su alma a los que lo llamaran con el miedo y la fuga.

Mas la cólera de Jesús tenía que calmarse en la soledad, porque una elevada manifestación le inspiraba palabras como estas:

«Perdónales, Dios mío, puesto que no me conocen. Sostenme porque Tú eres el sólo fuerte. Defiéndeme en contra de la desesperación y consolida mi voluntad que vacila. Tú eres mi único refugio. Tú eres mi sola esperanza».

Jesús encontraba amplias compensaciones, en la adorable bondad de Dios, a las tristezas que invadían su Espíritu, y las malas impresiones desaparecían en la plegaria.

«Hermanos míos, el más bello de los heroísmos humanos, es el olvido de sí mismo para llevar a otros la palabra de paz y de consuelo».

«Las más grandes virtudes se encuentran en los senderos dolorosos y la marcha del alma hacia el Creador no se efectúa sino a fuerza de sacrificios».

«Honrad la desventura, inclinados delante de la miseria, haced brotar la esperanza en los corazones febriles, trabajad empeñosamente en servir a los enfermos y en adormecer sus sufrimientos; quebrad al mal en sus obras y esforzaos en la liberación del justo».

Llegué al lado de Juan con la pasajera esperanza de salvarlo, mas él ahogó esta esperanza dándome las más espantosas informaciones respecto al poder que lo mantenía en cadenas.

Lo que yo debía hacer, me dijo Juan, en el interés de nuestra causa, era mantenerme alejado del centro de la persecución y continuar haciéndome de partidarios en las clases más ínfimas.

Quedé solo con Juan, no habiendo nada en mis apariencias que pudiera dar la menor sospecha a los guardianes del prisionero, y escuché la palabra del Apóstol inspirada ya por los resplandores, que él entreveía del más allá, entre las sombras de la muerte. De rodillas, como poco tiempo antes, durante la penitencia del Jordán, incliné la cabeza delante de esa gran figura en la historia de los siglos.

Juan me levantó, me abrazó, me dio ánimo y me hizo prometer que seguiría sus consejos. Resuelto a morir antes que renegar de sus palabras, me hizo saber así la condición que se le imponía para concederle la vida y la libertad.

«No veo la hora de alejarme de la justicia de los hombres y te dejo el cuidado de mi gloria ante la posteridad. Hijo de Dios, continúa mi misión. ¡Date prisa! Los días están contados y nuestra alianza debe recibir su sello en la patria celeste, después del éxito. ¡Date prisa! La causa de Dios está en peligro y el Mesías Juan confía al Mesías Jesús. Adora la causa de Dios que nos ha lanzado aquí y marcha hacia la muerte con la mirada fija en el porvenir. En el porvenir el nombre de Jesús será glorificado y su fe triunfará, porque el Dios de justicia y de amor lo ha designado el Mesías de la religión universal».

La voz de Juan tomó entonces un tono profético, pasaron visiones ante él e hizo resurgir en mí la seguridad de mi futura elevación.

¡Oh, fe santa! ¡Tú despiertas el coraje y las virtudes, proporcionas el desprecio de los honores y de los sufrimientos, cumples milagros de amor y de sacrificios, adquieres fuerzas y devoción; llevas la libertad al espíritu y la tranquilidad a los corazones! ¡Tú eres la puerta de la esperanza, la llama de la caridad, la estrella maravillosa que brilla en el cielo oscuro de los naufragos!.

¡Oh, amor de Dios Santo! ¡Tú sólo te manifiestas al alma creyente y a todo espíritu fuerte y desligado de las tinieblas!.

¡Oh, Dios mío! Haz fácil la fe a los hombres que leerán estas palabras y manifiéstales todo tu amor.

La paciencia de Juan no se desmintió, pues él recibió la muerte con la tranquilidad que da la fe.

Habiendo quedado solo después de la muerte de Juan para dirigir a los hombres en la nueva creencia, yo recobré fuerzas en el recuerdo de las brillantes promesas de mi amigo y reuní los principios de su severidad para los pecadores, con una moral cuya base era la fraternidad.

Engrandecido por la fama del solitario, seguí la costumbre de la purificación en el Jordán, tomando abiertamente el título de *hijo de Dios* y dejando a Juan el nombre de *Precursor* que él había tomado espontáneamente. Designando la

habitación de mi Padre en el cielo, presentaba esta imagen con colores que convenían a los hijos de la Tierra de ese tiempo. Hoy no podría decir más: el cielo y el infierno; las puertas del infierno no prevalecerán en contra mía. La muerte es eterna para el pecador; el demonio lo arrastrará a un abismo sin fondo, y no verá jamás a Dios, porque él lo habrá maldecido, y porque la luz no penetrará en el infierno. La luz es Dios. El demonio reina en las tinieblas y el réprobo lanza gritos de angustia, llamando a Dios, que permanecerá, eternamente sordo a ellos.

Mas hoy digo en cambio:

«Hermanos míos, el cielo es una designación vaga de la habitación de Dios. El infierno no existe. La muerte es el término de una etapa del espíritu; las existencias sucesivas operan paulatinamente la purificación en la naturaleza de los espíritus, a los que la justicia de Dios da, a todos por igual, una manifestación confusa de la verdad, la cual paso a paso se perfecciona a medida que ellos caminan en la presencia del porvenir, por el abandono de los instintos materiales y por la pureza de los deseos».

Mis preceptos son los mismos ahora que entonces, mas se apoyan sobre el punto fundamental de una doctrina, cuya exposición no hubieran podido comprender los hombres que entonces me rodeaban, y yo debía purificar sus espíritus sin preocuparme de los medios. Tenía que exhibirme como *hijo de Dios*, porque la palabra *reformador* no hubiera sido suficiente, siéndome de necesidad el conquistar un principio divino para elevarme ante la posteridad, para la que tal vez hubiera pasado ignorado sin este principio. En mis primeras predicaciones de Jerusalén, había ciertamente adelantado la negación del infierno durante mis demostraciones respecto a la bondad divina, mas ahí me escuchaban hombres familiarizados ya con dicho pensamiento, hijo de la misma razón. Aquí la tradición del infierno imprimía a mis discursos la tétrica energía de las masas que se manifiestan siempre deseosas, y yo quería atraerme la confianza de esas masas. Durante mi estancia en Jerusalén, había explicado la manifestación del espíritu para con el espíritu, mas aquí yo hablaba del espíritu de Dios y del espíritu de las tinieblas, del espíritu puro y del espíritu impuro, de la resurrección de los cuerpos y de la presencia de Dios en el juicio de cada hombre después de morir, e insistía en lo de mi presencia a la derecha del *Padre Celeste*, cuando viniera a juzgar a los vivos y a los muertos.

Hermanos míos, los enemigos de Jesús han sacado partido de estas contradicciones para acusarlo, y el expediente que Jesús empleaba para dominar las masas, le valió el que se le considerase como un ambicioso de los favores populares. Pero las pruebas respecto a las verdaderas intenciones de Jesús, se encuentran en sus invariables demostraciones sobre la fraternidad e igualdad entre los hombres, en su continua familiaridad con los más pobres y más desvergonzados, en su fácil renuncia a los halagos de la carne, en su alejamiento de las riquezas y de la disipación mundana, en su modo de presentarse, en sus hábitos, en su suplicio, que pudo evitar, y en fin, en el supremo honor que recibió de Dios al designarle como vuestro Mesías y vuestro iniciador en las nuevas doctrinas, en su felicidad, sus dolores, sus alegrías, su gloria.

Sabedlo, hermanos míos, la pura luz de Jesús lo llevaba a establecer una creencia basada en la Ley divina de la asociación fraterna de los espíritus. Mas no era llegado aún el tiempo de esta elevada demostración y Jesús tenía que plegarse a los solos medios que podían consagrar su popularidad. Sabedlo también: Jesús tenía como guía la inspiración de los espíritus del Señor, pero Jesús llamaba hacia sí la

inspiración mediante la emulación de su misma voluntad, y muchas veces, errores, cuyo recuerdo le impone su memoria, fueron cometidos, siendo su causa la desviación de su juicio, en circunstancias en que sólo el libre albedrío debe gobernar el espíritu. Me manifiesto ahora con la alta protección de Dios. En el mundo terrestre también hablaba con la alta protección de Dios. Entre mis dos apariciones corren diez y nueve siglos y mi filiación. Así como mis palabras, no pueden ser las mismas.

EL *hijo de Dios*, es un espíritu inteligente, llegado a su más alto destino por el cumplimiento de los deberes trazados a todos los espíritus de su orden y las palabras de Jesús con los hombres de estos tiempos, tienen que señalar la distancia existente entre ellos y los pueblos de la Judea a los que se dirigía Jesús en su vida corporal. Emociones de elevada significación empujaban a Jesús hacia la familia espiritual por él merecida y al mismo tiempo las emociones de su vida carnal durante su misión humana, lo empujaban a manifestar el origen y el fin de ésta a los hombres de hoy en día.

¿Qué sería necesario para hacer desaparecer las dudas de la gran mayoría de estos hombres?

Sería necesario repetir mis conversaciones familiares de otros tiempos y sus divagaciones en los discursos destinados a honrar la humanidad futura con la exposición de los deberes y de la revelación de las verdades prometidas al hombre inteligente. Sería necesario humillar más aún mi naturaleza y descender al nivel de las manifestaciones de los espíritus que permanecen en la atmósfera material, donde su puesto les está señalado desde larga fecha. Sería necesario ofrecer pormenores sobre los acontecimientos futuros y hacer un empleo vergonzoso de la gracia divina destinándola a manifestaciones tontas. Sería necesario obligar la fe de la humanidad con un milagro auténtico y arrojar el relámpago de la llama sobre la revelación, de la que yo soy el mensajero.

Exponer mi opinión sobre el papel no vale nada, lo mismo que el describir el camino que yo seguí. ¿Qué importancia podría tener ello para hombres cuya vida pasa en el desperdicio de la inteligencia, en el embrutecimiento que origina el abuso de la fuerza, en los permanentes deseos ambiciosos e inmorales, en el grotesco desdén por todo lo que les recuerda la fragilidad de la existencia presente y la pesada responsabilidad del espíritu inmortal, en la negación de Dios y en el desafío arrojado a su justicia, con abominables divagaciones y con ejemplos más abominables aún, en el olvido completo de las atribuciones de hombre y en el olvido de todo pudor, de toda delicadeza, de toda probidad, de todo honor, de todo sentimiento humano?.

Me coloco al nivel intelectual del médium que elegí; mas algunos hombres de espíritu grande encontrarán debilidad en mis manifestaciones y otros de más modesto talento harán notar las dificultades que surgen de estas mismas manifestaciones. Otros, y son los más numerosos, me acusarán de haber engañado al pueblo hebreo con enseñanzas que lo animaban a abrazar una creencia que yo mismo no tenía.

A ello contesto: En casi todas las circunstancias de mi vida, recabé mi coraje del convencimiento que tenía de los favores divinos y era necesario hacerme digno de esos favores con un desprendimiento completo de los goces de la familia y de toda ambición propia del hombre. Tenía que sostener luchas para llegar al estado que yo deseaba, pero la firmeza de mi fe tenía que triunfar, porque Dios era mi apoyo y el premio a que aspiraba. ¿La misericordia divina no me mandaba para llevar una misión fraterna? ¿Y no bastaba acaso la fuerza de este pensamiento para levantarme lleno de ardor después de un momento de depresión? En casi todas las obras de mi vida me preocupé del fin.

En cuanto a los medios para persuadir y convencer a los hombres, empleé los que requerían la situación de las cosas y la inteligencia de mis oyentes. Convencido de la *asistencia de los espíritus de Dios*, no podía asociar esta definición con los dogmas fundamentales de la ley judaica, puesto que los sacerdotes, cuya arrogancia estaba de acuerdo con su poder, vigilaban por el fiel cumplimiento de la ley, y éstos me habrían hecho morir antes de la hora establecida, antes del cumplimiento de la obra si hubiera empezado demasiado pronto la siega de la mies del Señor. Tenía el convencimiento de la asistencia de los espíritus de Dios, pero al mismo tiempo estaba seguro del peligro que corría por esta revelación en una época en que los espíritus no estaban dispuestos a recibirla, y fundé una doctrina más en armonía con el desarrollo del espíritu humano, persuadido de que más tarde estas verdades se abrirían camino. Tenía el convencimiento de la asistencia de los espíritus de Dios, pero en Jerusalén los amigos míos que tenían mi misma creencia, se habían negado a sostenerla en público. ¡Ello no significaba más, que un rejuvenecimiento de creencias! ¡Ello a pesar, de que las revelaciones se encuentran en el orden natural de las fuerzas humanas y de las fuerzas espirituales, de los designios de Dios y de los senderos abiertos por la Providencia! ¡Mas en este mundo de errores y de falsos profetas, cuántos obstáculos tienen que vencerse para demostrar la verdad! ¡Cuántos vicios y cuántos desvaríos se oponen a las nociones traídas por la virtud y por la razón! ¡Oh, mártires de todos los siglos que me habéis precedido! ¡Oh, mártires de todos los siglos que me habéis seguido! Descended de las regiones en que ahora os encontráis para decir conmigo: ¡Pobre humanidad! ¿Cuándo, pues, llegarás a ser digna de los esfuerzos de los que quieren emanciparte? ¿Cuándo tendrás tú el coraje de levantarte y de mirar a Dios? ¿De maldecir la ignorancia y de lanzarte hacia la inmortalidad con la fe y con el amor?.

Hermanos míos, la vida de Jesús tiene que ser explicada por él mismo para borrar las dudas que existen todavía respecto a su naturaleza y a su sinceridad. Jesús lo dijo: Fue el apóstol de Juan y después de la muerte del *Solitario*, busqué reunir los antiguos preceptos con los que le dictaba la alta inteligencia de los mundos. El amor fraterno, la solidaridad humana, la justicia y la misericordia de Dios, tales eran los dogmas establecidos por Jesús. Mas, para predicar estas cosas con algún desarrollo era necesario romper los dogmas antiguos, con la idea de la creación de un solo mundo, la dependencia del alma con relación al infierno, la condenación eterna, el poder del demonio, las demostraciones pueriles, los sacrificios impíos, en una palabra, era necesario destruir y reconstruir, y no tenía el tiempo ni los medios para llevarlo a cabo.

En mis conversaciones con Juan había quedado convenido que arrojaríamos la semilla en medio de la gente plebeya y que el título de hijo de Dios serviría para atraer a las masas en el porvenir, para que mi misión fuera provechosa e inmortal. La doctrina de Jesús tenía que apoyarse sobre el prestigio de la filiación divina, con el propósito de que ella quedara absolutamente establecida y religiosamente observada a fin de humillar todas las miserias morales. ¿Podía acaso el Mesías Jesús lanzar el anatema en contra del poder y de la dureza de los ricos? No, las turbas tantas veces engañadas por las apariencias de la virtud, no habrían admitido la moral del pobre Nazareno y lo habrían acusado de envidiar a los mismos que él señalaba para desprecio de los adoradores de Dios. ¿Podía acaso el Mesías Jesús lanzar el anatema en contra de la esclavitud y de la justicia humana? No, puesto que la muchedumbre

no hubiera comprendido a un hombre que intentaba derrumbar las instituciones hasta entonces respetadas. Mas lo que el Mesías Jesús no podía intentar, podría intentarlo el hijo de Dios y el porvenir recompensaría a Jesús por la derrota y contrariedades de su vida presente. Al hijo de Dios le correspondería el decir:

«Mi reino no es de este mundo».

«El Cielo y la Tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras».

«Permaneced en la paz del Señor, caminad dentro de sus leyes y creed en la resurrección de los espíritus».

«Pedid y se os dará, la mano de Dios es sin fin y su amor es inmenso».

«Bajad hasta el fondo de vuestros corazones y arrojad de él todo lo que tenga de impuro. Las impurezas corrompen el corazón y el alma».

«Sembrad, destruid la mala hierba. Yo os lo digo hombres de buena voluntad: los que hayan sembrado aquí recogerán en otra parte. Os lo digo aún: abandonad los bienes de la Tierra, puesto que los ricos no entrarán en el reino de mi Padre. Mas entrarán los que todo lo hayan dado para seguirme. Mas entrarán los que hayan comprendido mis palabras y las pongan en práctica».

Yo era el enviado de la justicia de mi Padre y me hacía el intérprete de su misericordia.

«Venid a mí, vosotros que habéis pecado, y os perdonaré. ¡Venid! La liberación de vuestras almas se efectuará por obra de mi amor».

«Yo soy el buen pastor y el buen pastor da la vida por su grey».

«Yo soy la fuente del consuelo y a mi lado no se deben temer los peligros, porque Dios está en mí y yo estoy en Él».

«Seréis arrastrados por los *espíritus de las tinieblas* hacia la muerte del pecado, mas yo soy la luz, la verdadera luz hasta la consumación de los siglos».

«Id, les decía a los pecadores, id y no pequéis más. El Señor os perdona por mis labios, puesto que soy su hijo predilecto y todo lo que yo perdone en la Tierra será perdonado en el Cielo».

«Soy el intérprete de mi Padre y del vuestro, porque la Patria Celeste es mi patria».

«Vine para traeros la verdad, para que la verdad sea conocida de todos los hombres en el presente y en el porvenir».

«Dios conoce vuestros más secretos pensamientos. Rogad pues con pureza de corazón para que vuestras oraciones sean oídas».

«Practicad el bien en las sombras y que vuestra mano izquierda no sepa lo que ha dado la derecha».

«No imitéis a los hipócritas que levantan los ojos al cielo y tienen una cara escuálida, para demostrar a todos, que oran y ayunan».

«Cuando vayáis a la Sinagoga. Tomad una actitud modesta y entrad con el alma libre de toda venalidad y desligada de todo rencor».

«Cuando deis expansión a vuestro espíritu y a vuestro cuerpo con el descanso y en medio de las distracciones, haceos fuertes en contra de todo lo que sea bajo y grosero, porque ello desarrollaría en vosotros las tendencias bestiales y harían retroceder a vuestro espíritu».

«Cuando os encontréis en la aflicción, decid: ¡Dios mío! Sea hecha tu voluntad y no la mía. Enseguida Dios os mandará la alegría y la fuerza».

«Cuando os encontréis en la abundancia distribuid lo necesario a los que no tienen y cuando os encontréis en la necesidad, recurrid a vuestros hermanos. Todos los hombres son hermanos y Dios les dice: *«Amaos los unos a los otros y amaos sobre todas las cosas»*».

Mis gustos me llevaban a las reuniones populares y a menudo la curiosidad que acompañaba a mi persona, desnaturalizaba mis palabras, arrojándolas a las pasiones entusiastas de los amigos de lo maravilloso.

Mis enemigos tomaban nota del ruido que se hacía alrededor de mis milagros y más tarde me acusaron de haber dejado que se creyera en estos milagros por no haberlos negado en lo más mínimo.

Mi naturaleza de hijo de Dios, hermanos míos, era para vosotros un sujeto de estudio y tengo que definíroslo completamente. Pero voy antes a explicar dos milagros referidos en vuestros libros, y si los elijo es por encontrarlos de una inventiva más exagerada que las de los demás.

En la ciudad de Jericó un ciego vino a encontrarse en el camino de Jesús y se puso a gritar: *Jesús hijo de Dios haz que me sea dada la vista.*

Jesús le dijo: *Te es devuelta la vista y él vio.*

Hermanos míos, el ciego de Jericó es una quimera.

El hombre enfermo encontraba siempre en mí consuelos y también algunos medios de alivio, debido a mis estudios sobre las enfermedades humanas. De estos milagros yo no he tenido conocimiento sino por los escritos de vuestros historiógrafos.

El cuento de los cinco pescados y de los dos panes *multiplicados* y distribuidos entre muchos miles de hombres dejó perplejo mi Espíritu al ver tan grande tontería humana.

¡Ah! Hermanos míos, Jesús como acabo de decir, se encontró a menudo en medio de las reuniones populares, pero jamás hubo algo de su parte que pudiera dar lugar a semejantes fábulas. ¿Con qué objeto hubiera provocado la creencia en estos trastornos de la naturaleza material mientras decía que el poder del Padre residía en el fausto de la creación y en las inexorables leyes naturales de la materia?.

Al principio de este libro os referí la resurrección de una jovencita, resurrección que sólo existió en la imaginación de los asistentes, pero que yo dejé que pasara como un hecho real porque no veía entonces inconveniente alguno en ello. La jovencita no había vuelto a la vida, yo lo sabía, pero aproveché la ilusión de los padres para inspirarles la fe en la resurrección del espíritu. Pero en cuanto a lo sucedido en Jericó y en todas las circunstancias en que se me hace aparecer como violando las leyes de la existencia material, insisto en mi negación absoluta respecto a mi participación en tales mentiras.

Insisto en estos principios de alta filosofía religiosa: que Dios no ha pasado jamás los límites puestos por Él mismo, que Dios no ha concedido a nadie la facultad de transgredir las leyes divinas, las que reposan sobre leyes inmutables, que Dios es un Ser demasiado perfecto para engañarse, demasiado justo para favorecer a unos y dejar a los otros de lado, demasiado adorable para descender a combinaciones del género de las que se encuentran a cada paso en vuestros pretendidos libros sagrados. ¡Oh, ciertamente, Dios me ha protegido! Sí, Dios me ha empujado hacia el porvenir para que fuera la luz y el guía de éste; pero no siempre fui digno de este honor, y es porque llegué a ser lo que pude, preceder a la humanidad, y enseguida bajar desde esa luz hasta ella para bendecirla con mi sangre y emanciparla con mis palabras.

Será también hijo de Dios el hombre que saborea la paz en medio de la tristeza y de los sufrimientos, porque él es libre de pensar, libre de adorar a Dios, libre de llevar alivio a sus hermanos con la fuerza del espíritu y la efusión del corazón, porque él es libre de vivir sin apostatar de su fe y de morir confesándola, libre de marchar hacia adelante durante la vida y después de la muerte.

Será también hija de Dios la mujer de la Tierra que haya sufrido todas las desilusiones con dignidad, que haya defendido todos sus derechos con la conciencia de su valer espiritual, que haya ascendido las gradas de la ciencia divina y multiplicado sus buenas acciones para ofrecerlas al Dios del Universo. Será hija de Dios y podrá conservar este nombre tanto ante el mundo que habrá dejado, como ante el mundo hacia el cual habrá sido llamada por la voluntad divina. Deseaba yo con demasiado ardor la felicidad de los hombres y era demasiado absoluto para mis propósitos para justificar la opinión de los que emplean con demasiada crudeza el calificativo de impostor o de los que disimulan el propósito de esta injuria con expresiones más favorables para la lectura de sus libros.

Tomando el nombre de *hijo de Dios* sabía que tenía el derecho para hacerlo: adelantándome hacia el abismo sabía que había caído en él. Me era agradable la amargura de la muerte, como hombre obligado a morir, y predecía a mis apóstoles el abandono del que más tarde se hicieron culpables. Pedía fuerzas a mi elevada protección espiritual y en mis alianzas humanas descendía a debilidades comunes a todos los hombres. Mi naturaleza era pues como todas las naturalezas humanas, dividida entre la atracción de la Divina Providencia y la atracción de las alegrías humanas, pero el progreso de mis pensamientos, cada vez mejor y más intensamente dirigidos hacia el horizonte celeste, tenía que destruir mis tendencias corporales, convirtiéndome en el Mesías inmortal.

El hombre desvinculado de los estorbos mundanos, es realmente el hijo de Dios. Juan lo había dicho antes que yo, y él no tenía sólo en vista el porvenir conquistado, cuando me hizo prometer que respetaría mi denominación y de sostenerla ante todos y en contra de todos.

Mi posición de *hijo de Dios*, hermanos míos, es más concebible entre los adeptos de la religión universal, que entre las almas encerradas en el círculo estrecho de una religión humana.

La religión universal se funda en la justicia de Dios, no levanta templos para una fracción de los hombres, no tiene formulismos externos forzados; pero da la paz después de la oración, porque la oración está despojada de todas las supersticiones que acompañan a las religiones humanas.

La religión universal define a Dios con sus atributos de grandeza y de poder, las religiones humanas definen a Dios con las debilidades inherentes a la humanidad.

La religión universal tiene su asiento en el alma, como en un santuario. Las religiones humanas están condenadas al error y a los alzamientos de la razón.

La religión universal se manifiesta con la elevación de los pensamientos y el deseo de perfección. Las religiones humanas exigen la fe sin proporcionar el sentimiento de ésta. Ellas concluyen por convertir al hombre en fanático e incrédulo.

La religión universal, hermanos míos, os dice que todos somos iguales, en virtud de nuestro origen. La religión universal os eleva en el porvenir y os avala en contra del orgullo hablándoos del pasado.

La religión universal os da la definición exacta de vuestro Ser y os salva de la desesperación, os inicia en la gloria de vuestro Dios y os promete alegrías en su casa.

La casa de Dios es la casa de las inteligencias que han llegado a la perfección y al coronamiento. Es la Patria del hijo de Dios. De ahí viene Jesús en este momento para explicarnos su naturaleza. De ahí bajó en un día de misericordia, para ser Mesías, vuestro guía y consolador. Desde ahí también os bendice todas las veces que vuestras miradas piden la luz de Dios, y os la manda. Desde ahí os llama a todos, sí a todos, los unos después de los otros.

He ahí el cielo, el porvenir de la religión universal, he ahí la mañana deliciosa de vuestra noche actual, el fin de vuestros esfuerzos, el trabajo de vuestra existencia. Conquistar la muerte, conquistar la luz, conquistar un lugar en el sol de los soles, una voz en el concierto de las armonías divinas, conquistar la perfección del espíritu y no descender de las altas regiones sino para ayudar a las almas débiles, libertar las almas esclavas para demostrar a los ignorantes la grandeza de Dios y el elevado destino del espíritu.

¡Ah, hermanos míos! Mereced esta dicha y recread vuestra alma con esta esperanza.

Durante varios siglos, después de la última humillación de su espíritu, Jesús asistió a los proceder contrarios a toda ley divina de los depositarios de la autoridad religiosa y si no impidió estos excesos es porque Dios deja a cada uno la responsabilidad de sus acciones delante de su Justicia; porque Dios confirma sus leyes no interviniendo en el ejercicio de la libertad individual. Las fuerzas ocultas pueden bien sacudir un mundo, los Mesías y los agentes superiores de la autoridad divina pueden bien ser los Mensajeros de luz, pero la lucha es siempre ruda y la materia resulta la más fuerte. La materialidad apaga el sentimiento de espiritualidad en los mundos inferiores, del mismo modo que la espiritualidad apaga la materialidad en las altas regiones. Por todas estas razones no pudo poner freno al comercio que se hacía de su doctrina y tuvo que oír sus falsas definiciones, contemplar los delitos y las abominables venganzas, con el alma inmovilizada por la voluntad divina.

Hermanos míos, mis queridos hermanos, bendecid el misericordioso pensamiento que me manda nuevamente entre vosotros. No preguntéis a Dios sus secretos, mas aproximaos al fuego de su amor, al fulgor de su luz, a la inteligencia de su naturaleza y desprendeos lo más posible de las tendencias de la naturaleza carnal. La naturaleza carnal os arrastra hacia amores deshonestos, a ambiciones rastreras, a cálculos delictuosos, a demostraciones hipócritas, a alegrías humillantes para el alma y a la pérdida de vuestra dignidad espiritual. Hombre como vosotros, yo también estuve sometido a las leyes de la materia y vengo a deciros que Dios quiere la posesión de vuestra alma toda entera. Acumulad tesoros para el porvenir en Dios y despreciad las riquezas terrenas. Destruid vuestra ambición por los honores humanos y mereced los celestes. Empezad la reforma de vuestros gustos depravados, de vuestros hábitos licenciosos, destronad el orgullo y el egoísmo para hacer resplandecer la modestia y la caridad. Adorad a Dios, como la luz y la libertad, como la calma y la fuerza, la inteligencia y la pureza y no lo insultéis más con oraciones hechas sin la comprensión de sus atributos que quieren la libertad, la calma, la fuerza, la inteligencia y la pureza de vuestros deseos, de vuestro amor, de vuestra fe y de vuestra esperanza.

Permaneced en la paz conmigo, vosotros que queréis seguirme, y pronunciad en la efusión de vuestro corazón, la oración que os voy a dictar para terminar este capítulo:

«Dios mío, haz que este mundo se me represente tal como es realmente: un lugar de pruebas, un fardo doloroso, una habitación fría y temporal; mas endulza las amarguras de la prueba, alivia el fardo, con el concurso de las almas hermanas de la mía y descubre a mis miradas el cuadro deslumbrador de las fastuosas recompensas, debidas a la eterna gravitación de los espíritus, para conquistar la espiritualidad pura en tu aureola y en tu gloria».

En mi octavo capítulo empezaré a tratar la cuestión de la dependencia de los espíritus de la Tierra y de su desmaterialización.

CAPÍTULO VIII

JESÚS DEFINE EL ORIGEN Y DESARROLLO DEL ESPÍRITU

Definamos hoy, hermanos míos, la gracia inherente a la naturaleza humana y ascendamos los escalones que llevan al conocimiento de la creación del hombre.

Parto de un Principio y digo, que el libre albedrío y el sentimiento de la responsabilidad de las acciones, le son dados al hombre en el estado natural y primitivo. Digo, que el alma humana los desarrolla a medida que su luz intelectual se hace más viva, y añado, que esta luz intelectual es propia del espíritu.

El espíritu es una creación de Dios, de la que el alma fue la promotora, y la materia su expresión.

El espíritu adquiere cada vez mayor lucidez para desarrollar su principio espiritual y amortiguar sus primitivas tendencias, enteramente animales.

El espíritu del hombre nuevo no puede concebir las alegrías espirituales, pero se mantiene, en sus relaciones materiales, ajeno a toda demostración de ferocidad, cuando trae de su precedente habitación instintos dulces y en armonía con el estado social que abraza. El espíritu del hombre nuevo se hace delincuente cuando trae de su precedente habitación, el deseo de las demencias atroces y el gusto por las luchas furiosas.

El hombre nuevo debe su fácil desarrollo o su embrutecimiento prolongado, a la intervención de los espíritus de que está rodeado y el progreso del mundo se encuentra obstaculizado por el bajo nivel moral de todos. La Tierra le debe a su Creador el justo tributo de su propio progreso y la Tierra en cambio demora siempre este progreso como si le fuera dificultoso el descubrir la meta y el origen, como si ella desconfiara del porvenir y quisiera ignorar el pasado.

Todos los hombres se han ocupado del destino del hombre, mas todos echaron una sombría mirada de desaliento sobre el origen del hombre. Yo voy a daros algunas nociones respecto a dicho origen, aun cuando estas nociones hubieran de ser acogidas con el escepticismo propio de la época, cuyo triste resultado moral yo deploro. La creación, hermanos míos, no se encuentra tan por encima de la fuerza de vuestra inteligencia, que no se pueda explicar con un razonamiento humano. Me ofrezco por lo tanto a vosotros, como un filósofo de la Tierra, como un espíritu, cuyas investigaciones se vieron coronadas por el éxito y llamo con ello vuestra atención. Volveré a tomar después mi nombre y mi título, ahora no soy sino un amigo vuestro, que viene a comunicaros las impresiones recibidas por él en regiones

más favorables para la educación moral e intelectual de los hombres. Me presento como un profesor de bellezas desconocidas y tomo la palabra con el deseo de iluminaros. Estudio desde hace siglos, adoro el poder divino y alimento con su luz la linterna que yo poseo.

Hermanos míos, para que el cuadro de la creación sea comprensible para vosotros, es necesario admitir como punto de partida: el alma como facultad sensitiva, el espíritu como facultad pensante y la materia como facultad demostrativa, en el mundo en que habitáis. El alma, como dependencia del principio vital universal. El espíritu, como creación de este principio vital. La materia, como expresión de la sensibilidad y de la inteligencia.

Mis desarrollos respecto al espíritu formarán el tema de este capítulo. Es necesario por consiguiente establecer una base para la demostración y determinar las funciones del espíritu, completamente distintas de las del alma.

El alma es el principio del movimiento y de las sensaciones. El alma es el soplo divino que se desliza y se reanima por la fuerza de la materia, que se alimenta de las fuerzas de la naturaleza carnal y que concluye por su debilitamiento.

El espíritu es una dependencia del alma y de la materia; al principio se caracteriza por el recuerdo, que establece la personalidad, luego por convertirse en una criatura inteligente por el continuo desarrollo de su naturaleza, desarrollo inherente a la transformación y emancipación de sus demostraciones exteriores y de sus deseos íntimos.

En las razas de espíritus inferiores, la memoria está circunscrita a hábitos naturales y a combinaciones pueriles. En las razas más elevadas, la memoria se convierte en la fuente de progreso, dirigiendo su luz sobre las faltas cometidas en el pasado. En las regiones enteramente espirituales, la memoria saca del pasado enseñanzas preciosas para comprender y hacer comprender el porvenir. El espíritu se convierte en un iluminado con respecto a los designios de Dios y se eleva sin descanso hacia las verdades eternas, cuyas profundidades ya ha medido.

En las primeras manifestaciones de su personalidad, el espíritu procede como los niños en los mundos carnales; camina con temor y dirige miradas de sorpresa, sobre todo lo que aún no llega a concebir, armoniza sonidos cuyo significado nadie comprende sino los espíritus de su orden, huye de la luz, que le inspira temor y se acerca a la llama, que lo divierte, presta poquísima atención a las enseñanzas de su vida y no le atraen más que los goces presentes, nada prepara y muy poco recuerda.

Durante el completo ejercicio de sus facultades, el espíritu se vuelve malo por cálculo, de malo que era por el ocio o por los desordenados deseos de sus instintos materiales. En medio de la luz de sus deberes, el espíritu se convierte en delincuente, olvidándolos para satisfacer pasiones cuya perniciosa influencia él conoce, y desde esta degradación moral el espíritu cae en la turbación de la muerte para despertarse entre las angustias de la duda y en las tinieblas del error. Cuando el espíritu humano cae entre los goces bestiales, aunque sin delinquir pero ingrato hacia Dios, pierde la pureza de su alma. Engolfado en divagaciones enfermizas, el espíritu humano pierde a menudo de vista el verdadero objetivo de la vida carnal y su ciencia, tan estimada de los hombres y que no les proporciona la paz del corazón y la salud del alma. ¿Qué es el alma sino la parte sensible del Ser, el derecho de sentir y de aspirar, la capacidad de gozar y de sufrir?.

El espíritu del animal que os sigue como primero después de vosotros, hombres nuevos, es incapaz sin duda de arbitrar mejoras y fantasías de comodidades,

¿pero quién le impedirá a su alma concebir el dolor, llorar la separación, alegrarse por la maternidad y entregarse a las pasiones del amor?.

El espíritu de ese hombre nuevo, oh, hombres ancianos, se encuentra ciertamente desprovisto de las facultades adquiridas por vosotros en el ejercicio de los dones de Dios, pero su alma no tiene ninguna diferencia con la vuestra, cuando son iguales las fuerzas morales. Me explicaré: si vuestro espíritu, en el ejercicio de los dones de Dios, es decir, en el camino de los goces y de los conocimientos adquiridos, dejó vuestra naturaleza humana llena de vicios, puesto que se inclinó al mal en el libre ejercicio de vuestras facultades, el alma se resiente de este embrutecimiento y permanece inerte en la sensación de las alegrías que le son inherentes y como desheredada por el distribuidor de estas alegrías. El espíritu concibe las buenas acciones y el alma se felicita por ello. El espíritu descubre la verdadera fortaleza y la verdadera justicia, fortaleciéndose el alma por el impulso que con ello se le da. El espíritu honra la ley de los mundos y destierra de su naturaleza brutal, el gusto por las infracciones de esa ley y el alma le presta la sensibilidad de su esencia para armonizar los preceptos de la ley con el sentimiento del beneficio y el horror hacia la crueldad.

Si el espíritu titubea en seguir la luz del mejoramiento, el alma sufre y llora. El alma eleva la voz en el silencio, en la soledad y esta voz se llama «conciencia».

El alma es la conciencia del espíritu, el alma es la elevada expresión de la moral, colocada en el Ser, como semilla del porvenir.

El alma en los animales destructores parece asfixiada por la ferocidad del espíritu, mas en cuanto el espíritu mejora, el alma toma la fisonomía que le es propia, es decir, que domina los instintos groseros, hasta donde le permite el desarrollo de su inteligencia. Ella se anuncia por medio de la potencia de las emociones tiernas y por la manifestación de saciedad de los placeres corrompidos. El alma se adueña de la situación cuando las facultades del espíritu pierden su prestigio sobre la materia, mas en este caso la marcha humana se debilita y la derrota se hace completa a causa de la ruptura de la trinidad, el alma, el cerebro y el cuerpo. El espíritu no ofrece entonces más que demostraciones y la dilatación de los órganos, de los que precisa por no tenerlos más, los sonidos del pensamiento se desvían como los sonidos de una voz escuchada por oídos afectados de sordera.

El pensamiento es la labor del espíritu, el espíritu piensa siempre. El espíritu marcha hacia delante por el ensanchamiento de su pensar. El espíritu no pierde su equilibrio en la locura sino que la debilidad de su instrumento hace imperfectas o nulas sus manifestaciones. El espíritu se agita durante la fiebre porque su organismo se encuentra enfermo. El espíritu pierde su poder de iniciativa en la vejez por el desgastamiento de su medio de manifestación. El espíritu también durante la locura ilumina con sus relámpagos, pero pronto se cansa de la lucha y esta lucha determina el fin de la vida corporal. El espíritu no se descubre en la infancia porque el cerebro no tiene el desarrollo conveniente, del mismo modo que en la vejez el sentimiento de la animalidad, domina la naturaleza humana; pero a medida que se adquieren fuerzas, el espíritu se evidencia a través de la niebla que lo envuelve demostrando su carácter y sus aptitudes. El espíritu no ha permanecido inactivo después de su última etapa en un mundo carnal, mas el estado de sopor producido por una nueva emigración, le quita la sensación de su poder, y ahí como en otra parte, la memoria se debilita en el sentido del mantenimiento de los decretos de Dios.

La memoria del niño y la memoria del hombre recogen del pasado tan sólo las tendencias y los gustos, de los que la presente existencia ofrece la prueba innegable.

La memoria del niño se manifiesta en sus inclinaciones. La memoria del hombre unas veces ilumina con la luz del genio su nueva carrera y otras, evidencia facultades pueriles o alumbra su ruta con la luz siniestra de delitos vergonzosos o inmundas orgías del espíritu.

Si en un momento dado aparecen resplandores de la memoria del espíritu en el cerebro humano, el Ser se encuentra elevado en un éxtasis de poesía en medio de visiones de lejanas armonías. Si son otros los reflejos de esa memoria que relampaguea en el cerebro, el hombre puede convertirse en innovador.

El poder de la memoria lleva consigo la luz que alumbra el sendero humano, y la sensación del Ser, en el vasto horizonte de los descubrimientos, es un recuerdo confuso de los anteriores esfuerzos de cada uno. El hombre se siente empujado hacia el progreso por la memoria y nada queda perdido para él a pesar de las interrupciones momentáneas de sus fuerzas intelectuales. Las privaciones de la inteligencia no llevan consigo el anulamiento de sus esfuerzos y el reposo del espíritu nada les quita a su penetración y a su actividad futura.

El sentimiento de las luces intelectuales resulta del adelantamiento del espíritu. La tendencia moral hacia las bellezas de la naturaleza, demuestra la sensibilidad del alma y esta sensibilidad se encuentra casi siempre asociada con el progreso del espíritu.

La lucha de los instintos carnales con el principio espiritual que anima al espíritu adelantado, es el trabajo impuesto a ese espíritu. El testimonio de su victoria le asegura un aumento de facultades morales e intelectuales para su nueva peregrinación.

El fracaso repentino del principio espiritual en la lucha, sumerge al espíritu en el estupor, en el reposo humillante, en el debilitamiento de las aspiraciones divinas, en el remordimiento y en el abatimiento del alma.

No quiero seguir en su expiación a los espíritus que se han desmerecido ellos mismos, porque el argumento de mi exposición es ajeno a la descripción de los tormentos inherentes a toda culpa, correspondiéndome tan sólo tratar de las gracias derramadas sobre el espíritu del hombre que ha permanecido firme en medio de la luz alcanzada en sus anteriores existencias. Me tomo la tarea de probar la elevada enseñanza de la llamada con propiedad gracia, de la gracia otorgada a la naturaleza humana de conocer su origen y su destino, mediante el aprendizaje de sus deberes y en virtud de las manifestaciones de la verdad.

En la naturaleza humana, he dicho, existen seres nuevos y seres renovados. Espíritus recién salidos del embrutecimiento material, sin otro reflejo de luz que los guíe, más que el instinto del alma, que dominando al espíritu, se encuentra a su vez dominada por la materia. Espíritus que han pasado por esperanzas de vida, por sufrimiento de degradaciones, por abatimientos, por alegrías, por relámpagos, por caídas, por éxtasis de felicidad, por tristezas, por glorias, por martirios. Espíritus cuyos sufrimientos fueron hijos de sus excesos y a los que el horror de la muerte los ha arrojado en medio del terror y del arrepentimiento. Espíritus que están llamados a sostener a sus hermanos y a ascender las gradas del poder espiritual. Espíritus fuertes por el desarrollo de su inteligencia. Espíritus dispuestos al bien por el desarrollo de sus facultades, preparados para la felicidad por su sentimiento de justicia y dominados por el deseo de las investigaciones.

Baso mi definición sobre la dependencia de las fuerzas intelectuales de la naturaleza espiritual y digo: que la medida de la inteligencia es proporcional a la extensión de los conocimientos adquiridos por el espíritu, en los desarrollos

alcanzados en las sucesivas existencias temporales y de las alianzas productivas, en el camino ascendente de las facultades del alma y en la actividad del elemento divino. La ciencia humana ha llegado a demostrar la influencia efectiva de las funciones del cerebro sobre las manifestaciones intelectuales, pero este hecho, material para los ojos humanos, guarda dependencia con el organismo espiritual, por cuanto el cerebro no es más que el espejo del espíritu, y el espíritu se ve colocado en un medio que le es favorable para cumplir los decretos de Dios y llenar los fines de su creación.

Todos los espíritus deben descubrir el poder de Dios y la dependencia de su propia naturaleza. Todos los espíritus deben estudiar el origen y el objeto de la existencia, pero deben al mismo tiempo dominar el instinto natural de la materia para convertir este descubrimiento y este dominio en el pedestal de su grandeza espiritual. Todos los espíritus humanos, aunque tuvieran que permanecer siglos en la ignorancia, no saldrán de esta ignorancia sino cuando sus tendencias carnales hayan sido finalmente anuladas, mediante esfuerzos de paciencia y pruebas de pureza en presencia de la elevada esperanza de los bienes fastuosos de la espiritualidad.

Hermanos míos, en el mundo en que habitáis, las influencias del círculo de vuestras alianzas y la ceguera del espíritu no le permiten al pensamiento elevarse hasta los deliciosos goces de la espiritualidad. Él no es capaz de desprenderse de los objetos materiales y pocas veces le es dado meditar sobre la potencia de Dios, sintiéndose enseguida desviado por las aparentes contradicciones recogidas en el mismo seno de la naturaleza terrestre, mas la fuerza de la gracia está ahí, la luz de Dios hiende las tinieblas, la voluntad del espíritu despedaza el yugo que lo aprisiona. Entonces el espíritu humano, decidido a conquistar su engrandecimiento, rasga el velo que le esconde la adorable figura de Dios.

¡Oh, divina naturaleza del alma! ¡Arroja tus lazos y tus dulzuras sobre el camino del hombre, en medio de las tribulaciones materiales y concede los dones de la ciencia a los que te reconocen como elemento de vida y de felicidad! ¡Sé la alegría de los creyentes y provoca entre ellos ideas de reformas, refina sus gustos, ensancha sus pensamientos y concédeles honores de alta moralidad! ¡Haz que baje entre las sombras de las pasiones la tranquila claridad, calma la fiebre de las pasiones, destruye las causas del delito aplicando a todos los males el bálsamo de la palabra celeste! ¡Conviértete en el consuelo de los justos, pero da también aviso a los pecadores y haz la luz en la noche de sus espíritus! ¡Bella y santa poesía del alma, domina las humillaciones de la materia carnal y conviértete en la fuente de los mejoramientos del espíritu humano!.

Hermanos míos, la dependencia del espíritu humano, de la naturaleza espiritual del alma, es la base del pensamiento eterno de Dios para convertir las criaturas en el objeto de su amor. El principio de la religión universal descansa sobre esta base, que os muestra al hombre en su porvenir, libertado del yugo de los vicios de la naturaleza carnal y resplandeciente de los atributos del alma, cuya naturaleza es divina.

Alejo de mi pensamiento el recuerdo del embrutecimiento del hombre y demuestro a sus miradas el desarrollo futuro de su naturaleza espiritual, colocando como principio el indicado resultado de los esfuerzos del Ser y de la multiplicidad de conocimientos adquiridos. Mas debo deducir de todo lo dicho, que los esfuerzos del trabajo y la multiplicidad de las luces determinen el adelanto del espíritu y describan el círculo de sus atribuciones en el eterno pensamiento divino. Aparto de mi naturaleza el cuadro de los humillantes errores del espíritu humano, pero aspiro a su

regeneración y esta aspiración llegará a ser una realidad. Aparto la vista de los hábitos monstruosos, de los negocios deshonrosos, de las prepotencias, de los delitos, de los horrores, de las corrupciones y veo en el fondo del cielo de mi alma, desarrollados cambios, elevaciones, honores y fuerzas para conquistar el poder espiritual.

En el retraso de su naturaleza espiritual, los hombres se convierten en fraticidas e impíos. Vueltos a la felicidad que proporciona la memoria del alma, comprenderán el destino de sus espíritus y la justicia del fardo que constituyen las pruebas de la vida corporal. Sabrán armonizar las potencias del impulso carnal, con la solidez de las reglas del orden superior y recogerán el dulce fruto de la oración, cuando esta oración sea dirigida al Creador del Universo, cuyas obras serán respetadas y observadas sus leyes.

Todos colaborarán en los propósitos divinos, cuando se entreguen al trabajo, reconociéndolo como la causa del acrecentamiento de la fuerza y de la inteligencia que nos aproximan a Dios. Los hombres se encuentran alejados de Dios. Los espíritus de la Tierra son inferiores como familias y como individualidades. La elevada expresión de la inteligencia divina los encuentra fríos y escépticos, el desarrollo de su órgano auditivo no está en relación con las armonías de la gracia, de cuyos dones están rodeados, y la pureza del elemento espiritual los hace parecer larvas que se arrastran por encima de las carnes putrefactas de un cadáver. Mas, lo hemos dicho ya, la gracia de la fuerza está ahí... La luz de Dios penetra a través de las tinieblas, la voluntad del espíritu despedaza el yugo que lo aprisiona, y por lo tanto el espíritu humano, pobre aún, pero resuelto a engrandecerse, rasga el velo que le esconde la adorable figura de Dios. El fin de los espíritus es el progresar y poco importa la naturaleza de los obstáculos que los rodean. ¿Qué pueden importarle las ambiciones mezquinas de su demora momentánea en la vida material? La desproporción de los alcances intelectuales con relación a la idea de la verdadera justicia y de las elevadas gracias, que por todas partes los rodean, ha de desaparecer por *efecto de la voluntad* y se ha de evidenciar la naturaleza espiritual cuando se borre la materialidad bajo el imperio de mayores progresos y de alianzas más nobles en manifestaciones del alma.

Los espíritus de la Tierra se encuentran alejados de Dios a causa de la inferioridad de su naturaleza, que los somete a leyes monstruosas de la impiedad y a costumbres de bárbaros goces. Pero espíritus de más elevada naturaleza vienen a emancipar el pensamiento y a ensanchar el criterio de los espíritus de la Tierra y a menudo les son concedidas fuerzas de luces especiales que les permiten, mediante apoyos de naturaleza intermediaria, poderse sostener en medio de estos espíritus atrasados, en medio del ambiente oscuro y de sufrimientos de la humanidad.

¡Pobres espíritus terrestres! Humillaos ante la ciencia de los delegados de Dios, para abreviar el camino hacia vuestra espiritualidad. Permaneced a la expectativa de los bienes futuros, caminando de una manera activa y consciente en medio de las pasiones y de los males de la humanidad, para reprimir las tendencias perniciosas de vuestra naturaleza y para aliviar a los más miserables entre vosotros. Aprended a daros cuenta del objeto de vuestra existencia y proseguid el trabajo de vuestra regeneración, a pesar de la presión que el espíritu debe soportar por efecto de la lucha y del alejamiento de los hombres, entregados a los goces y al orgullo. Buscad ayuda y consuelo en la fuente de la Divinidad y aligerad el fardo de los dolores propios de la naturaleza corporal en el empleo de las fuerzas de la naturaleza espiritual.

Sí, hermanos míos, es realmente Jesús quien os habla, mas la alegría intelectual derivada de las manifestaciones de su espíritu no puede ser concedida sino a los que han empezado la tarea de su purificación, el trabajo de su desmaterialización, a los que han entrado ya por el camino de las reformas de su propia naturaleza animal y por el de las luchas en contra de sí mismo, en contra de todas las pasiones desorganizadoras del alma, en contra de todos los vicios que hacen descender al espíritu al nivel de los brutos, en contra de la ambición de los bienes terrestres, en contra de la facultad pensante que trata tan sólo de culpables ficciones, malas doctrinas, delirios de imaginación dignos de lástima, falsos estudios filosóficos, tristes soluciones, despreciables negaciones de la existencia de Dios.

Descubrid vuestros destinos, hermanos míos, en la manifestación espiritual. Practicad excursiones en medio de la luz, y libertad vuestras almas de los lazos que las oprimen. Permaneced defensores del libre pensamiento, ¡oh, vosotros que deseáis la emancipación del espíritu!, haced participar en la discusión el gran nombre de Dios e inclinados ante los testimonios de su poder y de su amor. Acumulad tesoros de ciencia, pero recordad que sin la debida participación del espíritu, no existen verdaderos triunfos para el hombre y abandonad el tonto orgullo y el insolente desprecio de las naturalezas inferiores por lo que saben y por lo que no saben, por no alcanzarlo a concebir.

Influid en favor de la educación general de las masas y emplead vuestras facultades para el bien general. Buscad creyentes para la religión universal, haciéndoos sus apóstoles. Ella quiere la fraternidad entre los hombres y la devoción para con Dios, busca el elemento divino en su pureza y la paz en el mundo, relaciona el amor de la familia con el amor entre todos los espíritus, se aproxima a la habitación humilde lo mismo que a la fastuosa morada, y explica el porqué del rigor de las pruebas al lado de la abundancia de los dones; el por qué de la grandeza de las ideas al lado de la desnudez del espíritu, del camino de los honores al lado del estancamiento de las facultades, de la posesión de grandes inteligencias al lado del desarrollo puramente vegetativo del hombre en sus fases de crecimiento y de pausa. Humillad la naturaleza carnal en lo que ella tiene de bestial. Destruid la vergüenza en el matrimonio reemplazándola por la sinceridad y la delicadeza del amor.

Huid de la gloria adornada de sangre, de las alegrías compradas con el precio de la deshonra, de los humos de la embriaguez y de las tentaciones de la carne.

Haced que bajen hacia vosotros las fuerzas de la patria celeste, pidiéndolas con el fervor de un alma llena de esperanza y orad, como oran los ángeles, sin mezcla de debilidad y con la abnegación de las grandes almas.

Llevad en el cumplimiento de las leyes humanas, la fuerza demostrativa del espíritu que lucha en contra de la sensibilidad del alma, pero dejad que el alma hable para endulzar la suerte del condenado. Id a la casa del pobre para dar pruebas de fraternidad. Castigad el asesinato pero jamás matéis al asesino; el derecho de muerte sólo a Dios pertenece.

Haced descansar la ley humana sobre la ley divina y levantad al culpable después de la expiación para inducirlo hacia el camino de la rehabilitación y de la libertad.

Despojad al hombre anciano de todas sus vejeces, rejuveneciéndolo en todo sentido y escribid sobre su rejuvenecimiento esta máxima religiosa humanitaria y fundamental: *Dios para todos y cada hombre para sus hermanos.*

Decid a todos los espíritus que la gracia se adquiere por el buen empleo de todas las facultades y poned en obra para la regeneración social la penosa pero

gloriosa actividad de los nobles hijos de Dios, de los inteligentes y de los fuertes, mandados en auxilio de los ignorantes y de los débiles.

Entonces, hermanos míos, Jesús ya no os parecerá más tan lejos de vosotros y las manifestaciones de su espíritu arraigarán las convicciones en los vuestros, así como la dulce piedad de su alma atraerá los entusiasmos de vuestros corazones.

Me despido de vosotros, hermanos míos, hasta vernos en el noveno capítulo.

CAPÍTULO IX

CONTINÚA EL DESARROLLO DE LA MISIÓN DE JESÚS

En el presente coloquio, hermanos míos, continuaremos con el desarrollo de su misión.

Durante su corta aparición como Mesías en medio de los hombres, Jesús tuvo que renunciar a darse a conocer porque su poder residía en el título de *hijo de Dios*, título lleno de promesas, pero lleno también de la oscuridad sobre lo desconocido, de lo cual tomaba motivo para adquirir ascendiente sobre las masas. Mas en sus conversaciones particulares, Jesús dejaba comprender que la filiación de que se honraba, honraría también a todos los espíritus llegados a la emancipación del alma en medio de la naturaleza carnal.

La unidad de Dios jamás se vio comprometida por Jesús. Los que hicieron los milagros fueron los que convirtieron a Jesús en Dios. Dios distribuye a cada uno la fuerza y la inteligencia, en proporción a los honores ganados en la lucha de los instintos de la materia con las emanaciones divinas de la inmortalidad espiritual.

La inmortalidad del alma, al poner de manifiesto ante el espíritu el objeto de sus existencias sucesivas en la materia, lo empuja al desprecio por toda dependencia carnal, elevándolo en cambio hacia la gloria de la misión divina.

Los mesías son los hijos de Dios, porque muestran a Dios.

Ahora puedo hablar así, pero antes era necesario que me rodease de prestigio, a lo cual no convenía que se explicara el principio sobre el que descansan los honores del Mesías. Era necesario dilatar el sentido moral de la humanidad y no convenía proporcionarle la posibilidad de discutir mis derechos de hijo de Dios. Era necesario obtener el resultado bajo proporciones fuera de lo ordinario, so pena de ser arrestado a los primeros pasos.

A pesar de ello, a menudo me he reprendido a mí mismo por esa tortuosidad del camino y cuando me encontraba a solas con alguno de mis discípulos, si se me presentaba una ocasión favorable para arrojar en un espíritu perspicaz el germen de la verdad, yo me confiaba a medias, pronunciando frases misteriosas, de cuyo significado esperaba que, tal vez el porvenir sacara algún provecho para la verdad. Me decían que era el confidente de los profetas y de los mártires sorprendidos por la muerte y llamado por el sentimiento de mi posición, reprimía manifestaciones y recomendaba a los que habían sido testigos de mis expansiones entusiastas, que guardaran el mayor secreto respecto a lo que habían oído.

En mis conversaciones siempre intentaba asociar la creencia en los dogmas establecidos con la doctrina de las encarnaciones sucesivas de los espíritus, hablando al mismo tiempo del infierno y de la santidad de mis derechos de hijo de Dios. Mas el dilatado horizonte se extendía delante de mis pensamientos, los hechos se veían justificados por los propósitos. Yo dirigía mis esperanzas hacia el porvenir y colocaba las deliciosas emociones de mi alma en frente de las armonías en que soñaba, viéndose ellas justificadas aún en este mismo momento en que vuelvo para completar mi obra, valiéndome nuevamente de Dios.

Yo mezclaba la ley antigua con la nueva, de lo cual resultaban esas parábolas que a menudo carecían de claridad, esas contradicciones aparentes, envueltas en la rapidez de mis exposiciones y mal advertidas por la poca perspicacia del auditorio, y esas apreciaciones sobre la Justicia Divina, llenas al mismo tiempo de misericordia y de eterna venganza.

Hermanos míos, inclinémonos ante la majestad de Dios y confesemos la pobreza de nuestra naturaleza.

Yo decía a mis discípulos:

«Vosotros, todos sois hijos de Dios, y el último de vosotros tendrá que trabajar para llegar a ser grande y fuerte».

«Se hace más fiesta en la casa de mi Padre cuando entra en ella un espíritu recién convertido que no por la perseverancia de dos justos».

«La voluntad y la emulación libran al espíritu de las humillaciones de la carne. El amor de Dios inspira el amor de las criaturas, que son la obra de Dios».

«Convertíos en los depositarios de mi ley; ella es una ley de amor. La ley de amor no dice: *diente por diente, ojo por ojo*; ella dice: *perdonad a vuestros enemigos*, orad por los que os calumnian, llevad sin hacer ruido, vuestra limosna a la casa del pobre. Si os dan una cachetada en una mejilla, presentad la otra, porque los hombres ceden antes a la dulzura de la virtud que a la justicia de las represalias».

«Habitad con los enemigos de Dios y no esquivéis a las mujeres de mala vida, puesto que el dar ejemplo es una obligación para los que trabajan en la viña del Señor, y la proximidad del vicio no puede manchar al justo».

Yo traía ejemplos favorables para las inteligencias de aquellos a quienes ellos iban dirigidos y atraía con conversaciones familiares, en las fiestas, encontrando a menudo ahí en qué aplicar mis preceptos.

Me acuerdo de un hecho que tuvo lugar en una casita de la montaña que domina el valle de Sicheim.

Estaba cansado y mientras reposaba esperando a mis discípulos que habían ido a renovar nuestras provisiones, empecé a hacer elogios de la limpieza que se observaba en medio de tanta pobreza, con el propósito de entablar conversación con una mujer que se mantenía respetuosamente de pie delante de mí.

En estos lugares de Jerusalén había mucha población samaritana, despreciada por los hebreos.

«Señor, me dijo esa mujer, ya que eres profeta, enséñame a mí también, porque la ley de Dios está encerrada en el Templo de Jerusalén, mientras que nosotros tenemos que adorarle aquí». «Mujer, le contesté, Dios no tiene más que un Templo y ese Templo está en todas partes».

«Los hombres adorarán a Dios en espíritu y en verdad; la hora no ha llegado todavía, mas la luz dará origen a la verdad, y yo voy predicando la luz».

«Créeme, sobre esta montaña, como en el Templo de Jerusalén, Dios ve los corazones y favorece a los justos. Sobre esta montaña, como en el Templo de

Jerusalén, no hay una brizna de hierba que pase inadvertida a los ojos de Dios. *La ley de Dios no se encuentra encerrada en un Templo, sino que resplandece en todos los corazones*».

Hermanos míos, la mejor prueba de vuestra alianza con Dios es la de reconocer dicha ley en todas partes, inclinándoos bajo la prueba como en presencia de sus bendiciones, adorando al Padre con los pensamientos y con las obras, alabándolo tanto en medio de los sufrimientos como en medio de la prosperidad.

Demostred la ley de Dios con la rectitud de vuestra vida; convertid a los hombres en justos, haciéndoles felices y sed felices vosotros mismos mediante la fe. Me acuerdo todavía de una fiesta en que la abundancia y la alegría reinaban entre los presentes, y en esos momentos todos se olvidaban de los cuidados y de las penas de la vida. La alegría se dibujaba en todos los semblantes y la mesa colocada en medio de un patio que formaba un jardín, recibía algunos rayos de sol, a pesar de la bóveda de verdor que lo cubría. Los jóvenes me dirigían miradas tímidas, los hombres, las mujeres y muchachos me rodeaban y todos querían darme el puesto de honor. Yo acepté, colocándome a la cabecera de la mesa y mis discípulos, que me habían acompañado en número de cuatro, ocuparon el otro extremo. Me mostré amable y conversador esa noche. Mis miradas y mis sonrisas se dividían entre los comensales iluminándose con el brillo de la alegría general.

Así procedí siempre tomando las actitudes que correspondían a las circunstancias en que me encontraba y jamás en una fiesta o en una reunión de amigos, se me vio deseoso de silencio o distraído por penosas preocupaciones.

Acostumbrado a la vida nómada, renegaba de la familia y de la patria para honrarlas mejor, en la elevada expresión de estas palabras: ¡Familia de hombres! ¡Patria universal!.

Yo llevaba el fanatismo por los derechos del alma hasta la renuncia completa de las esperanzas humanas, pero en los casos de mi presencia entre los hombres, daba la seguridad del apoyo divino para los que supieran dirigir bien sus familias y para la justa y amorosa dirección de las madres.

Mi doctrina se basaba sobre la fraternidad humana y las masas se apretaban a mi alrededor para oír estas palabras, de las que eran pródigos mis labios:

«Dejad que se aproximen a mí los más pequeños y los más débiles».

«Yo he venido para dar alegría a los tristes y para decirles a los felices: Sed los siervos de los pobres, el Dios del amor y de la justicia os recompensará».

«Vosotros todos sois hermanos y el siervo vale tanto como el maestro en la casa de mi Padre».

«El que se humilla será elevado. Humillaos para servir a Dios; tan sólo los humildes serán glorificados».

«Llamad y se os responderá, golpead y se os abrirá». Aprended mi ley y divulgad mis preceptos por toda la Tierra, amándoos los unos a los otros. No procedáis como los hipócritas que se postran delante de Dios para ser observados por los hombres, que oran con el corazón lleno de cólera y celos; deponed en cambio ante las puertas del Templo de Dios vuestros deseos de fortuna terrestre, vuestras alegrías de esperanzas mundanas, vuestras debilidades de amor propio, vuestros pensamientos impuros, vuestras bajas concupiscencias, para que la gracia descienda sobre vosotros con la oración.

«Dad asilo a la viuda y al huérfano».

«Librad al pecador de su vergüenza, mostrándole los brazos siempre abiertos para recibirlo».

«Descubrid el vicio, desenmascarad la impostura, mas haced que penetren en todos los culpables las palabras de misericordia, la promesa del perdón».

«La limosna hecha con ostentación no es agradable al Señor, nuestro Padre, y el óbolo de la viuda tiene mayor mérito ante sus ojos que los millones del rico».

«La limosna no es provechosa para el que la hace, sino cuando se la rodea del mayor misterio. Guardad por lo tanto el secreto sobre las miserias que hubierais aliviado, y que vuestra mano izquierda ignore lo que vuestra derecha haya distribuido».

«Decid ¡Creo! Y obrad. La actividad es a la fe, como el calor al amor, una señal de vida».

«Meditad mis palabras y no les deis un sentido diferente del que tienen».

«El fervor no consiste en la abundancia de las palabras y en la petulancia de la acción, sino en la modestia de la caridad. Él honra al espíritu sin darle brillo entre los hombres. Él da al alma un dulce ascendiente sobre las almas, pero no la empuja hacia la opresión, hacia la dominación, hacia la prepotencia del mando. Hace florecer la sabiduría, no arrastra al espíritu hacia la turbación del orgullo y del poder, hacia las pasiones tumultuosas de la grandeza humana, en la temeridad de la ambición de los honores humanos».

«Predicad en mi nombre y afirmad mi presencia, porque mi espíritu seguirá aún en medio de vosotros».

«Permaneced fieles a mi voz y consolaos diciendo: *El Señor está con nosotros*».

«Tomadme como ejemplo; soy pobre, permaneced pobres; soy perseguido, sufrid persecución y que el Dios de paz dicte vuestras palabras».

«Despreciad los ultrajes, ejerced el amor y rogad con un corazón puro».

«El hierro y el fuego, el abismo y el espíritu de las tinieblas, no prevalecerán en contra de vosotros».

«Yo soy aquel que Dios ha enviado para que diga la verdad a los hombres».

«Soy el lazo del amor».

«Soy la puerta de la patria feliz y las puertas del infierno no prevalecerán contra mí».

«Soy aquel que *fue*, que *es* y que *será*».

«No explico estas palabras porque vosotros no podríais comprenderlas; mas el día llegará en que todos los hombres podrán comprender la verdad».

«Permaneced fuertes en el amor. Soy vuestro Señor y vuestro Padre y estaré con vosotros durante todos los siglos mediante el poder de Dios y por efecto de mi voluntad».

«No desenvainéis jamás la espada; quien quiera que haga uso de la espada perecerá bajo el golpe de ésta».

«Mejor sería que no hubierais jamás nacido antes que olvidar mis enseñanzas, porque la Justicia de Dios pesa con mayor rigor en contra de los padres que de los hijos; en contra de los ministros infieles, que en contra de la masa de los pecadores».

«Id por toda la Tierra y anunciad la palabra de Dios, proclamándoos sus Profetas. Perdonad los pecados. Todo lo que vosotros perdonareis aquí, perdonado será en el cielo, y la gracia os acompañará mientras sigáis mi ley».

La Justicia de Dios quiere todavía que Jesús sea vuestra estrella conductora en medio de los errores y peligros, pero manda que las palabras de otros tiempos sean desligadas de la oscuridad que las envolvía para resplandecer de luz divina y para

iluminar a los espíritus que se encuentran ahora mejor dispuestos para recibir la luz que en la época en que Jesús vivía como hombre entre los hombres.

La doctrina de Jesús demostraba la igualdad entre los espíritus al salir de las manos del Creador, siendo la diferencia que se establece después entre ellos el resultado del adelantamiento más o menos rápido de cada uno, de acuerdo con la irradiación del amor hacia la familia universal, cuyos miembros son todos hermanos, y deben ayudarse mediante la caridad y la abnegación. Cuanto mayor es el progreso de los espíritus, tanto más sienten los deberes de la fraternidad. Cuanto más adelantados son los espíritus, tanto más sienten la tendencia generosa y el ardor del sacrificio a favor de sus hermanos como expresión del amor fraternal. Con la palabra caridad yo no entiendo tan sólo la limosna y la falta de los sentimientos del odio sino la condolencia íntima del alma ante todo sufrimiento. Con la palabra devoción no quiero designar únicamente la exaltación pasajera del alma en busca de Dios, empujada tal vez por un sufrimiento momentáneo, sino el sentimiento de la plegaria en la asociación continua con todos los sufrimientos y la tendencia permanente a participar de todas las miserias, todas las vergüenzas, todos los conflictos del alma. La palabra amor no encierra la explicación de las ternuras entre los aliados terrestres, sino que impone el bien por medio de la palabra, de las obras, del olvido de sí mismo en beneficio de los demás, mediante la firmeza en la protección de nuestros semejantes y el cumplimiento de todos nuestros deberes fraternos y humanos.

La doctrina del amor, basada en la igualdad y en la fraternidad; he ahí la causa del prestigio de Jesús en medio de la humanidad. Ha venido a traer la ley de Dios a un mundo demasiado nuevo para poderla comprender, pero puso los cimientos de su obra, que sería inmortal, y esa obra continúa su desarrollo. Él vino para enseñar la ley de sacrificio, y si bien los sucesores de sus apóstoles, que estaban en la obligación de marchar en medio de la humildad y de la pobreza, para honrar la ley y obedecer al mandamiento, no han respetado la palabra del Maestro, vendrán discípulos más fervorosos que sabrán colocarse en el cumplimiento de dichas enseñanzas, repitiendo sus palabras, las que tendrán al fin continuadores.

Hermanos míos, yo soy el Mesías y el fundador de la Iglesia Universal.

Vuelvo ahora para repetir todo lo que dije, dándole el sello de la grandeza divina a las palabras humanas.

«La presencia del espíritu resplandecerá en medio de las tinieblas y las tinieblas serán despejadas. La luz ilumina a todo hombre de buena voluntad».

«Los hombres no me han conocido porque no poseían la verdadera luz, pero me reconocerán al adquirir mayor luz, iluminados por las claridades del espíritu enviado por el Señor».

«Felices los que creerán, porque marcharán en mi ley; felices los que seguirán mis preceptos porque verán a Dios».

«Es un error fatal el afirmar que Jesús *vino a traer la espada*, pues yo soy el lazo de amor, habiendo dicho: *Amaos los unos a los otros y mi Padre os amará*».

¡Errores realmente son los que han dado lugar a alegrías sacrílegas en medio de la sangre y de los horrores de las hecatombes humanas, ofrecidos al Dios de los ejércitos, mientras no son más que delirios por la posesión de bienes efímeros, en medio del triunfo de las bajas pasiones y del propio sometimiento al imperio de la maldad y de los goces vergonzosos del vicio!.

Yo dije:

«Permaneced humildes; no os dejéis dominar por la ambición de los bienes terrenales, ni por el deseo de poderes mundanos».

«Los que se apegan a la Tierra no me pueden seguir. *Mi Reino no es de este mundo*».

«Apoyaos en mí y yo os llevaré hacia la vida, y os daré la vida, porque la vida soy yo».

«Yo soy el buen pastor; cuando una oveja se pierde, yo la busco y la vuelvo a la majada».

«Mis ovejas son los hijos de los hombres; haced como yo hago y reine la alegría en la casa del patrón cuando una oveja extraviada vuelve al redil».

«Dejad venir hacia mí a los niños y también a los pobres, a los pecadores y a las mujeres de mala vida, puesto que si la niñez precisa de luz y de apoyo, los pobres son mis preferidos, los pecadores solicitan ayuda para poder entrar a la nueva vida, y las mujeres de mala conducta se apegan a un vaso de arcilla, cuando tienen a su alcance un vaso de oro. El vaso de arcilla es el amor falso de los hombres, y el vaso de oro es el amor de Dios que no perece».

«Permaneced fieles a mi doctrina y propagadla por toda la Tierra para que los hombres no se encuentren más divididos y no exista más que una religión y un templo».

«Haced lo que os digo, arrancad la mala hierba, echad al fuego la planta seca, separad el buen grano de entre los malos y caminad en medio de las ruinas edificando de nuevo».

«Mas cumplid la ley con dulzura y amor. Hay que compadecerse de la pobreavecilla y recordad, también, que como ella, todo lo que vive depende de Dios».

«Andad y repetid mis palabras. El Cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán, porque la voz del espíritu debe repercutir en todo tiempo».

«Hagamos resplandecer mi identidad, hermanos míos, con el paciente encadenamiento de los pensamientos y la exposición de mis obras. Humillémonos juntos. Aceptadme como mediador, puesto que me ofrezco a vosotros y vengo a libertaros de los hombres de mala vida».

«Romped la cadena que os liga al egoísmo, al orgullo, al vicio, a la tibieza, al desaliento, puesto que vengo a libertaros del pecado y de la muerte».

Yo soy siempre aquél que os lleva hacia la vida y os digo:

«Venid a mí, los que lloráis, porque yo os consolaré».

«Venid a mí, pobres y pecadores, humildes y abandonados, y yo os daré la paz y el calor».

Mis discípulos estaban cada vez más convencidos de la grandeza de mi misión, y la familiaridad de nuestras conversaciones particulares, no disminuían el respeto de sus demostraciones delante de los hombres. Imitadores de mis modales y de mis gestos en la manera de hablar, ellos recibían honores en todas partes, reflejándolos sobre mi persona a quien no perdían las continuas ocasiones que se les presentaban para designarme con los calificativos de Señor y de Maestro, queriendo con esto demostrar el lugar que me daban en medio de ellos.

Yo me resigné al honor de ese cargo de maestro, para dirigirlos, pero empleaba todos los argumentos para hacerles comprender la divina esencia de la palabra *hermano*, reconocer la elevación del alma en medio de las más humildes posiciones del espíritu y saber adquirir toda la fuerza necesaria para soportar todas las humillaciones presentes con la celeste esperanza de la gloria futura.

«Yo soy vuestro Padre espiritual, pero este carácter me obliga, más que a vosotros, al empleo de la mayor paciencia y dulzura».

«Soy vuestro Señor, es decir, vuestro director, vuestro defensor; mas si alguien entre vosotros me juzgase indigno de estos títulos, se encontraría en el deber de advertírmelo, puesto que el discípulo vale ante Dios tanto como el maestro y es indispensable que exista entre nosotros una confianza ilimitada, para poder alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto».

«Oremos juntos para que Dios nos sostenga, mas sería preferible que el discípulo pereciera antes que el maestro, porque la cabeza es más útil que el brazo y porque la ruina del patrón produciría también la de sus siervos».

«Honradme, pero no me prodiguéis juramentos referentes al porvenir, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil. Yo os lo digo: muchos de vosotros me abandonarán en el camino del sacrificio».

«Los dispersos no se reunirán sino para volverse a dispersar. Tan sólo la cabeza es fuerte. La cabeza soy yo, los miembros sois vosotros».

«No temáis. La prueba que está por llegar soportadla como una ráfaga huracanada».

«Los Mesías resucitarán en espíritu y este espíritu brillará en medio de las tinieblas, guiará vuestra nave por encima de las agitadas olas, su voz dominará la tempestad y su palabra anunciará el nuevo día».

«Vosotros percibiréis al espíritu por la influencia de dulces esperanzas que se filtrarán en vuestra alma y por la fuerza que duplicará vuestras fuerzas».

«Percibiréis al espíritu mediante el soplo divino que pasará por encima de vuestras cabezas mediante el calor que penetrará en vuestros corazones».

«Veréis al espíritu en medio de los resplandores que iluminarán vuestras almas y nadie podrá engañarse al respecto».

«Mas escuchadme y preparad el reino de Dios practicando la devoción y el amor, la prudencia y el desprecio por los honores».

«El mundo os llenará de escarnio y muchos os odiarán, pero sufridlo por amor a mí, diciendo siempre: el Señor está con nosotros y nosotros somos sus miembros. Tengo aún otros miembros: son los pobres y cuando veáis a los pobres, acordaos de éstas mis palabras».

Dentro de poco yo no seré más; pero mi espíritu os acompañará y os dictará mi voluntad, como si me encontrara aún entre vosotros.

«No acuséis a nadie por mi muerte. Mi Padre me mandará el cáliz de la amargura y yo lo apuraré hasta el fin».

«Mas llevad a la práctica después de mi partida lo que ahora llevamos a la práctica juntos, y desparramad mis palabras como las he dicho, *sin cambiarles nada ni añadirles nada*».

«La Tierra se renovará y mis palabras serán comprendidas al pasar los siglos; yo os lo repito: el espíritu ayudará al espíritu y el reino de Dios se establecerá, por obra del poder del espíritu».

«El espíritu arrojará la palabra y la palabra será semilla».

«Muchos de vosotros verán el reino de Dios».

«Estas palabras no podéis comprenderlas y tengo que dejaros en la ignorancia, porque el momento no ha llegado para explicároslas; pero muchos las comentarán y yo volveré debido a esto y a otras cosas, por cuanto mi día no ha concluido y dejaré, muriendo, errores y dudas que mi Padre me permitirá disipar».

«La verdad se siembra en un tiempo y los frutos de la verdad se recogen como cosecha en otro tiempo. Mas la palabra de Dios es eterna, y todos los hombres la

recibirán, porque la justicia de Dios es también eterna, y porque su presencia se manifiesta en todos los tiempos».

Aprendamos hoy, hermanos míos, la justicia de estas enseñanzas y honradme con la misma atención que prestaban mis discípulos. Marchemos por el camino del engrandecimiento y dejemos divagar a los pobres de espíritu, convirtiendo en cambio nosotros la palabra de Dios en nuestro alimento espiritual. Dios manda a todos los mundos instructores, mas a cada mundo le están destinados como instructores espíritus del mismo mundo. Los Mesías son instructores avanzados, cuyas enseñanzas parecen utopías. Mi misión no podía imponer una regla de conducta en un siglo de ignorancia, teniendo que concretarse a hacer nacer ideas de revolución en los espíritus y prepararlos para la renovación del estado social futuro. Mis apóstoles no debían ser hombres de genio, ni hombres de mundo. Era necesario que yo los eligiera entre la gente sencilla y trabajadora, para instruirlos e imprimirles una dirección justa, sin tenerlos que obligar a la renuncia de los goces del Espíritu y de las comodidades de la fortuna. Mis lazos de familia no me retraían del cumplimiento de mis propósitos, porque desde la infancia me sentía dominado por la idea de sacrificarlo todo en aras de esos ideales y porque me empujaba el deseo de la salud de una familia más preciosa para el apóstol de lo que pueda serlo la familia carnal para el hombre.

Mi resolución inamovible de sacrificar mi vida mediante el martirio, parecía una orden a la que debía obedecer so pena de verme retirar el título de apóstol, el patrocinio de Mesías y ese prestigio de Salvador y de hijo de Dios, con que el Padre me había agraciado y de lo cual la humanidad esperaba especiales beneficios.

Mis conocimientos de apóstol se concentraban hacia el porvenir, y a menudo, mientras hablaba a los hombres del presente, me dirigía indirectamente a los hombres del porvenir.

Mi voz se hacía entonces profética y mis discursos sufrían la influencia de la difusión de mis pensamientos cuando llegaba a las alturas de la verdad y que esta verdad había que velarla con la rigidez de los dogmas establecidos.

A las preguntas que tenían por propósito el hacerme caer en contradicciones, yo contestaba de manera como para desconcertar al que preguntaba, buscando al mismo tiempo de infundir respeto en las multitudes con la autoridad de la mirada, del gesto y de la palabra, siempre resuelta e incisiva.

Chocando en contra de todos los poderes, de todos los prejuicios, del nacimiento y de las riquezas, habría facilitado la revuelta, si al mismo tiempo no hubiera predicado la gloria que se encuentra en las humillaciones en frente de la felicidad eterna. Pobre y libre, yo hablaba con firmeza, empujado por un entusiasmo indescriptible al referirme a las libertades espirituales.

«Dad vuestros bienes a los pobres y seguidme. Es más difícil que un rico entre en el cielo, que un camello pase por el ojo de una aguja»

Las figuras atrevidas, las comparaciones de tinte subido eran apropiadas para un pueblo más fácil de conmoverse que a comprender razones, por cuyo motivo a menudo tenía yo que echar mano de estos medios poderosos para abrir brecha en el espíritu de mis oyentes.

Mis discursos, que siempre terminaban con una cita apropiada al caso o con una sentencia, quedaban como estampados y mis formas de lenguaje en nada se parecían a la de los otros oradores.

Yo hacía denuncia ante la Divinidad de todos los vicios que descubría.

El castigo del mal rico me inspiraba cuadros sombríos y yo lanzaba anatemas en contra de la explotación del hombre sobre el hombre; mas nada había de preparado en mis palabras, cuya elegancia de asociación como brillantez de pensamientos fueron siempre por mí descuidadas, por cuanto me dirigía a espíritus que convenía más bien sorprender, que seducir con la belleza de las formas.

Los goces puros de mi alma, tenían su manifestación únicamente en medio de los amigos, y las conversaciones tranquilas y afables, se me hacían cada día más necesarias.

Hermanos míos, santas compañeras mías, volved a ser nuevamente en estos momentos la fuente de las alegrías retrospectivas del espíritu. Sed el descanso en medio de mis agitados recuerdos, para que las imágenes consoladoras, al presentarse ante mis ojos, juntamente con las sombras pavorosas, eviten el esfuerzo por abreviar el relato bajo la influencia del disgusto y de las pasadas amarguras, lo cual sería una deficiencia histórica y un punto negro para la luz de mi espíritu.

Hermanos míos: Ojalá podáis comprender el valor de mis palabras y ligarme a vosotros, como hermano vuestro en la adoración de un solo Dios; como hermano vuestro en la reforma de vuestros hábitos y en las meditaciones de vuestro espíritu. Como hermano vuestro en el deseo y esperanza por vuestra parte hacia la adquisición de las conquistas del espíritu que, con felicidad, yo disfruto y como hermano por el perfecto acuerdo de vuestras voluntades con la mía, pudiéndose así imprimir a la marcha de las cosas, una dirección más conforme con la naturaleza humana dignificada por una emanación divina.

No ignoro que ésta mi fraternal demostración hará el efecto, en el primer momento, de una pura ilusión de mi espíritu, mas cuento con Dios para disipar este error. Dios no me ha dado el poder de manifestarme hoy para abandonarme luego, dejándome en la impotencia de dar pruebas de mi revelación. Dios os mira y espera vuestras miradas.

Hombres dominados por el vértigo y por la ceguera piden la continuación de los honores y riquezas que disfrutaban y el derecho de cuya posesión surge de las faltas y delitos cometidos. Hombres devorados por pasiones brutales y egoístas afirman que nada existe más allá de la materia, y que las creencias religiosas no constituyen más que mentidas apariencias o ridículas aberraciones del espíritu. La lucha es la que distribuye los honores. La luz del día y la oscuridad de la noche envuelven al crápula embriagado y al niño que muere de hambre. ¿Qué demuestra todo ello sino el horrible trastorno de la dignidad de los espíritus dada por su Creador? ¡Sólo la decadencia del espíritu inteligente que deprime al espíritu nuevo!.

El espíritu de Dios se conmueve ante esta situación y se hace visible su intervención. ¿De qué manera será ésta acogida por los hombres? ¡Con burlas desgraciadamente! Mas el espíritu de Dios es una fuerza que domina al intérprete de su palabra y es una luz que penetra a través de las tinieblas. En medio de la naturaleza humana pocos seres se ven favorecidos por los dones del espíritu puro, porque pocos son los que tienen el valor y la voluntad de desafiar las potencias mundanas, mientras que el espíritu puro huye de las ruidosas agitaciones, de la disipación y del vicio para aproximarse a los que sufren y a los que investigan en el silencio. En las manifestaciones de los dones de Dios el espíritu humano nada tiene que hacer, y el alma debe orar por unirse al pensamiento del espíritu puro. Durante la adoración del alma, el deseo de ella por conocer la verdad es irresistible. Debido a la nulidad del espíritu, la luz se ve libre de los obstáculos de la imaginación y la revelación se obtiene únicamente en medio de estas condiciones del alma y del

espíritu. La revelación de los espíritus de Dios proporciona fuerzas al espíritu humano y las impresiones del hombre encuentran fría a la esperanza al lado de la palabra de Dios que la ilumina. El espíritu iluminado por la palabra divina goza en la soledad, pero debe sacrificar este gozo en aras de la expansión del principio de fraternidad y de caridad, puesto que a él le corresponde el cerrar las llagas, cicatrizar las heridas, estudiar las necesidades, insinuarse en los corazones, apaciguar los odios, cubrir las vergüenzas, dar brillo a la esperanza y afirmar la idea de la vida futura.

Todos los espíritus de Dios se reconocen por la elevación de sus manifestaciones. Ninguno de ellos concede a su intérprete la facultad de eludir las leyes que rigen para la naturaleza humana, y todos buscan robustecer en sí mismos el sentimiento de justicia y de abnegación.

La revelación es un honor que Dios concede a sus hijos y se manifiesta por la inspiración del espíritu en el espíritu, se hace ostensible por el acrecentamiento del deseo y de la voluntad; se impone mediante las misiones encargadas a los espíritus. La revelación constituye una parte de la ley de amor que se desarrolla en medio de las humanidades. Debe añadirse que la revelación no puede ir más allá de la comprensión de su intermediario y que ella proporciona la luz necesaria según las necesidades de la época en que tiene lugar. La manifestación del espíritu puro es generosa, pero permanece dentro de los límites trazados por la sabiduría y santidad de su misión. No asocia jamás la promesa de los bienes temporales con la promesa de las gracias merecidas con el adelantamiento del espíritu; no contesta a las preguntas dictadas por la curiosidad inconsulta, por eso se aleja de los intérpretes indignos y son poco frecuentes sus manifestaciones. Es justamente por la escasez de estas manifestaciones que yo insisto en la efectividad de mi luz. La participación de Jesús en las alegrías infinitas le confiere el derecho de hablar más divinamente que cuando hablaba como hijo de la Tierra; mas, en estas páginas, en que Jesús evoca las expansiones de su naturaleza humana, tiene que expresarse en la forma en que lo hacen los hombres ante los hombres, demostrando sus alianzas de familia, su vanidad de hijo rebelde, sus debilidades de espíritu, sus ilusiones del corazón, como si aún se encontrara en el mundo de los humanos.

El poder de mi voz se asocia hoy con la emanación de mis recuerdos de hombre. No os preocupéis de la distancia que nos separa, hermanos míos; destruid vuestras erróneas creencias, levantad una barrera infranqueable entre Jesús *hombre*, su madre *mujer* y las fábulas que han desnaturalizado la personalidad de Dios.

En el transcurso de mi vida terrenal me hice de discípulos y de amigos, derramando palabras de paz y censurando, con la conciencia de un espíritu iluminado, la vanidad y la hipocresía de esa sociedad potente y fastuosa, que predominaba, encendiendo en los cerebros la llama del deseo hacia los goces espirituales, practicando la caridad del corazón para con todos los dolientes, levantando la voz en defensa de todos los débiles, acercándome a todas las miserias, descendiendo a todas las vergüenzas, inspirando a los pecadores el arrepentimiento. ¿Por qué no habría de conseguir yo ahora discípulos y amigos mediante la emanación de mi espiritualidad? Mis palabras del tiempo pasado se vieron adulteradas o mal comprendidas; mis palabras de hoy se honrarán porque reciben la luz divina. Mis palabras de antes tuvieron que desmenuzarse al chocar en contra de la ignorancia; mis palabras de hoy traen en pos de sí el testimonio de Dios.

Procedamos, hermanos míos, a una revista fácil y rápida de mis hábitos, de mis fatigas, de mis entretenimientos, de mis expansiones fraternales, y honrémonos

mutuamente, vosotros mediante una justa atención y yo con mis confidencias y con mi libre trabajo de espíritu.

Durante una vida humana no pueden llevarse a cabo trabajos inmensos, mas la marcha en el sentido del progreso puede reanimarse bajo un soplo generador. En el periodo de la decadencia de un mundo, el pensamiento reformador surge de improviso, como el vasto horizonte que, al partirse las nubes, se ofrece repentinamente ante nuestra vista. La actuación humana de Jesús había preparado el horizonte que hoy, bajo su manifestación divina, expone ante las miradas de la humanidad terrestre, y su voz, en la plenitud hoy de su potencia, hará desaparecer todas las sombras que oscurecieron su alianza con Dios y con los hombres. ¡Alianza con Dios! Sí, porque Jesús tenía que emancipar las órdenes de Dios. ¡Alianza con los hombres! Sí, porque Jesús venía a hablarles de amor, de fraternidad, de paz, de justicia, y éstos dan origen a la sabiduría, a la fuerza, a la ciencia de las alegrías futuras y de los favores de Dios. Jesús ahora demuestra a la posteridad su *naturaleza humana* dándole al mismo tiempo pruebas de su existencia de espíritu. Repitamos, pues, las palabras pronunciadas por Jesús hombre, mas agreguémosles las nociones del espíritu de Dios para que os penetréis bien de la elevada misión que Jesús vino a empezar como hombre y que el mismo Jesús viene ahora a continuar como espíritu.

Jerusalén me atraía, no obstante las pocas probabilidades de éxito me llevaba a mis tentativas de proselitismo. Yo buscaba presentarles bajo alegres colores a mis discípulos el viaje hacia ella, conociendo bien la repulsión y el terror que su idea les provocaba. Pedro manifestó a gritos, como acostumbraba, su desagrado cuando se le habló de volver a Jerusalén. Los dos hijos de Zebedeo derramaron lágrimas sinceras, suplicándome que desistiera de tal propósito. Los dos Santiagos, hermano y tío de Jesús, le hicieron el completo sacrificio de su voluntad. Todos los demás me dieron seguridades de su fidelidad y devoción, instándome a permanecer en medio de un pueblo donde había encontrado tanta docilidad y tanto amor. Cansado de esta oposición, pero resuelto a vencerla, dejé que se calmaran estas primeras emociones de mis apóstoles y no les volví a hablar de Jerusalén.

Mas en nuestras conversaciones, como en mis prédicas, yo daba las medidas de las preocupaciones de mi espíritu, sublevándome en contra de la debilidad de los que prefieren el reposo a la lucha, el éxito fácil a los trabajos del pensamiento y a las fatigas corporales.

«La luz, gritaba yo, debe esparcirse con profusión».

«Avergonzaos vosotros que la mantenéis debajo del celemín, hombres pusilánimes, hombres de poca fe».

«La largueza de los dones divinos os llena de alegrías, mas cuando se hace necesario demostrar la verdad con el trabajo y la gracia mediante sacrificios, vosotros permanecéis en medio de la holgazanería y del egoísmo».

«El cultivador que da con una tierra estéril, lleva sus esperanzas hacia otra tierra más productiva; pues bien, yo soy el cultivador y la tierra estéril sois vosotros».

El nivel de mis conocimientos no era alcanzado por las multitudes; mas me seguían algunos discípulos más clarividentes en las casas donde mis apóstoles y yo encontrábamos albergue, ya sea en la misma Cafarnaúm, ya sea en los alrededores. En medio de este círculo de íntimos, yo hacía las confidencias de mis tristezas

humanas y de mis esperanzas divinas. Cuanto más próxima me parecía mi muerte, mayores eran las advertencias que ella me sugería.

Mi obra parecería, yo lo sabía, si después de muerto, Dios no me permitiera colaborar aún en ella como espíritu.

Mi fe y mi confianza arrastraban la fe y la confianza de los que me escuchaban y me abandonaba a las visiones serenas y dulces, tanto como a la dolorosa perspectiva de la ignominia y del martirio. Yo imprimía en el alma de esos oyentes mis ideales y mis propósitos como esos estigmas de fuego, que no pueden desaparecer, e imprimía en sus espíritus la imagen de mis miradas, que eran siempre tiernas, de mi sonrisa, casi inmutable, de mis modales y de mi delicadeza al consolarlos y al demostrarles mis afectos. Veía en ello el pueblo del porvenir y soñaba en el despertar del mundo, en el éxito de mi misión, el triunfo de mi doctrina, a pesar de las tonterías de mis amigos y de la mala fe de mis enemigos.

Los hombres, cuya creencia en la divinidad de mi persona fomentaba mi discípulo predilecto Juan, eran mis mismos amigos, poco avisados, que darían lugar más tarde a la fundación de un culto idólatra, con el misterio de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención.

Hermanos míos, convertíos en verdaderos adoradores de Dios interpretando con sabiduría las leyes de la naturaleza. Honrad el camino de vuestro espíritu, amontonad pruebas de la grandeza de Dios y rechazad todo lo que sea contrario a esta grandeza.

Yo no discuto con vosotros respecto a mi identidad, pero empleo todas las potencias de mi espíritu para quebrantar la falsa e irrisoria denominación que la liga a mi nombre de hombre. Venid, hermanos míos, a la casa en que Jesús, mientras espera la comida de la noche, está sentado en medio de hombres ávidos de escucharlo aún después de haber estado todo el día siguiéndolo y escuchándolo, sea en las Sinagogas, sea en los centros mas populosos de los lugares recorridos. La conversación gira siempre alrededor de las prédicas recientes. Jesús había pronunciado las siguientes palabras después de la parábola del hijo prodigo:

«La reconciliación de un pecador con Dios, produce mayor alegría en el Cielo que la perseverancia de diez justos».

Ahora Jesús desarrolla su pensamiento. La naturaleza humana, según los dogmas de la ley judaica, está llamada a una recompensa estacionaria en el cielo, o a una condena eterna en el infierno. Pero Jesús, de acuerdo con el sentimiento humano que ve en Dios, la omnipotencia unida a la suprema bondad, determina contradicciones a sus mismas palabras para afirmar su fe delante de sus discípulos y combatir el principio *consagrado en otra parte de la ley*. Pero Jesús de acuerdo con la alta inteligencia de Dios, abandona la letra dogmática en las bajas regiones y expande su espíritu hacia el contacto de los espíritus fácilmente iluminados por él.

«El hijo pródigo, dice, es el pecador llevado al arrepentimiento, es el hombre enfermo vuelto a sus fuerzas y a la salud. Me expliqué para hacer comprender las delicias de la reconciliación, mas escuchad el verdadero sentido de mis palabras».

«El destino del hombre lo llama a numerosos trabajos y su libertad se opera lentamente por medio de las alianzas de su espíritu y de la expansión de sus facultades».

«En la vida carnal ese destino y esa libertad aparecen ahora débiles, pero volverán *corporalmente* más fuertes y desembarazados de los terrores imaginarios del espíritu. La espera se ve a menudo alargada por la pereza y la emancipación por el amor sensual».

«La justicia Divina deja al hombre el libre empleo de sus fuerzas pero si él abusa de ello para empobrecer su alma, le hace sufrir el peso del fardo de sus miserias y de sus dolores, después de habérselo soliviado por un momento».

«En un estado más avanzado del espíritu humano, hay espíritus que pueden permanecer inactivos, debido a alianzas perniciosas o a debilidades morales en el cumplimiento de una elevada tarea. *He ahí los justos de que quise hablar*».

«En medio de la degradante humillación de la naturaleza humana, un espíritu puede volverse repentinamente heroico en la justipreciación de los dones de Dios. *He ahí el hijo pródigo*».

«Ha merecido el bien de Dios el que se levanta con coraje, el que desarraiga el árbol viejo y lo echa al fuego, el que lava su puesto para que nada se note en él del pasado, el que desde el fondo del abismo sale a la luz del Sol en el pleno dominio de su voluntad y mediante sus esfuerzos».

«El *Festín*, el *Cielo*, es la festiva acogida que se le hace al pecador arrepentido a su llegada entre los espíritus del Señor. El *árbol desarraigado* es el pecado, el *puesto lavado* es el corazón que estaba manchado; el *abismo* es la muerte del alma, como la luz es su resurrección».

En la abundancia de los consuelos dados a manos llenas a los afligidos, Jesús había dicho: «Felices los pobres de espíritu, porque el reino de mi Padre les pertenece». Vuelvo sobre esta expresión para hacer resaltar su alcance.

«Los pobres de espíritu son los que huyen del poder de la dominación de los goces mundanos y del reposo egoísta en la posesión de los bienes de la Tierra».

«La *pobreza de espíritu* proporciona el sentimiento de la humildad para empujarse delante de los hombres, elevándose espiritualmente, para desprender todas las demencias del orgullo y de la presunción. ¡Felices pues, grita aún Jesús, los pobres de espíritu! ¡Felices también los que comprenden y practican la palabra de Dios! ¿Quién de vosotros, amigos míos, no querrá contarse entre los pobres de espíritu, desde que la modestia y la fuerza en el sacrificio los coloca por encima de los demás hombres?».

Jesús define después una palabra lanzada por él en un momento de indignación.

La muchedumbre se había abierto y un hombre del pueblo se aproximó a Jesús y le dijo:

«Maestro: ¿Has pagado tú los décimos al César? Si los has pagado, ¿por qué lo has hecho desde que no reconoces más autoridad que la de Dios? Si no los has pagado, ¿por qué prohíbes la rebelión, si das el ejemplo de ella?».

Jesús comprendió que tenía que vérselas con uno de esos hombres groseros y malos cuyo deseo era empujarlo hacia manifestaciones contrarias al gobierno establecido. Mas, conservó la calma exterior a pesar de la indignación que bullía en su interior, y contestó:

«*Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*».

Los discípulos se sonreían al recuerdo del gesto y acento del Maestro, estando desprevenido; enseguida la palabra de Jesús se vuelve grave y saca de esta contestación motivo de enseñanzas llenas de moralidad.

«Hagamos depender nuestra felicidad, dijo, del cumplimiento de nuestros deberes, cualesquiera sean las cargas que resulten de ellos».

«Marchemos sin preocuparnos de los defectos de los demás, a fin de librarnos de nuestras imperfecciones, hacia la libertad de nuestra alma».

«La debilidad de los hombres los arrastra a juzgar las intenciones de los otros y se apoyan en la posibilidad del fraude para cometer ellos el fraude; y hablan de injusticia mientras hacen desbordar la injusticia de sus corazones y de sus labios. Hay quien ve una paja en el ojo de su vecino y no ve una viga en el suyo, otros se quejan del egoísmo y del abandono mientras cierran el alma a los lamentos de los infelices, a la desesperación de los náufragos, a la vergüenza del arrepentimiento de los pecadores».

«Yo os lo digo, amigos míos, la probidad honra al espíritu, así como la delicadeza en los juicios honra al corazón».

«Pagad vuestras deudas, sed fieles a vuestros compromisos, tanto con los justos como con los injustos, con los débiles y con los desheredados, lo mismo que con los fuertes y los poderosos, no condenéis, no digáis jamás *Raca* a vuestro hermano, y confirmad vuestra fe adorando a Dios con la plegaria, plegaria de pensamientos, de palabra y de acción».

«El pensamiento debe ser el guía de la palabra y de la acción, el fruto de la resolución; rogad juntos y separadamente, mas hacedlo sin ostentación».

«La plegaria del orgulloso se asemeja a la del hipócrita. El hipócrita se encuentra siempre en los primeros lugares en la Sinagoga, para que los demás perciban su frente inclinada y sus mejillas pálidas, para que se diga que ha ayunado y que ora con fervor».

«El orgulloso se arrodilla delante de Dios, pero su espíritu está lleno de planes para conseguir deslumbrar a los demás, y pide la gracia exponiendo los derechos que tiene para la gracia. Señor, dice el orgulloso, la dulzura de mi conducta y lo elevado de mis designios merecen que tú les prestes tu sanción y tu apoyo. No he prevaricado en las leyes de mis padres, nada he sustraído de la herencia paterna en detrimento de mis hermanos, he educado a mi familia en el temor y en la justicia y empleo mis bienes en aliviar a los pobres. Soy fuerte y poderoso, pero concedo mi protección a los débiles, me siento inclinado hacia los honores, pero me humillo delante de ti».

«Os lo digo, amigos míos, la oración de estos hombres es rechazada. Dios acoge en cambio la plegaria del pecador que honra su arrepentimiento con la humildad de su presencia y con la sencillez de sus palabras».

«Dios mío, dice el humilde, yo te adoro en todos tus decretos y te pido el perdón de mis culpas».

«Haz sentir el peso de tu mano sobre tu siervo, mas déjale la esperanza de poder ablandar tu Justicia y de merecer tu misericordia».

«Os lo digo, amigos míos, este hombre gozará de su reconciliación con Dios, sacando luz de su misma fe y arrepentimiento».

«La plegaria en acción es el trabajo y la conformidad, es la limosna y el sacrificio por el amor de Dios, es la penitencia y la expiación para remediar el daño hecho a sí mismo y al prójimo con el pecado».

«*Haced a los demás lo que quisierais que se os hiciera a vosotros mismos, y encaminad las almas hacia Dios con la edificación de vuestra vida*».

«Honradme porque yo no me encontraré siempre en medio de vosotros, mas acordaos de estas palabras: *yo volveré y estableceré mi ley* y todos los hombres creerán en mí, y no habrá más que una sola grey y un solo pastor porque Dios no me ha mandado para un solo tiempo sino para los siglos futuros».

Yo soy aquel que fue, que es y que será y digo:

«Feliz el hombre que renacerá con nuevas fuerzas, puesto que habrá sembrado para recoger».

«El hombre vuelve a nacer hasta tanto no consiga libertarse de la esclavitud de la materia por la abundancia de los deseos espirituales. Creed y seréis fuertes para las luchas del espíritu con la materia».

Hermanos míos, las predicaciones de Jesús provocan dudas por las contradicciones que encuentra en ellas el observador y él se convierte en un personaje oscuro, cuyos actos participan de lo humano y de lo divino al mismo tiempo.

Deseo establecer mi personalidad sobre la Tierra de manera que no deje la menor debilidad de espíritu referente a mi doctrina y a mi naturaleza. Voy a dar el resumen sucinto de mis enseñanzas para liberar mi persona de esa falsa luz en medio de la que mantienen los idólatras y los malintencionados. Escuchad pues, todavía a Jesús y esta vez que sea sobre la montaña, como cuando, solo con Pedro, Juan y Mateo, explicó las manifestaciones de los espíritus de la Tierra, *mediante la atracción del alma y del poder de la voluntad*.

En esas breves enseñanzas Jesús les indicó a sus apóstoles el medio de establecer correspondencia con los espíritus libres de la envoltura corporal, y los inició en la felicidad de experimentar el contacto divino, adorando el fuego de la vida y pidiéndole la libertad, más allá de los horizontes humanos.

Los invita como a un banquete fraternal con los espíritus que vivieron en la Tierra y que le dirigen ahora una mirada de conmiseración.

«Elías, Elías, grita él, yo te llamo y espero la prueba de tu presencia».

«Honor a ti, Elías y que Dios nos permita comunicarnos aquí contigo, en esta soledad para efectuar la alianza de nuestros espíritus y de la emanación de nuestros deseos».

Durante el éxtasis en que cayó mi alma, parecía que rayos de luz me rodearan y me confundieran con el tinte de fuego de las nubes doradas y purpúreas que se cernían sobre nuestras cabezas y la alegría que inundaba mi semblante se comunicó a los apóstoles, que exclamaron:

«¡Elías está entre nosotros, el Señor nos lo ha mandado, sea bendecido su santo nombre!».

Al decir esto cayeron de rodillas, con la cara hacia el suelo, dominados por una mezcla de miedo y de adoración, de cuyo estado los saqué con estas palabras:

«Levantaos amigos míos y honrad la gracia como los espíritus fuertes».

«La Justicia de Dios os ha elevado por encima de los demás hombres, para daros la virtud de instruirlos y de consolarlos. Nada digáis por ahora respecto a lo que habéis visto, pocos os creerán y muchos se burlarán y os insultarán, mas hacédles comprender a todos que el fervor atrae la gracia y que la fe levanta la voluntad».

Jesús se dispuso enseguida para el Sermón de la Montaña en medio de una compacta muchedumbre.

Él se sentó y sus discípulos, sentados como él, lo defendían en contra de los manifestantes, demasiado entusiastas.

Las mujeres y los niños buscaron los primeros puestos y la palabra del Maestro los autoriza a tomarlos.

Los hombres de pie dominaban el centro de la asamblea, de manera que las palabras tenían que llegar a todos y el orden se demostraba como en una casa ordenada, que se prepara para recibir huéspedes muy esperados.

La tarde era deliciosa, los semblantes se veían iluminados por los últimos rayos resplandecientes, los pechos se ensancharon con las primeras brisas de la noche y las emanaciones de la florida naturaleza aumentaban los atractivos de aquella reunión.

Jesús estaba sonriente, sus miradas reposaban sobre miradas amigas, su palabra empezó ensayándose en introducir entre los oyentes, ideas de consuelo y de esperanza, recorriendo con el pensamiento el vasto campo de los favores divinos y de los deberes del hombre.

«Amaos los unos a los otros y mi Padre os amará».

«Pedid a Dios lo que os haga falta y no dejéis jamás entibiar vuestra confianza».

«Aproximaos al que sufre y no le digáis que merece sus sufrimientos, procurad en cambio aliviarlo. La verdadera caridad no mira hacia el pasado, fijándose tan sólo en el presente».

«Cerrad vuestra alma a la tristeza, y por grande que sea el rigor de vuestros enemigos, pensad en la recompensa que se os ha prometido si fuereis pacientes y misericordiosos».

«La Tierra es un lugar de destierro para los que tienen derecho a una posición mejor; la Tierra es un lugar de purificación para la mayor parte, mas todos deben ayudarse para conocer el patrocinio de la fraternidad y el principio del amor universal».

«La libertad de muchos tiene lugar mediante el amor; el egoísta será castigado, y mucho se le perdonará al que mucho haya amado».

«Honrad la virtud, desenmascarad el vicio, mas perdonad a los que os hayan ofendido, para que a vosotros también se os perdone en la vida futura».

«No envidiéis el puesto de honor. Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros en la casa de mi Padre; quien quiera que se ensalce será humillado y tan sólo el humilde se verá glorificado».

«Id a la casa del pobre y abrazadlo como a vuestro hermano. Desdeñad las distinciones de las riquezas y mostraos superiores a la mala fortuna».

«Empequeñeos para hacer sobresalir a los demás, pero no imitéis a los hipócritas, que buscan los elogios con las apariencias de la modestia».

«Felices los que lloran a causa de las injusticias de los hombres, porque la Justicia de Dios los hará resplandecer».

«Felices los que tienen el deseo de la vida eterna, porque ella los iluminará desde ahora. Felices los que tienen hambre y sed, porque ellos serán saciados».

«Felices los que comprenden y practican la palabra de Dios».

«Aprended, amigos míos, a soportar la adversidad con coraje. Dios es la fuente de las alegrías del alma y el alma se eleva con las privaciones de los bienes temporales, buscando los dones de Dios con el desprendimiento de las ambiciones terrestres. Facilitad los dones de Dios con el desprendimiento de las ambiciones y orad con un corazón devorado por los deseos espirituales. Vuestro Padre que está en los cielos se encuentra también entre vosotros, escucha vuestra oración y acogerá vuestro pedido si él está de acuerdo con lo que debéis a Dios y a los hombres».

«Yo os lo digo, ni siquiera un cabello cae de vuestras cabezas sin la voluntad del Padre Celeste, y la Divina Providencia que alimenta las avechillas, jamás os abandonará, si tenéis fe y amor».

«Os lo vuelvo a decir. El poder de Dios se manifiesta en las cosas más pequeñas, como en las más grandes, y su mirada penetra vuestro pensamiento en el mismo momento que recorre la inmensidad de la Creación».

«La palabra de Dios será desparramada sobre toda la Tierra. Los que la busquen la encontrarán, porque la Tierra está destinada a progresar por medio de la palabra de Dios, a la que todos tienen derecho».

«Id pues, mis fieles, dirigíos a la yerba en flor. Paced mis corderos. La yerba volverá a florecer eternamente, por cuanto la ley de Dios dice que el espíritu es inmortal».

«La presente generación será la luz para la que le siga».

«Los hombres de este tiempo verán el reino de Dios, porque el hombre tiene que renacer y la Tierra debe recibir aún la semilla de la palabra de Dios».

«Honrad mis demostraciones, llevando a la práctica lo que os digo y no preguntándome cosas que vosotros no podéis comprender».

«Permaneced prendidos con firmeza de estos dos mandamientos: El amor hacia Dios y el amor hacia los hombres. En ello se encuentra toda la ley y todos los profetas».

Hermanos míos, la doctrina de Jesús es hoy la misma que predicó en la montaña. Todos los que no ponen en práctica el amor y la fraternidad, no son discípulos del Mesías. Acostumbraos a comprender la extensión y la aplicación de la fe, del amor, de la solidaridad, de la justicia y de la dulzura, para que la gracia de las emanaciones espirituales descienda sobre vosotros.

Hombres de todas las religiones humanas, de todos los pueblos, de todas las clases, vosotros sois todos hijos de una sola patria y la leche de un mismo seno debe amamantaros a todos.

Hombres de todas las religiones, de todos los pueblos, de todas las clases, vosotros sois todos hermanos, y los más ricos en bienes temporales, los más sanos de cuerpo y de espíritu. Los más iluminados deben albergar a los pobres, curar a los enfermos, sostener a los débiles, e instruir a los ignorantes.

Iniciaos los unos a los otros en los conocimientos de la igualdad primitiva y de la igualdad futura, que proporciona al espíritu el sentimiento de humildad y la conciencia respecto a sus propias fuerzas para sufrir los efectos de una desigualdad pasajera y para no enorgullecerse de un encumbramiento también pasajero.

Adorad a Dios en espíritu y en verdad. *Pedid y se os dará; llamad y se os abrirá.* Luchad en contra de las emanaciones groseras. Libertad vuestra alma de las pasiones humanas y aguardad el porvenir; él está lleno de promesas.

Entregad a la ciencia de Dios la aplicación de vuestros espíritus. Aprended la palabra de vida y enjugad las lágrimas con esa palabra. Desprendeos de todo rigor y aún de la frialdad en vuestras demostraciones, aproximándoos a todo infortunio, cualquiera que sea su origen y atraed hacia vosotros, tanto la confianza del delincuente como la curiosidad del malvado y la gratitud del afligido.

Calmad los clamores de vuestra conciencia con la reparación del fraude y de la injuria. Esperad el perdón de Dios purificándoos con el arrepentimiento.

Elevaos marchando por el sendero de la virtud, vosotros que habéis desechado los hábitos del hombre viejo, aproximaos a la luz, vosotros que habéis comprendido el vacío que el espíritu encuentra en medio de sus errores. Aliaos conmigo vosotros que sentís que soy yo quien os habla aquí. Marchemos hacia la gloria de haber fundado la religión universal sobre la Tierra y de haber hecho penetrar en el espíritu

humano el desprecio hacia la muerte corporal, con la esperanza divina de los bienes eternos.

Honremos, hermanos míos, el fin de este discurso con una invocación de nuestros espíritus al Espíritu Creador y detengámonos en el recogimiento y en la adoración de nuestras almas. Dios nos bendecirá juntos si os eleváis a las alturas de la gracia y si ponéis fe en mis palabras; Dios os dará fuerzas si oráis con fervor y si practicáis el amor.

¡Dios del Universo, Padre nuestro misericordioso y todopoderoso, haz descender la luz de tus miradas sobre tus hijos. Haz descender sobre sus espíritus la gloria, la grandeza, las perfecciones de tu naturaleza para que ellos se inclinen ante tus decretos y gocen de la esperanza en medio de las pruebas y de los dolores humanos. A todos proporciónales la tranquilidad y el perdón. Prodígales a todos la abundancia de los consuelos! ¡Que tu Justicia ilumine de más en más el don de las alianzas fraternas y que tu misericordia baje a socorrer a los desviados!.

¡Avergoncémonos de la idolatría! Nosotros queremos adorar un solo Dios. ¡Avergoncémonos del egoísmo! Nosotros queremos sacrificarnos cada uno para todos y todos para con el deber.

¡Avergoncémonos de nuestro apego a los bienes perecederos! Queremos vivir en el cumplimiento de la justicia y amontonando tesoros para la vida futura. ¡Avergoncémonos del ocio! Nosotros queremos amarnos, ayudarnos y respetar las obras de Dios.

¡Hagámonos fuertes en contra de los instintos de la animalidad! Vivamos sobriamente en el seno de las riquezas de Dios y honradamente en el amor dictado por la naturaleza material.

¡Sublevémonos en contra de la servidumbre del pensamiento y de la esclavitud del espíritu! Queremos luchar a favor de la emancipación y del progreso, a favor de la alianza universal de los pueblos y de la marcha de la humanidad hacia Dios.

¡Haz, pues, oh Señor, que el poder de tus espíritus de luz baje hacia nosotros!

CAPÍTULO X

EL MESÍAS DEFINE SU PERSONALIDAD

La demostración de mi personalidad, hermanos míos, exige la confidencia de mis penas íntimas como hombre y de mis alegrías espirituales como espíritu.

Tengo también que precisar la diferencia que existe entre mi revelación de antes y mi revelación actual. Atribuyámosle a Jesús hombre las pasiones del hombre. Atribuyámosle a Jesús mediador la calma bebida en el seno de las instituciones divinas, la fuerza del sacrificio, y la resignación del mártir. Atribuyámosle a Jesús hombre, los impulsos del corazón hacia los llamados de la naturaleza humana. Atribuyámosle a Jesús mediador, la fuerza repulsiva en contra de toda impureza.

Atribuyámosle a Jesús hombre, el disgusto hacia la humanidad perversa y cobardemente delincuente, mas veamos a Jesús mediador proclamándose el hermano

y amigo de los culpables, el consolador de los afligidos, el sostén de todos los desgraciados, el arca abierta de los pobres, el consuelo de todos los arrepentidos.

Coloquemos en este libro bajo los ojos del lector, la doble condición de Jesús como espíritu elevado y como criatura carnal, para dar a comprender bien el laborioso coraje del espíritu en lucha con la materia, y liberemos a la Justicia Divina de las tinieblas con que la rodeó la ignorancia humana, para elevar el espíritu del hombre a la altura de nuestra intervención.

La naturaleza de Jesús, hermanos míos, es vuestra propia naturaleza. El espíritu de Jesús define la emancipación de una criatura nueva. El *favor* de Dios no existe, la denominación de *privilegiado* no tiene sentido alguno.

La desproporción de las fuerzas, se encuentra en relación con la ancianidad y el trabajo de cada uno. La dependencia produce la dependencia y la libertad nace de una victoria definitiva de la naturaleza espiritual sobre la naturaleza animal. La perfectibilidad se hace más rápida cuando se logra dominar la naturaleza animal; mas la perfección se encuentra tan sólo en Dios, y todos los seres habiendo sido creados por Dios, tienen derecho a esta luz.

La decadencia del espíritu es tan sólo momentánea, pues la ley del progreso arrastra consigo todas las individualidades hacia un objetivo de acrecentamiento, mediante el equilibrio general de las creaciones. La indiferencia y la depresión son ocasionadas por la difusión y por los contactos malsanos. Los mundos jóvenes, como la Tierra, entran en la faz de su desarrollo moral cuando el acercamiento de las ideas, se produce mediante el regreso provechoso de los espíritus desligados de la materia, a los que se les ha dado la facultad de volver para acelerar los movimientos y la vida del espíritu en las condiciones de la esclavitud humana. Los Mesías no vuelven ya a ser llamados hacia la vida material, pero tienen el supremo honor de dirigir a los menos Mesías.

El número de los Mesías aumenta progresivamente, de cuya suerte ellos, multiplicándose, inyectando, inoculando y desparramando por todas partes la luz y la faz del desarrollo, de que hemos hablado.

La marcha de los mundos señala la marcha de las individualidades.

La energía, la luz espiritual, la ciencia universal se apuntalan mutuamente y producen el amor, la fuerza, la devoción y la revelación. La desmaterialización del espíritu se efectúa mediante el desarrollo de su razón. La naturaleza animal va cediendo poco a poco ante la naturaleza espiritual cuando domina la razón y el progreso es notable. El progreso recoge mayor fuerza de las luces divinas cuando el espíritu alcanza más elevación abandonando la sensualidad de la materia y acumulando honores sobre sí por el acuerdo de la razón con la fe.

Me aproximo hacia vosotros, hermanos míos, libre ya para siempre de la naturaleza carnal, mas he sufrido como vosotros las humillaciones y las desesperaciones propias de dicha naturaleza y si mi vida de Mesías fue gloriosa en virtud de las obras del Mesías, las alianzas, los desengaños del hombre fueron realmente crueles. Mis culpas me proporcionaron remordimientos, y los sufrimientos hicieron nacer en mí dudas y errores. Si mi vida de Mesías saboreó las delicias del amor humano en sus dependencias espirituales, las tiernas afecciones del hombre se vieron aplastadas sobre sus carnes y el espíritu triunfó en la lucha, pero tan sólo después de largos suplicios y heridas profundas.

Si finalmente, la luz del Mesías se vio turbada por las sombras de la naturaleza humana, la luz del espíritu pudo elevarse por encima de ellas, debido a su

completa libertad con respecto a esas sombras y a las fuerzas progresivamente adquiridas en el estudio de las leyes divinas.

Establecida la diferencia existente entre mi revelación como Mesías y mi revelación presente, continuemos la relación de los hechos y reproduzcamos a los hombres bajo su verdadero aspecto.

Pedro, el más celoso de mis discípulos, me negaría. No era por lo tanto del todo creyente, desde el momento que negó su alianza con Jesús.

Juan, el más tierno de mis amigos, desnaturalizaba mis palabras y me presentaba como dotado de poderes sobrenaturales. No se encontraba por consiguiente subyugado por la fe, puesto que tuvo que emplear el fraude para honrar mejor, delante de todos, mi persona y agrandarla ante el espíritu humano.

Jaime, hermano de Juan, seguía el impulso que recibía de su hermano, más fanático que él.

Andrés no era más que una pálida copia de Pedro.

Los dos Judas estaban en constante oposición, tanto desde el punto de vista de la ideas, como por su misma exterioridad.

Judas primo de Pedro, era tímido de espíritu, de constitución endeble, fácil a conmoverse, dispuesto a ser influenciado por todos los afectos, a imitar todas las virtudes, a humillarse delante de todas las superioridades; pero sin iniciativa y sin fuerzas para luchar abiertamente en contra de la adversidad.

Judas, el que se llama ordinariamente Judas Iscariote, no tenía las apariencias de una naturaleza perversa, y debemos enmendar la opinión de los hombres respecto a este discípulo oprimido bajo el peso de una reprobación universal. Pueda nuestro juicio hacer penetrar en los espíritus esa tierna piedad, que disculpa todos los extravíos, ese desprecio por las prevenciones, que proporciona la sabiduría. Pueda nuestro juicio demostrar la debilidad de los juicios humanos, cuando juzgan una vida entera por el efecto de un sólo acto, aunque este acto haya sido delictuoso. Judas era trigüeño y sus cabellos caían naturalmente sobre sus espaldas. Tenía ancha la frente, los ojos grandes y bien abiertos, la tez pálida, las formas sin defectos; su voz, bien timbrada, se hacía elocuente, cuando se inspiraba con asuntos graves. En la intimidad él era quien inspiraba la alegría en los semblantes, con sus anécdotas y observaciones llenas de agudezas. Nunca se le vio distraer en provecho propio la más pequeña parte de nuestro reducido peculio, el que, por otra parte, él nunca administró; mi tío Jaime era el encargado especialmente de ello.

El mal concepto que persigue a Judas en este sentido, es el resultado de un dato enteramente falso respecto a sus atribuciones entre nosotros. Excesivamente celoso y aspirando a honores y alegrías vanidosas, deseoso de establecer su superioridad en una asociación fraternal, cuyos miembros se consideraban iguales; he ahí los defectos del que más tarde me traicionó, para satisfacer un resentimiento, cuya causa me condena.

¿Por qué daba yo a Pedro pruebas de una confianza tan evidentemente exclusivista? ¿Por qué, le permitía a Juan esos modales de preferido que acusaban una manifiesta parcialidad de mi parte hacia él? ¿Por qué, cuando eran pocos los que tenían que acompañarme, elegía siempre a los mismos? ¿Por qué, en fin, habiendo descubierto el mal efecto que ello producía en Judas, no supe remediarlo?

Sí, digámoslo bien alto: Jesús, el hermano, el protector de Judas, no dio la debida atención a su naturaleza sensible, aunque desviada. Jesús no comprendió que era necesario combatir los celos, la vanidad, el orgullo de ese hombre mediante una extremada dulzura en todas las relaciones y con una justicia severamente igualitaria

en las manifestaciones de todos para con uno solo y de uno solo para con todos. Colóquese a Judas en el lugar del discípulo predilecto y a éste en el lugar de Judas; Juan, no viéndose ya apoyado por mi excesiva debilidad se hubiera mantenido en los límites de una afección santa, y no hubiera ofendido a la verdad con el deseo extravagante de quererme establecer un culto divino. Judas, mientras tanto, dirigido en el sentido que le era conveniente, no me hubiera traicionado. ¡Pobre Judas! Yo me alejaba de él a medida que aumentaba su resentimiento. El mal se iba agravando, el abismo se abría, cuando yo justamente podía encontrar el remedio en mi amor, evitando la caída de ese espíritu débil. ¡Pobre Judas! En mis últimas horas tú, más que todo, has ocupado mi pensamiento, y mi alma se inclinaba hacia la tuya para hablarle de esperanzas y de rehabilitación.

Perdido, se dijo, perdido está el que ha traicionado a Jesús. ¡Oh, no! ¡Nada se pierde de las obras de Dios! Todas volverán a encontrarse purificadas por el arrepentimiento, glorificadas por la resolución reparadora, luminosas después del perdón. ¡Oh, no! Nada se pierde de las obras de Dios. Todas llegarán a ser grandes, todas serán honradas; todas se arrastran penosamente por las laderas de la montaña para iluminarnos al fin, llegadas a la cima, con los esplendores del fuego divino.

El abandono lleno de ingenuidad y el carácter feliz de Alfeo, contrastaba con la oscura fisonomía de Felipe, quien se obstinaba en vaticinar un porvenir infausto y el fracaso de nuestras doctrinas.

Tomás nunca creyó en la revelación divina, pero le había fanatizado la grandeza de la obra.

Mateo, el mejor preparado de mis apóstoles, fue también el más sincero al referir nuestros discursos.

Mi hermano Jaime era siempre el primero en contestar sí a todo lo que yo proponía. Mi paciencia y mi coraje serían recompensados por este hijo de María, y la gracia coronaría el espíritu de mi hermano en los últimos días de mi vida mortal.

La familiaridad que reinaba entre todos nosotros no impedía los sentimientos de otra índole, como el del reconocimiento de la superioridad, aunque en la más íntima amistad, y bien recuerdo emocionado, la constante devoción de Mateo hacia Tomás y la paternal protección de mi tío Jaime para con Lebeo (Tadeo).

Yo le decía a Pedro:

«Marchemos hacia la conquista de la humanidad. ¿A qué reposarnos en la calma y juntar alegrías dentro de la tranquila posesión de lo que hemos alcanzado, cuando nuevas posesiones les están prometidas a nuestro ardor y a nuestros sacrificios? ¿A qué pedirle fuerzas a Dios y no emplearlas después para logro de sus propósitos?».

«¡Jerusalén! ¡Esperanza de mi vida! ¡Ciudad venturosa! El grito sublime de llamada, saldrá de tu seno y tus hijos serán los verdaderos adoradores del Dios viviente y eterno».

«Los delitos y las ruinas darán origen a la sabiduría y a la magnificencia. La Tierra dirigirá hacia ti sus miradas desoladas y tú la llenarás de consuelos y de luces. Los hombres te llamarán la gloria de las glorias, porque la paz, la libertad, el poder y el amor se confundirán y reinarán unidos por tu sola virtud».

«Aunque los justos perezcan a manos de los verdugos, que tus esclavos remachen sus propias cadenas; que tus tiranos se adormezcan sobre sus victorias. Nada, nada será capaz de arrebatar la hora de la libertad, y el amor fraterno se establecerá entre todos los hombres».

Pedro, mientras yo le presentaba mi pensamiento bajo formas simbólicas y proféticas, participaba de mi entusiasmo y me habría seguido hasta el fin del mundo, pero muy pronto ese entusiasmo se apagaba y él volvía a ser el apóstol de los primeros días, que escondía bajo el aspecto de la devoción el miedo que lo dominaba. Mi predilección por Pedro se habría formado debido a la rectitud de su carácter, ingenuidad de espíritu, delicadeza de sentimientos y a su excesiva probidad. Hablándole con palabras sencillas, de las que más tarde se sacaron motivo de acusación por un delito futuro, yo no hacía más que leer con mi natural discernimiento lo que pasaba en ese corazón leal, en ese espíritu débil y poco desarrollado.

En nuestras reuniones familiares, (así designábamos las horas de la comida y mis conversaciones de la noche) Pedro, siempre colocado frente a mí, parecía que hubiese querido defenderme del trabajo de las contestaciones y evitarme la banalidad de las cosas materiales. Se volvía puro oído cuando yo hablaba y sus miradas se esforzaron en leer mis pensamientos, cuando yo callaba. Cuidaba de mi persona como hace una tierna madre por el hijo, y cuando más tarde yo quería permanecer en vela, aunque aparentemente cansado, se empeñaba en demostrarme que debía cuidar de mi salud, persiguiéndome con su solicitud que llegaba a ser molesta por lo exagerada. Durante nuestras giras, en nuestras excursiones más lejanas y en los momentos de descanso, siempre se le consultaba a Pedro respecto a todos los detalles, de lo cual él se aprovechaba para oponer consejos de prudencia y de calma a mi ardor y a mi fiebre por las obras, empleando la mayor lentitud en los preparativos para asegurar, según él, el éxito de nuestra misión.

Un día nos encontrábamos todos reunidos, me dirigí a Pedro y le dije:

«Tú serás el primero de mis sucesores, pero resultará, para vergüenza tuya, que decaerás en tu deber abandonando a tu Maestro. El abandono no consiste únicamente en la separación material, sino que se demuestra también y con mucha crueldad, mediante la separación de los espíritus».

«¡Felices de aquellos que han creído sin haber visto!».

«¡Más felices aún, aquellos que ven y comprenden sin el concurso de los sentidos materiales!».

«¡Felices los que sufrirán por la verdad, puesto que el reino de mi Padre será de ellos!».

«¡Felices los libres y fuertes! La libertad y la fuerza se adquieren con la renuncia de los bienes de la Tierra ante los bienes eternos».

«La fe se muestra mediante los trabajos y brilla frente a las persecuciones».

«La gracia debe desparramarse para atraer con su aroma a aquellos sobre quienes aún no ha descendido. Los dones de Dios deben modificarse mediante las pruebas para fecundar el porvenir».

«¿De qué le sirven a Dios vuestras protestas y a los hombres vuestra dulzura si ha de quedar estéril?».

«¿Cómo queréis que Dios acoja vuestras plegarias en la gracia, si esta gracia sólo os aprovecha a vosotros?».

«¿Con qué objeto pretendéis que Dios os llene de dones, que vosotros mantendríais escondidos?».

«¡Hombres de poca fe! ¡La Tierra os retiene porque carecéis de la verdadera convicción de la vida futura! ¡Hombres indignos de la gracia! ¡La gracia os deja fríos y desganados porque no la comprendéis! ¡Hombres frágiles y embrutecidos, los

dones de Dios son para vosotros lo que serían las piedras preciosas para los animales inmundos!».

Pedro se arrojó a mis pies pronunciando estas palabras:

«Señor, amado Señor, haz de mí lo que mejor te convenga. Soy tu siervo y no tengo más voluntad que la tuya».

En ese momento Pedro era sincero como siempre, pero él obedecía a un sentimiento personal, y yo me hacía ilusiones de promesas tan a menudo renovadas. Con todo busqué premiarlo más que de costumbre y lo abracé diciéndole: «Júrame que me seguirás hasta la muerte y que me escucharás aún después, como inspirador de tus actos, para continuación de lo que venimos llevando a cabo».

Juro, contestó Pedro, amarte y seguirte hasta la muerte y que seguiré tus instrucciones después de ti, como si estuvieras aquí. Así pues, Pedro no había comprendido la segunda parte del juramento que yo le exigía, desde que hablaba de mis instrucciones presentes, mientras yo le prometía nuevas inspiraciones después de mi muerte.

Seguí insistiendo desde ese día sobre la resurrección de mi espíritu, con tanta perseverancia, que las formas empleadas por mí fueron aprovechadas más tarde para imponer la creencia de mi resurrección corporal.

«Volveré, me sentaré a esta mesa para daros la paz y la fuerza, para prepararos para la Pascua, para haceros gustar las delicias de los favores divinos y facilitaros la predicación mediante la luz que os daré».

«Os lo digo: la vida corporal del hombre es corta, pero su espíritu vivirá eternamente. La casa vuelve a llenarse y el día sucede a la noche, en todos los tiempos y en todos los lugares».

«La familia se reconstituye con los miembros desparramados de otra familia antigua, y la estación próxima dará buenos frutos a los que hayan sabido sembrar en momentos favorables».

«Aceptad las pruebas pasajeras como una necesidad para vuestra naturaleza, y cuando ya no me veáis, honradme, acordándoos en los repartos de bienes, antes de los pobres que de vosotros mismos».

«Ya sea que os separéis o que permanezcáis reunidos a los fines de la consolidación de vuestras doctrinas, yo estaré siempre donde vosotros os encontréis, mas no alteréis ni dividáis nada de lo que yo he formado o reunido, de otro modo mi espíritu se alejará de entre vosotros».

«La vergüenza y el oprobio serían el resultado de vuestra ingratitud, y el desprecio, la contestación a vuestra iniquidad, si os dejáis influenciar por las pasiones de la Tierra. Vosotros, debéis enseñar el camino hacia la vida eterna, practicando la virtud y desdeñando los honores del mundo».

«Mi vida de hombre, tiene que concluir de una manera miserable, mas mi espíritu seguirá la marcha de los siglos y dominará el ruido de la tempestad para sosteneros en la lucha o para reconstituir la que vosotros habéis destruido; para resplandecer en medio de la plenitud de vuestros triunfos, o para arrojar luz entre las tinieblas que habréis fomentado, para defenderos, o para daros el beso fraternal o para regeneraros, para deciros: *yo estoy con vosotros*, o para deciros: *yo estoy en contra de vosotros*».

«Yo soy la vida, el que crea en mí vivirá. Yo soy el espíritu de verdad y poseo la verdad del Padre mío».

«La Tierra pasará, pero mis palabras no pasarán, porque la verdad es de todos los tiempos, de todos los mundos, mientras la Tierra no es más que una habitación momentánea».

«No digáis jamás: nosotros somos maestros. Sed por el contrario modestos y llevad a la práctica los principios de fraternidad, amando a todos los hombres y ayudándolos».

«Cualesquiera que sean vuestras penas y tribulaciones, decid: Dios mío, que tu voluntad y no la mía sea hecha. En medio de los sufrimientos os daré la alegría y siempre que oréis me encontraré en medio de vosotros».

«Sed calmosos en la adversidad y nunca deseéis la ruina y la desgracia de vuestros enemigos. La fuerza nace de la adversidad y la resignación facilita el adelanto del espíritu».

«La malicia y la mala fe os empujarán hacia las insidias y los hombres os oprimirán con injurias por mi culpa; mas yo estableceré mi residencia entre vosotros y juntos prepararemos el reino de Dios sobre la Tierra, puesto que se dijo de mí: *He aquí la alianza del pasado con el porvenir*».

«Yo os lo repito, el espíritu volverá a hacerse ver y la Tierra se estremecerá de la alegría».

«La marcha del espíritu se efectuará tanto en medio del silencio y de las tinieblas de la noche como durante a pleno día y en medio del tumulto de las pasiones humanas. La voz del espíritu se hará oír por todas partes y el pensamiento de Dios se revelará con manifestaciones aparentes y propias de su poder y de su voluntad».

Yo hablaba siempre en este sentido y concluía la mayoría de las veces con un pretexto moral o con algún consuelo profético, cuyo significado temerario o valor real puedo explicar ahora.

Hermanos míos, me parecían definitivas las formas de mis alianzas y de mis lazos humanos y jamás pensé en separarme de los que se me habían asociado en mis tentativas de reforma; pero en esta época fue tanto lo que tuve que luchar, tan dolorosamente, en contra del desaliento, que me arrepentí de haberme ligado con espíritus demasiado nuevos para comprenderme, demasiado dependientes de la familia para que pudieran sacrificarse por completo. Pedro era casado. Los dos hijos de Salomé sostenían a la madre. Tan sólo Judas y Lebeo se encontraban libres de parentela que pudiera gravar sobre ellos por su pobreza. Mis dos Jaimes, ya se sabe, no tenían más esperanzas que en mí, ni otros temores o cuidados. Aprobé con facilidad todos los proyectos de mis apóstoles, cuyo fin era el de endulzar en algo nuestra vida en común, pero yo les recomendaba una probidad escrupulosa en sus relaciones con las gentes y el abandono de sus derechos ante la falsía y la prepotencia de los demás.

«Nuestro Padre que alimenta las avencillas, les decía, os mandará vuestro pan cotidiano si colocáis en Él toda vuestra confianza».

«Pedid el perdón perdonando vosotros mismos a los que os hayan ofendido. Load a Dios mientras os encontréis en buena salud así como encontrándoos enfermos, tanto en medio de la alegría como en la tristeza, lo mismo en la pobreza que en la opulencia».

«Librad vuestro espíritu de las tentaciones de la carne y seguid la ley de amor y de Justicia».

«Dios está en todas partes, ve vuestros pensamientos más secretos. Cuidaos por lo tanto de dirigirle vuestras plegarias tan sólo con los labios. Meditad sobre mis

palabras. Encontraréis así la regla de una conducta edificante y la fuente de las oraciones agradables al Señor nuestro Dios».

Hermanos míos, la *oración dominical* no fue dictada por mí. Nuestras plegarias se hacían con el pensamiento y con la práctica de los deberes que nos imponíamos. Orábamos en todos los momentos del día, cuando ofrecía a Dios el sacrificio de mi vida, para sembrar con mi sangre la Tierra prometida a la humanidad del porvenir. Oraba a toda hora para aliviar mi alma, que buscaba a Dios, y para purificar mi Espíritu de las emanaciones terrestres. Pero no tenía que formular oraciones que mis enseñanzas preparaban, y me atenía sencillamente a asuntos de moral y a las explicaciones referentes a la nueva ley que quería reemplazar a la antigua.

La nueva ley se fundaba sobre máximas que yo había recogido y sobre el trabajo de mi mismo espíritu, cuando se lanzaba hacia las esferas de la espiritualidad, delante de las verdades divinas.

La nueva ley inculcaba el amor universal y abolía todos los sacrificios de sangre.

La nueva ley favorecía el libre desarrollo de todas las facultades individuales para que concurrieran al bien general, y honraba a todos los hombres diciéndoles:

«Sed iguales delante de Dios. El poder de los hombres no tiene más que un tiempo, mientras que la Justicia Divina es eterna».

«Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros para dar esplendor a esta Justicia».

«La pobreza da derechos a las riquezas. Felices los que son pobres voluntariamente para la gloria de Dios».

«La esclavitud será borrada de la Tierra, porque la mujer es igual al hombre y el siervo vale tanto como el patrón ante la sabiduría divina».

«Esta sabiduría es la que rige los destinos, recompensa y castiga, arroja la palabra de paz en medio de todas las humillaciones, en medio de todos los sufrimientos, de todas las torturas del alma, del espíritu y del cuerpo».

Yo me unía tan íntimamente con la pobreza que decía:

«Los pobres son mis miembros».

Y buscaba con tanta avidez la vergüenza, para darle la esperanza de la purificación, que mujeres de mala vida, vagabundos de toda laya, se convirtieron en el cortejo permanente de mi predicación durante este periodo de mi vida, desde el día de mi victoria sobre las indecisiones de mis apóstoles hasta el de mi acusación ante el Sanedrín de Jerusalén, ordenada por los príncipes de la ley y por los sacerdotes de Dios.

Yo tenía el convencimiento de que la muerte me esperaba en Jerusalén y quería rodearla de tal manera que guardaran de ella mis apóstoles, el recuerdo vibrante de mi actitud, de mis palabras, de mis demostraciones de amor, de actos de humildad y principalmente de mi resignación delante de todos los insultos y de todas las ferocidades.

Era necesario demostrar la grandeza de mi doctrina y explicar mi fuerza de espíritu en medio de los acusadores y de los verdugos, para morir con los honores del éxito.

He ahí el porqué yo mezclaba en el proyecto de este viaje tantos estremecimientos generosos del corazón, con tantas amarguras del pensamiento; tantas emociones felices, con tantas energías en estigmatizar la cobardía y el

abandono, tan dulces y persuasivas lecciones con tan duras y amenazadoras profecías; tanta ternura en la sonrisa y tanta tristeza en la mirada.

Agotado por las fatigas del apostolado, con el espíritu devorado por la ambición de las alegrías celestes, veía en el martirio la promesa de un glorioso reposo, y no buscaba retardar la hora de su llegada, porque sabía que la hora estaba señalada y que la elevada felicidad de la espiritualidad pura que me esperaba, empezaría con los postreros espasmos de mi cuerpo material.

Podía, es cierto, substraerme a los horrores del suplicio, pero me hubiera obligado a vegetar en la impotencia, y el porvenir hubiera resultado sacrificado por tan pueril debilidad.

Hermanos míos, ese fanatismo constituía el sentimiento de mi misión. De vuestro mundo yo soy el único Mesías a quien le ha sido concedido el continuar ostensiblemente su obra, porque la he fundado con mi vida de trabajo y con mi voluntad hacia el sacrificio.

Establezcamos aquí, hermanos míos, un parangón entre Sócrates y Jesús, ambos muertos por la gloria de una doctrina, de razón sana y honrada por la luz divina.

Sócrates se hizo afectuoso y filósofo dominando sus pasiones. Se hizo religioso comprendiendo la naturaleza, se hizo fuerte *hablando con los espíritus de Dios*.

Sócrates murió perdonando a sus verdugos y bendiciendo la muerte que le devolvía la libertad, mas no pudo fundar un culto para el verdadero Dios, ni demostrar la utilidad de su muerte para los hombres del porvenir, y no queda de él más que una escuela, famosa, es cierto, pero sin preponderancia en el Universo, porque la palabra emanaba ahí de hombres llenos aún de supersticiones, a pesar de los principios de moral puestos por ellos en práctica. La doctrina de la existencia de un solo Dios enseñada por Sócrates y más tarde por sus discípulos no se elevó por encima de las ruinas de la idolatría y no echó los fundamentos de una sociedad nueva.

Al hacer resaltar así mi superioridad como Mesías, debo no obstante inclinarme ante este Sabio y señalarlo a la humanidad como uno de sus miembros más dignos de respeto y de amor.

Sócrates vivió en la pobreza y jamás sus labios se vieron manchados por la mentira. Fue puro de todo odio y de todo deseo humillante para la conciencia; jamás su voz se dejó oír para acusar y jamás su corazón guardó resentimientos. La piedad hacia el infortunio, el desinterés en sus relaciones, la fuerza y la justicia en contra de la insolencia y de la duplicidad, honraron la vida de Sócrates y la muerte le transportó en medio de raudales de luz hacia las fuentes de todos los honores. Sócrates tiene un punto de semejanza con Jesús, y es el deber dado, el ejemplo de las virtudes que predicaba y de haber muerto por la verdad. Mas Jesús, más adelantado que Sócrates en el conocimiento de lo espiritual, tenía que dar mayor impulso a sus sucesores y proyectar más luz a su alrededor, y en la lucha con los instintos de la naturaleza carnal en presencia de las invasiones de las esperanzas divinas, Jesús tuvo que mostrarse más fuerte, porque se encontraba menos sujeto a la materia, por derecho de ancianidad de espíritu. La marcha de Jesús, desde su infancia hasta el Calvario, fue en todo momento la consagración de su idea. Sócrates en cambio no pudo verse enteramente libre de las supersticiones, y permaneció esclavo de las ideas de su época, en presencia de las mayorías populares, por más que adorara a Dios con sus discípulos. Pero ahí también se descubre un punto de semejanza. Sócrates lo

mismo que Jesús, no podía desafiar la opinión pública sin incurrir en la severidad de las leyes, y si Jesús se muestra en sus doctrinas menos distanciado de la religión judaica que Sócrates en las suyas, de la pagana, ello nada quita al justo peso, desde que ambos se veían obligados a no chocar demasiado con la religión dominante. Si Jesús corrió hacia la muerte, mientras que Sócrates la vio sencillamente llegar sin estremecimientos, es porque Jesús estaba convencido de su misión Divina. En ello consiste su superioridad indiscutible sobre Sócrates, siendo ésta precisamente la aureola de su gloria y *la causa de su nueva mediación*.

Jesús bien lo sabía que podía evitar la muerte, pero la filiación divina que él se había dado, la radiante esperanza que demostraba para inspirar la futura docilidad a sus apóstoles, la palabra profética que lanzaba como una llama sobre el porvenir, todo constituía una ley que lo empujaba a morir dolorosamente y por su propia voluntad.

Resolvimos ir primeramente a Nazaret; yo tenía apuro por ver a mi familia. Mi próxima visita a mi madre formaba el argumento de mis meditaciones durante el camino y mis discípulos respetaban mi silencio.

Preveía los reproches que mi madre me dirigiría al conocer mi resolución de luchar con los sacerdotes de Jerusalén. Yo había abandonado a los míos para entregarme a todos, había descuidado los deberes de familia para desligarme de los impedimentos carnales. ¿Tenía yo realmente el derecho de proceder así? ¿Sería bien visto a los ojos de Dios la transgresión de la ley humana, en lo que ella tiene de más justo y augusto, cual es el amor y la docilidad de los hijos para con la madre? ¿Por qué, Dios mío, esa angustia del alma si yo obedecía a tu voz? ¿Por qué estos afligentes recuerdos retrospectivos, si mi misión de Mesías debía sobreponerse a mi naturaleza humana, a mis deberes de hijo y a mis aflicciones terrestres? ¿Por qué tanta actividad para preparar el sacrificio, si él constituía un ultraje a la moral universal, basado en la dependencia de los seres y en sus relaciones fraternales? ¿Por qué, Dios mío, este desánimo en el momento de los honores y por qué este falso camino llevado a cabo por tu poder y por tu justicia?.

Yo oraba. La oración calmaba estas agitaciones de mi naturaleza humana, desarrollando los deseos espirituales y alimentando mi corazón con los fuegos del amor divino. Oraba, y la esperanza de las alegrías celestes, me escondía las sombras de mi vida de hombre y la divina misión se me presentaba como una antorcha devastadora de las ternuras del alma y de las alianzas del espíritu en medio de la materia.

Después de haber orado, sólo me ocupaba de Dios. Después de estos delirios y de estos recogimientos, yo me sentía más fuerte y mi pensamiento se trasmitía más nítido en mi cerebro. Me acercaba a mis compañeros y los hacía partícipes de mi libertad de espíritu. Los reunía tan estrechamente en mi felicidad futura, que inclinaban la cabeza ante mis miradas inspiradas y besaban mis hábitos con tal fe y entusiasmo que mi alma se alborozaba.

Llegamos a Nazaret. Dejé a mis apóstoles en una casa próxima a la ciudad y con mi tío y mi hermano me presenté en la casa paterna.

Toda la familia estaba reunida para recibirnos y presentimos una oposición más viva en esta concentración de fuerzas. Mis hermanos consanguíneos, cuyo número de cinco se había reducido a tres. Mis otros hermanos, al igual que yo hijos de María, habían pensado en ahorrarme una acogida demasiado fría. El hermano que me seguía en edad vivía en un paraje distante, a cinco estadios de Nazaret. Yo no

podía conocer las cualidades de su corazón, ni las relaciones que se mantenían entre él y los demás hermanos, pero enseguida leí en sus miradas el profundo desprecio que le inspiraba mi vida vagabunda y mis trabajos de apóstol. Estaba por abrazarlo pero él me rechazó y pronunció estas palabras:

—«¡Hete aquí! ¿Vienes ahora para permanecer mucho tiempo o por una hora? ¿Vuelves a ser nuestro hermano o sigues siendo el hijo de Dios? ¿Debemos absolverte o resignarnos a una separación definitiva?».

«Tus hermanos son hijos de José y María, ¿qué tienes tú más que ellos? Tus hermanos han cumplido sus deberes de hijos y de parientes, ¿qué has hecho tú por tu parte?».

Incliné la cabeza bajo esta recriminación que avergonzaba mis divinas esperanzas y enseguida dirigiéndome a mi madre le dije:

«Pobre madre, tu hijo Jesús te inunda en lágrimas, pero él llama a Dios en testimonio de la pureza de su corazón y de la lealtad de sus intenciones; su espíritu está devorado por el deseo espiritual y te amaré a ti mucho más en la patria celestial de lo que pueda amarse sobre esta Tierra».

«Sí, interrumpió mi hermano, en la patria celestial no se precisa de nada, el amor de Dios alimenta y nuestra madre será amada por el hijo de Dios. ¡Qué honor para nosotros, si ello fuera algo más que el sueño de un insensato!».

A estas palabras mi tío y mi hermano Jaime se aproximaron a mí diciendo: *¡Nosotros también somos insensatos!*.

Me acerqué a mi madre y pasándole el brazo debajo del suyo, la llevé en dirección del pequeño jardín que se extendía bajo la ventana de la pieza en que nos hallábamos. Nuestros hermanos y hermanas nos siguieron.

Mi cansancio y la pobreza demostrada por mi indumentaria, excitaron la compasión de las tres mujeres y empezaron a prodigarme ahí mismo una serie de atenciones delicadas y de cuidados, que me hicieron sufrir mucho más que la frialdad de mis hermanos.

He aquí los nombres de mis hermanos y hermanas por orden de edad: Efraín, José, Elisabeta, Andrés, Ana y Jaime.

En cuanto a mis hermanos consanguíneos, los que la historia nebulosa de mi vida ha convertido en primos, me acuerdo con un sentimiento de felicidad de sus afectos. Se llamaban: Matías, Cleofe, Eleazar.

José y Andrés me siguieron más tarde para oponer a mis medios de propaganda la negación de mi título divino y acusarme de locura. Mis hermanos Matías, Cleofe y Eleazar se me demostraron más tarde, pero sólo con el deseo de arrancarme a la muerte, sin combatir mi fe.

Demoramos varios días en Nazaret. Mis hermanas, de las cuales la más joven vivía con mi madre, se disputaban el gusto, decían ellas, de servirme, y mis hermanos se hacían atentos a mi voz. Mi madre se inspiraba en mis pensamientos y se elevaba en aras de la pureza de la plegaria, cuando le demostraba la necesidad de mi sacrificio.

—«¡Oh, Dios mío, decía ella, me resigno a tu voluntad, pero sostén mi resignación y proporcióname pruebas evidentes de que mi hijo se encuentra en la luz!».

«Dale a mi fe el apoyo que le falta, a mi esperanza una luz que pueda hacerla segura y entonces mi amor de madre sucumbirá bajo el poder de tu amor divino».

Un día que nos hallábamos solos mi madre y yo, le mostré la arena que cubría la tierra a nuestros pies y después con un pedacito de madera tracé algunos

caracteres, cuyo sentido era el siguiente: «Jesús tiene que morir para glorificar a Dios, o vivir para ser deshonrado delante de Dios».

Explicué a mi madre la fuente de mi ciencia y la prueba material de mis inspiraciones divinas. La dejé bajo la impresión de la sorpresa y la arrastré enseguida hacia el convencimiento de mi espíritu y entusiasmo de mi alma. Impresioné su imaginación mientras daba satisfacción a su inteligencia. La preparé para el sacrificio con la exaltación de mis creencias y de la luz que recibía de Dios.

Mi madre quedó convencida aunque no del todo resignada.

Durante nuestra estada en Nazaret, teníamos todas las noches conversaciones con muchas personas y contestábamos con dulzura a las objeciones y al curioso deseo de encontrarnos en faltas. La familiaridad de mis discípulos con mis hermanos tuvo por resultado el hacernos espiar y molestar por todas partes, por donde llegamos a pasar después. Mi independencia no fue completa, como se cree generalmente, puesto que, empujado a los extremos de la contrariedad, que me suscitaba mi familia, llegué a hacerme un derecho de mi propia libertad de espíritu y a proclamar que no conocía hermanos, ni parientes, ni aliados.

Dejé Nazaret por última vez, llevando conmigo el dolorosísimo recuerdo del sufrimiento de mi madre y de los lamentos cariñosos de mis hermanas.

Mis queridos hermanos nos acompañaron por alguna distancia y nos separamos con las lágrimas en los ojos.

Vuelvo a llevar conmigo a mi tío y a mi hermano Jaime que quieren acompañarme hasta la muerte.

Íbamos silenciosos al alejarnos de Nazaret. Estas expansiones en medio de la familia habían hecho recordar a mis discípulos, la familia ausente, y el alma de Jesús se inclinaba con dolor bajo el peso del amor filial y fraterno.

Teníamos que colocarnos en las condiciones de hombres que todo lo han sacrificado por el triunfo de una idea, pero mis discípulos conservaban la esperanza de volver a ver a los que habían dejado, mientras que yo apoyaba sobre mis recuerdos y sobre mis aspiraciones la mano helada de la muerte y huía al mismo tiempo de toda imagen consoladora para encontrarme mirando en el vacío... El vacío se animaba por mi obstinación en darle vida y de este modo del sufrimiento extremo yo pasaba a los resplandores divinos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuánta felicidad en esas visiones! Pero también ¡Cuánto abatimiento en la realidad! ¡Cuántos honores después de la victoria, pero cuántas amarguras durante el combate!

Hermanos míos, no podría repetíroslo suficientemente, la luz de Jesús era momentánea, huía, y la naturaleza humana arrojaba a su espíritu en medio de crueles perplejidades, para honrar en él, como en todas las criaturas, el eterno principio de la justicia Divina.

Mi proyecto al abandonar Cafarnaúm era el de visitar a todos mis amigos de Jerusalén y de procurarme dos nuevos aliados para dar a mis doctrinas mayor exterioridad. Quería demostrar mi título de hijo de Dios con las explicaciones de mi título de Mesías, ante los que se encontraran en condiciones de comprender esta alianza, basada sobre la razón y la justicia Divina, pero estaba bien resuelto a no hacer uso más que de la primera de estas prerrogativas, la de hijo de Dios, en todos los casos de agitaciones tumultuosas de las masas ignorantes y de exaltaciones fanáticas de mis más sencillos servidores. Era necesario asegurar el porvenir y un reformador, un Mesías, hubiera caído pronto en el olvido, sobre todo después de las

manifestaciones llenas de malevolencia del pueblo, que mis enemigos no dejarían de sublevar en mi contra.

En esta última visita a Jerusalén yo tenía que afirmar la creencia en mi poder espiritual, sin proporcionar base para acusaciones de parte de la posteridad en el sentido de este poder espiritual, es decir, que mi presencia entre los hombres, debía fundar una religión universal, dejando en todos los espíritus el germen indestructible del amor fraternal, que era el iniciador y el mártir.

El hijo de Dios que libertaba a sus hermanos de la esclavitud y que moría para dotarlos de una ley de amor: el hijo de Dios que desarrollaba sus preceptos en medio de los pobres, de los enfermos, de los pecadores; el hijo de Dios que salvaba a la mujer adúltera de la primera piedra con estas palabras: «¡Arrójele la primera piedra el que se sienta libre de culpas!» El hijo de Dios que levanta a la pecadora con estas palabras:

«Ven, la casa de mi Padre está pronta para recibirte, ya que detestas tu pasado».

El hijo de Dios que dirá a todos: «Amaos los unos a los otros y todos vuestros males cesarán, y todas vuestras ofensas a Dios os serán perdonadas».

Este hijo de Dios no tenía necesidad de herir la imaginación con fantasmagorías, pero tenía que afirmar su prestigio divino y conquistar la humanidad, apoyando su moral con el ejemplo.

Que este prestigio haya alcanzado su coronamiento aquí y haya obscurecido su memoria en otra parte, nada importa. Este prestigio queda como la sanción de la obra y es lo que Jesús quería.

Que la humanidad no haya sido aún conquistada por culpa de los sucesores de Jesús, nada importa, *puesto que Jesús está ahí y quiere reconstruir su Iglesia.*

Jesús dijo y yo lo repito: «Traigo la palabra de vida. Todo el que oiga esta palabra tendrá que desparramarla».

«Presentadme la verdad y yo os la diré ahora y más tarde, puesto que la verdad es de todos los tiempos, y yo soy la alegría y la esperanza, el presente y el futuro».

Yo me fijé inmediatamente en las riberas del Jordán. Nos dedicamos a las prácticas de la purificación, encontrándonos en la época de mayores calores del año. Siempre con el propósito de empujar a los hombres hacia la creencia en la resurrección del espíritu, pronuncié muchos discursos en el sentido de mi participación futura en la liberación de la humanidad y del establecimiento de mi doctrina en toda la Tierra.

«Nadie, decía yo, cree ahora en la resurrección del espíritu, pero se creará bien cuando yo vuelva para acusar y maldecir a los falsos profetas, las perniciosas doctrinas, los feroces dominadores, los depravados y los hipócritas».

«¡Se creará bien cuando Dios calme la tempestad con mi palabra y que esta palabra será repetida, de boca en boca, hasta el final de los siglos! ¡Cuando los muertos despertarán de su sueño para anunciar la vida! ¡Cuando la naturaleza exhausta recibirá un nuevo impulso y la sangre no brotará más de sus entrañas!».

«La resurrección se efectúa también ahora, pero se evidenciará mejor cuando podáis conservar el recuerdo de vuestro pasado, y os lo afirmo: muchos de los que me escuchan, me verán y me reconocerán».

La purificación, *nuevo bautismo*, como decía Juan, tenía también la predilección de mis pensamientos. La culpa y el delito, todos los vicios, principalmente la hipocresía, me sugerían plegarias fraternas para obtener un

arrepentimiento verdadero; pero, Juan pronunciaba con palabras duras la condena del pecador sumido en la impenitencia final.

De mi diferente forma de hablar, según los hombres a que me dirigía, creo, hermanos míos, haberos ya dado la razón, y las contradicciones puestas en evidencia más tarde, como acusaciones ante el pueblo de Jerusalén, se explican fácilmente. Mas, las contradicciones cesan desde el momento que anuncio el reino de Dios, que muchos verán y que precisa la resurrección del espíritu, desnudándola de las formas nebulosas que le había dado al principio, para huir de una persecución demasiado apurada.

Yo me coloco en este instante como demostrador de la justicia divina y acuso con mayor energía a las instituciones humanas, puesto que designo las riquezas como un escollo, el poder como una aberración y el principio donde descansan las leyes humanas como un flagrante delito de esa majestad divina. Echo abajo todas las posesiones basadas en el derecho del más fuerte y proclamo la esclavitud, la más vergonzosa demostración del embrutecimiento humano; anuncio el reino de Dios que muchos verán e insisto en la resurrección del espíritu, diciendo:

«La libertad del hombre se obtiene gradualmente, con la fuerza de su voluntad unida a las luces de sus predecesores en la vida espiritual».

«Estas cosas no pueden todavía ser comprendidas, mas vendrá el tiempo en que todos comprenderán y entonces el reino de Dios se establecerá sobre la Tierra».

«Muchos entre vosotros verán el reino de Dios y el Mesías repetirá las palabras que hoy pronuncia».

«El hombre nuevo renacerá hasta que el principio carnal haya sido extinguido en él. Todo el que nace tiene que renacer y los que hayan vivido bastante irán a vivir a otra parte».

«El espíritu del hombre tiene que abandonar su cuerpo, pero el espíritu, volverá a tomar otro cuerpo. Por eso, cuando vosotros me preguntáis si soy Elías, os contesto: ¡Elías volverá, mas yo no soy Elías, soy el hijo de Dios!, y mi Padre me mandará nuevamente para hacer resplandecer su justicia y su amor, pero solamente me mostraré a algunos y mis discípulos tendrán que repetir mis palabras y afirmar mi presencia».

«Soy el Mesías y el Mesías morirá sin haber terminado su obra, pero la concluirá después de su muerte».

«Os lo recomiendo, libertaos del temor de la muerte, que la muerte se reduce a un cambio de residencia, y haced de la resurrección del espíritu un honor para los que no habrán prevaricado en contra de mi ley».

«El espíritu marcha siempre hacia delante mientras esté sostenido por la fe en las promesas de Dios, quien concede también la gracia de poder persuadir a los hombres, a los que tienen fe».

«No os amedrentéis por mi muerte y marchad hacia el espíritu con fe y con amor».

«No esperéis de los hombres la recompensa de vuestros trabajos; poned sólo en Dios vuestras esperanzas. Dios jamás permanece sordo a la plegaria y a los deseos de un corazón puro y agradecido».

Hermanos míos, en el ejercicio del apostolado, Jesús tuvo que ser despreciado de los ricos y de los poderosos (exceptuando algunos casos de los cuales ya os he hablado y que haré nuevamente resaltar), pero en el último periodo de mi misión, el pueblo, cuyos derechos Jesús había sostenido siempre, calmado sus sufrimientos morales, ese pueblo fue su acusador y su verdugo.

Es que la ignorancia convierte al pueblo en cómplice de sus más crueles enemigos. Es que la hipocresía, baldón espantoso de la humanidad terrestre, emplea como instrumento para oprimir el pensamiento, encadenar el brazo, herir el corazón, aquellos mismos a quienes debiera aprovechar el trabajo del pensamiento, la fuerza del brazo, el amor del corazón.

Yo tenía que caer tan sólo por la malevolencia de las masas, y sabía también que esta malevolencia se manifestaría, y preparaba para ella a mis discípulos.

«Sed mis guardianes y mi consuelo, les decía, rodeadme de dulzura, puesto que me veo entre las garras de la mala fe de los grandes, y de la ingratitude de los pequeños, del odio de los malos y del abandono de los mejores».

La clara interpretación de mis fuerzas y de mis esperanzas se producía cada vez más en el espíritu de mis fieles y la respetuosa deferencia ante mis deseos favoreció mi libertad de acción y mis medios de proselitismo durante el espacio de tiempo que corrió entre mi llegada a Jericó y mi apresamiento en el Monte de los Olivos.

Hay que contar siete meses entre estas dos épocas.

Jericó me gustaba, ya sea por su situación y por la afabilidad de sus habitantes, ya sea por los recuerdos que despertaba en mi espíritu. Pero aquí también tengo que hacer notar algunos errores.

A Zaqueo el aduanero y a Bartimeo el mendigo se les dio una denominación convencional.

El título de hijo de David, con que se me gratificó en Jericó y en otras partes, no produjo en mí más que piedad e impaciencia. El título de hijo del Hombre se pretende que haya sido elegido por mí, pero yo jamás quise otro patrocinio que no fuese el de las denominaciones de Mesías y de hijo de Dios. La cualidad de Mesías está llena de claridad; la de hijo de Dios comprende en su oscuridad el derecho de todo hombre a la filiación divina, tal como ya lo ha explicado. La fuerza del porvenir, el triunfo de la verdad tenían que surgir de estas palabras: *Mesías hijo de Dios*.

¿Qué podía importarle a Jesús el título vanidoso de *hijo de David* y el otro título, al que quiso dársele una forma dogmática?

Diré más tarde cómo y por quién se me dio la denominación de *hijo del Hombre*. Hermanos míos, aprovecho mi estada en Jericó para terminar el capítulo décimo

Empezaremos el undécimo entrando a Jerusalén. Enseguida os presentaré mis huéspedes de Betania, María de Magdala y muchas figuras que os son desconocidas.

CAPÍTULO XI

JESÚS PERSONÁNDOSE A JOSÉ DE ARIMATEA

Entré solo en Jerusalén. El lugar para reunirnos había sido fijado en Betania. Yo tenía así que salir todas las tardes. Privado de noticias desde algún tiempo, me acerqué a la casa de mis amigos con mucha aprensión. José de Arimatea me recibió con expansión de alma y noble devoción de espíritu. Me acompañó por todas partes en que teníamos que ser vistos, como iniciadores de la libertad y de la verdad que

todos buscaban y cuya expresión, todos deseaban. José era ahora de mi parecer, pero contaba con que se obtendría el objetivo sin que nosotros sucumbiéramos materialmente en la empresa.

Respeté la ilusión de mi amigo, porque si hubiera intentado destruirla, la indecisión de José habría cansado mi alma y tal vez debilitado mi resolución. Me hacían falta testimonios de las laboriosas manifestaciones de mi espíritu. ¿Qué me importaba, después del éxito moral, la ruina material? ¿Qué me importaba un poco más o un poco menos de celebridad en el presente, si sólo me preocupaba el porvenir?.

«El sacrificio de Jesús, me decía, no comprendido en el momento de su realización, será más tarde una llamada hacia la resignación, hacia el sentimiento de la fe, hacia el desahogo del alma y hacia la paz del corazón para todos los infelices. Por grande que sea la soledad de Jesús ahora y el silencio de la historia contemporánea, su personalidad habrá dictado leyes de fraternidad y de amor a todos los hombres y esas leyes serán inmortales».

Por medio de José conocí a muchos personajes importantes y a Marcos, de quien hablaré más tarde.

Nicodemus era un rico vecino de Jerusalén. Me acordaba de sus liberalidades, cuando yo vivía separado de mi familia y que me había comprometido como revolucionario. Fui a su casa. Él, su esposa, sus hijos, sus hermanos, y toda la familia me recibieron con la más grande cordialidad. Amplia hospitalidad, ternura activa, armonía de corazón y de voluntad. ¡Cuán dulce y consolador es el honrarlos por medio del recuerdo!.

Hermanos míos, acusando a los depositarios de la autoridad religiosa, a los depositarios de la ley, a los afortunados y poderosos yo tenía en vista tan sólo reformas sociales. Glorificando la pobreza, exhortando a los ricos a sacrificar los bienes de la Tierra para conquistar los tesoros de la luz de Dios, yo estaba convencido de que el espíritu se emancipa cuando sufre el martirio de la pobreza, con la sabiduría y con la resignación, y mi desprendimiento de las riquezas tenía su razón de ser en mis observaciones de la debilidad humana y por las vergüenzas inherentes a los goces carnales. Pero entonces como ahora, yo sabía que en todas las clases se encuentran naturalezas fuertes, dignos mandatarios, espíritus independientes capaces de hacer germinar los designios de Dios, y mis amigos me hacían justicia al tomarme por un filósofo religioso y no por un utopista o soñador.

Mis parábolas respecto a los malos ricos y de la participación de los pobres a la majestuosa felicidad del cielo, tenían todos los caracteres de la estrechez que me imponían las condiciones de los espíritus, y las figuras de Lázaro como la de Abraham me eran familiares, para hacer resaltar la justicia de las represalias y la participación de los grandes hombres, que veneraban el pueblo hebreo en las manifestaciones de esta justicia.

Lázaro, abreviado de Eleázaro, era un nombre muy esparcido en la Judea, y Abraham a quien la leyenda convertía en un padre desnaturalizado, un sacrificador impío, representaba ante los ojos de estos hombres crueles, en la infancia espiritual, la idea de la obediencia pasiva y el modelo de las virtudes religiosas.

«Lázaro, el pobre, cubierto de úlceras, recogía las migajas que caían de la mesa del rico, y el rico, lleno de alegría y rodeado de numerosos comensales, aleja sus miradas del pobre y cierra su corazón a toda piedad».

«La muerte cae sobre el rico y el pobre. El rico sufre los tormentos sufridos ya por el pobre, y mucho más, puesto que del fondo de la Gueenna, donde se encuentra

encerrado, retumban sus alaridos. Después su voz se entenece suplicando una intercesión».

«El cielo se abre, pero tan sólo para aumentar los sufrimientos del rico. Divisa a Lázaro y después de esta visión, las tinieblas se cierran a su alrededor».

Por Gueenna yo quería significar un lugar lúgubre, sinónimo de infierno. La palabra Gueenna era aún más expresiva que la de infierno en algunas localidades.

En la época a que hemos llegado hermanos míos, mi posición podía permanecer estacionaria todavía por mucho tiempo. Por lo que me convenía crear una escuela y esperar, en medio de luchas sordas y pacientes, un nuevo estado de cosas. Mis amigos así me aconsejaban. Se decían mis discípulos y me hablaban sin descanso de las aspiraciones del pueblo hacia la libertad, del odio del pueblo en contra de la familia sacerdotal que reinaba entonces. Pero yo quería apoyarme en probabilidades, aunque no fuesen tan sólo aparentes, y tenía que garantizarme en contra de la vergüenza de escudarme detrás de la amistad, salvaguardando mi vida a expensas de mis aspiraciones espirituales, mientras tanto era necesario afirmar mi título de Mesías con la fuerza de la publicidad de mis enseñanzas, así como mi título de hijo de Dios, con la aureola del martirio.

José, y con él algunos hombres de buena voluntad que comprendían mi doctrina, cuyos preceptos divulgaban, tuvieron que someterse a mi resolución cuando se demostró que no era posible cambiarla por medio del razonamiento. Me rodeaban en Jerusalén, me amaban y me daban pruebas diarias de ello. Después de haberme abierto el camino de los honores populares, me defendieron en contra de los devotos y de los hipócritas, intentaron defenderme del furor de los muchedumbres. Después de mi muerte se apoderaron de mis restos mortales, con intención de honrarlos mediante piadosas demostraciones y ahorrar una profanación a mi memoria, que hacía probable la creencia en mi resurrección corporal, divulgada por fanáticos, a quienes los acusadores y los negadores de Jesús, hijo de Dios, hubieran querido darles un grosero desmentido. Mis amigos, pues, no fueron culpables de ninguna maquinación, pero preferían dar pábulo a la superstición antes de abandonar mi cuerpo a la posibilidad de una mancha, sin duda insignificante delante de la razón, pero dolorosa para el alma influenciada por la encarnación humana y para el mismo espíritu conmovido aún por los sentimientos fraternales.

Di libre curso a mis pensamientos, cada vez más desprendidos de la vida de relación y libres de los temores humanos. Mis formas oratorias tomaron desde estos momentos una gran semejanza con las negras imágenes y proféticas amenazas de Juan. Me separé repentinamente de esa dulce y plácida expresión del semblante, que me atraía la confianza y el afecto de mis oyentes, de esa dicción llena de humildad y de benevolencia, que cicatrizaba las heridas del alma y provocaba las resoluciones del espíritu. Lancé anatemas, no ya como antes, en medio de transiciones hábilmente desarrolladas y medidas, fijas, por así decir, en todos mis discursos. La dureza de mis afirmaciones con respecto de los tormentos de la vida futura, tenían el propósito de poner de manifiesto los excesos de la fuerza bruta, erigida en lugar del derecho común. Yo acometía en contra de todas las alturas, quemaba todos los ideales, desalojaba todas las autoridades, denunciaba todas las potestades de la Tierra ante las iras de mi Padre predilecto.

«Mi reino no es de este mundo. Los que quieran seguirme deberán distribuir todo lo que poseen entre los pobres. Felices de los que se empobrecen

voluntariamente, la luz los acompaña y la fuerza los sostiene; la gracia los colma y la virtud los corona. Yo soy el consuelo y el maná celeste; la luz y el pan de la vida».

«Los que crean en mí, vivirán en la abundancia, el que huya de los honores del mundo, recibirá honores en la casa de mi Padre».

«Quien quiera que ame a los hombres como a sus hermanos, será recompensado, pero los egoístas, los orgullosos y los hipócritas, los patronos y los poderosos del mundo serán maldecidos y arrojados como leña seca en el fuego eterno».

«Se oirán gritos y rechinar de dientes, blasfemias y quejidos, mas Dios permanecerá sordo a todos los ruidos de las tinieblas y la paz de los justos no se verá turbada».

Asocié a mi gloria futura mis discípulos más íntimos, pero hacía depender el cumplimiento de mis promesas del cumplimiento de sus deberes.

«Os reconoceré, les decía, si habéis prestigiado mi doctrina con vuestras obras y habéis sembrado virtudes con vuestros ejemplos, más que con vuestras palabras; si me habéis honrado con la humildad y pobreza de vuestra vida, con la marcha hacia Dios de vuestros espíritus y con vuestro amplísimo amor para con todos los hombres».

«Anunciad mi ley, pero dad al mismo tiempo pruebas de vuestras esperanzas, despreciando los bienes de la Tierra y diciendo como yo: nuestro reino no es de este mundo».

«Acostumbraos a defender a vuestro Maestro, poniendo en práctica lo que él mismo puso en práctica. El ejemplo impone la fe y produce el respeto, mucho mejor que las bellas armonías del lenguaje y que las más sólidas demostraciones de espíritu a espíritu. Los dones del espíritu son improductivos cuando no emanan de la ciencia adquirida en un estado de pureza de intención y de seguridad de vistas; son efímeros cuando no determinan cada vez más la emancipación de la fe y del amor».

«Predicad mi doctrina, pero sostened válidamente el derecho que tenéis para predicarla. Este derecho consiste en el abandono *de toda supremacía humana y en el sacrificio completo de vuestros intereses terrestres*».

«Os daré fuerzas para triunfar ante vuestros enemigos, y mi casa será vuestra casa, pero si vosotros os volvéis prevaricadores de la ley, me retiraré de vosotros».

Mis discípulos me alcanzaron y rodeado de todos ellos fue como yo me hice de un círculo de oyentes, y principalmente en las dependencias del Templo. Entre ellos había más denunciadores que verdaderos creyentes.

La costumbre de esos tiempos, hermanos míos, era la de que los hombres colocados en evidencia por su erudición e inclinación del espíritu a las cosas públicas, se viesan honrados con atención de los otros hombres, en todas las circunstancias que les permitieran establecer nuevas ideas y sostener una opinión ya formulada. En el Templo las piadosas demostraciones eran seguidas a menudo de discusiones científicas y de atrayentes conferencias, pero esas discusiones científicas y esas conferencias de alto valor, no tenían por lo general al pueblo como testigo. El pueblo prefería los análisis rápidos de lo que había tenido lugar en las asambleas, y la multitud, es decir, el pueblo menos iluminado pero más impresionable, se alimentaba de emociones en los sitios públicos, y principalmente en las galerías del Templo, donde se encontraban reunidos los accesorios de una devoción ignorante y de excitación hacia todos los atractivos banales de la curiosidad y vanidad humanas.

Como simple jefe de escuela, yo habría podido inspirar confianza en los hombres más letrados del pueblo, exponiéndoles el extracto de las doctas asambleas y no mezclando, sino con prudencia, a las opiniones de cada uno las expansiones de mi propio espíritu, mas el sentimiento de mi destino era demasiado dominante en mí, para que yo me sometiera a la lentitud de un éxito paulatino (ya hablé de ello al referirme a las instancias de mis amigos al llegar a Jerusalén), y me coloqué enfrente de los odios y de las venganzas.

La ley judaica no representaba a mis ojos sino el código grosero de un pueblo esclavizado por las fuerzas especulativas de dos aristocracias: la de la inteligencia, guardiana severa de la superioridad relativa, y la de la materia libre, luchando sin descanso por los derechos que dan y conservan la posesión del mando feroz. Usurpación de clases privilegiadas, acciones restrictivas de la libertad del espíritu humano creado para la libertad, fanatismo e hipocresías, yo empleaba para combatirlos todo el ardor de mi alma, todas las potencias de mi voluntad, todos los recursos de mi espíritu, a través de las vergüenzas morales y de las vituperables acciones.

Me sostenía en ese ardor del alma calculando los pocos instantes de vida que me quedaban y alimentaba y mantenía vivas esas energías de mi voluntad, esos estremecimientos de cólera en el recuerdo y la contemplación de delictuosos deseos, de contagiosas depravaciones, de cobardías y de asquerosidades humanas. Las dependencias del espíritu me inspiraban un profundo disgusto por la humanidad entera. No decía ya: «Acatad la ley del César», sino: «No hay más que una ley y ésta es la que yo os traigo. Todos los hombres son iguales y tienen que dividirse entre ellos todos los bienes de la Tierra».

La continua tensión de mi espíritu hacia los honores espirituales, ocultaba lo que estas enseñanzas tenían de defectuoso, y después de dieciocho siglos no veo todavía el mundo de mis aspiraciones sino mediante la óptica de mis esperanzas.

Hermanos míos, la dependencia de los espíritus a las bajas pasiones de la Tierra, tendrá lugar hasta el momento de su elevación en la jerarquía de los espíritus de la patria universal, y hagamos resaltar aquí la aberración del espíritu de Jesús, aberración propia de todos los espíritus adelantados, a objeto de examinar las causas y los efectos de estas desviaciones. La desproporción de luces espirituales de un espíritu, con la situación temporal de éste en la naturaleza carnal, establece luchas y transiciones que se parecen a turbaciones intelectuales.

El espíritu, oprimido por una ciencia que se excede de la fuerza de concepción de los que lo rodean, desvía a menudo su mirada de los horizontes luminosos y deja invadir su pensamiento por las combinaciones de un orden material, para asociar fuerzas diferentes hacia la consecución de un objetivo, si no inmediatamente glorioso inmediatamente, al menos aprovechable para una gloria futura. El espíritu honrado por productivas alianzas en el pasado, de visiones y realidades llenas de promesas en la hora presente, camina con paso seguro, especialmente en medio de las dificultades de las insidias que le crean y se sublevan en su contra los ignorantes y los perversos. Enseguida este espíritu desfallece y no recobra su coraje más que convulsivamente y se arroja en las extravagancias de las ideas, de acuerdo con las opiniones de los hombres y da a la linterna que posee, las dimensiones de una tea incendiaria. Así procedió el espíritu de Jesús en los últimos años de su vida de Mesías.

Para que la aplicación de los preceptos de igualdad y de fraternidad, tengan fuerza de ley, en un mundo, es necesario que la mayoría de sus espíritus estén penetrados de la misma fuerza moral para conseguir idéntico fin. Conviene que la

espiritualidad se encuentre muy por encima de la materialidad y que ésta se encuentre libre de todas las deprimentes formas de conservación, así como de todas las estrechas modalidades del gusto y de los deseos.

En una palabra: La Ley de Dios en su expresión más pura no puede ponerse en práctica sino por espíritus perfeccionados, que se encuentren en un medio también perfeccionado.

Jesús estaba equivocado cuando decía: *Todos los hombres son iguales y deben dividirse los bienes de la Tierra.*

Jesús, y después de él todos los que han pronunciado esta máxima, se han equivocado de fecha; Jesús y todos los que querían o quieren el desarrollo de una humanidad, no debían y no deben, en ninguna circunstancia, determinar acciones con teorías no apropiadas a la inteligencia de los miembros de tal humanidad. Permanezcamos firmes hermanos míos, sobre las ideas procreadoras del porvenir; hagamos resplandecer en la soledad de nuestra alma el rayo de oro que ha de calentar todas las almas, pero no arrojemos nuestras esperanzas, nuestra ciencia, nuestra felicidad como juguete de los estudios juveniles y procuremos no exponer la llama en los parajes en que sopla el vendaval.

El porvenir empieza a la hora siguiente, preocupémonos en saber medir bien la parte de cada hora. No confiemos nuestros tesoros sin saber antes a quien los entregamos; no introduzcamos en el mundo la confusión de las lenguas, hablemos de conciliación y esperanza a todos, pero hablemos de libertad tan sólo con los sabios: La fraternidad sin la luz de la fe es imposible. El amor separado de la fraternidad universal no es más que un simulacro de amor. Descubrid a Dios, ya lo sabréis adorar. Descubrid vuestro destino y os amaréis los unos a los otros y Dios os amará. Consultad la moral que se desprende de la ley de Dios y despedazad las armas homicidas en nombre de la fraternidad de los pueblos.

Siempre existirán pobres y ricos, jefes y subordinados en el mundo Tierra, pero la emancipación gradual les dará a todos la comprensión, y de la emancipación completa surgirá el bienestar general.

Jesús tenía que contemplar con impaciencia el espectáculo de la falsa devoción, de la incuria moral de las ilógicas creencias, del embrutecimiento de los espíritus y trataba con dureza en las galerías del Templo a los apesadores de los pobres animales, destinados al suplicio, a los mercaderes de objetos fútiles, de muestras de amuletos, de sortilegios y de pretendidas imágenes religiosas.

«Vosotros convertís la Casa de mi Padre en una caverna de ladrones», decía él.

Los corrompidos hipócritas lo hacían sufrir aún más y no les perdonaba en ninguna circunstancia.

«Vosotros sois sepulcros blanqueados. El ojo de los hombres no se detiene sino en las apariencias, pero Dios ve la podredumbre que reina bajo de ellas».

«Vosotros tenéis la dulzura sobre los labios y el odio en el corazón; vuestras limosnas, vuestras plegarias, vuestras penitencias no son sino medios para engañar a los hombres y gozar de prerrogativas en medio de ellos. Pero Dios se cansará y vosotros seréis tragados bajo las ruinas del Templo que diariamente profanáis. ¡Sí! Este Templo perecerá y yo construiré otro, que será inmortal, porque todos los hombres adorarán en él a Dios como hermanos, porque todos los hombres se reunirán en la fe, siendo la palabra de Dios eterna y soy yo quien la trae».

«¡Pobres locos! Les decía Jesús a los hombres entregados a la vida alegre y al orgullo, ¡vosotros destruí el porvenir en obsequio del presente y el presente huye como una sombra, adornáis vuestros cuerpos y desnudáis vuestras almas; buscáis los honores del mundo cuando Dios solicita en vano los honores de vuestro espíritu! ¡Os arrodilláis ante el becerro de oro mientras vuestros hermanos carecen de alimentos y de ropas!. Ahora os lo digo: aquellos que ahora no piensan sino en cosas inútiles, se verán después completamente privados de lo necesario. Los que gozan de honores humanos en el día de hoy, no podrán pretender sino humillaciones en el día de mañana. Y todos los que se complacen en los goces carnales, y todos los que colocan la felicidad en la posesión de las riquezas y del mando, serán los pobres, los desheredados, los parias de una nueva habitación temporal; vosotros tendréis hambre y sed, oh ricos egoístas, pediréis descanso, holgazanes orgullosos, y continuaréis en el trabajo, sin aplacar el hambre y la sed».

¡Ay de mí! Se corrompieron mis discursos, recortándolos y aumentándolos. Se le dio elementos al error, se preparó la ignorancia con la mentira, atribuyéndome las siguientes palabras:

«Si yo lo quisiera, destruiría este templo y lo reconstruiría en tres días».

Se me quiso responsabilizar de todos los milagros, de los que algunos amigos míos me hacían el autor, y de los que mis enemigos se valieron para perderme. Nunca he dicho ni hecho nada, conscientemente, que pudiera servir de base a las pueriles creencias en el trastorno de las leyes de la naturaleza, y si yo hubiese cometido este error, me acusaría de él del mismo modo que me acuso de debilidad en mis razones de afectos, de imprevisión en mis principios, de locos entusiasmos en mis últimos actos y de desgarradora desesperación en mi hora suprema.

Hermanos míos, recordemos aquí las palabras que pronuncié en el transcurso de mi vida de Mesías, tengo que desarrollar su alto significado, que no fue comprendido entonces y que surge de estas mismas palabras. Refiriendo los hechos de mi vida de Mesías tengo que repetir palabras ya pronunciadas, porque estas repeticiones delinean la verdad y sólo la verdad debe preocuparnos en esta confianza dada y recibida con la firmeza del libre querer y de la respetuosa dependencia del espíritu humano con la luz de Dios. ¿Cuáles son las debilidades de la naturaleza y la vanidad de los hombres en general?. Ellos lo sabrán con real sentimiento de verdad, cuando esta verdad les sea demostrada por la sencillez del escritor, por la modestia y sabiduría del moralista, por la fuerza de los principios, por la equidad del juicio y por el acuerdo de la idea con la expresión de la idea. Tendrán el sentimiento de la verdad, cuando la verdad no sea más desfigurada por la mezquindad de ambiciones mercantiles y por el esfuerzo del espíritu para adquirir honores de celebridad humana.

De mi libre voluntad, de mi coraje tranquilo para demostrar la verdad en medio de los conflictos terrestres, pensad, hermanos míos, en recoger los frutos y no agravéis vuestras culpas, vuestra desgraciada situación de espíritu, con una falsa opinión de la dignidad humana, y con un deplorable uso de esa pobre razón, de que siempre alardeáis tan fuera de propósito. De mis instrucciones practicad un análisis serio. No os atengáis a la forma, haced una anatomía de su fondo.

No criticéis las palabras, ni las repeticiones de estas palabras; comprended su valor e indagad lo que ellas os exigen, lo que os traen, y todo lo que os prometen en nombre de Dios.

Yo era poco conversador durante mi vida de Mesías y mi método de insistir en las afirmaciones, me atrajo el apoyo de los hombres de buena voluntad así como el

desprecio de los hombres frívolos, de los hombres de orgullosas prerrogativas, así como las burlas odiosas de los devotos hipócritas, la venganza de los feroces depositarios de las leyes sociales, inicuas y antirreligiosas.

Yo me repetía, ¡es cierto!, pero lo hacía con intención, y hoy mismo no podría penetrar en el espíritu de mis lectores con los principios de la felicidad espiritual en la luz divina, sino con repeticiones. Hoy mismo no sabría volver a decir suficientes veces, la siguiente máxima que contiene todos los elementos de la ciencia y de la felicidad:

«Manteneos en la fe y en el amor. La fe pide vuestra adoración hacia un Dios fuerte y poderoso; el amor os dicta los deberes de fraternidad. La fe ilumina el espíritu; el amor hace los honores del alma. Vosotros no alcanzaréis la sabiduría más que por el estudio de Dios; vosotros no seréis fuertes sino por la concepción de la fraternidad».

Desanimado a menudo y enfermo del cuerpo y del espíritu, yo reposaba en el seno de una familia de tres personas, de la cual la posteridad se ha ocupado tanto, que me parece indispensable el enderezar, también en este punto, muchos errores y suposiciones.

Quiero clarificar que fui a Betania para recuperar mi salud, en la casa de Simón que así se llamaba y no Lázaro. Éste se encontraba en perfecta salud a mi llegada y no leproso. Sépase que, durante la enfermedad contraída después por él, Simón nunca llegó a los extremos de tener que pasar por muerto, y sépase finalmente que yo no me he prestado en manera alguna a esta invención de un milagro.

Yo no conocía a la familia de Simón, tampoco a Simón antes de mi último viaje a Jerusalén y acepté la hospitalidad de ellos con preferencia a cualquier otra, porque su casa situada al pie de la colina, sobre la que se adosaba el pueblo de Betania, me brindaba una soledad llena de atractivos, con la perspectiva llena de movimiento, con Jerusalén a mis pies. Simón y Marta, su esposa, no habían aún superado los veinticinco años; María, niña de trece años era hermana de Simón. Ella reunía una gran dulzura de carácter, gran tendencia hacia el espiritualismo. Los abuelos de las dos ramas habían fallecido poco tiempo antes, muy cerca los unos de los otros. El hogar tenía el aspecto de un dolor profundo, aunque silencioso, cuando yo me instalé en él. Marta encargada especialmente del manejo interno de la familia, empleaba en sus tareas tanta minuciosidad y una labor tan uniforme y ejecutada con fatiga, que parecía obedecer mecánicamente a una fuerza motriz del mecanismo del alma. Simón era de carácter tético y la pequeña María se mostraba siempre triste, así como los sirvientes que participaban del mismo duelo de sus patrones. Quise hacer penetrar en mis nuevos amigos mis doctrinas y lo conseguí. Marta fue la más difícil para convencer. Con esa mujer ignorante y empeñada en su ignorancia, tuve que renunciar a toda demostración seria referente a la vida futura, pero me manifesté tan agradecido a sus cuidados, tan deseoso de satisfacer su curiosidad, contándole las incidencias y las fatigas de mi vida nómada, tan feliz de lo que me rodeaba, que Marta, incapaz para analizar la fe de Jesús, abrazó esta fe como el náufrago se abraza a una tierra desconocida que le ofrece seguridad y reposo.

María comprendía mi misión, escuchaba mis conversaciones, se arrodillaba delante de mí cuando los demás me rodeaban, e intentaba asir mi pensamiento, antes que él hubiera tomado las formas de la expresión. Mi mirada se fijaba tierna en ese semblante fresco, coronado por una frente pensadora, como una aureola reveladora del pasado y del porvenir. Cuando Marta se asombraba de la actitud libre y grave de

la niña, yo la reprendía dulcemente, haciéndole comprender que las diferencias en el modo de manifestarse, nacen de las distancias que separan a los espíritus.

«Hónrate Marta por el cumplimiento de tus deberes, pero deja que esa niña se expanda en mi amor. Cada uno de nosotros debe acumular tesoros en medio de la posición que le ha señalado la divina Justicia».

Las relaciones de Jesús hermanos míos, han dado lugar muchas veces a afecciones medidas, pero a menudo también a afecciones entusiastas, que descansaban las unas sobre la fe religiosa manifestada con una voz simpática, sobre una doctrina aplicada ampliamente a las necesidades del corazón y a las aspiraciones del espíritu, y las otras sobre la difusa alianza de la esperanza en Dios y del impulso hacia la criatura; sobre la dilatación de los sentimientos humanos, evitada su explosión por el pudor del alma, o dirigidos hacia un noble objetivo por una naturaleza superior a la que los exteriorizaba.

Me veo obligado a ocuparme de los atractivos carnales disimulados por el sello religioso, porque deseo al fin hablar de María de Magdala.

Si no he podido todavía hablar a mis lectores respecto a una personalidad tan íntimamente ligada con la mía, es porque debía hacerlo en una forma continuada, con la ilación necesaria para conservar la importancia que los hechos le han dado. El momento me parece ahora oportuno para esta referencia.

En toda la ciudad y pueblo de Galilea se reunían, en días fijos, hombres de buena voluntad con el objeto de dar lectura a la ley y explicar su espíritu. Estas asambleas libres, en que todos podían pedir y obtener la palabra, conseguían nuevos elementos de discusión con la presencia de oradores extraños al lugar. Estas asambleas se llamaban Sinagogas. Las Sinagogas se convertían a menudo en el punto de reunión de los que buscaban popularidad, y no estaba en realidad la gente suficientemente preparada para la santidad del lugar. Dejando de lado estos abusos inevitables, la Sinagoga ofrecía el cuadro consolador de la alianza del mundo religioso con el mundo material; de la humanidad que se humilla delante de Dios, con objeto de pedirle la ciencia para comprenderlo y adorarlo.

Una vez que yo visitaba una Sinagoga en el perímetro que se extendía desde Tiberiades a Cafarnaúm, me sentí casi molesto por la atención de que me hacía objeto una mujer. Esta mujer, colocada a mi frente y a corta distancia, me dirigía la mirada, cuya luz y persistencia me obligaba a bajar la mía. Esta mujer era alta, joven y bella. Esta mujer, nacida en Galilea, había llegado recientemente de Sidona. Oyendo hablar de mí, se divirtió mucho al oír las prerrogativas que yo me atribuía, después ella pretendió estudiarme primero para unirme enseguida a la vergüenza de su vida. La tercera experiencia de María sobre mí tuvo por efecto hacer que su alma fuese querida por mí y que su espíritu aún distante de su elevación, fuera digno de alcanzarla. El alma de María sufría por la abyección de su espíritu. El espíritu de María estaba pervertido por el amor impuro, bestial y delictuoso de los hombres. Quise dar a esa alma y a ese espíritu el impulso de un amor que resplandece de llama divina para resplandecer en la inmortalidad del porvenir, mas, ¡ay! María, dando el adiós para siempre a sus deseos de locas alianzas y de alegrías intemperantes, cayó bajo el yugo de una pasión humana, de que el alma no tuvo conciencia, y que el espíritu se obstinó en llamar *pasión divina*.

Después de nuestro tercer encuentro, María me pidió permiso para seguirme como lo hacían algunas otras piadosas mujeres que se juntaban con mis discípulos. Yo la llevé y le prometí facilitarle su conversión con mis consejos y mi apoyo. Demasiado tarde percibí el amor carnal de María. Dios me dio la fuerza para

mantenerme en mi posición de padre y de consolador, mas ella, pobre mártir, tenía que agotar todas las amarguras del remordimiento, sufrir todos los desvanecimientos del espíritu, todas las desesperaciones del alma.

María de Magdala vivía en el desorden hacía ya siete años cuando la conocí. Ella me confesó su envejecimiento sin añadir a su confesión detalles fastidiosos, que nos habrían estorbado, y enseguida me refirió su infancia con la delicada franqueza de un alma ingenua y pura. Yo nunca me había engañado en mis primeros juicios respecto a este conjunto de gracias conmovedoras y de crudezas vergonzosas. Yo no me engañaba descubriendo un tipo noble y casto bajo la mancha de inmundos amores. Mas caí en el engaño al creer a María toda de Dios, y tuve la necesidad de ser sostenido por poderosas alianzas espirituales para no ser vencido por una afección terrestre. María tenía veinticuatro años cuando la vi por primera vez. Cuando mi madre vino a Cafarnaúm, María de Magdala había sido recibida por mis discípulos y comprobé con alegría la acogida natural y benévola de las dos mujeres que he amado más que todo sobre la Tierra. Cuando tuve que demostrarle dureza a mi madre porque quería hacerme renunciar a mis trabajos de apóstol, encontré a María bañada en lágrimas entre los brazos de la abandonada. Ellas se prometían mutuamente una dedicación inalterable y mantuvieron su palabra.

María no se encontró conmigo en las nupcias de Canáan, pero me acompañó en mi última visita a Nazaret y nunca me dejó desde entonces. Volveremos a verla en Jerusalén y la introduciremos en la casa de Betania, donde fue testigo de todo lo que pasó entre la familia de Simón y yo.

Esta familia compuesta de tres personas, me colmaba de cuidados y de respetuosa ternura, se multiplicaban al exterior con naturales dependencias y con simpáticas relaciones sociales. Esta familia de tres personas, cuyos corazones yo había reanimado e iluminado los espíritus, me demostraba delante de todos, el homenaje de una gratitud entusiasta, y es a un exceso de honores tributados a mi carácter de apóstol, que debe mi amigo la mancha que me acompaña con su recuerdo entre los hombres.

En el número de los parientes de Simón, cuyo recuerdo me es querido, cito a Dalila, esposa de un hermano de Marta, Eleazar, primo de Simón, y Alfeo, también primo de Simón, pero que vivía en Jerusalén, mientras que Eleazar vivía en sus cercanías. Lo mismo que Simón, tampoco Eleazar era leproso.

Alfeo resultó uno de mis fieles discípulos. Era un hombre de alta moralidad y le soy deudor de tanta felicidad íntima por la alianza de nuestros espíritus, cuanto de gratitud por los actos exteriores de su obsequiosidad.

Dalila, santa y sublime mujer: ¡Ana, mi querida Ana, siempre tan activa y enérgica, recibid las dos, aquí, el testimonio de mi palabra como reconocimiento de vuestra virtud en la fe y en el amor!.

Ana no pertenecía al parentesco de Simón, mas ella y su marido me fueron devotos desde la época que los encontré en la casa de Betania; el marido me prestó muchos servicios en Jerusalén, se llamaba Gabes.

Mis amigos de Jerusalén tomaban a menudo el camino de mi morada en Betania, por haber juzgado yo, después de algunos días de agitación, que sería necesario alejarme del centro de las masas para hacer que mis discípulos comprendieran mejor la grandeza del acto que estaba por cumplir. Yo lo procuraba así con graves discursos, con la solemnidad del enviado divino, con formas simbólicas, con palabras profundas y fáciles de interpretar de diferentes maneras, para reunir a todos los hombres, fuertes y débiles, libres y supersticiosos, en el

sentimiento de mi elevado destino. Si hubiera hablado únicamente para hacerme comprender de los que razonaban respecto a mis doctrinas y a los títulos que yo tomaba, habría fracasado ante la posteridad y mi luz se habría apagado bajo el soplo del huracán que estaba por arrebatarme corporalmente.

Me eran necesarios los partidarios de lo maravilloso para sostener el pedestal sobre el que se levantaría mi filiación divina. Me eran necesarias masas ignorantes para arrastrar las fantasmagorías de hombres más o menos sinceros en sus juicios, más o menos interesados en sus cálculos. Yo comprendía la necesidad de emplear un silencio hábil respecto a los errores que señalarían mi personalidad con un distintivo divino, y el interés del porvenir sería el que me indicaría las actitudes que debía tomar, los gestos, la frialdad, la fuerza en medio de las demostraciones furiosas, de las acusaciones estúpidas brotadas del odio, de la embriaguez amorosa, de los dislates de la credulidad, del trastorno de las leyes naturales. Pero confiaba en mi carácter de Mesías para allanar el camino a mis sucesores contando con su clarividencia y con su probidad. Yo quería al ofrecerme como víctima sobre el altar de Dios, sacudir más y más a esa multitud de impíos y delincuentes que en todos los tiempos, ensucian sus labios con la mentira y hacen desbordar el odio de sus corazones, pero tenía sobre todo en vista, el confiar a mis fieles más inteligentes la consolidación de mi obra después de mi muerte.

«Esta obra es vuestra obra, yo les decía. Mi Padre nos bendecirá juntos y la gracia nos hará los guardianes del porvenir hasta la consumación de los siglos. La gracia se adquiere con la renovación de las pruebas y con los espontáneos impulsos del alma hacia las verdades eternas».

«La gracia se convierte en el santuario del pensamiento, la barrera insuperable de la virtud, cuando el pensamiento se ha alimentado, de habitación en habitación, con las investigaciones intelectuales del espíritu referentes a su suerte, y también la virtud que se ha acrecentado de etapa en etapa, con la firmeza de su marcha en medio de la oscuridad y de los peligros».

«El pensamiento no se borra. Sigue a través de los mundos, se comunica en los espacios, liga entre sí a los espíritus, sanciona el principio de fraternidad y cumple milagros de amor».

«Permaneced, pues, convencidos de mi presencia, aun cuando ya no me veáis, y pedid siempre al Señor nuestro Padre; partid el pan y el vino, como si mi cuerpo ocupase el puesto que hoy ocupa, y decid: «ésta es su sangre, ésta es su carne», y mi espíritu se alegrará y el lugar vacío será ocupado, porque el deseo determina el deseo y el pensamiento se introduce en el pensamiento, mediante el mutuo deseo».

«Ahora os lo digo: la gracia se obtiene con la fe y con el amor. Quienquiera que crea en mi palabra y la divulgue, será visitado por la gracia. Quienquiera que dé a mis palabras un sentido que yo no le doy ahora, con el propósito de sembrar divisiones entre los hombres para formarse una posición de autoridad en el mundo, se convertirá en mi enemigo y yo lucharé en contra de él y derribaré sus proyectos. Suceda ello en un tiempo o en otro, Dios medirá la intensidad de la derrota a infligirse de acuerdo con la duración de la ofensa. Dios hará resplandecer su luz en medio de las tinieblas de acuerdo con la cuota de los deseos que se agitarán en el seno de las sombras y con la cuota de los pedidos que se habrán formulado. Entonces Dios llamará a su hijo amado y el hijo volverá en espíritu entre vosotros, y lenguas de fuego pasarán sobre vuestras cabezas, para instruir a los hombres de buena voluntad, como lo hago yo hoy».

Nicodemo daba a sus visitas una forma misteriosa que acusaban a su corazón y a su espíritu de debilidad y de respetos humanos. Favorable a mis proyectos del porvenir, temía las efervescencias del momento. Admirador apasionado de mi doctrina, no se hubiera sin embargo atrevido a sostenerla delante de los demás, pero conmigo y con mis discípulos, Nicodemo se explayaba y llevaba a los espíritus el convencimiento de que se encontraba honrado por mi alianza, porque yo mismo me veía honrado por la filiación divina.

José de Arimatea me sostenía con todo el calor de su alma, con toda la vehemencia de un padre tierno e infatigable, como asimismo con toda su importancia social. Hacía causa común conmigo y se hubiera aún expuesto a la muerte, si yo no le hubiera demostrado, de una manera perentoria, la inutilidad de su sacrificio y la necesidad en cambio, de su concurso después de mi desaparición. José de Arimatea era sobre todo en quien yo más contaba para dirigir lo que había fundado y todo lo que pretendía afirmar con mi muerte corporal y con mi resurrección en espíritu. José era mi confidente más seguro y precisaba de su inteligencia para sacar partido de las más pequeñas circunstancias favorables a nuestra causa, como también de su devoción en el cumplir y en hacer cumplir mis últimas disposiciones. José me había recibido de niño para ayudar a los designios de Dios; él tendría también que, al recibir mi cuerpo privado de vida, continuar sirviendo a la Providencia con los obstáculos que pondría a los propósitos delictuosos de los hombres.

Marcos pertenecía a una familia en buena posición de Jerusalén. El padre ocupaba un empleo importante de gobierno, a pesar de ser hebreo; porque los romanos en esos tiempos no establecían diferencias entre los hombres de nacionalidad y religión diferentes, siempre que a ellos les pareciera merecer el ser elevados por la inteligencia del espíritu y elevación de carácter. Los romanos, por otra parte, desdeñaban la opinión de los hombres que sometían bajo su dominación, y buscaban siempre a los más hábiles para llenar los deberes de los cargos importantes.

Jerusalén se había visto agitada por graves sublevaciones populares, pero en la hora a que hemos llegado, ella presentaba un aspecto de completa calma. Persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos, los hebreos soportaban con paciencia un despotismo orgulloso. Este despotismo no llegaba a ejercer presión sobre las creencias religiosas, pues por el contrario, todos los credos encontraban un apoyo en la indiferencia de los gobernantes. Jerusalén, como todas las dependencias del Imperio, se encontraba bajo la tutela de un depositario de los poderes del César, gobernante sin control y absoluto en sus juicios como en sus disposiciones. El peso de la administración civil le correspondía, es cierto, a una magistratura sacada de las escuelas sostenidas por el Estado, pero la misma ley se doblegaba ante estos invasores arrogantes, que no conocían otra moral que su propia voluntad y no conocían otro obstáculo para su voluntad que el de la fuerza material.

El derecho y la ley eran letra muerta para esos bárbaros cuando se trataba de satisfacer un capricho del superior o de aplastar a un esclavo rebelde. Los tiempos de esos bárbaros atropellos, no han desaparecido aún y ello es lo que me hace detener aquí para condenarlos. La guerra y sus horrores devastan aún el mundo de la Tierra; he ahí porqué aprovecho la ocasión para maldecir las instituciones de mi época, he ahí porqué me refiero a la historia general al escribir la mía. Para ingresar en las escuelas era necesario ser pariente cercano de algún soldado, muerto en el servicio de la patria o que se encontrara aún bajo las armas. Cualquiera otra consideración, como la condición social, religión o naturalización, no tenía importancia. Los

estudiantes tenían que ejercitarse en el manejo de las armas y recibían una suma en dinero si se enrolaban voluntariamente. El servicio militar obligatorio no estaba en vigor para ellos.

Marcos, el estudiante, era casi un revolucionario, detestaba todas las opresiones. Yo lo llevé hacia el sentimiento religioso, haciéndole saborear los atractivos de una doctrina que enseñaba la fraternidad entre los hombres bajo la dependencia de la paternidad divina, que aconsejaba el valor en la adversidad, la modestia en medio de la fortuna, el desprecio por las injurias, la conmiseración hacia todos los culpables. Marcos no me amó, sino que me adoró. Yo me había ligado demasiado fácilmente a dos naturalezas ingratas. Recabé horribles desengaños, debido principalmente a mi primitiva ligereza de observación. Derramé amargas lágrimas por la fragilidad de algunas relaciones, por la debilidad de mis preferencias, mas gocé también de las delicias de profundas y duraderas afecciones, y en esta historia, a menudo penosa, ellas vuelven a mi memoria, con emociones igualmente dulces, a las que experimentaba cuando su presencia reanimaba mi espíritu entumecido, consolaba mi corazón y levantaba mi coraje, presentándome a la humanidad bajo su más noble aspecto.

Marcos olvidó por mí su fortuna, que no podía ofrecerme porque aún no gozaba de ella. Su familia, que lo trataba como un visionario, sus compañeros de placeres, sus hábitos ociosos, sus fantasías, sus distracciones y aún sus horas de trabajo, las reemplazaba ventajosamente permaneciendo a mi lado. El bello carácter de Marcos hubiera debido producir la más favorable impresión sobre mis discípulos, por el contrario muchos sintieron celos debido a nuestro recíproco afecto, otros no vieron en el abandono de su posición mundana más que un debilitamiento momentáneo de sus facultades intelectuales, otros buscaron los motivos de este abandono, en la pasión que había debido inspirarle alguna de las mujeres que hacían parte del círculo de mis oyentes. En cambio, José de Arimatea gozaba de lo que él llamaba una conversión, y los más clarividentes y los más preparados, amaron y respetaron al valeroso discípulo de Jesús, que lo siguió en el Calvario, que besó su cuerpo ensangrentado y desfigurado, que ayudó a José y a Nicodemo en la tarea nocturna, que murió joven, oprimido por el dolor, lleno de esperanzas, porque Jesús había muerto y él pronto volvería a verlo.

La facilidad para juntarnos daba atractivo a nuestras reuniones, y nuestra libertad no fue nunca turbada por visitantes indiscretos, ni por preocupaciones de peligros inmediatos. Mis discípulos de Galilea y yo formábamos una sola familia. En esta familia hay que comprender a las mujeres venidas también de Galilea, lo cual constituía un conjunto bastante complejo, pero la casa de Simón era vasta, puesto que muchas casas coloniales dependían de la habitación principal. Nombremos las mujeres venidas de mi querida Galilea para servirme hasta mi muerte. Pasemos rápidamente por encima de las primeras informaciones y cerremos este capítulo, hermanos míos, con el sentimiento de nuestra grandeza espiritual. Pronto nos volveremos a ver por efecto de esta grandeza, que derrama la luz divina sobre las debilidades humanas. Las mujeres venidas desde Galilea eran: Salomé, Verónica, Juana, Débora, Fatmé y finalmente María de Magdala. De Salomé ya he hablado; Verónica era viuda, ella me había cuidado como a un hermano y respetado como a un apóstol de Dios desde los primeros días de mi permanencia en Cafarnaúm. Juana, Débora y Fatmé, eran demasiado jóvenes para encontrarse al abrigo de las calumnias, se reían de ellas con gracia, derramando sobre todas, y sin preferencias, los atractivos de su espiritualidad y generosidad de sus corazones. Las tres gozaban

de un discreto bienestar y decían con alegría, que nosotros éramos sus hermanos y que nos correspondía una parte de ese bienestar, como más tarde lo tendríamos en el reino de Dios.

Mi madre se encontraba en Jerusalén desde algunos días, pero yo no lo sabía. Yo le había exigido el sacrificio de que no me siguiera y que esperara un aviso mío. Pero María de Magdala mantenía relaciones con mi madre y, para combinar mejor los medios de arrancarme de la muerte, ella le hizo instancias para que se trasladara a una casa de las proximidades de Jerusalén. Mis hermanos José y Andrés fueron también a Jerusalén. El propósito bien firme de ellos era el de apostrofarme, el de desmentir públicamente mis palabras, insinuar a la muchedumbre de que yo me encontraba preso de la locura y pedir ayuda con el fin de separarme de la compañía de mis discípulos. Este complot me era muy bien conocido, así es que me preparé para hacerlo fracasar y resolví para el efecto permanecer más tranquilo aún en mi retiro. Las dos Marías ignoraban el proyecto de mis hermanos. Ellas tenían esperanzas en la desesperación de su amor, para hacerme descender de la gloria de Mesías a la ignominia de la debilidad. Para mí, el peligro era éste y la lucha tenía que ser horrible.

Hermanos míos, en el duodécimo capítulo de este libro os expondré mis últimas luchas de la carne con el espíritu, mis supremas angustias de hombre, mis indecisiones en el sacrificio y, finalmente, la victoria definitiva de la espiritualidad sobre la materia.

Nosotros haremos también de mi muerte, precedida de tantos asaltos dados a la naturaleza humana, el objeto de un estudio profundo sobre el martirio impuesto a un hombre por el hombre, y sacaremos esta consecuencia indestructible, que la vida humana se encuentra bajo la dependencia de Dios, y que destruirla es infligir un insulto al Creador.

Hermanos míos, os bendigo en el nombre de Dios nuestro Padre.

CAPÍTULO XII

CAUSAS DE LA MUERTE DE JESÚS

Hermanos míos, las causas de mi muerte pueden definirse así:

«El delito de Jesús en el pasado fue el de facilitar las sediciones populares, divulgando por el intermedio de los sacerdotes, sospechas de convivencias con los paganos».

«El delito de Jesús más tarde, fue su desviación hacia el culto fundado por Dios mismo, y esta desviación del culto resultó de mayor gravedad y de mayor poder de seducción por la cualidad de hijo de Dios que Jesús se otorgaba».

«La ley mosaica tenía que alcanzarle a Jesús, a quien tenían que inflingírsele el suplicio de la lapidación. Pero el juicio de la casta sacerdotal, precisaba la adhesión de esa misma autoridad, que a menudo se desentendía de las cuestiones que se suscitaban entre los hebreos, y se precisaba también del concurso popular para el cumplimiento de la venganza del clero. Por lo cual se tomaron de las últimas predicaciones de Jesús, pruebas de culpabilidad como perturbador y abolicionista de

las leyes civiles, a más de las religiosas, para hacerlo caer así bajo la jurisdicción de Poncio Pilatos, procurador romano. Y ante el pueblo se le acusó a Jesús por seducción y alianza con el espíritu de las tinieblas».

Refiero aquí los motivos de mi condena, motivo cuyo valor discutiré después, al mismo tiempo que daré una explicación de cada uno de los delitos que se me acumulaban, por defecto de una reproducción inexacta de mis enseñanzas. Ello nos llevará a extensos desarrollos y tendré que honrar el coraje de mi intérprete, que sufrirá por estos minuciosos detalles, más de lo que haya sufrido a causa de las anteriores presiones de mi espíritu.

José y Andrés preparaban las humillaciones con que fui amagado más tarde, refiriendo lamentables episodios de mi infancia; referentes a los últimos días de mi padre y al abandono de mi madre. Ellos agregaron a la expresión de su falsa piedad por la que designaban como mi pobreza intelectual, la difamación de mi vida íntima y de mi cualidad de hijo de Dios, mediante viles espionajes, con juicios desleales y con una designación burlesca contraria a la que yo había tomado.

No busquemos, hermanos míos, en los libros del antiguo estilo una explicación del título *hijo del Hombre*, que se me otorgó por burla, como acabo de manifestarlo. Desembaracémonos de las tenebrosas historias para poder elevar nuestra narración hasta la sencillez del espíritu que todo lo aclara. No levantemos, por otra parte, una desaprobación demasiado severa sobre ciertas personalidades desde que el fermento de las ideas y el empuje del espíritu resultan muy a menudo de causas oscuras para la inteligencia humana. Defendamos nuestra alma y nuestro espíritu en contra de todos los entusiasmos y en contra de todo lo preconcebido. Hagamos distinciones entre las diversas graduaciones, pero no maldigamos a nadie. Hagamos de la vida de Jesús un código de moralidad para todos los hombres y esforcémonos en demostrar que la vida humana debe ser respetada, porque ella es una emanación del alma divina. La vida humana encerrada en los límites impuestos por el Creador es un descanso en medio del camino de la inmortalidad. La vida humana deformada por el vicio, acortada por los excesos, torturada por los odios, despedazada por el delito, representa una espantosa falta de razón que revela la bestialidad de la naturaleza aún no domada, la vuelta hacia la bestialidad primitiva, a causa de un regreso en el orden ascensional; las dos, bestialidad de naturaleza y bestialidad regresiva, constituyen los verdaderos flagelos del mundo. La primera revela la fuerza brutal de la bestia, la otra, dirige las tendencias de la bestia como para hacerlas más mortíferas. Las dos desarrollan, mediante el contacto, los males asquerosos del alma, del espíritu y del cuerpo; los dos marchan entre la sangre, se alimentan de orgías y se duermen, vencidas por la saciedad, encima de sus ruinas.

Representándoos a Jesús en los últimos momentos de su vida de Mesías, hermanos míos, no alimento la idea de llamar vuestra atención tan sólo sobre Jesús, pero sí pido que todos los que lean estas páginas reflexionen profundamente respecto a las enseñanzas que ellas ofrecen a su consideración. No tengo más que un propósito, esto es, el de convertir en mejores a los hombres, propósito que se alcanzará si ellos meditan sobre mis palabras.

Defino las heridas de mi alma para caracterizar el acercamiento que existe entre las almas humanas. Explico la culpable intención de los que me desconocieron, para volver a traer hacia una dulce resignación a los que se ven calumniados. Declaro enemigos míos a los perspicaces, a los orgullosos, depravados, reconociendo en cambio como nuevos discípulos, a los hombres de buena voluntad, a los humildes, a los desheredados de bienes del mundo, a los hambrientos de los tesoros eternos.

Siempre digo: «El que no está conmigo está en mí contra. Felices los que hacen provisiones para la vida futura y que caen en la pobreza voluntariamente durante la vida presente; el reino de Dios les pertenece. Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. La luz y la verdad son dones de Dios, esparcidlas ampliamente entre todos los que os las soliciten, con el ardor de un alma libre y con un espíritu deseoso de las cosas celestes. Por cuanto yo soy siempre el Mesías, hijo de Dios, que desciendo de la luz para sostener todo lo que ya sostuve, para defender todo lo que ya defendí, para combatir todo lo que por mí ya fue combatido. Por cuanto yo vengo para destruir y para reconstruir, para demostrar a mis discípulos cual es el Reino hacia el cual deben aspirar. Tal Reino no es de este mundo. No hay ya lugar a equívocos. El espíritu libertado de las sombras de la naturaleza humana se ilumina de luz divina, no siéndole ya posible desviarse por ignorancia, ni empequeñecerse por temor a las crueldades de los espíritus humanos. Este espíritu, desde su elevación conseguida por sus propios méritos al servicio de Dios, baja hacia este mundo para traeros la concordia y la esperanza, proclamar la inmortalidad y el amor universal en nombre de Dios».

Volvamos, hermanos míos, al punto en que os dejé a fines de mi último capítulo.

La tranquilidad de que yo gozaba en Betania se parecía al silencio que precede a las explosiones, porque en Jerusalén, el odio sordo de los sacerdotes empezaba a manifestarse ostensiblemente y el pueblo, de cuyas simpatías yo no gozaba desde las bravatas que lanzara en las proximidades del Templo, prestaba oído complaciente a los decires que se hacían correr respecto a la ineptitud y falsa virtud de mis máximas, y a la vanidosa pretensión de mi espíritu, que yo me habría complacido en evidenciar, juntamente con las demostraciones de mi pobreza y abnegación corporal. Mi madre se encontraba en Jerusalén debido a una llamada de María de Magdala. Ella había formado en esos momentos una inquebrantable voluntad. Se negó a volver a Nazaret y me vi obligado a contemplar hasta mi muerte su tristeza que constituía un vivo reproche para mi sacrificio, ese dolor que penetraba en mi alma debilitándola. María de Magdala hacía derroche, ante mí y mi madre, de toda esa energía que puede arrancarse de la pasión y de toda esa dulzura y suavidad que nace de la plegaria. Se retorció en los espasmos de la desesperación o se arrodillaba piadosamente para pedirle a Dios el poder de abatir mi resolución. Ella se arrojaba a mis pies para manifestarme, con voz baja y temblorosa, toda la felicidad de un amor puro, pero invasor de los resortes del alma y de las facultades del espíritu. Después se levantaba, abrazaba a mi madre, la cubría de besos frenéticos y me suplicaba que las salvara a las dos de la muerte y del infierno, a donde a las dos las arrojaría mi suplicio y mi gloria.

Tales demostraciones producían sobre mi espíritu el efecto de accidentes que interrumpen el curso de los pensamientos. Me sentía acabado por la emoción cuando alguna feliz sacudida venía a arrancarme de los brazos maternos que pretendían retenerme con su contacto ardiente, capaz de volverme loco o cobarde.

A María de Magdala no la quería solamente mi madre, todos mis discípulos y las mujeres venidas de Galilea también la querían. Marta, Simón, la joven María, notaban en ella las sólidas condiciones de la mujer desengañada y cansada de los placeres mundanos, al mismo tiempo que descubrían en ella el semblante resplandeciente por la gracia y suaves condiciones de alma. María de Magdala era más instruida que la mayor parte de los que me rodeaban. Ella me era deudora del desarrollo de su espíritu y de la seguridad de su juicio, pero aún antes de habernos

encontrado, ella poseía ya más conocimientos de los que poseían en general las mujeres de ese tiempo. María hubiera sido completa sin la concentración de su alma hacia una persona, si bien amaba no obstante a Dios con sinceridad. ¡Pobre humanidad!

Propuse a mi madre que me siguiera a Betania, para que no les ofreciera a mis hermanos un apoyo con su presencia, puesto que no veía en ellos el propósito de seguirme. Puse de este modo un fin a nuestras penosas reuniones.

Mi madre me tenía más cariño a mí que a sus otros hijos. La elevada opinión que ella concibiera respecto a mi destino, cuando mi tío Jaime quiso participar de mis fatigas y de mis peligros, sirvió para exaltar ese sentimiento hijo de los cuidados e inquietudes que le había proporcionado el más endeble y menos simpático de los miembros de su numerosa familia.

Después de nuestra última entrevista en Nazaret, mi madre alimentaba un sólo deseo: salvarme de la muerte. El descubrimiento que ella hizo del profundo afecto de María, le proporcionó una esperanza a la que asoció todos los demás medios personales que consideró útiles para su propósito. ¡Madre infeliz! Cien veces más infeliz que si hubiese comprendido desde el principio la inutilidad de sus esfuerzos. ¡Mártir humilde! Mártir, cuyo martirio fue cien veces más cruel que si hubiese aceptado, como una orden de Dios, la renuncia y la separación.

Hermanos míos, la expansión de un alma en Dios no basta para darle la suprema comprensión de la fe, y mi madre, mi tierna madre, toda llena de las teorías de una religión imperfecta, no podía, a pesar de su confianza en mí, hacer tabla rasa de todo lo que había creído y practicado hasta entonces.

La libertad del alma se adquiere mediante la fuerza intelectual del espíritu. Por fuerza intelectual no entiendo las aptitudes más o menos pronunciadas para el estudio de las ciencias exactas, sino el impulso positivo de la idea hacia la solución de tal o cual problema colocado en el campo de lo infinito; entiendo que la fuerza intelectual del espíritu, se alimenta con el deseo ferviente de conocer los orígenes e imprimiéndole el sello de una voluntad inalterable de avanzar siempre y más.

Rechazar una creencia que se apoya tan sólo sobre viejos prejuicios y erróneas referencias para abrazar una fe radiante de verdad, en medio de un cielo de luz fascinadora e infinita, es un hecho que no puede producirse sino con el derrumbe de las aspiraciones materiales; con la absorción del principio terrestre del espíritu efectuado por el principio espiritual del mismo espíritu. Es entonces que se rompen las ligaduras del alma y que ella, en posesión de su libertad, sigue al espíritu que se encuentra en posesión de sus fuerzas.

Dios no se revela al alma que, aunque amante, resulta la esclava de un espíritu que obra únicamente por solicitudes y no por propia ciencia y conciencia. Dios, pues, no se revelaba sino a medias a la mujer piadosa, pero ignorante de las fatigas que llevan hacia las delicias de la fe, de esa fe sin contradicciones y sin terrores, que se cierne por encima de los peligros y sonríe en medio de las torturas, que recibe luz de la faz divina para llenar todos los deberes, devorar todas las humillaciones, ir hacia todos los heroísmos.

Si mi madre hubiese hecho más fácil mi misión con su fe, hermanos míos, me hubiera ahorrado una gran amargura durante las luchas de mis últimos días, entre los recuerdos de la vida que huía y las promesas de la vida que se aproximaba. Si mi madre y María de Magdala se hubieran asociado con toda la plenitud de la fe dentro de mis creencias, mi espíritu se hubiera mantenido a la altura de mi familia espiritual, en cambio la tendencia carnal de esos amores debilitó mis fuerzas y

preparó mi debilidad sobre el madero del sacrificio. Mi fe no se ha doblegado. Cuando la fe se establece sobre la realidad demostrada materialmente, no puede debilitarse; pero la naturaleza humana humillaba tan profundamente al espíritu agitado bajo la presión de las fantasías contradictorias, que tenía que hacer un esfuerzo para reconquistar esa libertad tan querida y tan necesaria para un apóstol de Dios.

La dependencia de los espíritus aumenta en relación con la inferioridad del mundo en que habitan, y agrego que a pesar de las luces espirituales y de la fuerza intelectual de un espíritu, él tiene que sufrir más o menos deplorablemente por las sombras arrojadas sobre su ideal y por los asaltos dados a sus convicciones en un mundo en que todas las creencias religiosas se traducen tan sólo con demostraciones referentes al pasado, al porvenir, al presente y al honor del espíritu.

La familia de los hombres se compone de alianzas sin homogeneidad y sin fuerza colectiva para alcanzar su objetivo. Estas alianzas se convierten en lamentables pruebas para los espíritus honrados con la elevación alcanzada en la jerarquía moral e intelectual.

En el ejercicio de su libertad, el espíritu encuentra la calma necesaria para su fe, el ardor para las concepciones atrevidas y la decisión para dirigir su obra. Pero, ¿puede acaso esta libertad ser completa y duradera? ¡Desgraciadamente, no! No, puesto que la triste dependencia entre los espíritus, los une, y esa unión debe existir para el establecimiento de la justicia de Dios, en los mundos en que la destrucción de las especies inferiores, por otras especies superiores, señala una marcha progresiva hasta llegar al hombre; en los mundos en que la enorme desproporción de los espíritus entre sí, proviene de causas laboriosamente definidas por la ciencia que aplicamos, ciencia que reconoce la *inmutabilidad* de las leyes naturales. Ahora, constituyendo una ley de este mundo, la dependencia material para los espíritus, nadie puede eludirla, y el espíritu superior que se encuentra de paso aquí, conquista una libertad provisoria o se entristece en la esclavitud de su voluntad. Las debilidades de la fe son inherentes a toda creencia sostenida mediante concesiones de la razón. Las debilidades en la fe, constituyen motivos de constantes esfuerzos para todos los que practican una religión sin comprenderla. El fanatismo, que consiste en una fe ardiente privada de razón, debe considerársele como una enfermedad del espíritu. La fe verdadera jamás se separa de la razón. Ella señala una personalidad convencida de los atributos divinos y esta personalidad se ve obligada a doblegarse ante los deberes que de ello le resultan.

Cualquiera que sea la causa directriz del deber, ella es el resultado de luchas, de claudicaciones y de faltas anteriores del espíritu; y los deberes futuros del mismo espíritu se constituirán del mismo modo, sobre la base de sus medios actuales. Tan sólo muy lentamente, la naturaleza humana puede desprenderse de sus tendencias carnales, pero la fe verdadera proporciona el empuje del coraje, la perseverancia en las empresas y el desprecio por los peligros. El estudio de los deberes se hace cada vez más fácil, la materia se desgasta al conquistar nuevas posiciones el espíritu, y éste se eleva de etapa en etapa hasta el aniquilamiento de la materia. Hermanos míos, la fe verdadera honra la inteligencia laboriosa que ha recorrido diversos senderos, en los que se ha hecho de protectores. La fe verdadera es el premio de todos los espíritus ancianos, cuyo adelanto intelectual no se ve deprimido por la decadencia moral.

¡Fe resplandeciente! Tú nos confías el secreto de nuestros destinos. Tú nos das la explicación de Dios, de la sublimidad de sus leyes, del poder de su justicia y de su

amor; tú señalas el deber con la seguridad de ser comprendido... El deber descansa en el cumplimiento de la ley general y en las obligaciones morales, establecidas en nombre de los principios del derecho individual. La ley general, principio de derecho individual, emancipación deducida de una creación inteligente. Inmortalidad, consecuencia de la perfectibilidad. Vosotros exhibís el espíritu humano despreciando las grandezas universales, porque el espíritu humano practica o aprueba el homicidio.

La familia humana sobrepasa todos los errores del juicio, cuando afirma el derecho de muerte. Dios, árbitro soberano de los espíritus, les concede el cuerpo como instrumento, y el cuerpo se conserva más o menos tiempo, según la dirección que le es impresa por el espíritu y el lugar habitado por el espíritu y por el cuerpo.

Decrecimiento anticipado de fuerza, o debilidad de nacimiento, intermitencia de salud y de enfermedad, desarrollo feliz o extenuación prolongada, amplitud de manifestación u opresión servil, decadencia natural o accidentes fortuitos, todo ello demuestra el cansancio actual o el cansancio precedente, todo ello explica la disciplina universal por medio de la prueba y de la rehabilitación, y rechaza los nombres, monstruosamente estúpidos como: *Dios de las armadas, Dios vengador, Dios celoso, Dios terrible.*

Viles asesinos, defensores embrutecidos de una mala causa, defensores sagaces de una causa incomprensible, heresiarcas realmente convencidos o valientes apóstoles de una falsa religión que creéis verdadera, vosotros sois todos más o menos culpables delante de Dios y Dios os juzgará.

Delincuente endurecido, has de permanecer aplastado mientras no aparezca el arrepentimiento como indicio de castigo y la expiación voluntaria te sea tenida en cuenta como atenuante. Mas llegado a este punto, podrás trabajar bajo las miradas de Dios y tu trabajo será recompensado. ¡Pobre ignorante! Has de vegetar entre vaguedades e indecisiones, hasta la aparición de una luz lejana, que irá aproximándose y haciéndosete cada vez más visible. Libres o encadenados, maestros de verdades, discípulos conscientes del error, Dios os tendrá en cuenta las circunstancias de esos errores, de la causa de vuestras debilidades y repararéis vuestras culpas y gozaréis de los honores debidos a las reparaciones.

Así es la justicia de Dios. Ella levanta a los más grandes culpables, ordena la emancipación, lleva cuenta de los trabajos, pesa los actos de valor, prepara nuevas glorias a sus Mesías, después de haber purificado sus Espíritus, ofuscados por las glorias precedentes.

Justicia de los hombres, ¿cuándo llegarás a ser una copia de la justicia de Dios?.

(Hermanos míos, empleo aquí la palabra *justicia* para designar vuestra fuerza social; mas vuestra fuerza social encontrándose privada de la idea que manifiesta la palabra *justicia*, reconozco que esta palabra es deficiente y seguiré empleándola tan sólo para ser comprendido.)

¡Justicia de los hombres, la que deja envilecerse, con todos los vicios una forma humana, y que, en un momento dado, toma esta forma humana y mata con el pretexto de dar un ejemplo necesario para la sociedad, embrutecida con las más abominables máximas de inmoralidad y desprovista del sentido intelectual hasta el punto en que, por una parte, los mandamientos de Dios continuamente repetidos, no se ven jamás observados, y que, por otra parte, se niega la existencia de Dios. Justicia de los hombres, la que decreta la muerte con el sentimiento del deber cumplido que se apoya en la mentira, al invocar a Dios para matar, y que resulta

siempre como una consecuencia de los instintos de la naturaleza bestial, cualquiera que sea la creencia religiosa de que alardee!.

Depositarios de la fuerza social, los puestos que vosotros ocupáis en este mundo de pruebas, son consecuencia natural de las debilidades humanas y preparan otras dependencias humanas. La expresión de vuestro poder, no habiendo tenido jamás como causa motriz la emancipación de los espíritus y el justo reparto de las ayudas materiales, constituirá siempre una vergüenza y una condena para vosotros. Recabareis el sentimiento de vuestra inferioridad del recuerdo de las explosiones de vanidad de vuestro orgullo y sufriréis la terrible pena del *Talión*, aplicada inexorablemente en todos los casos de sangre, derramada deliberadamente o con la fría crueldad de una inteligencia humana. He aquí ¡oh depositarios de la fuerza social!, los castigos aplicados a todos los hombres, que han dirigido a otros hombres sin antes iluminarse con el sentido moral e intelectual de los seres superiores.

Justicia de Dios, que la misericordia te acompañe, puesto que dejas una puerta abierta para el arrepentimiento. Justicia de los hombres, te acompaña la más espantosa demencia, puesto que, o nada sabes de la inmortalidad, y entonces arrojas a un precipicio sin fondo todos los pensamientos cuyo origen no puedes explicar, esas pulsaciones que hacen palpar otros corazones, esas fuerzas que parecen destinadas a producir más de lo que ha producido hasta ese momento, o tienes nociones respecto a la inmortalidad, ¿y por qué entonces te atreves a estorbar el camino hacia la inmortalidad? ¡Espantosa demencia! Ya lo dije. Justicia humana, Jesús como todos los condenados, que tienen tiempo para ello, podía ensayar iluminarte para salvar su vida, pero Jesús debía considerarte suficientemente iluminada, y no se defendió. Justicia humana, pregunta a tus mártires por las diversas fases de su agonía, todos te dirán que jamás habían amado como en ese momento, a los que estaban llegando. Todos ofrecerán minuciosos detalles respecto a la calma mentida y a los alardeados actos de coraje, que deponen en favor de su valentía en el mismo momento en que el corazón gime, despedazado por las ansiedades de la duda, de la vergüenza, de los remordimientos y de la naufragada esperanza, cuando el alma tiembla en frente de la horrible visión que le proporcionan los aparatos accesorios del suplicio, inventados por la maldad en medio de sus orgías.

¡Gran Dios! ¡Cuánta sangre derramada sobre esta Tierra! Tiemblo al pensar en el pasado, en el porvenir, en el presente, en todos los países, en todas las religiones, en todos los orígenes, en todas las castas, en todas las sucesiones, en todas las ambiciones y hasta en todos los caprichos manchados de sangre, y dirijo a todos los mártires mis reminiscencias de mártir, y elevo con fuerza mi voz hacia Dios, suplicando: «Piedad, misericordia Padre mío, para estos hombres, que una sociedad perversa ha empujado hacia el delito, mediante el ateísmo, y a los que castiga luego con el delito». Digo a todos los justos: «Lo mismo que vosotros he sufrido por la separación de la carne, lo mismo que vosotros, he fatigado mi espíritu en la contemplación de las miserias morales, lo mismo que vosotros, dudé de la utilidad de mi vida. Y en este momento solemne en que la naturaleza luminosa del espíritu se turba bajo el peso de las aflicciones de la vida corporal, en ese momento precursor de mi libertad, la elevada figura de Dios pareció debilitarse y mi espíritu se llenó de dolor y de pesaroso recordar».

¡Ay de mí! Las explosiones de una alegría grosera, los insultos de un pueblo engañado, el abandono de la mayor parte de los que me amaban, la desesperación de las mujeres que me veían morir, la opresión de una intensa sofocación, todas las

lúvidas armonías de las últimas torturas del alma y del cuerpo, arrojaron en mi espíritu una profunda tristeza que estalló en esta quejumbrosa plegaria:

«Padre mío, ¿por qué me has abandonado? Mártires, mayor que vuestra fe, fue la mía, mas si desmayé ante las atrocidades de la ingratitud humana, si sentí entorpecerse mi voluntad y titubear mi amor fraterno, fue porque las dependencias de los espíritus se convierten en escollos para los grandes caracteres, cuando la fuerza de lo alto no los sostiene suficientemente en contra de los embates que lo asaltan desde abajo. Es que tenía aún demasiadas ligaduras para que pudiera recogerme en Dios sólo. Mártires, la gran voz de Dios os lo dice por mi boca: El espíritu se eleva rápidamente en el estudio de las leyes eternas, a raíz de una muerte impuesta violentamente, cuando esta muerte no es el coronamiento de una vida manchada por el homicidio».

Hermanos míos, que un hombre depravado levante su mano sacrílega en contra de una vida humana, no significa en manera alguna que una cantidad de hombres tenga derecho de matar al asesino, puesto que la muerte sólo le corresponde a Dios y no puede ser un medio para el uso de las criaturas. Cualquiera que sea la forma dada al asesinato, el derecho de asesinato no puede existir, puesto que Dios no ha pretendido alterar tácticamente y según las circunstancias, las palabras: *Tú no matarás*. Conclusión: *La aplicación de la pena de muerte es un insulto al Creador*.

Otra conclusión derivada del mismo mandamiento, *tú no matarás*, es: *La guerra y todos los actos que inundan la Tierra de sangre constituyen negaciones al principio divino y al mismo tiempo, asquerosas saturnales del espíritu en delirio*.

Pasemos ahora, hermanos míos, a hablar de la enfermedad de Simón.

Yo me había ausentado de Betania, llevando conmigo algunos de mis discípulos de Galilea. Teníamos que visitar las Sinagogas más cercanas de Jerusalén. En Galilea, la sencillez cordial de los habitantes, mi elocuencia casi siempre improvisada, mis preceptos de moral ampliamente desarrollados, con una familiaridad que no excluía el respeto debido a la palabra de Dios, mis conversaciones fácilmente concedidas por mí, el derecho que otorgaba a todos de observar mis actos humanos, así como de interrogar mi ciencia espiritual, nuestras reuniones íntimas, a las cuales yo daba a menudo participación a nuevos iniciados, con el objeto de iluminar al pueblo con testimonios insospechables de devoción anterior a mi persona, y, en fin, en el teatro estrecho de mi emanación de apóstol, todo había contribuido a mantener la persuasión de mi autoridad divina. Mas en Jerusalén y en sus alrededores, el pobre Galileo había de ser contradicho a cada instante. Las Sinagogas habían de serle hostiles, los fanáticos y los hipócritas le lanzarían injurias y el desprecio cuyo desenlace se apoyaría en estas palabras: Es mejor que un hombre perezca, antes que por él se conmueva la fe de una nación.

Fuimos tan mal recibidos en todas partes desde el principio de nuestra gira, que creíamos inútil el intentar nuevas pruebas en las Sinagogas, de las que nosotros constituíamos el escándalo, como decía la gente devota, y nos retiramos los dos hijos de Salomé, Mateo, Tomás, mi tío Jaime y yo en la ciudad de Efrón. Permanecimos allí dos semanas y mientras gozábamos del reposo de la intimidad, tuvimos la satisfacción de aumentar el número de nuestros fieles. De una parte y de la otra nos dirigíamos las más tiernas despedidas, unidas a las más dulces promesas de volvernos a ver. Tan sólo yo sabía que no volvería. Mi hora se aproximaba.

A este respecto, hermanos míos, es necesario hacer resaltar la lucidez del alma, la penetración del espíritu. Nunca debéis atribuir a causas extranaturales las

faltas que son el fruto de vuestra incuria, las faltas cometidas por nuestro libre albedrío, los acontecimientos derivados de una acción de la voluntad, de un acuerdo o enredo de ideas, de un capricho furioso o de un estado de somnolencia. Nuestro destino, es cierto, se apoya en el pasado, mas es también indiscutible que él mejora o se agrava debido a los honores o a las vergüenzas del espíritu y que estos honores y estas vergüenzas preparan el porvenir. Mi muerte voluntaria coronaría mi obra, pero nada me obligaba a una muerte voluntaria. Yo era todavía un *Mesías destinado a sufrir por los hombres y también a morir por ellos*, puesto que en la época que yo vine a la Tierra como Mesías, los hombres llevaban a la muerte a sus Mesías. Pero, lo repito, yo podía huir, y si mi hora estaba cercana era porque, queriendo elevarme por el martirio, veía que no era posible alargar la lucha.

Judas me traicionó, no porque estuviera fatalmente predestinado para semejante acto, *dependiente de mi acto personal*, sino porque, su carácter celoso lo empujaba a la venganza. Si yo hubiera evitado el suplicio, Judas habría encontrado otro medio para demostrar su resentimiento.

Supongamos a los hombres menos crueles ahora que cuando yo vine a la Tierra como Mesías, de lo cual debiera resultar algunas modificaciones en los sufrimientos preparatorios de la muerte y en los de la muerte misma. ¿Por qué los Mesías están destinados a grandes sufrimientos en los mundos inferiores? Porque los Mesías traen verdades y en los mundos dominados por las tradiciones de la ignorancia, no pueden ser aceptadas las verdades sino a fuerza de trabajos, de humillaciones, de luchas heroicas y de loca desesperación hasta la muerte, cualesquiera que sean las peripecias de esta muerte.

Regresé a Betania contento de encontrar allí a los que yo había dejado y evoqué las felices disposiciones de todos para festejar mi regreso.

Llegamos por la tarde, recibiendo la primorosa acogida de mis discípulos, el abrazo efusivo de mi madre, y la emoción de las demás mujeres, aunque se percibía un malestar general.

«Pero Simón, grité, ¿dónde está Simón?» Marta, inundada en lágrimas, salió de una sala contigua a la que nosotros ocupábamos. «Ven, dijo ella, por lo menos él morirá tranquilo, puesto que te llama».

María mi pobre pequeña María, se arrojó entre mis brazos gritando: «Sálvalo, Jesús, sálvalo».

Aparté a Marta y a María y entré en el cuarto de Simón. Mi amigo era presa de una fiebre ardiente, pero tranquilicé inmediatamente a todos haciéndome responsable de su salud. Me coloqué a su lado, permaneciendo así durante algunas horas y me hice dueño de ese delirio, que no anunciaba ninguna lesión mortal. Cualquiera otro, conocedor como yo de las ciencias médicas, hubiera obtenido el mismo resultado.

Seis días después, Simón se encontraba convaleciente y la eficacia de mi cura fue reconocida con el mismo entusiasmo que siempre se daba a mis actos más sencillos, una trascendencia funesta para mi seguridad presente y para mi dignidad de espíritu ante la posteridad.

Para celebrar la buena salud de Simón, Marta tuvo la idea de dar un banquete en el que debía honrarme especialmente, y para disimular a mis ojos lo que había de ofensivo en tal acto para mis principios, Marta me recordó una costumbre a la que nosotros habíamos dejado de someternos a mi llegada, debido a la tristeza que dominaba en la casa.

Esta costumbre designaba al visitante, como a un amigo esperado desde mucho tiempo antes; estaban prescritas demostraciones a que no podía sustraerse el huésped, bajo pena de desmerecer el carácter de amigo que le confería la hospitalidad.

Nos encontrábamos muchos en este banquete. Tomaron parte en él varios parientes, algunos notables del pueblo, todos mis discípulos de Galilea, Marcos, José de Arimatea, mi madre, Salomé, Verónica y muchas amigas y compañeras de Marta, formando en fin un total de treinta y nueve personas. Marta, que debía formar el número cuarenta, prefirió, según manifestaciones de ella al finalizar los preparativos, el honor de servirme, juntamente con María de Magdala, Juana, Débora y Fatmé.

María, hermana de Simón, permanecía casi constantemente detrás de él, que estaba sentado a mi frente, en el centro de la mesa. Su intención bien resuelta, era la de contemplar mi semblante, de sorprender mis más pequeños gestos, de saborear mis palabras, estudiando todas las graduaciones de mis impresiones, de abandonarse finalmente a ese instinto especulativo del alma, que desprecia las formas exteriores para elevar el pensamiento y concentrar su deseo en el sublime ideal.

La conversación debía naturalmente girar alrededor del motivo de la reunión. Mis conocimientos espirituales, mi dependencia divina, exaltaron las imaginaciones y me vi obligado a explicar el origen de mi fuerza moral, para luchar en contra de la efervescencia que pretendía hallar el don del milagro, en lo que tan sólo existía la armonía de las cualidades sensitivas del alma con la fácil penetración del espíritu.

Para mejor convencer a mis oyentes, pasé revista a mi vida de apóstol y di a cada uno de mis actos, tenidos por sobrenaturales, el justo valor que les correspondía dentro de mis afirmaciones. Me mostré como el Mesías preparado para su misión con sólidos estudios sobre el poder de los elementos, sobre la propiedad de las plantas, la debilidad del espíritu humano y el imperio de la voluntad. Hice depender todas mis alianzas espirituales de una misma fuente: la larga vida del espíritu, y todas mis manifestaciones ostensibles del encadenamiento práctico y sabio de las causas y de los efectos.

Deduje de la ciencia humana, los caracteres ostensibles de mis medios curativos y de la ciencia divina, la felicidad de mi alma, la cual arrojaba sus reflejos sobre las almas oprimidas y los espíritus enfermos. Establecí finalmente la grandeza de mi fe, la inmensidad de mis esperanzas con tan fogosas imágenes y con tales arranques de entusiasmo, que Simón, presentándome un vaso lleno, me suplicó que mojara en él mis labios, a fin de mezclar el soplo divino con el soplo mortal, y de confundir el salvador con él, el humilde *resucitado*, honor que él pedía, gracia que recibiría con la ardiente fe, con el amor inextinguible que le inspiraba el hijo de Dios.

En ese momento y después de haber contentado a Simón, oí como un sollozo a mi lado. Me di la vuelta y vi a María. Ella se había separado de su hermano para acercarse a quien había sido llamado salvador; su gratitud, su culto se traducían en acentos entrecortados, en espasmos de la voz, y su espíritu sobreexcitado por mis demostraciones, venía a implorar el apoyo de mi fuerza en contra de la violencia de sus ilusiones. Tomé a la niña entre mis brazos, su cabeza se inclinó y sus cabellos sueltos formaron un marco de ébano a su rostro inanimado. Todos los ojos quedaron fijos con semblantes ansiosos, a la espera del desenlace de tal crisis, cuyo final se anunció con algunas lágrimas y un débil sonrojo de la piel. María se despertó como de un sueño, sin darse cuenta de la emoción que había sufrido, y también con un sentimiento de felicidad. Expliqué a Simón la extremada sensibilidad de la hermana y le indiqué con insistencia que no debía jamás contrariar bruscamente en sus

excentricidades a esa alma tan exuberantemente dotada, a ese espíritu tan despóticamente gobernado por el alma.

Apenas vuelta en sí, María desapareció. Me encontraba, por consiguiente, en buenas condiciones para hablar de un accidente que me sugirió numerosas observaciones sobre las naturalezas corporales, dominadas por visiones demasiado fuertes del alma y por ambiciones demasiado fuertes del espíritu. Enseguida me dejé transportar, como siempre, por mi movediza fantasía, hablando con frases sentenciosas y proféticas, en evocaciones de mi espíritu hacia el Ser Supremo.

Habíamos llegado al final del banquete, y nadie ya comía ni bebía, sino que todos habían quedado pendientes de mis palabras. Me elevé paulatinamente hacia lo absoluto de mis ideas, referente a las alianzas de los mundos y de los espíritus. Poco a poco me sentí como separado de los que fraternizaban conmigo en ese banquete, viéndome rodeado de los hombres del porvenir, y se me presentó, tras sucederse los siglos, mi emancipación de esta Tierra. Después, atraído por el sentimiento de la actualidad, hablé de mi muerte, rodeándola de todas las seducciones de la gloria inmortal. Les anuncié que casi todos me abandonarían, les prometí que los honraría en sus esfuerzos o los consolaría en sus arrepentimientos, que los dirigiría hacia la luz mediante los dones del espíritu para con el espíritu y que los elevaría con la persistencia de mi amor.

Juan como siempre, se encontraba a mi izquierda y se esforzaba en ese momento por conocer a los que yo había querido aludir al hablar de abandono. A este deseo, manifestado en una forma de pregunta, contesté que la presciencia respecto a los sucesos se hace fácil mediante el esfuerzo del espíritu en el estudio de los hombres y de las cosas.

«Muchos me abandonarán, añadí, porque muchos son débiles y miedosos».

«Algunos me renegarán, otros me traicionarán, tal vez para eludir la responsabilidad o para satisfacer su hastío».

«Los hombres no son suficientemente creyentes en mi fuerza de Mesías y la proximidad del peligro los separará de mi lado».

«Pero después de mi muerte los hombres de quienes hablo, comprenderán la cobardía de su conducta y mi espíritu se les aproximará nuevamente para continuar la obra que he fundado».

Hermanos míos, yo no señalé de un modo más preciso los que me habían de abandonar, renegar o traicionar. La razón, os la doy con mi contestación, a ese discípulo tan audaz en su fanatismo, como exagerado en sus testimonios de amor. La luz que brilla de la ciencia espiritual es la guardiana de las fuerzas humanas para perseverar en las actividades del alma y en el heroísmo del espíritu, mas no podría determinar una violación de la ley que quiere que la materia sea un obstáculo para la visión completa del alma y del espíritu. Yo gozaba deliciosamente con los honores que se me prodigaban y cuando Marta derramó agua perfumada sobre mis manos y su joven hermana me la salpicó por la cabeza y por las ropas, me mostré feliz al contemplar la felicidad que ellas experimentaban. La tarde terminó en medio de una alegría expansiva, que nada vino a turbar.

Hermanos míos, en el capítulo trece de este libro pasaremos revista a las causas del odio de los sacerdotes y de mi condena. Después continuaremos la exposición de los hechos que precedieron a mi muerte.

CAPÍTULO XIII

EL DERECHO QUE LE ASISTE A JESÚS PARA SER JUZGADO

Hermanos míos, desarrollando las causas de mi condena y los juicios erróneos de mis actos, deseo que mis palabras no sean defendidas más que por mí mismo; es preciso, pues, dejarlas tal como yo las expongo.

Honrémonos por nuestro respeto hacia las órdenes de Dios, no busquemos ni facilitar la admiración de los hombres ni disminuir la maliciosa pretensión de algunos de ellos. Que únicamente el escritor sea el responsable. A la depositaria de mi narración no le permito ninguna adición o corrección. A todos los que formulen sus dudas y la voluntad seria de iluminarse, responderé yo mismo.

Sed los discípulos dóciles del enviado de Dios. Endulzad su repentina aparición en medio de un mundo frívolo y escéptico, atribuyendo su alianza con los espíritus cuya luz vosotros habéis ya demostrado, mas no alteréis nada en su modo de presentar los acontecimientos. La vida de Jesús debe ser precedida de comentarios humanos, para explicar el pensamiento que presidió a esta obra divina, y debe ser separada de toda comunicación que no sea del mismo espíritu.

Pasemos al examen de los motivos de mi condena.

«Yo había facilitado las sediciones populares, haciendo caer sobre los sacerdotes sospechas con los paganos».

Sí, yo me había asociado a una muchedumbre de revolucionarios, cuyo objetivo común, idéntico al mío, no excluía intenciones culpables y peligrosos excesos.

Pero ya el invasor se cansaba en las represiones de las sublevaciones, como en la sanción de los juicios del tribunal sagrado. El derecho político se establece sobre el derecho humano; las cargas, los empleos, se hicieron accesibles a todas las capacidades, y las facciones se debilitaron poco a poco bajo un gobierno más cuidadoso del bien general. Tan sólo el elemento religioso empezó a sembrar el desorden en los espíritus. El carácter eminentemente dominante del Gran Sacerdote creaba numerosos enemigos al poder sacerdotal; mas estos enemigos divididos por el espionaje, empleaban sus fuerzas en revueltas parciales, que atraían sobre sí sangrientas represalias, resultando inútiles para la obra definitiva. Por prudencia Hanan fue depuesto, pero siguió ejerciendo su influencia durante el pontificado de Caifás, su yerno. En las discusiones de los artículos de la ley, el principio religioso sobre el que descansaba la misma ley, era inexpugnable. Los jefes de escuela encontraban numerosos contrincantes, cuyo objetivo era el de empujarlos hacia la negación y los fariseos sobresalían en este infame oficio. El *Sanhedrín*, tribunal sagrado, juzgaba los delitos de lesa majestad divina. Todas las infracciones referentes a la ley civil quedaban dentro del círculo de atribuciones de los tribunales ordinarios. Las penalidades se resentían de la diferencia establecida entre los delitos religiosos y los delitos previstos por la constitución del Estado. El fanatismo tenía que demostrarse más despiadado que el principio del orden social. Una ley decretada por el poder romano, castigaba con la muerte al asesino y al bandido armado, pero sucedía a menudo que, circunstancias hábilmente aprovechadas por la defensa desviasen de la cabeza del culpable la terrible expiación.

Ante los *príncipes* de los sacerdotes y de los fariseos, toda sublevación ostensible en contra de las prescripciones del culto mosaico, tenía por consecuencia la muerte. La ley era precisa, inexorable. En las causas mayores a los sesenta *príncipes* de los sacerdotes, fariseos y doctores de la ley que componían el *Sanhedrín* se agregaban algunos miembros suplementarios.

Se llamaban *príncipes* a los sacerdotes nobles de nacimiento o de reconocida capacidad, ejercida ésta desde larga fecha de ennoblecimiento.

El fariseísmo era una secta piadosa y respetable en apariencia, hipócrita y depravada en realidad. Los doctores de la ley representaban la casta más erudita y más inteligente de la nación judaica. Se dividían las funciones difíciles del apostolado y de la magistratura sagrada. En el Templo ellos ejercían la verdadera autoridad, por cuanto los sacerdotes no eran más que servidores autómatas, más propensos a los honores mundanos y a los goces materiales, que deseosos de las prerrogativas de la ciencia y de la virtud. En las Sinagogas los doctores de la ley hacían preceder sus conferencias de algunas incitaciones hacia la curiosidad, que se referían a tales o cuales personalidades. En la vida retirada daban consejos y en la vida pública daban fe de sus creencias con elocuentes discursos. Las funciones de la magistratura sagrada los sometían a los deberes de jueces, de acusadores y de defensores. El prestigio de su talento establecía convencimientos y la marcha de los procedimientos dependía únicamente de ellos.

Hermanos míos, las participaciones de Jesús en las sublevaciones populares, que tuvieron lugar cuando tenía veinticuatro años de edad, fueron una consecuencia de su educación y de las ideas religiosas que él se empeñaba en levantar como una doctrina.

Jesús era revolucionario porque decía: «Los poderes de la Tierra se mantienen por la ignorancia de las masas».

Mas Jesús había bebido el principio democrático que lo hacía obrar en el principio divino de las alianzas celestes, mas el democrático Jesús quería la igualdad y la fraternidad entre los hombres porque los hombres son iguales delante de Dios, que es su Padre, mas el democrático Jesús profesaba el desprecio de los honores mundanos, porque esos honores paralizan las manifestaciones que adquieren los honores espirituales, porque apoyaba el elevado destino del espíritu sobre los deberes que le incumben a este espíritu en su marcha ascendente.

El revolucionario Jesús combatía la opresión, porque la opresión es contraria a la ley de Dios, pero ordenaba el perdón porque el perdón se encuentra en la ley de Dios. El revolucionario Jesús amaba a los pobres, porque los pobres eran para él hermanos desgraciados. Compadecía a los ricos, porque los ricos eran para él hermanos extraviados.

El democrático Jesús decía:

«Los poderosos de este mundo serán los parias del otro mundo».

Y decía también:

«Amaos los unos a los otros y mi Padre os amará. En la casa de mi Padre no hay pobres ni ricos, ni patronos ni sirvientes, sino espíritus, cuya ciencia habrá perfeccionado su propia virtud».

Aplicad, hermanos míos, las palabras de Jesús y sed revolucionarios como yo; es una cosa heroica el serlo.

Pueblos y gobiernos de pueblos, deponed las armas y reflexionad finalmente en el objetivo de la existencia temporal.

¡Infelices envilecidos, negros negadores de la Providencia divina, levantaos y adorad a Dios! Ricos, honrad la pobreza, y vosotros pobres, no envidiéis las riquezas.

El poder y la grandeza humana, hacen decaer al espíritu no penetrado del poder divino y de las grandezas espirituales. La adversidad eleva al espíritu, que reconoce la justicia de Dios. El espíritu no puede adquirir la fuerza sino por medio de las pruebas de la vida corporal; el espíritu fuerte se hace pronto digno de la gloria de Dios.

Expliquemos, hermanos míos, el carácter y el valor del delito de la desviación del culto divino imputándole a Jesús. Desde tiempo inmemorial, el culto divino es una mezcla de supersticiosas devociones e interesadas mentiras. Desde tiempo inmemorial han existido hombres que han demostrado en nombre de Dios que la razón debe someterse a todas las deformidades del sentido intelectual, para la edificación de tal o cual doctrina religiosa. Desde tiempo inmemorial la fuerza suprime el derecho, la noche devora la luz, y la ayuda de Dios es invocada por los asesinos y por las tinieblas.

Dios es inmutable. Nuevas semillas llenan el vacío, la luz se reproduce en medio de las tinieblas; y la vida generada por la muerte, la luz victoriosa sobre la noche, deposita sobre la superficie de un mundo los vivos del Señor, los luchadores de las verdades eternas. Ello debe suceder, ello sucede y se llama progreso.

Todas las humanidades atraviesan por las fases de la niñez en medio de horizontes nublados, todas las humanidades se alejan del objetivo y se detienen indecisas, pero entonces luces repentinas iluminan el camino, y este camino vuelve a emprenderse y la verdad prepara su reino definitivo, bajo las miradas y el apoyo de Dios.

Jesús debía a preceptores ilustres sus primeros estudios serios y había madurado sus medios de perfeccionamiento con profundas meditaciones. Jesús debía a inspiraciones secretas, honradas por demostraciones palpables, la revelación de su misión divina, y se arrodillaba sobre el límite de la Patria Celeste para escuchar las órdenes de Dios; con el pensamiento volaba por encima de los siglos de ignorancia, para facilitar a los siglos siguientes la luz y la felicidad. El espíritu llegado al desarrollo moral e intelectual permanece fiel a las convicciones adquiridas por él mismo, hasta que la ciencia de Dios le dé la inmutabilidad de la fuerza y el empuje del fanatismo para sacrificar el presente al porvenir, para preparar el porvenir al precio de las más amargas desilusiones humanas. El espíritu desarrollado en un mundo carnal, designa un Mesías y este Mesías no puede huir de la persecución sino desertando de la causa a cuyo sostén se ha dedicado. Despreciando la muerte corporal, el espíritu adelantado en el sendero de la perfectibilidad, flaquea aun ante los asaltos que le llevan los seres inferiores, y su confianza engañada, su amor mal correspondido le pesan como remordimientos.

Permanezcamos, hermanos míos, en la creencia absoluta de las fuerzas individuales, desarrolladas con el ejercicio de la voluntad. Permanezcamos en la afirmación de la Justicia de Dios, ya sea que ella se establezca con pruebas o con beneficios pero afirmemos sobre todo, con fuerza, la libertad dada al hombre tanto cuando él lucha en contra de las presiones desorganizadoras del alma, como cuando él tenga que combatir principalmente en contra de las manifestaciones tumultuosas de la ignorancia y del odio. El espíritu adelantado se desliga de las dependencias

humanas y se alimenta de las fuerzas de Dios, a medida que son mejor comprendidas la nada de la materia y la extensión de las posesiones espirituales.

Justicia de Dios, gloria a ti, tú eres explicable y todo lo explicas. Justicia de Dios, honor a los que te dedican su coraje y su resignación; ellos marchan por la vía afortunada del ensanchamiento de la dignidad del espíritu.

Jesús, hermanos míos, tenía conciencia de sus actos y de la fuerza de su sincera naturaleza cuando acusaba a los sacerdotes y a los fariseos. Respetuoso con el culto divino, pero contrariado al mismo tiempo, por la avidez y arrogancia de los ministros de ese culto, por la hipocresía oficial de una secta religiosa con gran poder, Jesús buscó en el mismo origen del culto y en la inexacta ponderación de los deberes humanos, las verdaderas causas de la disolución moral y de las vergüenzas intelectuales que él iba notando. En esta investigación Jesús se vio ayudado por los trabajos anteriores a los suyos, y por alianzas nuevas o renovadas en la vasta asociación de los espíritus y de los mundos. Jesús se prohibió en un principio el escrutar los misterios de la religión mosaica, después se dejó arrastrar por opiniones que respondían a su sentido moral. Enseguida circunstancias cada vez más favorables a su misión, le abrieron paso entre los escombros que caían y las piedras brutas del porvenir.

Jesús comprendió que era necesario conservar algunos vestigios del pasado para no encontrar obstáculos a su tarea de constructor. A menudo le faltaba la paciencia y decía:

«No se pueden hacer ropas nuevas con ropas viejas».

Jesús adoraba a su Padre en espíritu y en verdad, y cuando el pueblo ignorante le pedía explicaciones, contestaba:

«Dios no tiene sino desprecio para los ofrecimientos y para las prácticas exteriores, cuando no las acompañan la virtud y la fuerza dimanada de la ciencia».

«Dios prohíbe el orar tan sólo con los labios, y los que entran en una sinagoga con el corazón lleno de odio y con las manos sucias por la rapiña y la sangre, merecen el castigo de Dios».

«Permaneced humildes y pacientes bajo el peso de la vida mortal. Amaos los unos a los otros, libertad a vuestra alma de los lazos vergonzosos, vuestros espíritus de las ambiciones injustas, y habréis servido a Dios y Dios os bendecirá en este mundo y en el mundo que para vosotros sucederá a éste».

«Dios quiere vuestros corazones por templo; adorad a Dios en el templo que ha elegido».

«Las funciones del culto ponen en evidencia, la mayoría de veces, la ineptitud, la vanidad y la hipocresía. La adoración interna lleva siempre al espíritu por el sendero de la sencillez, de la dulzura, y de la sabiduría».

«Vosotros podéis orar juntos, pero no hagáis pompa con vuestras oraciones y no mezcléis las pompas mundanas con las cosas de Dios».

Hermanos míos, Jesús explicaba a Dios con la elevada inteligencia que de Dios le venía, pero bien sabía que no podía preservarse de los odios y venganzas de los que él acusaba por su orgullo y picardía, de los que eran comprendidos en sus demostraciones.

Jesús definía el amor como el gran motor de la religión universal, y enseñaba la igualdad de los espíritus, la comunidad de sus intereses delante de Dios, el desarrollo y el empleo de las facultades pensantes. Combatía por lo tanto los poderes fundados sobre el desprecio de las leyes de Dios y la inmovilidad del espíritu decretada por estos poderes.

Las religiones basadas sobre la divinidad de Jesús, así como todas las doctrinas ajenas a esas religiones, llevan consigo defectuosas apreciaciones sobre la justicia divina. Para que una religión sea en definitiva la fuente de la felicidad humana, es necesario que ella resulte de la razón misma, esencia de Dios. Hagámonos nuevamente fuertes con la enunciación del elemento constitutivo de la razón divina y de la razón humana en su pureza.

La razón divina es la preponderancia del amor en la obra de la creación. La razón humana, firmemente establecida, es la emulación del amor de las criaturas entre ellas, para responder al amor que el Creador desparrama sobre la creación. La justicia divina es una consecuencia del amor divino; los efectos de esta justicia demuestran el infalible raciocinio deducido de un poderoso trabajo de concepción infinita.

Que los mundos conformados para determinadas categorías de espíritus, reciban otros más desmaterializados para ayudarles en su progreso; que las moradas humanas escondan, de tiempo en tiempo, luminosas inteligencias; que las pruebas carnales representen una cadena continua de intermitencias de reposo y de espantosas catástrofes, ¡qué importa, desde el momento que es la justicia de Dios la que resuelve y es el amor el que dicta su justicia! ¡Qué importa desde el momento que los Mesías, expresan el amor de Dios hacia todas las inferioridades y que los sufrimientos humanos representan actos de reparación hacia la justicia de Dios!.

Jesús, ya lo dije, fustigaba los poderes, establecidos por el esfacelo de las conciencias y por el abuso de la fuerza y encontraba en sí el más ardiente patriotismo del alma para abatir todos los despotismos y para compadecer todas las miserias de la humanidad. Mas los enemigos de Jesús afirmaban que él había atacado el dogma de la unidad de Dios, al decirse *hijo de Dios* y que había debilitado la fe religiosa favoreciendo la revuelta. Aquí, hermanos míos, vamos a reasumir las principales enseñanzas de Jesús, mas no volveremos sobre el carácter de hijo de Dios, tan mal interpretado en todo tiempo y que ya he explicado suficientemente.

Cuando Jesús dejó Jerusalén por primera vez y fue a países lejanos, adquirió la certidumbre de que las religiones no dividían a esos pueblos, por cuanto el amor de las artes y de las riquezas llevaba la preferencia con respecto a cualquier otra aplicación del espíritu. Cuando Jesús abandonó Jerusalén, por primera vez se vio libre y feliz en medio de los pueblos libres y llenos de fantasía. Él empezó proporcionando abundantes consuelos y manifestando su carácter llano y expansivo. De su doctrina puso a la vista tan sólo lo que era necesario para establecer el amor como base del equilibrio humano; pero no determinó el amor como una obligación del completo sacrificio, desde que sabía muy bien que para hombres debilitados por los goces mundanos, debía hacer concordar la habitual expansión de sus espíritus con las primeras exigencias de la razón de éstos.

Jesús hacía necesario el amor por la necesidad que tenían los hombres de sostenerse los unos a los otros. ¿Acaso el amor no protegía los intereses del pobre, así como defendía al rico en contra de los insensatos deseos de igualdad material?.

Jesús defendía la esperanza como un remedio para todos los males. Dirigía las miradas del espíritu hacia la felicidad del porvenir, con palabras de misericordia y de aliento. Él hacía de la muerte una luminosa transformación. Por espacio de dos años, Jesús evitó las críticas del mundo frívolo y la desconfianza de la gente seria. De buen grado se escuchaba al dulce profeta que prometía la abundancia a los que proporcionaran alivio a los pobres, que concedía el perdón de Dios a los que

perdonaran a sus enemigos, que anunciaba la paz y la felicidad a todos los hombres de buena voluntad, en nombre de Dios, Padre de ellos. Le seguían en los lugares públicos y en la plataforma de los edificios, al atrayente revelador de los destinos humanos, que explicaba la igualdad primitiva y la beatífica inmortalidad. Las jóvenes le llevaban a sus hijos y él los bendecía, los enfermos lo mandaban buscar y él se acercaba a ellos, los pobres lo tomaban como apoyo y los ricos se detenían para escucharlo predicar la fraternidad y el desinterés. Se le ofrecía siempre generosa hospitalidad al dispensador de la gracia de Dios, y tanto en las familias como en medio de las masas, Jesús se convertía en el padre, el amigo, el consejero y la alegría de los paganos, a quienes jamás habló del castigo y de la cólera divina.

Él guardó el recuerdo consolador de ese tiempo en medio de la agitación y de la tristeza que, más tarde, le oprimieron. Mas Jesús no podría llamar la atención del espíritu humano, sobre las personas que lo rodearon en ese tiempo, y ello porque el espíritu humano no tendría ningún fruto que recoger del conocimiento de las intimidades de Jesús, cuando esas intimidades no se encuentran ligadas con acontecimientos conocidos o que merezcan serlo. Conoció a Juan, por primera vez, a la edad de treinta años y a la de treinta y tres y algunos meses murió. Juan disipó las irresoluciones de Jesús respecto a su misión como hijo de Dios y él prometió a Juan que se atendería a algunas prácticas externas, si sobrevivía al apóstol, lo cual mereció del apóstol las siguientes palabras:

«Yo soy el precursor, tú eres el Mesías».

«Te esperaba para continuar la obra y hacerla inmortal».

«Bendígamos a Dios que nos ha reunido y fundemos el porvenir con el precio de las tribulaciones y de las torturas de la muerte. Las tribulaciones, las torturas, la muerte, serán nuestros títulos para la gloria inmensa, para el poderío eterno».

Juan murió asesinado por los que él había señalado con desprecio ante el pueblo, un año después de su entrevista con Jesús.

Éste quiso entonces tomar la dirección de los discípulos de Juan y juntarlos con los suyos, pero habría tenido que vencer la obstinación de espíritus sin sagacidad y sin grandeza moral, por lo cual se vio obligado a renunciar a ello. Jesús lo había dicho; sus discípulos de Galilea, tan sólo más tarde lo comprendieron, y su conformación verdadera en la fe, no tuvo lugar sino después de la muerte del que abandonaron casi todos en el camino del dolor. Mantenedos en la gratitud por el respeto que profesaban hacia la memoria de su maestro, los discípulos de Juan me siguieron a distancia y me dieron pruebas de afecto. Dos años consecutivos me trasladé a orillas del Jordán, para observar el ayuno y darles la acostumbrada solemnidad a las prácticas de Juan. En las dos veces fui acompañado por los discípulos de Juan, cuyo número no había disminuido. Eran quince y el más anciano presidía las funciones de la doctrina, con el recogimiento a que lo había acostumbrado su preceptor de prudencia y saber. Estos hombres sobrios y severos daban a la virtud las lúgubres apariencias de *venganzas celestes*; depositarios de la voluntad de Juan, tenían que sufrir por las contradicciones que resultaban entre ellos y nosotros. Ellos querían la exterioridad de la contrición, el rigor de la forma, la evidencia del culto, nosotros la humildad en la penitencia, la plegaria de corazón, la libertad de los ejercicios religiosos, la abstención completa de pompa en los sacrificios y de métodos en la enseñanza.

De nuestros hábitos, de nuestra existencia, alegre en relación con la de ellos, los discípulos de Juan no sacaban conclusiones tristes para el porvenir y siguieron

llamando siempre Mesías a quien su maestro había designado con ese mismo nombre.

Lo repito, los discípulos de Juan se mostraron muy superiores a los discípulos de Jesús. Dejando de lado el fanatismo que alejaba al pecador de la esperanza en Dios y la exageración criticable de las prácticas, ellos poseían todas las cualidades del espíritu que determinan la inviolabilidad de la conciencia. Los discípulos de Juan no me acompañaron durante los días nefastos que precedieron a mi suplicio, por cuanto se encontraban entonces dispersos y errantes. Un decreto lanzado en contra de ellos, mientras me encontraba en Betania, los había expulsado de la Judea. La persecución religiosa fue siempre en aumento desde esa época, ésta anunciaba la ruina de Jerusalén y la decadencia del pueblo hebreo.

Mis instrucciones, desde la separación de Juan hasta mi partida para Cafarnaúm, demuestran mi conocimiento en la ciencia divina, puesto que me dirigía a hombres capaces de comprenderme. Estos hombres, desgraciadamente, eran tímidos aliados o déspotas depravados, y los primeros no me podían sostener sino con la ayuda del pueblo. Apoyarme en el pueblo hubiera sido, tengo de ello la convicción hoy, crearme seguridades durante el tiempo necesario para la fundación de mi gloria humana como Mesías y revelador de la ley universal.

Cometí un gran error al alejarme de Jerusalén, y de este error dimanaban las supersticiones que han mantenido alejados a los espíritus, del propósito latente de todas las humillaciones, la adoración de un solo Dios, el amor fraterno y el progreso en la adoración y en el amor.

De las enseñanzas de Jesús en esa época, deducimos que el pensamiento que dominaba en ellas, destruía desde la cima hasta la base, los preceptos de la antigua ley para reemplazarlos con los de la nueva. Se pronunciaron entonces estas palabras:

«La luz viene de Dios y yo soy la luz. Dios ha puesto en mí todas sus esperanzas, en el sentido de que la verdad se hiciera evidente para vosotros».

«Felices los que comprenderán la verdad. El hombre no sería hombre, si no hubiera aprendido algo antes de nacer. Haced sabios para descubrir lo que ha precedido a vuestra actual existencia. El porvenir os será revelado por el conocimiento que adquiriréis de vuestro pasado».

«Creed en la purificación por medio de las pruebas y jamás dudéis de la misericordia divina, pero retened bien esto: La purificación se opera lentamente y la misericordia divina no podría contrariar la ley de la organización y de la desorganización».

«Observad mi ley. Ésta dice: Orad en secreto, perdonad a vuestros enemigos y ayudad a vuestros hermanos».

«Os lo repetiré siempre: El que abandona al pobre será a su vez abandonado. Al que mata se le matará, el que maldiga será maldito. Este es un secreto divino que se explica no en una vida sino en muchas».

«Defendedos en contra de las supersticiones inferiores de la niñez de los pueblos, que asemejan a Dios con los miembros de la humanidad, y adorad a vuestro Padre, sin pedirle que altere cosa alguna de sus designios».

«Los hombres de buena voluntad levantarán un templo a Dios y el reinado de Dios se establecerá sobre la Tierra. Os lo digo: muchos de entre vosotros verán el reino de Dios, mas comprended bien mis palabras; estas palabras son de todo tiempo, porque el espíritu es inmortal, la vida sucede a la muerte, la luz disipa las tinieblas, y el santo nombre de Dios será bendecido por toda la Tierra».

«Alejaos de los falsos profetas. Los reconoceréis fácilmente. Ellos anuncian siempre el hambre, la peste y todos los flagelos. Invocan la cólera de Dios sobre los que han prevaricado y sobre los hombres que investigan los designios de ellos para dar a conocer su picardía. Afirman que Dios protege su poder y afectan grandes apariencias de virtud, mientras su corazón se encuentra sobrecargado de odios. Ahora os lo digo: Dios no tiene sino amor para sus criaturas. Él las castiga sin enojo y para llevarlas hacia el arrepentimiento. Todos recogen en un tiempo lo que han sembrado en otro. Todos deben cuidar los sembrados, para que el buen grano no se vea sofocado por la mala yerba. Seguid la ley de amor y Dios hablará a vuestros espíritus y os mandará mensajeros de su amor. La gracia de Dios es obra de Justicia».

«Felices los que desean la gracia y sabrán merecerla. La verdad les será revelada y ellos la desparramarán para confundir a los malos y a los hipócritas, para instruir a los ignorantes, para consolar a los pobres y a los pecadores, para facilitarles a los justos los medios para fundar el reino de Dios sobre la Tierra».

«La verdad se recomienda por sí misma, desde que habla en nombre de la razón, de la igualdad, de la fraternidad, de la inmortalidad, *puesto que demuestra la felicidad futura, apoyando sus demostraciones sobre la justicia, sobre el amor y sobre la sabiduría del Creador; puesto que ella desliga la justicia de Dios de las feroces venganzas, el amor de Dios de las debilidades de las predilecciones, la sabiduría de Dios de las indecisiones y cambios de la voluntad*».

Hermanos míos, estas instrucciones, todas ellas llenas de la llama divina, estas expansiones de un espíritu penetrado de las grandezas espirituales, tenían que resultar bastante incomprensibles para muchos hombres, mas estos hombres comprendían la oposición que yo les hacía a todos los abusos de autoridad, y me amaban por ello; mas estos hombres decían que yo era el Mesías anunciado por los Profetas y creían en mí. Si yo hubiera consentido dejarme rodear y defender y no obstante en mis triunfos populares hubiese permanecido dueño de mí mismo, mi muerte, inevitable resultado de la volubilidad de las opiniones humanas, hubiera sido la consagración de la alianza de los mundos y de los espíritus.

En los preparativos de mi alma para sufrir esta muerte, tuvieron lugar grandes luchas en mí. ¿Debía yo revelar públicamente mi ciencia o dejar a mis fieles el cuidado de divulgarla? El silencio que guardé me acusa de una culpa no menos grave que la de haber abandonado Jerusalén cuando era necesario el permanecer en ella.

Yo debía grabar mi semblante de Mesías sobre el porvenir, llenando de espanto a mis verdugos, con palabras que ellos hubieran sido impotentes para corromper. Ellos, lo mismo que los propagadores de mi origen celeste, no habrían podido demoler un conjunto de principios, desligados por mí de los errores de las primeras apreciaciones, y de las contradicciones establecidas dentro del propósito de la seguridad necesaria.

Dediquemos, hermanos míos, una atención seria a las faltas de Jesús. Ellas dan la medida de las concepciones del espíritu espiritualizado, pero circunscripto por las enfermedades humanas; ponen en luz la Justicia Eterna que concede al misionero la libre dirección de su tarea: prueba *la ceguera de la clarividencia, la debilidad de la fuerza, la decadencia de la superioridad*, por efecto de dos naturalezas opuestas en el mismo Ser. Jesús arrastró el peso de estas dos naturalezas y si alguna vez sucumbió bajo la presión de corrientes opuestas, siempre se levantó después de la caída, fortalecido por el presentimiento de su gloria cercana.

En Cafarnaúm y sus alrededores, tantas veces recorridos por mí, mis enseñanzas, se habían colocado al nivel de las personas a quienes me dirigía. Empecé en un principio con máximas aisladas y con consejos aplicables a todas las situaciones morales y a todos los sufrimientos físicos. Nadie en Galilea se ocupaba de la medicina propiamente dicha, pero todos los hombres que querían estar en auge con el pueblo, debían establecer su superioridad sobre el mismo con demostraciones ostensibles de alguna ciencia, y el arte de curar era lo que excitaba en el más alto grado la emoción popular.

La naturaleza me ofrecía en abundancia, en esos campos, plantas preciosas, y guiado por algunos estudios anteriores, obtuve éxitos, que más tarde, se tomaron como milagros y exorcismos. Con mis discípulos emprendí giras en los alrededores de Cafarnaúm. Visité sinagogas, estudié los alcances intelectuales del pueblo e hice uso, para hacerme querer, de una dulzura familiar, que me empujaba tanto hacia las fiestas como hacia la búsqueda de enfermos y de gente abandonada.

Mis parábolas se inspiraban en las mismas pasiones de mis oyentes, mediante un estilo imaginativo y breves comparaciones. Mis descripciones de los tormentos del infierno, mis éxtasis por las bellezas del cielo, los exaltaba, y me creían entonces cuando les decía:

«Los que me amen me seguirán y yo los llevaré a la verdadera vida».

«Yo soy el buen pastor. Cuando el buen pastor percibe que un cordero se ha extraviado, deja por un momento a los otros corderos para descubrir al perdido, y lo devuelve al corral».

«Pedid y se os dará. Llamad y se os abrirá. Yo soy el distribuidor de las esperanzas y de los consuelos».

Yo mezclaba a menudo lo que se encuentra entre líneas en la Doctrina pura con los dogmas ortodoxos; pero en las instrucciones más íntimas libraba la Doctrina de las obscuridades de que la veía rodeada. El anuncio del reino de Dios volvió entonces a figurar a menudo en mis discursos y recalqué con energía las siguientes palabras:

«Muchos entre vosotros verán el reino de Dios».

Lo repito, hermanos míos:

«El reino de Dios se establecerá sobre la Tierra y muchos de vosotros verán el reino de Dios».

¿Por qué dieron a mis palabras un significado absurdo? Para descubrirme en el error ante la presente generación y ante la posteridad. Mas encontrándose ya claramente definida ahora mi doctrina, ¡haced lugar a los hombres de buena voluntad, vosotros hombres intrigantes, hombres de mala fe! ¡Haced lugar a la verdad, ella volverá a traer a la Tierra el reinado de Dios!.

En el decimoquinto capítulo seguiremos tras los días dolorosos que llevaron a Jesús hasta el Calvario y asistiremos al gran acto de la *expiación de los delitos de Jesús*.

En el capítulo décimo sexto nos ocuparemos de la gloria del Mesías y diremos los motivos que lo han empujado para revelarse ahora.

Hermanos míos, os bendigo.

CAPÍTULO XIV

JESÚS CON SUS SERMONES, AJENO A TODA ORTODOXIA

Hermanos míos, el límite que he fijado a este trabajo me obligará al silencio si alguno de vosotros tuviera el deseo de mayores aclaraciones o de una nueva confirmación de los hechos que os he referido. En segundo lugar, el curso de los acontecimientos hasta el final de este libro, me dará motivos para numerosas digresiones con respecto del asunto que en él se desenvuelve. Nosotros limpiaremos el camino y ablandaremos el terreno; sembraremos por Dios. Edificaremos la casa de nuestros hijos en la luz y acumularemos riquezas para ellos, derramando tesoros divinos sobre las riquezas humanas. Revelémonos tanto por la sencillez de nuestro estilo, como por el ardor de nuestro amor. Expliquemos nuestra defensa delante de los hombres que nos acusan, nuestra fuerza delante de los que nos niegan, nuestra afectuosa piedad ante los que deforman nuestra personalidad. Digámosles a todos, infelices o culpables, ignorantes o malvados:

«Acercaos, amigos míos, os daré la felicidad de creer en Dios nuestro Padre, principio y adorable fin de la creación, alianza y movimiento de las invisibles armonías e inconmensurables grandezas del Universo».

«Os demostraré la superioridad gradual y la afinidad de los espíritus entre ellos, la diversidad de los elementos, y la superioridad absoluta de la dirección de los globos planetarios, de los fosforescentes astros errantes, de las reconstituciones luminosas, del decrecimiento y de la regeneración de los mundos».

«Os enseñaré la vida espiritual en la materia y fuera de la materia, os referiré mis dudas, mis esperanzas, mis faltas, mi glorioso coronamiento, el martirio de mi alma, el triunfo de mi espíritu, las luchas de mi naturaleza carnal con las aspiraciones de mi pensamiento, la tendencia humana ardiendo en mi corazón, completamente lleno de los deseos de una pureza inmortal. Os describiré a Jesús como el más adelantado de los Mesías venidos a la Tierra y haré resplandecer la casa de Dios, libre de toda superstición hija de las criaturas; os volveré al sentimiento del deber y os convenceré de la felicidad que les espera a los fuertes, humildes y devotos observadores de las leyes de Dios».

«¡Al oír mi voz, sed consolados vosotros que lloráis, y caminad bajo mi tierna protección, oh, vosotros que gemís en el aislamiento y en la ingratitud, en el abandono y en la injusticia, en el agotamiento de las fuerzas físicas y en las amargas sensaciones del recuerdo y del remordimiento!. Yo quiero agotar toda creencia en lo maravilloso, haciéndome conocer tal cual soy y afirmando la gracia como un efecto de la justicia divina».

La gracia es el beneficio de la fuerza; la fuerza resulta del progreso del espíritu, y todos los espíritus se elevan mediante las pruebas de la vida carnal, cuando comprenden sus enseñanzas. Jesús, desde la felicidad espiritual, hacia la cual lo llevaron los oprobios humanos, tuvo que preparar sus derechos a una gloria cada vez más luminosa, así les sucederá a todos los que llegan al desarrollo de las fuerzas por medio de la voluntad.

En este capítulo, hermanos míos, tendremos que exponer la doctrina pura de Jesús, haciendo notar las manchas impresas en esta doctrina por los sucesores de Jesús y por él mismo en su última estada en Jerusalén.

Rodeado en Betania de sus amigos más queridos, Jesús no les abrió lo bastante el camino del porvenir mediante un amplio desarrollo de su doctrina y en Jerusalén cometió el error de no erigirse el fundador de una nueva religión. Jesús tenía que haber repudiado toda cohesión con el pueblo judío y morir afirmando su fe sobre otros principios, que no eran los de la ley mosaica.

Las palabras de sentido ambiguo, las parábolas desprovistas de elevación, porque derivaban de la vida exacta y regular de pueblos laboriosos, los discursos oscuros, la sublime teoría de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad individual, que parecía hasta entonces urdida con poca habilidad a la organización viciosa e incorregible de la sociedad humana, todo tenía que desaparecer e iluminarse en medio de los últimos preparativos de la separación. ¡Ay de mí! Dios fue testigo de los dolores de mi alma, de los arrepentimientos de mi espíritu; mas Él consoló mi alma con su fuerza y reservó para mi espíritu el encargo de un perfecto cumplimiento. ¡Me complazco de las tinieblas al salir de las deslumbradoras luces! ¡Quiero desafiar el desmentido brutal y después de haber dejado los efluvios del amor independiente y generoso, me entrego a la humanidad terrestre para desmenuzar sus cadenas y mostrarles a su Creador!.

Coloquemos debajo de nuestros ojos las semejanzas que existen entre la época de las pruebas humillantes de Jesús y los tiempos de espantosas y convulsivas torturas del estado social. La desconfianza del pueblo de Jerusalén se apoyaba en las pruebas que se le daban respecto a mis contradicciones. Mi firmeza en rechazar toda participación en los hechos milagrosos que se me habían atribuido, influyó aún más para aumentar la desconfianza del pueblo. ¿Por qué, repetía el pueblo, permitió él que se le presentara como un sanador inspirado, mientras afirma ahora no haber sanado a nadie de un modo sobrenatural?.

José y Andrés se atribuían el honor, por burla, de ser los hijos de Dios. María, mi madre, parecía oprimida por la vergüenza y el disgusto. Las mujeres que me acompañaban temblaban presentándome un resguardo con sus cuerpos, y mis nuevos amigos se interponían entre la multitud irreverente y mis discípulos de Galilea. Tales fueron los preliminares de una justicia que se hizo fuerte con el gran nombre de Dios, para luchar en contra de su Mesías y en contra de los intereses de su pueblo, para abatir al defensor del pueblo.

Hoy, hermanos míos, la doctrina de Jesús, mal comprendida en principio, tanto por la natural debilidad de Jesús, como por efecto de sus más celosos defensores, la doctrina de Jesús, repito, es mal conocida hasta el punto de que Jesús es un Dios para algunos, un loco para otros y un mito para la mayoría. Los hombres que se creen capaces de dirigir a la humanidad, discuten el poder soberano o no hablan de él jamás; los de espíritu más independiente se inutilizan en las orgías, o dan muestras de sí con acciones miserables, los menos irreligiosos sostienen todas las instituciones en oprobio al Dios de amor y de paz, y la negación de mi presencia aquí descansa en la pretendida imposibilidad de las relaciones espirituales. En este dédalo de negras herejías, de despreciables defecciones, de absurdos errores, domina como en los días de la revuelta del pueblo de Jerusalén en contra de Jesús, el loco orgullo de las pasiones inconscientes y el desafío de delincuentes concupiscencias. Jesús preparado para la lucha y profundamente convencido de su misión divina, hacía depender demasiado su coraje del coraje de los que él amaba y la idea democrática bebida por él en un sentimiento religioso exaltado, pero razonado, no se levantaba lo suficiente por encima de las alegrías del corazón. La ingratitud, el abandono, la calumnia, llenaron el alma de Jesús de una pretenciosa compasión y

sellaron sus labios cuando justamente hubiera sido de la mayor habilidad, el anunciar la religión universal a todos los pueblos de la Tierra.

En este momento Jesús mira hacia la humanidad, presa toda ella en parte del ateísmo y en parte de la superstición y por más que él se sienta tan golpeado por los escépticos como por los relajados y por los hipócritas, permanece impassible en el poder de la idea, en la fuerza de la acción, las que no están ya sujetas a las debilidades de la naturaleza humana. El amor se vuelve una fuerza de entidad espiritual, y si de la enseñanza práctica de su vida de abnegación, Jesús no pudo recabar los honores populares con que contaba, no por eso resulta menos el dulce apoyo de los pobres y de los humildes, el juez severo de los prevaricadores y de los conquistadores.

Dictemos los principales pasajes de las últimas predicaciones de Jesús y sacaremos en consecuencia que las falsas estimaciones provienen, sobre todo, de las omisiones y de las referencias apócrifas.

Cuando él quiso dar testimonio de su prestigio de hijo de Dios en Jerusalén, pronunció estas palabras: «Yo soy aquel que mi Padre enviara para daros su ley; quien quiera que me siga verá a Dios. Yo camino por el sendero de la verdad y la luz resplandece en mí».

«Pedid y se os dará, buscad y encontraréis. Ello quiere decir que Dios es una ciencia y contesta a los que trabajan».

«Estudad el origen de los males y el de los beneficios y reconoceréis la justicia de Dios».

«Alejaos de los vicios y de los ruidos de la Tierra para interrogar a Dios y escuchar lo que os contestará».

«Yo soy el hijo de Dios, pero este honor fue merecido por mí y os digo: Todos los hombres de buena voluntad pueden llegar a ser los hijos de Dios».

«No me preguntéis adónde voy y de dónde vengo. Tan sólo mi Padre conoce mi porvenir, y mi pasado permanece secreto para mí, mientras el polvo que envuelve mi espíritu se mezcla con el polvo de los muertos».

«Destruid en vosotros al hombre viejo y dejad hablar al hombre nuevo. Mientras quede en vosotros algo del hombre viejo, las pasiones serán las más fuertes y el viento soplará sobre vuestros proyectos».

«Humillaos delante de Dios y no busquéis la dominación entre los hombres».

«Arrojad lejos de vosotros las cosas inútiles y cumplid la ley del amor».

«Disminuid vuestros gastos para socorrer a los pobres; el que todo lo haya dado a los pobres será rico delante de Dios».

«Levantad lejos de aquí vuestra vivienda, puesto que, os lo digo, el hombre es pasajero sobre la Tierra. Su familia lo espera; su familia lo seguirá en otro lugar y tendrá aún que trabajar para reparar las pérdidas presentes».

«No debilitéis vuestra fe con investigaciones estériles, con un estancamiento más estéril aún, mas practicad los mandamientos de Dios y la luz os llegará, puesto que la luz es una mirada de Dios».

«Todo el que cumpla con la ley y desee la luz conquistará la ciencia, no esa ciencia banal que concluye con todas las cosas de este mundo, sino otra ciencia que lo explica todo».

«Felices los que comprenderán estas palabras».

«Felices los hombres de buena voluntad, el Reino de mi Padre les pertenecerá».

Ante estos sermones, ajenos a toda ortodoxia, los doctores de la ley me amenazaron con cerrarme las puertas del Templo.

Si el pueblo me hubiera parecido deseoso de conocer la definición de la ciencia y de la luz de las que hablaba, yo habría desafiado la prohibición y habría hecho valer los derechos de un profesor religioso, que no atacaba ninguno de los dogmas reconocidos, pero las malas disposiciones del pueblo me sorprendieron y resolví retirarme a Betania.

Durante el período transcurrido entre la primera defección del pueblo y los actos atroces de que el mismo pueblo fue autor, Jesús no puso ya límites a sus expresiones y el mismo sentimiento de su elevación le inspiraba arranques de furor y profecías de desastres. Él fustigaba a su gusto a los que llamaba los hipócritas y los perversos, y señalaba con anticipación, casi como para oprimirlos después con el terror, a los frágiles en el amor, a los indecisos en la fe, a los desconfiados, a los ingratos, a toda esa masa de ignorantes y viles que habían de oprimir su cuerpo, sembrar la indecisión en su alma y debilitar casi su confianza en Dios.

«Sois sepulcros blanqueados que la herrumbre y los gusanos corroen su interior».

«Poseéis ropas, los pobres se encuentran desnudos, y os reís cuando los niños lloran de frío y de hambre».

«Andáis publicando a gritos vuestras obras, mientras en el interior de vuestras casas se esconden la orgía y el delito».

«Denunciáis ante el mundo a la mujer adúltera y engañáis a Dios con las apariencias de castidad, mientras vuestro espíritu se encuentra turbado por deseos impuros y ambiciones deshonestas».

«Condenáis el vicio de los pobres pero guardáis silencio respecto a los escandalosos desórdenes de los emperadores y de la vergonzosa servidumbre de los cortesanos».

«Os llamáis los sacerdotes de Dios, los privilegiados del Señor y amontonáis riquezas sobre riquezas e incensáis a los déspotas y conquistadores».

«Yo soy el Mesías, hijo de Dios, y os anuncio que este templo se derrumbará, que no quedará piedra sobre piedra de vuestros edificios, una nueva Jerusalén se levantará sobre las ruinas de la antigua; vuestros descendientes buscarán el lugar donde se ejercitaba vuestro poder y los fastos de vuestro orgullo se desvanecerán como una sombra».

«Tanto que me decretéis honores como que me condenéis a morir, mi nombre sobrevivirá a los vuestros y la ley que traigo prevalecerá sobre la que vosotros predicáis sin cumplirla».

«Hipócritas, que tenéis la boca llena de miel y el corazón lleno de ira y de odio. Déspotas, asesinos sin fe, vil majada de esclavos encadenados durante la noche, cueva infecta de bestias venenosas; despreciable caterva de gente embrutecida y apestada, sois el mundo que está por terminar y yo predico un mundo nuevo, una tierra prometida, la verdad, la justicia y el amor. Intérpretes de un Dios vengativo, implacables proveedores de la muerte, la ciencia de la inmortalidad os dirá a todos, que Dios es bueno y que la vida humana tiene que ser respetada».

En medio de otros excesos del lenguaje, Jesús acusaba a los pobres de seguir una miseria envilecedora, sin combatirla con el trabajo y con el ahorro del trabajo.

«Deseáis la holgura y pasáis el tiempo en el ocio y en la ebriedad. Detestáis a vuestros patronos, pero envidiáis su fortuna, y si os encontrarais en su lugar,

procederíais como ellos, porque no poseéis la fe que proporciona el coraje en medio de la pobreza, y la modestia en medio de la opulencia».

«Os quejáis del orgullo y crueldad de los ricos y yo os digo que vosotros tenéis el alma enferma y el espíritu pervertido, propio de las naturalezas bajas y celosas».

«Los que entre vosotros comprenden la nada de las riquezas y el papel de los pobres, serán los primeros en el Reino de mi Padre; mas, lo repito, puesto que muchas veces lo he dicho: Muchos serán los llamados, pero pocos los elegidos».

«Baldón para los comerciantes de mala fe; el robo, bajo cualquier nombre que se le cubra, es una falta ante las prescripciones más elementales de la ley divina. Tan sólo la restitución y la caridad pueden descargar la conciencia del depositario infiel, del mercader desleal, del falsario, del hombre ambicioso e injusto».

«Pecadores de todas las condiciones, hombres de todos los tiempos, la moral se encierra en estas palabras: Haced a los demás lo que quisierais que se os hiciera a vosotros».

«¡Atrás, traficantes de las cosas santas en el templo del Señor!».

«La casa de mi Padre es una casa de oración y vosotros la convertís en una cueva de ladrones».

«Salid, salid os digo, de este lugar de paz y de retiro».

«Los sacrificios de carnes son impíos; la plegaria es un perfume del alma, un grito del corazón, un arrepentimiento del espíritu, que los ruidos del mundo no podrán acercársele sin alejarlo de Dios».

«¡Ay de vosotros y de todos los que torcerán de su verdadero objetivo las obras del Creador! ¡Ay de vosotros y de todos los que conviertan la devoción en un medio para adquirir fortuna temporal!».

La voz de Jesús tomaba entonces una entonación vibrante y sus ademanes se volvían amenazadores. En ninguna época de su vida de apóstol encontró tanta amargura en su alma y tanta indignación en su espíritu al revelar las vergüenzas de la humanidad, armándose en contra de ella con las prerrogativas que le daban su misión y la ciencia divina.

«Sois débiles y feroces. A la ignorancia de la juventud añadís la perversidad del orgullo, del avaro, del ambicioso, del disoluto, del asesino».

«¡Peleáis por la gloria ajena! ¿Qué es esta gloria?».

«Una espantosa demencia, un monstruoso asesinato».

«¡Adoráis un dios! ¿Quién es este dios?».

«Una imagen formada por espíritus en delirio, un ídolo a menudo furioso, siempre fácil para tranquilizarlo, accesible a todas las quejas, dispuesto a todas las concesiones. Un ídolo vestido con vuestros mismos vicios».

«Los altares de vuestro dios están inundados de sangre y vosotros le dedicáis hasta sacrificios humanos».

«¡Ah! ¡Me causáis horror! Me empeño por adelantar el momento de mi muerte, sabiendo bien que ella será dolorosa, y que después yo me veré libre de vuestro parentesco, rota una hermandad que me es odiosa, y entraré en la gloria de mi Padre».

«Pondréis en desnudez mi cuerpo, para alegrar vuestras miradas, someteréis a la suerte mis ropas para que pueda decirse que nada mío habéis dejado a mis siervos. Éstos desaparecerán y moriré abandonado por los hombres, puesto que está dicho: el Mesías morirá ignominiosamente; el Cielo y la Tierra guardarán silencio».

«No creáis que yo tengo temor a la muerte; más bien me asusta vuestro porvenir».

«No penséis que yo abrigue las intenciones de librarme de vuestros odios, mas comprended y recordad esto: Yo volveré después de mi muerte. Los que me reconozcan serán perdonados. Le corresponde al hijo de Dios levantar al pecador y bendecirlo, de facilitar el arrepentimiento y de proteger a los débiles».

Hermanos míos, la palabra de Jesús se hace sentenciosa y profética a medida que él se va acercando hacia el término de su vida terrestre, al mismo tiempo que sus afirmaciones se ven, mayormente libres del temor por las persecuciones y por las preferencias de su espíritu a favor de los desheredados. Anunciando él mismo la resurrección de su espíritu y prometiendo su participación en los progresos de la familia humana, dictaba su sentencia de muerte. Sus amigos, desde luego demasiado tímidos y descorazonados por la confusión de los espíritus, se sintieron impotentes ante esta terrible imputación.

«Se ha declarado Dios. Todos lo han oído. Tiene que morir».

Determinemos la confusión de los espíritus y hagamos distinción entre los partidarios y defensores de Jesús.

Los partidarios de Jesús amaban al hombre y habrían querido salvarlo del peligro inherente a las prerrogativas del Mesías. Los defensores de Jesús deducían con pruebas su superioridad y las demostraciones como apóstol; mas esta superioridad cada uno la explicaba a su modo y la lógica resultaba sacrificada a menudo ante el espíritu de partido y de disputas.

Los unos ignoraban la doctrina que le había proporcionado a Jesús sus más hermosas definiciones de la grandeza de Dios y lo tomaban por un Ser sabio, cuya vida había transcurrido en el estudio de las leyes orgánicas y de las dependencias de éstas. Admiraban el ardiente profesor de moralidad tan pura, mas rechazaban todo cuanto les parecía salir del círculo de los descubrimientos permitidos a la inteligencia del hombre. El destino humano después de la muerte corporal era para ellos un misterio que nadie podía penetrar. Atacando este misterio yo me convertía en reformador ante sus ojos, sosteniendo mis convicciones me volvía en un fanático para aquellos que no estaban en condiciones de comprenderme. Otros conocían las fuentes de mi ciencia, pero no reconocían a esta ciencia el poder de establecer demostraciones tan absolutas y tachaban de orgullosa pretensión mis alianzas de espíritus con espíritus más elevados.

Los primeros tenían la franqueza de sus opiniones, los últimos mezclaban a la consagración de un hecho innegable, las reticencias de espíritus estrechos y celosos. Los defensores reales de Jesús eran al mismo tiempo sus partidarios más instruidos. Hemos nombrado a José de Arimatea, Nicodemo, Marcos y Pedro. En los últimos días que pasé en Betania, Pedro y José recibieron de mí instrucciones definitivas respecto a lo que tenían que hacer después de mi muerte. Demostrar mi mensaje divino a estos dos depositarios de mi última voluntad era mi constante preocupación.

«Que desmerezcan no más en el cumplimiento de su misión, decía yo, pero que estén convencidos de mi resurrección espiritual, y esta doctrina, endeble como ellos al principio, se consolidará. ¡Oh, sí! El porvenir tendrá la cosecha de todo lo que yo recogí y puse en evidencia. El porvenir verá a nobles espíritus combatir lo que yo he combatido y poner en práctica lo que enseñé, y yo me convertiré en su apoyo como los que me llevaron la delantera lo hicieron conmigo, a fin de dar perseverancia a la acción, la calma y la fuerza en medio de los vendavales».

«¡Oh, sí! Saldré victorioso de la muerte y descubriré ante el mundo los signos de mi inmortalidad».

Mis discípulos de Galilea (exceptuando a Pedro) me parecían incapaces para seguir mis prescripciones. Su ineptitud se hacía aún mayor por los deplorables celos, y siempre me había costado mucho trabajo una apariencia de unión entre ellos. Juan y el hermano se preocupaban en buscar los medios de elevarme ante la posteridad y predecían que yo resucitaría corporalmente, a los tres días después de mi muerte. Mateo y Tomás me querían, me veneraban con una especie de adoración, pero no creían en mi lucidez con respecto a lo que se relacionaba con el porvenir. Felipe decía que era imposible efectuar alguna fundación con elementos conservadores tan limitados. Judo y Andrés, Alfeo y Tadeo permanecían indecisos sobre muchos puntos de la doctrina. Judas buscaba más que nunca, pocos días antes de nuestra salida, algún testimonio de afecto. ¡Ay de mí! Lo olvidé en medio de tantas preocupaciones. Mis amigos de Galilea eran superiores, en méritos espirituales, a todos mis discípulos de Galilea.

La casa de Simón se había llenado, debido a mí, de consuelos y esperanzas, pero ahí, como en las otras partes, los espíritus carecían de homogeneidad en la fe. Todos los que encontré en esta casa me fueron fieles y me sirvieron con devoción. María murió poco tiempo después que yo. Marta y Simón encontraron fuerzas en las manifestaciones espirituales que yo les había prometido.

Hermanos míos, permanezcamos penetrados de la gracia divina, pero procuremos no ver en ella un trastorno de la naturaleza. La demostración de los destinos humanos puede ser hecha tan sólo por los delegados de Dios, a espíritus preparados para recibir esta demostración, y todos los espíritus tendrán que recorrer el camino que lleva a los honores de la revelación, hecha por los delegados de Dios. La idea manifestada con la palabra milagro no existe en nuestra patria, donde las leyes del desarrollo y las de la desorganización son reconocidas como inviolables y donde el mantenimiento del equilibrio universal, se define por medio de un estado permanente de las propiedades de cada elemento, de las armonías de cada atmósfera, de los principios conservadores y de las causas morbíficas inherentes a la materia, de las afinidades y de las repulsiones propias del espíritu, de los senderos abiertos a la inteligencia colectiva y a las investigaciones individuales para conservar, preservar, reparar, sanar y vencer la destrucción, mediante la conquista de la espiritualidad pura.

La doctrina de Jesús explicaba el fasto de la imaginación para describir las alegrías de la espiritualidad pura; mas en la enseñanza de la adoración humana por medio de la divinidad y en la enseñanza de los deberes fraternos, la doctrina de Jesús, positiva en sus principios, desafiaba los equívocos mediante la aplicación de sus preceptos. Ella tomaba de las perfecciones de Dios la causa motriz de la perfectibilidad del espíritu humano. Reunía los atributos divinos para hacer con ellos un código de moral universal. Proclamaba la igualdad, explicando los orígenes y los destinos. Decía que el amor de las criaturas, entre ellas, es el único medio para atraer sobre las humanidades el amor del Creador.

«En vuestra adoración de un Dios justo, decía Jesús a sus discípulos, sed ajenos a los deseos contrarios a la justicia».

«En vuestra adoración del Autor de todas las cosas, *rechazad las profanaciones y las crueldades*».

«En vuestra adoración de un Dios fuerte, poderoso e inmutable, aliviad vuestra conciencia, dilatad vuestra alma, olvidad las mezquindades de la vida corporal».

«En vuestra adoración de un Dios de amor y de misericordia, daos en brazos de un ardoroso amor filial, de un amor grato, y perdonad a los que os han ofendido. Reunid a los fieles en mi nombre y repetid mis palabras sin quitarles ni añadirles nada».

«Id a la casa del pobre para consolarlo y bendecirlo. No os mezcléis en las cosas temporales más que *para reunir nuevamente lo que hubiese sido desunido* y para facilitar la concordia entre los hombres».

«Sed sobrios y discretos, pero no os impongáis sacrificios inútiles».

«Despreciad los honores del mundo y no seáis esclavos de prejuicios. Habitad con los enemigos de Dios para edificarlos con vuestra conducta y *jamás maldigáis a alguien*. Tomadme como ejemplo y seguidme, diversamente no seréis ya mis discípulos. Soy pobre, permaneced pobres, soy perseguido, sufrid las persecuciones, y desparramad entre todos los hombres la esperanza, la paz y la luz del espíritu».

Hermanos míos, el amor de Dios convierte el alma humana en creadora, después de haberla doblegado bajo las pruebas de un desarrollo dolorosamente laborioso. La inteligencia humana creadora es el acercamiento del espíritu creado y del espíritu creador, es la perfectibilidad orgánica, el desarrollo de las facultades, tal como el pensamiento estático había osado soñar; es la quimera de un vasto ideal convertida en una poesía seria del alma, dilatación devoradora del espíritu.

¡Oh, Dios mío! Cuánta distancia entre este pedestal levantado por tu amor a las generaciones ascendentes y los abismos hormigueantes de malhumorados insensatos, de enemigos despiadados, de héroes monstruosos. Cuánta distancia entre el esplendoroso vestíbulo de tu morada de glorias eternas y estas tinieblas de espanto, donde tu nombre, pronunciado con hipócrita dulzura, es acogido por las risas estúpidas de una muchedumbre que exhala nubes de polvo y ríos de sangre.

Dentro de poco volveré. Concluyo aquí mi decimocuarto capítulo.

CAPÍTULO XV

JESÚS CEDE UNA VEZ MÁS A LOS RUEGOS DE SUS AMIGOS

La última vez que Jesús volvió de Jerusalén a Betania, manifestó la intención de no luchar más, de no huir más, y de agotar el cáliz de la amargura para obedecer a su Padre Celeste.

«No me desviéis del objetivo, dijo, pero marchemos juntos. Rodeadme de cariño y de honores para esconder a mis miradas la ingratitude del pueblo y para facilitar el remordimiento de mis acusadores».

«Todos dirán: Puesto que lo aman, lo siguen, y le tributan honores, porque ven siempre en él al Mesías hijo de Dios».

«No os aflijáis demasiado por nuestra separación carnal, y cumplid mi ley como si aún me encontrara entre vosotros. Mi ley es una ley de amor; el espíritu la dictará en todos los tiempos».

«¡Paz a los hombres de buena voluntad!»

«He aquí lo que entiendo con estas palabras. El hombre se ve continuamente agitado por deseos y arrepenimientos. Su alma jamás se ve satisfecha, su espíritu es ávido de bienes efímeros, su vida pasa entre la ignorancia y la ambición».

«Mas si el hombre se inicia mediante la voluntad en la emanación divina, su alma se hace libre y feliz, su espíritu recorre senderos hasta entonces desconocidos, su vida aspira tan sólo a una posesión, la de la ciencia».

«Sí ¡Paz a los hombres de buena voluntad! Ellos son los obreros de Dios, los preparadores de su reino sobre la Tierra».

La fiesta de Pascua debía tener lugar, en este año, en los últimos días de marzo y primeros de abril. Quise, como era costumbre, ir a Jerusalén, pero no ignoraba que la orden de arrestarme sería dada y que el decreto de muerte había sido ya pronunciado.

Nicodemo, José de Arimatea y sus amigos, en número de catorce, se habían abstenido de toda deliberación no queriendo comprometer los medios de servirme en los últimos momentos de salvarme tal vez. Después de haberse esforzado en hacer cambiar las disposiciones del pueblo a mi respecto, ellos acudieron a Poncio Pilato, que les dio esperanzas.

Los *dieciséis* fueron reemplazados y al tribunal se le adjuntó diez miembros suplentes. Todos condenaron a Jesús como impostor, seductor y aliado del espíritu de las tinieblas.

El defensor fue elegido por el tribunal para hacer valer las causas atenuantes de mi delito. Éste se había extendido en una difusa disertación sobre la monomanía religiosa, y había llegado a la conclusión, de acuerdo con la opinión de la gente de Nazaret, que yo no era más que un estático digno de lástima y desprecio.

«Es necesario que este hombre muera, gritó el Gran sacerdote Hanan, porque es culpable de lesa majestad divina, con todo el conocimiento de un doctrinario. ¿A qué se nos viene a hablar de monomanía, de demencia, cuando todo demuestra una rara perspicacia, una ambición devoradora, un carácter de lo más peligroso?. Aunque la demencia no estuviera probada, es preferible la muerte de un hombre inocente, que la caída del Sacerdocio y la ruina de una nación».

El domingo 27 de marzo, tuvo lugar nuestra salida de Betania. El trayecto fue de lo más animado, y los honores tributados a mi persona acariciaron las ilusiones de mis discípulos. A poca distancia de Betania encontramos a algunos extranjeros, cuyo número fue aumentando a medida que nos íbamos acercando a la ciudad. Cedí a los deseos de ellos dejándonos seguir y entramos en Jerusalén como triunfadores.

No es verdad que yo estuviera montado en un burro, pero sí es cierto que se me propuso, rechazando yo el ofrecimiento.

Muchos se apiñaban a mi alrededor. Ramas con hojas y flores caían a mis pies, y el pueblo de Jerusalén se unía al pueblo nómada para llenarme de entusiastas demostraciones. El pueblo es, siempre, plagario e instrumento. Se reproduce con sus instintos atávicos y obedece a intereses que no son los suyos. Por momentos esclavo embrutecido o déspota insensato, el pueblo conocerá la verdadera fuerza tan sólo mediante los beneficios de la educación moral. La educación moral encadena los instintos y desarrolla la razón. Cuando ella se encuentre a la orden del día, las clases dirigentes habrán comprendido el verdadero progreso y la Tierra se elevará hacia Dios.

Una de las primeras personas que reconocí en medio de la multitud, que venía hacia nosotros de los alrededores de la ciudad, fue mi hermano Eleazar. Tuve que

suponer que mis tres hermanos mayores estaban juntos y procuraban combatir la mala influencia producida por mis otros hermanos.

Este día se convirtió después para mí en un cargo gravísimo. El pueblo que se había mostrado entusiasmado por mis últimos honores, me acusó ante Poncio Pilato de haber llevado mis pretensiones humanas tan lejos hasta hacerme llamar rey.

La sabiduría y buena voluntad del juez romano llevaron la cosa a broma.

«Probablemente, dijo Poncio, Jesús se cree el primero de los hebreos y la palabra Rey expresa su idea. ¡Sea pues Rey de los hebreos! Mas este rey no puede, bajo ningún concepto, causar perjuicio a la seguridad del Imperio».

La tarde del domingo 27 de marzo, quedamos de acuerdo para pasar la noche en Jerusalén. Al otro día me vi asediado para que dejara esos parajes para siempre, pero permanecí inmovible y esa especie de delirio que precipitaba mis palabras se convirtió más tarde en una profecía.

Le prometí a Marcos llamarlo lo más pronto posible al reino de mi Padre, y a las mujeres que se arrodillaban delante de mí les dije: «Vosotras tendréis el coraje de acompañarme hasta la muerte y Dios colocará sobre vuestras frentes, como sobre la mía, la corona del martirio».

Mis discípulos de Galilea juraban todos, que me rodearían, y me defenderían hasta derramar la última gota de su sangre. Acogí estas manifestaciones con una melancólica sonrisa y nada contesté. Después, dirigiéndome a mi madre le dije:

«Tú tienes entre los compañeros de tu hijo, madre mía, un hijo y un hermano que te recordarán el ausente y viviréis para que no sea negada mi resurrección como espíritu. De la resignación de mis discípulos, de la de vosotros principalmente, depende la salud de mi doctrina en el presente, del mismo modo que el porvenir de esta doctrina depende de los sucesores de mis discípulos».

Consentí en esquivar a mis enemigos todavía por una vez y fuimos a hospedarnos en una casa colonial, donde ya en otras ocasiones habíamos encontrado buena acogida.

Gethsemaní, situada en un paraje elevado, de donde se veía el Mar Muerto, el Jordán, las llanuras y las montañas de Galilea, había de ofrecernos un albergue tranquilo, al menos por algún tiempo.

El pueblo nos tenía afección, y los sacerdotes, que temían, sobre todo, las manifestaciones populares, hostiles a su poderío, se habrían abstenido seguramente de proporcionarles un pretexto con una agresión brutal. Buscaban un medio para apoderarse de mi persona sin testigos y sin ruido y la vergonzosa defección de Judas fue obra de ellos. De mis discípulos de Galilea, Judas fue el único que no me acompañó a Gethsemaní en la mañana del lunes. Nos alcanzó en la tarde y su actitud llamó la atención a Pedro que me dijo: «¿Qué tiene, pues, Judas? Míralo cuán preocupado está».

Me acerqué a él y le pregunté porqué nos había dejado en el momento de nuestra salida de Jerusalén.

Tenía aún que visitar a algunas personas, me dijo, y por otra parte yo tenía deseos de informarme de las últimas disposiciones tomadas con respecto a nosotros. Ellas son de tal naturaleza que nos quitan toda esperanza de poder huir de la venganza de nuestros enemigos.

«Tú no debes estar triste por una solución que yo he buscado, dije yo. Muéstrate animoso en el momento del peligro y guarda el recuerdo del Maestro cuando ya no me encuentre con vosotros».

Alargué a Judas una mano, que él apretó débilmente; su mirada esquivaba la mía. Entendí...

Indeciso al principio, tomé el partido de disimular para con él y de ejercer sobre él una presión en todos los instantes. Lo entretenía, lo empujaba a expansiones, para observar mejor sus reticencias y sus perplejidades.

El miércoles, Judas nos propuso visitar las plantaciones de olivos que cubrían el flanco de la montaña de Gethsemaní por el lado de Jerusalén y dio como pretexto de su ocurrencia, las modificaciones que debía haber experimentado esta localidad. Propuso que el paseo se efectuara al día siguiente...

El lavado de pies era una de las instituciones de Juan; una demostración de la igualdad humana. El patrón es el hermano de su sirviente. La posición social deja de existir cuando se trata de adorar a Dios. La fuerza moral determina la elevación y el hombre se muestra mucho más grande con el cumplimiento de sus deberes, que con espléndidas demostraciones de sus facultades y directrices. Di pruebas de mi respeto por el apóstol, adoptando muchas de sus prácticas religiosas, pero conservé tan sólo las que me pertenecían, por la distancia que establecí entre ellas. El lavado de pies era celebrado por mí y mis discípulos todos los años, tan sólo en la vigilia del gran sábado de Pascua. La *Cena* o gran comida de la noche, precedía a esta función. Nuestra comida de la noche tenía una especie de solemnidad, debido a la exclusión de toda otra persona, que siempre habíamos mantenido durante nuestra vida nómada, cuando nos encontrábamos todos reunidos.

Mis primeros doce discípulos y mi tío Jaime se manifestaban felices por la resolución tomada por mí de no admitir a ningún extraño en nuestra comida nocturna, y ellos aprovechaban esos instantes que alargaban a su gusto, para identificarse mejor con las palabras y las intenciones del Maestro. En esos momentos, precisamente, se dijeron y se repitieron recomendaciones, promesas y prédicas, basadas en el conocimiento profundo de la naturaleza humana. El viernes anual del lavado de pies me parecía demasiado lejos. Sentía que un peligro inminente me amenazaba, y quería dar a mis últimos días los caracteres de una fatal precisión en los acontecimientos. Por eso pedí a mis discípulos que procedieran en esa misma noche al lavado de pies. La sorpresa de todos me afligió, porque me dejaba entrever sus presentimientos y Judas me inspiró aún más piedad que desprecio en esos momentos solemnes, en que manifesté la casi certidumbre de ser pronto apresado. El afecto de mis discípulos de Galilea era sincero; mas dudé, con razón, de su firmeza.

En esa reunión de la tarde, que fue la última, yo les conferí el título de *Apóstoles*, entrando en particularidades referentes a lo que mi espíritu entendía de los trabajos y sacrificios que debían llevarse a cabo, de lo que mi alma encerraba de solicitud y amor, prometiéndoles el poder de gobernar el mundo.

«Haced de mis instrucciones la regla de vuestra conducta y llamadme cuando tengáis que discutir con los hombres de mala fe».

«Ya sea que permanezcáis unidos, ya sea que os separéis por la buena causa, yo me encontraré en medio de vosotros y con cada uno de vosotros».

«La fe no perecerá nunca, pero se tornará obscura por la falsa dirección dada a mis enseñanzas».

«A los que sostendrán la verdad yo les retribuiré con largueza mis consuelos y esperanzas, pero ¡Ay del que se aleje de mí! La voz del espíritu retumbará en el espíritu y los acontecimientos se encadenarán de tal manera, que la verdad se

restablecerá, los impostores serán confundidos, los creyentes serán recompensados y castigados los tibios».

«La malicia y la perversidad del mundo os preparan malos días. Conservad vuestra fe pura de todo fingimiento y no pongáis límites a vuestra caridad. La fuerza viene de Dios y yo os transmitiré la fuerza».

«Pedid los tesoros de Dios y despreciad las riquezas de la Tierra. Quien quiera elevarse entre los hombres será rebajado delante de Dios».

«Vosotros sois mis apóstoles; predicad la palabra de Dios y anunciad su reino por toda la Tierra».

«Vosotros sois mis discípulos queridos. Ayudad a los pobres, ellos son mis miembros. Facilitad el arrepentimiento, prometed el perdón en nombre de Dios, nuestro Padre».

«Todo lo que vosotros hayáis *remitido*, *será remitido*, y la gracia os acompañará en la paz y en los peligros».

«No devolváis jamás mal por mal, mas forzad a vuestros enemigos a que os respeten. Confirmad vuestra fe, más con las obras que con los discursos, y en el extremo infortunio, recordad mis promesas y mi martirio».

«Estas promesas las cumpliré si sois fuertes y habéis comprendido y practicado lo que os ordeno y lo que yo mismo he practicado».

«Una vida tranquila no es una vida de apóstol y la regularidad de la conducta no constituye la virtud de un discípulo. Son necesarias al apóstol fuerzas y coraje para afrontar la burla, el desprecio, la persecución, la esclavitud y la muerte; el heroísmo debe caracterizar a los discípulos de Jesús».

«El apóstol demostrará a Dios y sufrirá por la verdad».

«El discípulo abandonará los bienes del mundo y los honores del mundo. Abandonará al padre, a la madre, a la mujer y a los hijos, antes que renegar de mi doctrina, ya sea con los actos, ya sea con las palabras, ya sea con abstención y con el silencio».

«Vosotros sois mis apóstoles y mis discípulos; yo tendré que contar con vosotros y no obstante... Yo sé que muchos de vosotros me traicionaréis».

Me encontraba en la mesa, rodeado por los doce; mi tío Jaime formaba el décimo tercero y estaba por romper el pan para empezar la comida. Mis apóstoles se levantaron bruscamente.

«¡Señor!, ¡Señor!, – prorrumpieron – ¿Por qué nos produces esta tortura? ¿Por qué llamarnos traidores, después de habernos confiado el éxito de tu obra?».

«Los que me traicionarán por debilidad, contesté yo, se arrepentirán; tan sólo el que me habrá traicionado por venganza sucumbirá bajo el peso de su delito».

Judas mantenía los ojos bajos, pero nadie hizo atención en ello fuera de mí. Recomendé a mis apóstoles guardar el recuerdo de esa noche y les ofrecí el pan; Judas, que se encontraba a mi derecha, se sirvió primero. Juan colocado a mi izquierda, como siempre, se inclinó hacia mí y me dijo: «¿En quién de nosotros has pensado tú al hablar de traición?».

Le contesté a Juan:

«El que me traicionará ocupa en este momento un lugar de honor pero otros también me traicionarán más tarde y muchos me abandonarán cobardemente a lo largo del camino del sacrificio».

Continué sirviéndoles a mis apóstoles e insistí para que se me dejara esa tarea. Pedro, al frente mío, estaba distraído, no comía ni bebía; le dirigí estas palabras:

«Tú ya no eres pescador de peces amigo mío, hete aquí convertido en pescador de hombres. Tus redes serán ahora los argumentos, y recogerás en tu barca a los pobres náufragos, tus compañeros te ayudarán en la ardua lucha que habrá que sostener en contra de los elementos; vosotros no imitaréis a esos espíritus orgullosos y escépticos, que se preocuparán de las causas de la caída y de la enfermedad, antes de socorrer al herido y de aliviar al enfermo».

«¡Feliz de aquel que comprenda estas palabras y las ponga en práctica!».

«¡Felices los fuertes! Ellos someterán sus pasiones a la razón y verán a otros tantos hermanos en todos los hombres. Llevar hacia Dios a los insensatos que lo desconocen, impíos que lo ultrajan y librar la Tierra del fermento de disolución es cooperar poderosamente a la concordia universal».

«Convertíos en pescadores de hombres, todos vosotros amigos míos, y reunid el mayor número de espíritus que podáis».

«Para ser hábiles en el oficio de pescador de hombres, es necesario tener el don de la dulzura y de la firmeza, el derecho de hablar y de hacerse escuchar».

«Tendréis el derecho de hablar cuando vuestra conciencia se encuentre tranquila, y seréis escuchados si vosotros mismos estáis convencidos de la verdad que enseñáis».

«La elevada posición de un siervo de Dios, no resalta en el mundo, porque la fuerza y la luz que se encuentran en él, no las emplea jamás para proporcionarse algún poderío. Los honores y las riquezas no podrían por lo tanto ser el privilegio de mis apóstoles, y si yo les aseguro el imperio del mundo, es con la condición de que sean dulces de corazón, firmes de espíritu y que conserven el derecho de hablar y el don de ser escuchados».

«Los perezosos se convertirán fatalmente en hipócritas. No habiendo tenido el coraje de seguirme, dejarán que se desparramen dudas respecto a mi persona; y el deseo de alegrías mundanas, la sed de honores, el amor a las riquezas, los arrastrarán a las prevaricaciones, a la vergüenza de parecer discípulos míos, y mientras, me negarán con acciones ocultas».

«Porque habrá perezosos e hipócritas, Jesús se manifestará nuevamente para separar el buen grano del malo».

«El que no esté conmigo estará en mi contra. Todo equívoco es una mentira; la verdad soy yo».

«Nada temáis, os sostendré y os guareceré, y mi espíritu mantendrá el lugar que ocupa ahora mi cuerpo y mi espíritu en medio de vosotros».

«He aquí la hora; su aproximación me llena de angustia, no por mí sino por vosotros. Nunca, como ahora, os he amado. Honradme, cuando no esté ya entre vosotros, amándoos los unos a los otros y perdonando a los que os habrán ofendido».

«Permaneced fieles a mi voz y adorad al Señor nuestro Padre, predicando en todas partes la paz y el amor».

«No tomaré más de este jugo de uva con vosotros; mas cuando vosotros os reunáis en mi recuerdo, sentiréis mi presencia en la alegría que se filtrará en vuestras almas, en la seguridad de vuestros espíritus sobre todas las cosas».

«Comprenderéis mis palabras en la actividad del apostolado lo mismo que en el silencio de vuestro recogimiento, y lo que pidiereis para el servicio de Dios os lo concederé. Mas no debilitéis vuestros conocimientos de las cosas espirituales, mezclándolos con las cosas de la Tierra. Nuestra alianza tiene este precio, es decir, que debéis despreciar lo que yo he despreciado y honrar lo que yo he honrado».

«Los discípulos no son más que el maestro, enseñad pues mis doctrinas sin quitarles ni añadirles nada y refutad las dudas y los errores de manera que podáis convencer a los incrédulos respecto a vuestra ciencia. Esta ciencia no os abandonará; el espíritu beberá en el espíritu, y, hasta el fin de los siglos, la gracia resplandecerá para los hombres de buena voluntad».

«Mis queridos discípulos: mañana, tal vez, nos separemos. Amadme como os he amado, y confundid a todos los hombres con vuestro amor, en mi recuerdo. Os doy el mundo para conquistar y mi luz os guiará. Os prometo la gloria de Dios».

«Os nombro mis sucesores y os bendigo».

«Que la paz sea con vosotros y con vuestro espíritu».

«Venid a darme el beso de la despedida».

Mis apóstoles se precipitaron sobre mí. Yo permanecí de pie y mi semblante reflejaba una intensa emoción. Judas me besó como todos.

Era la medianoche cuando secamos los pies a mis apóstoles. Digo secamos porque mi tío Jaime, cuya ternura por mí se asociaba a un profundo sentimiento de devoción práctica, me ayudaba toda vez que debía manifestar con una tarea personal el culto de una idea religiosa. En esta ocasión me suplicó que le cediera la mayor parte del sacerdocio; es la palabra que empleó.

Yo me limité en servir a Judas, Pedro y Felipe, dando como motivo de mi elección la edad más madura de esos tres apóstoles. Todos mis esfuerzos tenían que resultar vanos. Judas no quiso creer en mi cariño, ni comprender que yo le había adivinado, ni admitir que me sentía pesaroso por mis anteriores predilecciones, ni acallar el orgullo para escuchar a la conciencia.

El jueves por la mañana me sentí algo consolado de la ingratitud debido a una prueba de amor.

Simón de Betania y su pariente Eleazar vinieron a visitarnos. Mi madre y las demás mujeres me hacían suplicar que las recibiera en mi retiro y mis tres hermanos mayores deseaban reunirse conmigo en medio de la suerte adversa. Marta se hallaba mientras tanto en Betania, debido a su debilidad, encontrándose cada vez más enfermiza en la casa de la hermana, a quien había ocultado mi fuga de Jerusalén. Confié a Simón el encargo doloroso de preparar a mis amigos para el fatal desenlace y volví sobre el tema diciendo que *el día estaba próximo*, que mis horas estaban contadas y que la reunión de nuestros espíritus tendría lugar en la casa de mi Padre.

Estas palabras provocaron la tierna emoción de Simón, lo tuve abrazado por largo rato y mis lágrimas se confundieron con las suyas. Algunos instantes después, Simón y Eleazar emprendían el camino de regreso a Jerusalén.

Yo les había negado a todos el permiso para seguirme a Gethsemaní, porque quería consagrar el tiempo que me quedaba libre, a las expansiones de mi alma delante de los que nombré como mis sucesores. Existía aun otro motivo para esta disposición de mis últimos días: la presencia de mi madre y de mis santas compañeras habría constituido un peligro real en los momentos en que el apóstol, el fundador, el hombre, debía concentrar sus fuerzas para llenar la misión de hijo de Dios. Jamás mi confianza y mi amor, se habían traducido con tanto abandono y ardor, jamás la demostración del porvenir se manifestó tan clara entre el encadenamiento de mis visiones espirituales.

«Vosotros sois mi carne, sois mi sangre, decía yo, mi espíritu está en vosotros y todas las potencias de la Tierra no conseguirán el predominio sobre vuestro poder, que será universal».

«Si no recordáis todas mis palabras, conservad su espíritu, escoged entre mi persona y el mundo, para no servir a dos dueños».

«Aunque os separarais de mí por algún tiempo más o menos largo, mi doctrina no vendría a menos por eso, porque es la luz del mundo, y otros vendrán después que vosotros que repondrán lo que vosotros hubierais quitado y escucharán mi voz. Yo les diré todo lo que a vosotros os dije y Dios tendrá su Templo en toda la Tierra».

«El mundo está poblado de hipócritas. Ellos hacen lo contrario de lo que se manda, otros honran públicamente lo que reniegan en el secreto de su conciencia. Mis discípulos tendrán que proclamar la verdad y seguir la moral que ella encierra; a estos yo los reconoceré».

«El mundo está poblado de fanáticos, de supersticiosos y de incrédulos. Mis discípulos tendrán que instruir a los ignorantes y convencer a los incrédulos con ejemplos de virtud y con la referencia de nuestra alianza, antes y después de la muerte corporal».

«Favoreceré tan sólo a aquellos, cuyo espíritu siga mi sendero y compartan, desde el fondo de su alma, todos los infortunios».

«Os concedo mi poder, pero si os volvierais infieles, yo os lo retiraría, y mi luz sería retardada en el mundo, y el nombre de Dios sería blasfemado, y la desolación, la confusión, el delito y la impiedad reinarían en todas partes».

«Sed mis sustitutos, y no tan sólo mis sucesores y decid: Somos su carne, su sangre, su espíritu. Lo que nosotros hacemos en su memoria, el Señor lo ordena y lo cumple en nosotros».

Hermanos míos, el sentido de estas palabras: *Vosotros sois mi carne, mi sangre, mi espíritu*, el sentido de estas palabras repetidas muchas veces durante mis últimos días, fue tergiversado, con el objeto de erigir un dogma impío y al mismo tiempo, falto de razón.

«Haced todas las cosas en mi nombre, obrad como si me encontrara visiblemente entre vosotros», son formas que yo empleaba a menudo para dar a la presencia de mi espíritu la autoridad del recuerdo de mi voluntad inmutable, para incrustar en el pensamiento de mis apóstoles el más irresistible de mis medios de acción sobre sus prácticas futuras. Es justamente por el imperio ejercido por mi promesa renovada, de encontrarme siempre entre ellos, a lo que debe atribuirse la docilidad ferviente de mis representantes inmediatos.

El paseo proyectado debía tener lugar al caer el día. Mis apóstoles parecían haberlo olvidado y el mismo Judas permanecía bajo el encanto de las melodías del alma.

Yo evocaba la realidad del pasado y los fantasmas del porvenir. Todos participaban por igual de mis transportes de ternura, y mis miradas y mis sonrisas les llenaban de alegría.

Yo tenía la seguridad de que se ocultaba una sorpresa bajo las apariencias de una descuidada curiosidad, cuando recordé a mis discípulos la hora favorable para que nuestra excursión no se viera turbada por importunos, ni amenazada por una completa oscuridad al regreso.

Salimos, los unos alegres con la idea de que mis presentimientos del día anterior no se vieran confirmados, los otros silenciosos, casi tristes.

Manifesté a Judas mi deseo de hacer con él el camino hasta el jardín de Gethsemaní y me apoyé en su brazo. Hablamos de cosas enteramente secundarias, durante casi cuarenta minutos de marcha, después me senté a la sombra de una higuera y mis apóstoles tomaron asiento sobre diversos montones de piedras. Judas

se alejó de mí; yo había previsto esto. Dirigía alrededor miradas distraídas hacia los tupidos bosquecillos de olivos, cuya extensión y espesura impedía la vista por todas partes.

Me levanté al cabo de algunos instantes de descanso, llamando a Judas mi compañero de camino. Pero fue llamado inútilmente.

Entonces pronuncié palabras acusadoras que no podían ser alteradas por ninguna duda en su claridad.

«El que vosotros llamáis, está aquí cerca, él está por venir. Cuando lo veáis, la víctima será entregada al verdugo».

Los gritos, las imprecaciones de mis apóstoles se dejaron oír al mismo tiempo que llegaba hasta nosotros, el ruido del paso pesado de muchos hombres. Judas no apareció; le había faltado la audacia del delito en el último momento.

Los soldados, con divisas romanas, eran en número de ocho; dos familiares del Santo Oficio los acompañaban. Estos últimos me señalaron a la tropa armada y un soldado me puso encima las manos. Pedro golpeó a este hombre; yo me apresuré a reprender a mi apóstol con estas palabras:

«Estate quieto, amigo mío, la resistencia es inútil. Sin agachar la cabeza como culpables, conviene saber sufrir la ley humana con resignación».

Juan me rodeó con sus brazos, mi tío Jaime imploraba a Dios de rodillas y mi hermano echó a correr en dirección a Jerusalén. Todos los demás parecían presa del terror. Mateo, Tomás, Alfeo, Jaime y el hermano de Juan, me acompañaron hasta la casa del Gran Sacerdote Caifás. Tadeo, Felipe, Judas y Andrés, volvieron a Gethsemaní, y después de mi muerte fueron a juntarse con los que permanecían escondidos en Jerusalén.

Se les hizo sentar a mis discípulos en un banco del patio y se me introdujo a mí en una espaciosa sala, donde se encontraban reunidos Caifás, el Gran Sacerdote Hanan, yerno de Caifás y una delegación del Sanedrín compuesta de veinte miembros. El Gran Sacerdote procedió inmediatamente a mi interrogatorio:

«Jesús de Nazaret, eres culpable de seducción, de profanación de maleficios y como tal se os condena a la pena de muerte».

«Para obedecer a la ley que te castiga, debemos oír tu defensa personal y facilitar tus confesiones mediante la exposición de las acusaciones que pesan sobre ti. He aquí el resultado de las testificaciones que hemos recogido».

«El nazareno Jesús, se asoció desde un principio a los factores de desorden, que tenía por propósito probado el de sublevar al pueblo en contra de las leyes del Estado».

«Nunca el nazareno Jesús, se ha pronunciado públicamente en contra del respeto debido a los poderes civiles. Se ha dicho reformador de la ley mosaica, mediador entre Dios y los hombres, *hijo de Dios*, al fin».

«Apoyado sobre este título monstruoso por su impiedad, el nazareno Jesús se convirtió en el ídolo de un pueblo ignorante al que anunciaba el pretendido reino de Dios consiguiendo cautivarlo, cada vez más, con la apariencia sobrenatural de sus actos y de sus predicciones».

«Jesús de Nazaret, ¿osas sostener que eres hijo de Dios? Te interrogo, contesta».

Esta frase era provocada por mi silencio; mi silencio continuó.

«Y tus milagros, demuéstralos pues, añadió con dureza el Gran Sacerdote. Di lo que puedas para atenuar tus delitos y *demuestra la ciencia* de que pretendes ser poseedor, siguió Hanan».

«Si produces un milagro, siguió Caifás, nosotros creeremos en ti y proclamaremos tu filiación divina».

Una despreciativa sonrisa acompañó estas palabras. Levanté la cabeza y miré a mis jueces.

Muchos gritaron: ¡Nos provoca, no hace caso de la justicia de Dios, merece el suplicio destinado a los más grandes delincuentes, a los más endurecidos malhechores!. Se ordenó a los soldados que me llevaran.

Desde una sala baja que daba sobre el patio, me fue fácil comprender los propósitos que abrigaban a mis apóstoles y los subalternos de la casa del Gran Sacerdote. Los soldados de guardia se habían puesto a jugar y parecían haberme olvidado.

—¿Acompañáis vosotros al condenado?, preguntó alguien a Pedro.

—No conozco a ese hombre, contestó mi apóstol. Juan y su hermano parecían estar en buenas relaciones con una persona que les aconsejaba *salir para no comprometerse*. Ellos siguieron el consejo.

Mi tío Jaime renovó delante de todos, el juramento de morir antes de renegar su alianza conmigo. Arrastrados por este acto de coraje y lealtad, Marcos, Alfeo y Tomás asintieron de que eran mis discípulos y añadieron que no me abandonarían. Pedro y los dos hijos de Salomé eran los que más habían demostrado, exteriormente, su ternura por mí, dando a la amistad las delicadas formas de la feliz expresión del semblante y de las dulces inflexiones de la voz. Haciendo de la sumisión el atractivo, más importante en la ocupación de su tiempo, había tenido que vencer muchas dificultades, para que la excesiva ingenuidad de Pedro diera lugar a la independencia del pensamiento, para que la fogosa imaginación de los dos hermanos se aproximara al entusiasmo de las naturalezas generosas, para llevarlos hasta confundir conmigo su voluntad y sus esperanzas. Esta debilidad en la última hora sobrepasó mis previsiones.

Las diversiones de los soldados cubrieron los ruidos exteriores, y después de asistir a escenas triviales de jugadores ebrios, me hicieron el blanco de las gracias groseras de esos hombres estúpidos y feroces.

Cuando amaneció, muchos dormían, otros se habían puesto nuevamente a beber, y querían obligarme a que bebiera con ellos.

Me ataron juntas las manos para llevarme ante el procurador romano.

La arquitectura del pretorio era del estilo griego, del que tomaba sus columnas cargadas de ornatos; bloques de piedra simulaban balcones en todas las ventanas, encornizamientos en todas las plataformas que ligaban, en todos los pisos, dos cuerpos de construcción paralelos.

El pretorio ocupaba un espacio bastante extenso.

Había una sala abierta para todo el mundo, que ofrecía la facilidad de reunirse y charlar, mientras llegaba el momento de comparecer, por sí mismo o por intermedio de otros, en algún asunto contencioso o delictuoso.

Los juicios civiles eran, previa apelación, confirmados o reformados por la alta magistratura civil, que tenía su asiento en el pretorio y que pronunciaba, resolviendo fallo definitivo.

Los castigos corporales y la pena de muerte, cualquiera que fuese la religión del condenado y la autoridad que hubiera impuesto el castigo, debían recibir la conformidad del delegado de la soberanía imperial romana, y este delegado era entonces Poncio Pilato.

Poncio tenía cuarenta y dos años. Era un hombre de recto sentir, de carácter débil, dulce y afable, pero ambicioso y siempre dispuesto a sacrificar sus convicciones para conservar el puesto, que se había hecho de difícil desempeño debido a las disidencias que diariamente se suscitaban entre los intereses opuestos de un pueblo mixto y en pugna con las exigencias del partido hebreo. Poncio detestaba a los hebreos, pero no quería ponerse muy abiertamente en pugna con ellos, porque había sido ya señalado por antiguas comunicaciones emanadas del ex Gran Sacerdote Hanan, como un enemigo sistemático de las formas religiosas y de las disputas teológicas, cuestiones que decían las comunicaciones, que no le correspondían al procurador.

Apenas Poncio me vio, se pasó la mano por la frente como para desechar un pensamiento, cuyo recuerdo le produce cansancio. Enseguida me dirigió las preguntas acostumbradas, a las que contesté sencillamente y sin excitación.

«¿Qué delito ha cometido este hombre?» – preguntó Poncio, dirigiéndose a un personaje, cuya misión parecía ser la de acusarme y la de estipular la naturaleza de mi condena.

«Jesús de Nazaret, contestó el interpelado, es un revolucionario, un renegado, un fabricante de milagros. Comprometió la seguridad pública y se erigió en poder divino».

«El sobornador, el impostor, ha sido juzgado por derecho sagrado, pero el demostrador de las libertades humanas, que dice estar por encima de las potencias humanas, el devastador de las leyes sociales, el predicador de la igualdad, el desmoralizador de las clases pobres se encuentra bajo juicio ante el representante del emperador Tiberio».

«¿Jesús, el hijo de Dios, será lapidado como impío, o Jesús de Nazaret, culpable ante Dios y ante el emperador sufrirá más bien el suplicio de la cruz?. Nosotros apelaremos ante el pueblo si fuese necesario».

Poncio quedó estupefacto ante tanta audacia. De esta manera ni aún su opinión se le pedía antes de apelar al pueblo. Este pueblo, gritando desaforadamente recogía las palabras que lo instituían juez supremo, palabras que habían sido pronunciadas al aire libre, sobre una de las plataformas de que hemos hablado.

«¡Que se le crucifique! Este grito fue inmediatamente repetido por todas partes».

«¡Se ha llamado Dios y Rey; ha hecho alarde de destruir el Templo y de reedificarlo en tres días!».

Poncio habiendo contestado que el título de Rey le parecía un término de elevación tan sólo entre los hebreos, este modo de eludir la cuestión del cargo político que se me reprochaba, levantó en mi contra las más formidables amenazas y los más amargos sarcasmos.

«Y bien, si es nuestro Rey pongámosle una corona, démosle un cetro y saludémosle al mismo tiempo Rey de los hebreos e hijo de Dios».

«Dinos, pues, hijo de Dios, hubiese sido por lo menos necesario esconder a tu madre, tus hermanos y hermanas. ¡Ah! ¡Ya te daremos reinado, hasta tu entrada en el reino de tu Padre, doble Rey, doble impostor!».

Poncio estaba desesperado por la inutilidad de sus esfuerzos.

De repente dio orden para que me desataran las manos y anunció que quería interrogarme a solas. Entré precedido por Poncio en una pieza amueblada con severidad, cuyas salidas estaban todas cerradas. La puerta fue cerrada por el lado de adentro por el procurador, quien me ordenó amablemente que me sentara,

declarándome que allí no había más que dos hombres, de los que el uno preguntaba a otro los motivos que lo indujeran a buscar la muerte, atacando la misma esencia de la ley mosaica, y a persistir en el propósito de morir, puesto que había desperdiciado las posibilidades de huir de sus enemigos.

Explicué a Poncio mis inspiraciones de niño, mis estudios de hombre, mis alianzas, mis esperanzas de espíritu en la luz infinita; le hice a grandes rasgos un extracto de mi doctrina, de las relaciones entre los mundos y los espíritus, y presenté la muerte ignominiosa, que me esperaba, como el glorioso coronamiento de mis honores como Mesías.

«¿Y si yo consiguiera salvaros?», interrumpió Poncio.

«No lo intentéis, le contesté yo, tú mismo te verías arrastrado por el huracán popular... Escucha...»

Poncio sonrió despreciativamente. «Consiente en vivir retirado, dijo, ganaré tiempo y emplearé la fuerza».

«Por otra parte, añadió Poncio, he tenido un sueño anoche respecto a ti y siento que una pesada responsabilidad me incumbe en el presente y para el porvenir».

«Estos sacerdotes que quieren tu perdición me despreciarán por haber tenido miedo de ellos; este pueblo se arrepentirá y la posteridad me acusará, cuando menos, de debilidad».

«La posteridad, grité, sabrá que tú me has ofrecido la vida y que yo quise morir».

«Para mí la muerte es una aureola: para mí la vida sería una deserción, una cobardía, una caída irreparable».

Me levanté, indicando así yo mismo el fin de la entrevista, y agregué: «Desde la casa de mi Padre, en la que estoy por entrar, te bendeciré, porque has comprendido la verdad y la has defendido con coraje».

Volvimos al lugar que habíamos dejado, hacía menos de una hora. La muchedumbre era más compacta y la gritería se tornaba sediciosa; se amenazaba a Poncio, se le pedía que yo les fuera inmediatamente entregado.

Habiendo obtenido un poco de silencio, Poncio pronunció estas palabras:

«Este hombre cuya muerte vosotros pedís es un justo».

«No tendréis de mí un decreto afirmativo en nombre del emperador. La sangre inocente que estáis por derramar que caiga sobre vosotros; me lavo las manos por todo lo que sucederá».

Y Poncio Pilato se hizo derramar agua sobre las manos en presencia del pueblo que redobló sus vociferaciones.

Poncio volvió a entrar en sus departamentos.

La persona encargada de dirigir los preparativos de las ejecuciones, preguntó al pueblo que a quién de los cuatro delincuentes, cuya muerte estaba señalada para ese día, quería que se le hiciera gracia de acuerdo con la costumbre.

«No a nuestro rey, exclamó la multitud; libertad a aquel entre los tres restantes que más te plazca».

Ahora, como entre esos tres se encontraba un ladrón, asesino de los más peligrosos y perfectamente conocido, se tuvo la idea de oponerlos el uno al otro; para despertar, si aun existía en ese pueblo, un sentimiento de justicia.

Pues bien ¡El pueblo me condenó una vez más!

Desde ese momento me convertí en el juguete de una muchedumbre insensata, y los soldados encargados de mi custodia, se unieron al populacho. Sobre mi cabeza

fue colocada una corona de espinas, sobre mis hombros una manta de color escarlata (ello tenía lugar en uno de los patios del pretorio), y todos se inclinaban delante de mí, diciendo: «Te saludo, Rey de los hebreos».

Muchos me golpearon, uno me escupió en la cara.

Al cabo de dos horas de diversiones abyectas y crueles, se me despojó de mis vestidos y sobre mi cuerpo, completamente desnudo, se aplicó la tortura de la flagelación. Dos lágrimas me quemaron los carrillos. Fueron las últimas.

Era mediodía cuando llegué al Gólgota.

Mis fuerzas estaban exhaustas y no me habían permitido llevar el instrumento de mi suplicio, que era un tronco de árbol, dividido y ajustado en forma de cruz, y yo apenas podía sostenerme en pie, cuando mi cuerpo desnudo fue expuesto a las burlas más innobles de la más asquerosa plebe. Mas esta vez, por lo menos, mi espíritu concentrado en radiantes perspectivas, perdía de vista a los hombres y a sus espantosas demencias.

Mis pensamientos sobre la cruz tuvieron al principio por objetivo a los autores de mi martirio, a los ingratos y a los débiles, y grité:

«¡Perdónales, Padre mío, porque no saben lo que hacen!».

Mis sufrimientos sobre la cruz fueron la causa de la debilidad del espíritu y dije:

«Padre mío: ¿Por qué me has abandonado?».

Mis consuelos sobre la cruz fueron el recuerdo de mis amigos, mi confianza en sus promesas. Divisando mis santas compañeras y mi madre protegida y sostenida en medio de ellas, Jaime, el digno hermano de la heroica María, Marcos, Pedro, y los dos hijos de Salomé, bendije a los arrepentidos y, más que nunca, creí en la inquebrantable fidelidad futura de todos.

Se me seguía injuriando siempre... un escrito que llevaba estas palabras: *¡He aquí al Rey de los judíos!*, fue colocado sobre mi cabeza.

Dos delincuentes sufrían a mi lado mi mismo suplicio; pero contrariamente a lo que se dice, ellos no me insultaron.

Los soldados que me habían crucificado se repartían mis ropas y, lúgubres burlones me dirigían palabras como estas:

«Baja de la cruz y creeremos en tu divinidad».

«Llama a tu Padre para que venga a libertarte y pronuncia nuestra condena haciéndonos morir antes que tú».

«Danos una tarjeta de entrada Jesús, a fin de que se nos conceda gozar de tu triunfo en el reino de tu Padre». Mis ojos se nublaron; una opresión más violenta que las otras me confundió y me dormí en las tinieblas humanas para despertarme en el seno de las luminosidades divinas.

Eran la tres de la tarde.

CAPÍTULO XVI

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Hermanos míos, la muerte revela al espíritu su pasado y su porvenir.

La muerte desata el alma de la materia y la liga estrechamente al espíritu, de manera que el espíritu se vuelve invulnerable mediante el alma. Quiere decir que no tiene más falta de memoria, ímpetus furiosos, interrupciones o disminuciones en su penetración y actividad, porque el alma libre de los decaimientos que le imprimía la naturaleza corporal, se dilata constantemente al contacto de las perfectibilidades de la inteligencia.

El alma asociada al cuerpo se atrofia en la atmósfera de las causas mórbidas y el espíritu se hace pesado por la ebriedad de los sentidos materiales, deja de ser productor y se arroja en los brazos de extravagantes demostraciones.

La muerte vuelve al alma y al espíritu a la naturaleza que les es inherente. La una contemplativa, la otra laboriosa; la una de origen divino y la otra de destino inmortal. Las dos se alimentan del principio espiritual, hasta su próxima nueva dependencia de la naturaleza humana. Tras la muerte guarda el espíritu sus recuerdos consoladores y asimismo los funestos. Para un ser malvado, el recuerdo es un castigo; para los fuertes y los justos es el consejo y el engrandecimiento.

El remordimiento toma formas diferentes, todas basadas sobre las impresiones de los recuerdos, y el beneficio de la esperanza no existe para los infelices que se encuentran embargados por la visión del delito y del temor de la represalia. La luz del porvenir se hace más o menos clara para los espíritus vueltos a la libertad debido a la muerte corporal.

La libertad conquistada en la lucha de la inteligencia con los instintos carnales, prepara al espíritu para la audacia de todas las tentativas y al alma para la fuerza de todas las sensaciones.

La ciencia nace de la libertad del espíritu y de la fuerza del alma. Ella desilusiona a la criatura de las grandezas efímeras y le da el desprecio por las cosas humanas.

Los desviados del sentido moral, los hambrientos de alegrías mundanas, los indignos poseedores de las facultades intelectuales, los héroes asesinos, todos los impíos de la ociosidad, todos los incapaces por cobardía, se encuentran dominados por el terror en la vida espiritual, hasta su primera enmienda para vencer el orgullo, que señala la primera impresión corroborante de su alma, el primer esfuerzo de su espíritu para comprender algo más de lo que le rodea.

La fácil comprensión de su transformación, abrevia para el espíritu el momento de la penosa sorpresa, al mismo tiempo que cierta prontitud de juicio lo dispone para la resignación, para el coraje, para el estudio. En todas las mansiones espirituales se encuentran mezclados espíritus de aptitudes diversas. En cada etapa de la vida humana se mantienen espíritus superiores a la generalidad del pueblo. La Tierra recibe espíritus nuevos, obligados a emanciparse con pruebas, cuya duración y rigor lo establece la justicia de Dios.

La Tierra recibe en su seno espíritus pervertidos, señalados con un estigma por la justicia de Dios que sólo se borrará después de numerosas existencias entre los hombres.

A parte de estos dos aspectos de la humanidad terrestre, los espíritus se distinguen por sus grados de adelanto.

Inmediatamente después de los espíritus demasiado nuevos para comprender el principio espiritual, tenemos al espíritu perezoso, al espíritu escéptico por orgullo, al espíritu supersticioso por debilidad, todos responsables de sus actos y que puedan mejorar en la vida espiritual. Los inteligentes, los investigadores, los sabios, los apóstoles y los mesías aletean en las mansiones materiales y constituyen los focos del progreso. Los espíritus considerados capaces de colaborar al progreso universal, se encuentran repartidos y colocados en los mundos carnales, de acuerdo con las fuerzas que cada uno dispone y según el engrandecimiento moral que debe resultar de su acción, en los determinados centros humanos, mediante el buen cumplimiento de su misión. A ellos les corresponde el penetrar en el misterio de la vida y de la muerte, aún rodeados de tinieblas; les corresponde asimismo el hacer conocer y adorar el principio creador e inteligente, fuente de ciencia y de inmortalidad, desmenuzar los ídolos y erigir un templo a Dios.

Si desvían sus miradas del objetivo que les está señalado, si se apartan del progreso para seguir las viejas trapiondas de las pasiones corporales, si se forman un ideal de gloria personal con el desprecio de esa sublime tradición de sus predecesores, esto es: *«Que hay que vencer o morir por la verdad, cualquiera que sea el precio impuesto a las victorias o a las derrotas; que hay que sacrificar el interés personal ante el interés general y elevarse entre los hombres, humillándose delante de Dios»*. Si finalmente, ellos pierden la fe y el coraje, si sucumben, Dios los borra, momentáneamente, de la gran falange de sus mandatarios.

La Tierra tuvo y tiene todavía muchos mesías, apóstoles, científicos, investigadores e inteligentes. Mas, se pueden contar fácilmente los espíritus que, mediante una fuerza de voluntad persistente, han determinado movimientos sensibles en la marcha ascendente de la humanidad.

Estos espíritus meditativos o agitadores, que traen la buena nueva para el porvenir, raras veces se ven honrados y seguidos durante su pasaje humano. Casi siempre se extinguen en una obscuridad miserable o mueren ignominiosamente delante del pueblo.

Hemos hecho la narración de la muerte de Jesús teniendo por espectador al pueblo; ocupémonos, hermanos míos, de la felicidad de Jesús después de su muerte corporal y de los recuerdos que conservó, después de siglos de transfiguración, sin exagerar la parte de esta confianza de mi espíritu para con los vuestros.

Os demostré mi personalidad, os afirmé mi identidad, os conté mis debilidades, mis sufrimientos, mis horas dulces, mis relámpagos entre las sombras de la naturaleza humana y mi martirio sobre la cruz. ¿No tendré que contemplar ahora mi obra iniciándoos en las delicias de mi alma, en los honores de mi espíritu, ávido de amor y de descubrimientos?.

La muerte corporal causa el aniquilamiento de la facultad pensante y del resorte del alma. La materia duerme para siempre, el alma y el espíritu duermen durante una temporada limitada por la justicia Divina.

El alma y el espíritu de Jesús durmieron durante algunas horas.

Borrar las escenas terribles a las que había asistido Jesús como autor principal, fue el primer beneficio de su despertar y la seguridad de su felicidad le vino del recuerdo de su memoria.

Jesús olvidaba su reciente pasado, mientras recordaba las promesas hechas a su laboriosa actuación. Jesús nada percibía ya de las torturas humanas y su alma

parecía volver a un hermoso sueño, al mismo tiempo que su espíritu buscaba el motivo del movimiento que se producía a su alrededor y la causa de las excitaciones de su voluntad para sacudir el embotamiento que lo mantenía inmóvil.

Poco a poco el sentimiento de su propia fuerza se mezcló con los deseos de Jesús, y manifestó su presencia con una invocación de pocas palabras:

«¡Padre mío!»

Muchas voces le contestaron:

«¡Dios te ama y te bendice!»

Muchas caras se inclinaron sobre la suya, las reconoció y les sonrió... Y la luz hecha ya se tornó intensa.

Espíritus diseminados se reunían; la armonía de los colores y de los sonidos inundó el alma de Jesús en un éxtasis divino y su espíritu clarividente midió la extensión de las conquistas de la inteligencia, llegada a la posesión de la fuerza espiritual, libre de las debilidades de la naturaleza material. La independencia de su alma descubrió a Dios y su libertad espiritual entrevió en el infinito los trabajos innumerables de la ciencia infinita.

Las emanaciones sensitivas de las perfecciones de Dios, resultan como una palanca para alcanzar los honores de la perfección de Dios y la vida espiritual sin regreso posible a la vida material constituye un éxtasis completo formado por los tesoros del amor de Dios.

Jesús empezó con demostraciones restringidas en medio de su familia espiritual, después se elevó en la jerarquía espiritual, estudiando los principios generales del Universo.

Todos los espíritus, en tal estado, *sin posible regreso a la vida carnal*, están dispuestos para el estudio y colocan en común sus fuerzas para fecundar el camino de los mundos.

Todos están ligados por el amor fraterno y se fortalecen por una continua dedicación hacia las cosas inferiores dentro del orden universal, todos deben o pueden describir las armonías de la creación. Pero si los seres en el estado espiritual, permanecen íntimamente ligados en sus fuerzas para concurrir a la gloria del Creador, acontece con ellos lo que con todos los seres de una misma categoría: los entusiastas van delante de los tímidos y los retardativos se ven estimulados por el ejemplo y animados por el amor.

Que una sombra entre tantas sombras, que una luz en medio de tantas luces, atraiga más especialmente las investigaciones del espíritu, este espíritu aunque precedido y seguido por miles de otros, puede iniciarse uno de los primeros en las causas de las sombras, y en las fases de la luz.

Generalmente, la sombra anuncia un germen de futuras explosiones, o un mundo espiritual transitorio o un mundo carnal en decrepitud.

La luz indecisa y parcial indica la incertidumbre de los principios conservadores y fructíferos, tanto sea de un mundo espiritual como de uno carnal. La magnificencia de Dios se manifiesta principalmente donde resplandecen los soles y los mundos de primera magnitud. Estos soles y estos mundos no son iguales, y sus evoluciones siguen la posición o están en relación con la posición que ocupan en los planos del Éter.

Jesús debía recordar su anterior mansión bastante pronto para cumplir las promesas que había hecho a muchos, bastante tarde para que su espíritu no se viera turbado por imágenes de muerte.

Desde la elevada esfera habitada por él, Jesús descubrió la Tierra y buscó medios para revelarse a sus amigos. La manifestación del pensamiento pocos preparativos exige, ya que sólo hace falta alguna semejanza con los deseos en el mismo instante, para que el espíritu libre de las ligaduras materiales se identifique fácilmente con el espíritu humano.

Las manifestaciones más raras del pensamiento para con éste evidenciadas con formas ostensibles, dependen de una facultad preventiva o accidental, que el espíritu humano honra y de la cual hace mal uso.

No es esta la oportunidad para indicar los peligros y los escollos de cualquier manifestación provocada con propósitos fútiles de curiosidad o de intereses temporales, pero lo que debo afirmar es que los espíritus de luz no emplean las manifestaciones materialmente comprobadas sino para la gloria de Dios y en cumplimiento de un deber fraternal.

Jesús, acostumbrado a leer en el espíritu de sus amigos más queridos, los encontró dispuestos a reconocer los beneficios de sus inspiraciones, y los consoló y sostuvo en las pruebas que tuvieron que soportar y consolidó su fe; colocó también en el alma de muchos de los que lo habían perseguido el remordimiento del delito y el deseo de su reparación. Jesús iluminó a los ignorantes y a los débiles; Jesús se comunicó con las almas amantes y estas almas amantes se arrancaron de la visión de la cruz para comunicarse con su predilecto. Jesús honró a todos los que le habían dado una parte de su confianza y afecto. La muerte corporal de sus perseguidores arrepentidos no le hizo poner en olvido la deuda del corazón y el apoyo fraternal que les debía. A través de los diferentes pueblos por los que pasaron, a través de los honores y humillaciones que se atrajeron con sus trabajos y virtudes, todos descansaron a menudo en una mansión preparada por Jesús. A cada etapa espiritual del viaje ellos gozaron de las dulzuras de la reunión.

Firmemente convencido de los decretos de Dios y de la justicia de estos decretos, Jesús permaneció plácido y espectador de las debilidades, de los errores, de los delitos... y siempre, honrado por su misión, esperó con paciencia que llegara la hora de mostrarse.

En medio de las persecuciones, entre los resplandores siniestros de las llamas, los pueblos duermen en el embrutecimiento. Despertados poco a poco por el eco de las alegrías principescas, los pueblos aspiran el odio y siembran el terror entre los representantes del orden social. En el reposo que sigue a las revoluciones humanas, la sabiduría se impone y el escritor, el pensador, el filósofo, piden al pasado enseñanza para el porvenir. La libertad de los pueblos, mediante las luces de la razón se efectúa también gradualmente, y la alianza de los mundos carnales con los mundos espirituales estimula la marcha intermitente del progreso.

Jesús había conservado relaciones de siglo en siglo, pero no podía detener los movimientos de revuelta, sin moderar los efectos del abuso de autoridad, puesto que su mediación directa y persistente no llegaba a vencer las dificultades de la hora, demasiado temprana para desempeñarse como parlamentario manifiesto.

Muchas veces en el siglo en que nos encontramos intentó manifestarse. Estas pruebas fueron alteradas, y en el día de hoy mismo su narración contiene abstracciones de forma, juicios incompletos, porque el espíritu depositario, luchando sin descanso en contra de obstáculos materiales, precisaba que Jesús usara de cautela al hacerle llegar su palabra, para que el mismo depositario no tuviera que sucumbir bajo el peso de emociones demasiado fuertes y por demás multiplicadas.

Los honores de la mediumnidad no se adquieren sin causar trastornos al organismo humano y esos trastornos determinan a menudo el desequilibrio de las facultades mentales.

Los escollos contra los que tropiezan tantos espíritus, aunque predispuestos para la mediumnidad, tenían que ser evitados por los que Jesús favorecía con su palabra. ¡Cuán necesario fue alentarlos de continuo, sostenerlos, prometerles y hasta rodearlos de precauciones!. ¿Acaso la naturaleza humana no es presa de todos los sufrimientos de la contradicción, de todos los flagelos de los estados mórbidos, de todas las causas, de todos los efectos de las pasiones terrestres y carnales?.

Espantosos sofismas preparan las tempestades; Jesús hace oír su voz de apóstol de Dios a la humanidad, de la que es siempre el Mesías y ello por las expansiones de su espíritu en un espíritu humano. Este espíritu depositario posee todas las facultades inherentes a la comprensión de las obras de Jesús. Es de condición obscura entre los hombres y se encuentra ligado a Jesús por dependencias de orden espiritual.

A pesar de ello, como las disposiciones de todo espíritu depositario, no presentan para las manifestaciones de orden superior o las agotan rápidamente, el espíritu humano depositario de la palabra de Jesús tenía que preferir el aislamiento al ruido y hacer prevalecer las luces de la verdad sobre los intereses temporales, sin lo cual las tentativas de Jesús habrían resultado vanas.

Hermanos míos, bendecid la majestuosa alianza de vuestro Mesías con Dios y recoged los frutos de la dulce alianza de Jesús con un espíritu humano.

He mantenido mi palabra de manifestaros porque he venido en este tiempo y en tal lugar más bien que en otro.

Debo añadir que vuestra actual situación atrae la compasión de todos los espíritus dignos del amor de Dios.

Que la paz sea con vosotros, hermanos míos.

Jamás esta palabra había sido de una aplicación tan necesaria.

Que la paz sea con vosotros y que la ciencia os abra los senderos de la felicidad.

¡Que la paz sea con vosotros! Y que la muerte de aquí, os dé la vida libre bajo las miradas de Dios.

ÍNDICE

Prólogo	5
Prefacio del señor Volpi	8
Capítulo I. Jesús habla de su nacimiento y de su familia	13
Capítulo II. El Maestro manifiesta su libertad de conciencia	17
Capítulo III. Apostolado de Jesús en Damasco	22
Capítulo IV. Habla Juan el Bautista	29
Capítulo V. El Maestro se ocupa de su mesianismo	36
Capítulo VI. Los primeros apóstoles de Jesús	43
Capítulo VII. El prestigio del Mesías fue debido al Bautista	54
Capítulo VIII. Jesús define el origen y desarrollo del espíritu	63
Capítulo IX. Continúa el desarrollo de la misión de Jesús	70
Capítulo X. El Mesías define su personalidad	87
Capítulo XI. Jesús personándose a José de Arimatea	101
Capítulo XII. Causas de la muerte de Jesús	114
Capítulo XIII. El derecho que le asiste a Jesús para ser juzgado	125
Capítulo XIV. Jesús con sus sermones, ajeno a toda ortodoxia	134
Capítulo XV. Jesús cede una vez más a los ruegos de sus amigos	141
Capítulo XVI. Pasión y muerte de Jesús	154